
CARAS Y CARETAS
CONCURSO DE BELLEZA
SEÑORITA EMMA RODRIGUEZ

"cuatro palabras"...

pero de enorme importancia para Ud.







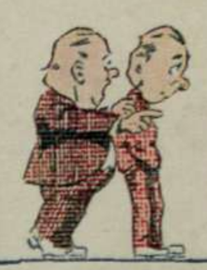
EXCELENCIA, o sea, que la **CAFIASPIRINA** es un remedio único e irreemplazable para los dolores y para las consecuencias de los abusos alcohólicos, las trasnochadas y el excesivo trabajo mental, porque da un perfecto alivio, levanta las fuerzas y

NO AFECTA EL CORAZON



LEGITIMIDAD, o sea, que para evitar el peligro de los substitutos, la cajita en que va el tubo está protegida por **la Estampilla Fiscal de color amarilla** con la famosa y respetable **CRUZ BAYER.**





SEGURIDAD, o sea que a fin de proteger al público contra equivocaciones, desaseo y deterioro, las tabletas de **CAFIASPIRINA** nunca se venden sueltas, sino en el cómodo e higiénico **SOBRE ROJO BAYER,** y





¡HORROR!, o sea que cuando le ofrezcan tabletas sueltas, o una mezcla cualquiera de cafeína, debe usted mirarla con el horror que inspira lo que no es genuino, e insistir en que le den la **CAFIASPIRINA** pura y legítima, que es lo único digno de confianza.



CARAS Y CARETAS

NUMERO DEDICADO AL PRINCIPE DE GALES.

"Caras y Caretas", cuyos números extraordinarios siempre se han distinguido por sus caracteres de amenidad y suntuosidad, y por la valía de sus firmas artísticas y literarias, sorprenderá nuevamente al público con el brillante exponente de cultura que, como homenaje a S. A. R. el Príncipe de Gales, está preparando. Los materiales en nuestro poder de notas interesantísimas históricas, biográficas e informativas, todas ellas logradas especialmente para "Caras y Caretas" por nuestro enviado especial en Inglaterra el Vizconde de Lascano Tegui, su presentación de relevante valor estético harán de ese número-álbum la mejor prueba del progreso del periodismo ilustrado argentino.

DICHO NUMERO EXTRAORDINARIO
SERA ENTREGADO AL PUBLICO
SIN RECARGO DE PRECIO

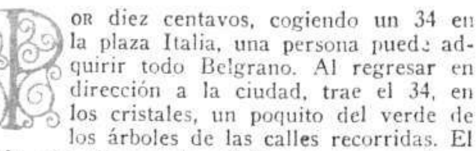
TRANVIAS PORTEÑOS





El 9.

EL 34



Por diez centavos, cogiendo un 34 en la plaza Italia, una persona puede adquirir todo Belgrano. Al regresar en dirección a la ciudad, trae el 34, en los cristales, un poquito del verde de los árboles de las calles recorridas. El guarda, con frecuencia, viaja con una ramita o un gajito en los labios. Otras veces, asoma en su boca una hoja fresca... El *motorman*, que hasta la plaza Italia traía el rostro alegre y jovial, con un pedacito de tango en los labios, siente que el gris de la ciudad le empolva las pestañas... Y parpadea y frunce el entrecejo y arruga la cara. Por cada automóvil que se le cruza por delante, le aparece una arruga en la faz... Del *troley* cuelga una hoja de plátano, malabarista y orgullosa. El taco del *motorman* comienza a ser roído por el colmillo de acero de la campana anunciadora. El tranvía va encrespándose de sonidos. Adentro del coche viajan las chicas de Belgrano, que hacen del 34 el tranvía menos serio del mundo.

Por la calle Santa Fe va levantando la presuntuosa elegancia de las gentes de Palermo. La plataforma es un escaparate. Cuando de ello el guarda se percata, a la altura de Pueyrredón, arroja a la calzada su gajito, o se quita la ramita de los labios, evitando que alguien se entere. El *motorman* siente la cara llena de arrugas y se torna sombrío. Las chicas que viajan en el 34, aguardan la aventura del personaje que subirá en las esquinas de Santa Fe y Callao. El 34 saluda al 50, en viaje para el Retiro, mientras que se deja asaltar por un artista de cine, que ha salido volando del Grand Splendid.

Para las chicas de Belgrano que aguardan la sorpresa de la ciudad, siempre sale de alguno de los cinematógrafos un apuesto actor de películas. Sube, se acomoda convenientemente, alarga la mano hasta la del guarda y reposa su cabeza descubierta en el cristal de la ventanilla. Y así, hasta Maipú y Corrientes. Allí todo termina. Las chicas de Belgrano, el actor cinematográfico, y el guarda, el *motorman*, todo el tranvía 34 se lo lleva aguas abajo, como en un río desbordado, la calle Corrientes. El tablero conserva los borrosos caracteres de una palabra: *Belgrano*.



Asoma en su boca una hoja fresca.

EL 9

Retiro envía órdenes, por intermedio del 9, a su hermana la Cenicienta Constitución. La primera aconseja cómo debe recibir la segunda a los forasteros.

El 9 traspasa la ciudad como una puñalada, dejando en cada esquina la gota sangrienta de un campanazo. En el interior del coche, los ingleses hacen negocios y firman contratos. Los oficinistas llénanlo de chismes y por las ventanillas entran y salen ideas de todo color político.

Es el más ilustre tranvía de la ciudad. Cómplice de almacenes y de tiendas, que pagan al conductor para que detenga el tranvía frente a los escaparates.

Los que viven en el Tigre esperan el 9 como a una novia, y se van en él, como si fuesen raptando una mujer.

Al 9 se le *hace ojitos* desde dos cuadras antes de tomarlo. Limpia la gente de la calle Esmeralda. Roba los hombres de los *bares*. Rapta las chicas que salen azoradas de los cines. Acoge, paternal, a las 12, a los colegiales que, dentro del 9, oyen el ruido de la

máquina de calcular que los ingleses llevan en el bolsillo. Propicia el tratamiento contra la obesidad, haciendo más ágiles a las señoras.

El 9 zapatea al llegar a Corrientes, como una mujer caprichosa, y pasa por la plaza San Martín entonando la *Marcha de San Lorenzo* con las ruedas... La Torre de los Ingleses espera la llegada del 9 para dar sus sones de campana que está siempre en serio... Cuando el 9 entra a descanso en la estación, es el más perfumado de los tranvías... Es el 9 el único tranvía que colecciona pañuelos y guantes de mujer...

EL 46

Es un tranvía que tiene ínfulas de ciudadano, pero que está siempre lleno de torpes prejuicios de barrio.

EL 24

Son varios hermanos y forman la cofradía de los cartagineses. De tanto andar por el túnel de la calle Reconquista, huelen a sótano de banco. Van siempre llenos de pagarés. Son calculadores y adulones, pues no dejan nunca de saludar a la Casa Rosada. Huelen a oficina.

EL 61 Y SU PRIMO HERMANO EL 63

Son kioskos ambulantes de revistas viejas. Se *aprovincianan* por la calle Entre Ríos y van levantando pasajeros que creen al vendedor de viejos figurines, el cual adorna los coches con su peroración: "*¡Señores pasajeros, niñas, señoritas, viudas y señoras! ¡Voy a venderles la más completa revista de arte, literatura y moda! ¡Como medio de propaganda de una gran casa editora! ¡Los mejores modelos para la próxima temporada! ¡Escritos, novelas, cuentos y letras para tango! ¡Colaboraciones de los mejores escritores del mundo! ¡Composiciones para guitarra, con letra de canciones del conocido payador Tal! "¡Cómo quiere la madre a sus hijos!" "¡El último tango!" "¡Milonguita!" ¡La historia completa del asesinato de la telefonista, con fotografías para cuadro! ¡Sesenta páginas en colores! ¡La comedia completa del genial escritor don Jacinto Benavente titulada: "Los intereses creados"! ¡Por veinte centavos solamente! ¡A todo comprador se le regalará un lápiz Fáber número dos y una goma de borrar! ¡Por sólo veinte centavos!*"



Los ingleses hacen negocios.



Rapta las chicas que salen de los cines.

Y el 61, que siempre lleva como principal pasajero un señor con botas y una vieja con pañuelo a la cabeza, proporciona la venta de un par de ejemplares. Y hay siempre un sujeto, el pícaro y despierto pueblero, que sonríe cuando ve *aterrizar* al fantasma de las revistas maravillosas, quien ha guiñado el ojo al guarda, agradeciendo su complicidad.

El 61 y el 63 son los tranvías más provincianos de la ciudad. Sirven para ir al Jardín Botánico y Zoológico, respectivamente. Están hechos con pedazos de las catorce provincias... El conductor tiene cara de gaucho o cocoliche, indefectiblemente.

LOS LACROZE

Son fragmentos de viejas casas coloniales. Llevan algibe, flores en las ventanas y están atendidos por guardianes. Como pasan por los Tribunales, andan bien con los jueces. Los pintan con los sobrantes de la pintura de las casas de Chivilcoy...

ENRIQUE M. AMORIM

DIBUJOS DE PARPVONOLI



Los de ayer

Bartolomé Hidalgo



UÉ el general Mitre quien llamó a Hidalgo "el Homero" del género gauchesco en poesía, refiriéndose, sin duda, a sus respectiv. s paternidades: en el griego las "rapsodias" y en el oriental los "diálogos". Pero posteriormente a aquel juicio del general, el publicista Rojas, en su abultada "Historia de la Literatura Argentina", se inclina, al tratar de "los gauchescos", a considerar a don Bartolomé Hidalgo el intermediario de la poesía "gaucha" o gauchesca, oral y la misma poesía escrita, que alcanzó después de Hidalgo "formas cíclicas más trascendentes y profundas".

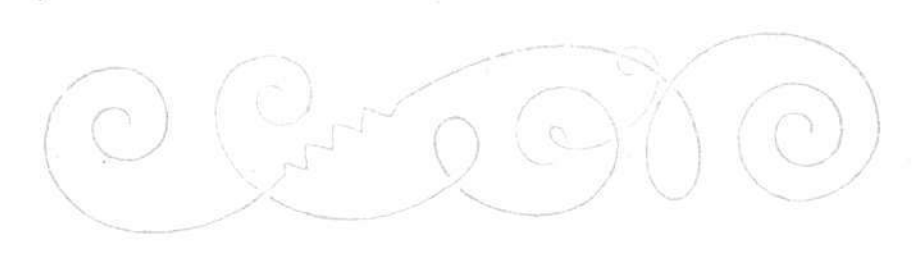
La biografía de este payador no está bien esclarecida sino en el período guerrero, que comienza en 1811 y va hasta el 14, resultando sus orígenes muy obscuros. Sólo se tiene averiguado que nació en Montevideo el 24 de Agosto de 1788, que perteneció a una familia muy pobre y que era peluquero cuando se inició la revolución emancipadora en el Plata.

Posiblemente militó a las órdenes de Belgrano en el Norte, hasta el año 14 en que se avecindó en Buenos Aires, desempeñó el puesto de oficial segundo en la tesorería de la Aduana, y dióse a cantar en sus "Cielos" y en sus "Diálogos" los recuerdos de su juventud dedicada a las armas. Falleció joven, de una afección pulmonar, el año 23, y así como sus orígenes son inciertos, ignórase el lugar donde reposan sus restos. "El misterio — dice Rojas — ha velado su muerte, como veló su cuna y su niñez, dejando su vida en esa zona de penumbra propicia a los manes de un payador popular y a las sugestiones de una personificación legendaria".

Dejó Hidalgo, como obra personalísima, los "Diálogos patrióticos" hoy completamente olvidados por nuestro pueblo. Tres son esos "Diálogos", y aparecieron en Buenos Aires durante los años 1820-22, popularizándose mucho, tanto por el color local que contienen, como por su "actualidad" política. Literariamente considerados — que es el valor de ellos para nosotros, aparte del que puedan tener como documentos para la historia política — los "Diálogos" inauguran un nuevo período de la poesía popular, "transformando el viejo romance de las payadas, en la poesía civil de la sociedad de nuestros campos". Después de ellos, vendrían los versos de Ascasubi, con su "Santos Vega", anunciando ya la llegada del "Martín Fierro", insuperable dentro del género.

No cabe, dentro del reducido espacio de estas notas recordatorias, más que el esbozo biográfico del personaje, precisamente lo más precario que de Hidalgo nos resta. Cuanto se ha dicho de su historia, salvo el lapso de tiempo que dedicó a las armas de la revolución, es pura fantasía, propicia o no "a los manes de un payador". En lo que respecta a la técnica de la poesía gauchesca de la cual fué Hidalgo el Homero que la concentró, inútil resultaríanos el esfuerzo por querer sintetizar una explicación aquí. A quienes interese el punto, fácil será hallar las fuentes necesarias. Para la masa, para el lector sin tiempo que perder en la averiguación de minucias literarias, bastaría con una buena edición de sus "Diálogos" y de sus "Cielitos", pues ellos solos darían exactísima idea del valor de la musa popular que alentó al olvidado Hidalgo. En cuanto a la figura del payador, conforme nos lo legó la tradición, copiemos la otra copia verbal que ya nos hizo el tres veces citado Rojas: "Se nos aparece la figura de Hidalgo, al entrar a la historia de la literatura nacional, vestido el chiripá sobre su calzoncillo abierto en cribas; calzadas las espuelas en la bota sobada del caballero gaucho; terciada, al cinturón de fernandinas, la hoja labrada del facón; abierta sobre el pecho la camiseta obscura, henchida por el viento de las pampas; sesgaba sobre el hombro la celeste golilla, destinada a servir de banderola sobre el enhiesto chuzo de los lanceros; alzada sobre la frente el ala del chambergo, como si fuera siempre galopando la tierra natal; ennoblecida la cara barbuda por su ojo experto en las baquías de la inmensidad y de la gloria..."

FILEMON CONTRERAS



Un CRIMEN EXTRAÑO





ECORDÁIS la muerte de Enrique Saun? Una mañana apareció estrangulado en la cama. Por ninguna parte se encontraron indicios de lucha. Ni en las ropas del lecho ni en la habitación había nada anormal. Tanto la ventana como la puerta del cuarto estaban cerradas por dentro. La misma posición que ofrecía el fallecido era enteramente natural. La información médico-legal estableció que había sido ahogado, mientras dormía, por una mano fuerte de hombre; pero fué imposible comprobar a quién pertenecía esta mano. En el dormitorio de Enrique no había podido entrar nadie, y el más minucioso registro no permitió hallar vestigios de persona alguna. No pudo encontrarse al matador, y el crimen quedó impune.

Desde las primeras noticias que de este extraño suceso dieron los diarios, yo hubiera podido aportar datos y declaraciones que habrían facilitado mucho la acción judicial, y acaso explicar el misterio; pero estos datos y declaraciones eran de índole tan singular, tan fuera de lo normal, tan contrarios a la lógica que, después de meditarlo mucho, decidí abstenerme de toda intervención.

Seguramente no hubiera sido creído, y, de todos modos, mi revelación se habría estrellado ante la ignorancia y las dudas generales. Pensé que sólo perjuicios podía motivarme mi participación en el extraordinario suceso.

Hoy, que ya ha transcurrido suficiente tiempo para que los ánimos se hayan calmado, y que ciertas circunstancias, que espero dar a conocer algún día, me han facilitado las pruebas de una verdad tan extraña como aparentemente ilógica, hoy, digo, estoy decidido a declarar cuanto sé, sin temor a la opinión de escribas ni fariseos. «Lo verdadero — dice Boileau — puede, a veces, no ser verosímil».

He aquí los hechos:

Una mañana, mientras me hallaba, como de costumbre, atendiendo a mis enfermos, en mi consultorio, se me presentó un individuo que decía llamarse Enrique Saun.

El hombre hablaba angustiado, nervioso, dominado por la obsesión de algo desagradable que debía haberle ocurrido recientemente.

— Doctor Gutiérrez — empezó diciendo, — necesito saber toda la verdad. Quiero saber si cuanto me ocurre no son más que alucinaciones de un cerebro enfermo, como quizá es el mío, o bien es cierto, real lo que me está sucediendo. Sé que es usted el primer médico alienista de Buenos Aires, y sólo usted puede salvarme de la dolorosa situación en que me encuentro. Es tan extraño todo lo que me ocurre que, le aseguro, he llegado a dudar hasta de mi propia existencia. Pero antes desearía ponerle a usted en antecedentes...

— Hable — dije sencillamente.

— Tengo trein

ta años — siguió diciendo el narrador, — y hace quince salí del Asilo de las Mercedes, donde fuí criado. No he conocido a mis padres. La persona que me sacó del asilo lo hizo con objeto de proporcionarse un criado.

— ¿Quién fué esa persona? — pregunté.

— La misma con quien he pasado los quince años restantes de mi vida, y la culpable de todas mis desdichas actuales.

— ¿Se llama?

— José Máximo. ¿No le dice a usted nada este nombre?

— Algo me dice. Se trata de un hombre que se ha hecho célebre en la ciencia del hipnotismo. Es un continuador del famoso coronel de Rochas.

— Justamente. Y su fama es inferior a los medios poderosos de que este hombre dispone, como va usted a ver.

»Cuando salí del asilo, él continuó mi instrucción. Decía que mi inteligencia era bastante despejada y que podía ser algo más que un simple criado. El mismo me enseñó las matemáticas, la química, ciencia que posee tan profundamente que ha conseguido fabricar el oro. Me puso profesor de idiomas, y, en pocos años, dominé las cuatro o cinco lenguas principales europeas. Entre tanto yo leía todos los libros de su biblioteca, y no tardé en conocer las literaturas antiguas y modernas.

»Conforme fuí progresando en cultura, mi protector me concedió mayor amistad.

»Llegué a ser no sólo su secretario sino su colaborador en determinados trabajos y hasta su amigo de confianza.

»Durante los primeros cinco años que permanecí a su lado, cada vez que él viajaba yo me quedaba en su casa, en Buenos Aires, con los demás criados; pero transcurrido dicho tiempo le acompañé en todos sus viajes.

»De este modo recorrí, varias veces, Francia, Inglaterra, Norte América, el Egipto y la India.

»José Máximo visitaba periódicamente dichos países, con objeto de ponerme en contacto con las personalidades más sobresalientes en las ciencias del hipnotismo y del espiritismo, a cuyas sociedades pertenecía.

»Por tal motivo, en París tuve ocasión de conocer al famoso coronel de Rochas y de presenciar sus maravillosas sesiones de sugestión hipnótica, en las que hacía recorrer al *sujeto, en trance,* varias de sus pasadas existencias. Mi maestro llegó también a realizar el mismo fenómeno, particularmente conmigo, por ser yo, según afirmaba, un excelente *sujeto.* A propósito de estas experiencias, José Máximo acostumbraba a decir que eran la comprobación del Karma de los Vedas, de las sucesivas reencarnaciones del alma.

»En Londres conocí a la *Sociedad de Investigaciones Psíquicas,* y en ella tuve ocasión de tratar a personas tan eminentes como el profesor Myer, de la Universidad de Cambridge; William James, el célebre psicólogo y filósofo; sir Oliver Lodge, el autor de *La supervivencia humana,* y los famosos mediums Piper, Thompson y Staiton Moses.

»Presenciamos sesiones espiritistas en el *Gabinete de Julia,* el espíritu familiar del señor W. Stead, el conocido periodista, quien después ha publicado sus comunicaciones de ultratumba en una obra muy interesante, titulada *Cartas de Julia.* Algunos de estos experimentos no dejaron en mi espíritu la menor duda de que la comunicación con los llamados muertos es una realidad, y recuerdo, a este propósito, las mismas palabras de sir Oliver Lodge, quien decía que se veía obligado a creer en la existencia futura por pruebas que descansan sobre bases puramente científicas.

»Nuestros viajes al Egipto y la India tenían por objeto documentarse mi maestro en la ciencia teosófica. Perseguía la búsqueda de los libros sagrados de la India, en sus propios originales, en idioma sánscrito, cuyas traducciones ha logrado hacer completas.

»A este propósito me decía, frecuentemente, que el mundo occidental cree poseer una civilización superior, cuando, en realidad, está muy por debajo de la que floreció, hace miles de años, entre los vedas, y también, mucho antes, entre los atlantes.

Y decía que los teósofos y orientalistas modernos padecen muchos errores y charlatanerías, y que son muy pocos los investigadores dignos de tomarse en consideración. Entre éstos recuerdo los nombres de Max Muller, Rodolfo Steiner y Annie Besant, que se los he oído repetir muy a menudo.

»Nuestras excursiones por la India, particularmente en las regiones del Tibet y del Himalaya, estoy seguro que proporcionaron a mi maestro el descubrimiento de secretos importantes que poseyeron antiguas civilizaciones y que ignora la humanidad actual.

»El habla, frecuentemente, de la fuerza intramolecular que conocieron los atlantes; de la energía sideral que gobierna los mundos, capaz, por sí sola, de dar al hombre un dominio completo sobre la naturaleza de este mundo y de los demás planetas. Y creo que si a dichas fuerzas no las domina por completo José Máximo, tiene sobre ellas un conocimiento vasto.

»Entre otros secretos de menos importancia posee el del temple del cobre, que se asegura descubrieron los atlantes, y el de fabricar oro.

»Mi hábito de trabajar con él me hizo saber, hace poco tiempo, casual y naturalmente estos últimos secretos.

»Mientras viví con él, nunca pensé hacer uso de ellos; pero a consecuencia de ciertos experimentos de hipnotismo que verificó conmigo, supo que yo había adquirido dichos conocimientos.

»A partir de entonces me retiró toda su confianza, y más tarde, hace dos meses, me dijo que no necesitaba mis servicios.

»Me separé de él. Mi situación económica era bastante precaria, y pensé resolverla explotando los secretos que había conocido. He de advertirle que para la fabricación del oro se necesitan aparatos eléctricos costosísimos, por cuyo motivo este proyecto, que es el principal, lo tengo relegado a segundo término, hasta que cuente con medios suficientes. Pero me he puesto en relación con una casa manufacturera alemana, ofreciéndole la forma del temple del cobre.

»Por lo que me viene sucediendo, mi maestro ha debido saber, por medio del hipnotismo, mis propósitos, y, con ayuda de los medios extraordinarios de que dispone, quiere impedirme que haga uso de sus secretos.

»Lo que voy a revelarle, doctor, es tan extraño, que temo no ser creído; pero yo le ruego no se deje influenciar por

las apariencias y me preste atención hasta el final. ¿Cree usted en el desdoblamiento de la persona?»

— Conozco numerosos relatos de esa índole — contesté, — y entre ellos los que expone el profesor Myers en su obra *Fantasmas de vivos*. Opino sobre esto que nuestra psicología es un terreno donde queda mucho por explorar.

— Bien; pues desde hace algunos días — siguió diciendo Enrique Saun — tal es el caso que me ocurre con José Máximo. Le aseguro que me molesta en extremo, y que he llegado a preguntarme si mis facultades mentales no estarán en estado anormal.

— ¿Qué es, pues, lo que le sucede? — pregunté.

— Hace pocas noches me desperté con la sensación de que había alguien en mi cuarto. En efecto, me incorporé en la cama y creí ver a una persona que se inclinaba sobre mí. En la semiobscuridad de mi habitación percibí la figura de José Máximo. Toda ella estaba envuelta en una ligera bruma. El fantasma me miró durante breves segundos, y, de pronto, desapareció.

»Supuse que todo había sido una simple alucinación. Dos o tres días después volvió a ocurrirme lo mismo; pero esta vez la visión no sólo se dejó ver sino que me tocó y me habló.

»Me desperté con la sensación de tener su mano en mi propia cara, y le oí decir con toda claridad:

»— No hagas uso de mis secretos, o te ocurrirá una desgracia.

»Desde entonces he dejado una luz encendida en mi habitación; pero esto tampoco ha impedido que se repita el fenómeno.

»Anoche mismo, después de sentir, como de costumbre, en mi cuarto, una especie de corriente de aire frío, vi a José Máximo, que, apoyándose en mi hombro, me volvía a repetir:

»— Si haces uso de mis secretos te ocurrirá una desgracia.

»Tuve suficiente serenidad para observar que la línea de luz tamizada por la lamparita eléctrica, con pantalla, quedaba obscurecida en la parte en que se interponía el fantasma.

»Por consiguiente, el cuerpo de éste no sólo era aparente sino real y material.

»Pero hay que tener en cuenta que yo duermo, precisamente, todas estas noches, con la ventana y la puerta de mi dormitorio cerradas interiormente.

»¿Cómo, pues, interpretar esta aparición? ¿Una alucinación varias veces repetida? Yo le he visto y le he oído hablar de la misma manera que a un ser de carne y hueso.

»¿Pueden las facultades mentales alterarse hasta este punto, cuando en todos los demás órdenes yo considero mi inteligencia en estado perfectamente normal?

»Por otra parte, el cuerpo astral, el doble, como dicen los teósofos y los hipnotistas, ¿puede llegar, realmente, a producir tales apariciones? Es justamente lo que deseo saber, doctor, y de todos modos, sea lo que fuere, necesito emplear los medios convenientes para recuperar la tranquilidad y la salud, que las voy perdiendo cada día más.»

Mi extraordinario visitante había terminado su narración.

Le ausculté cuidadosamente, y ninguna tara fisiológica ofrecía su organismo.

Así se lo hice saber, exponiéndole el régimen de vida que consideré apropiado para su caso. Simplemente paseos por el campo, baños de sal, alimentación adecuada, etc.

Enrique Saun quedó en volver a visitarme algunos días después.

Pero no volvió. Transcurrieron los días, y de vez en cuando recordaba a mi extraño cliente y a su misterioso maestro José Máximo, cuya figura singular me traía a la memoria los cabalistas de la Edad Media, y, en la época moderna, al conde de San Germán, y a Cagliostro, el José Bálsamo tan interesantemente descripto por Dumas padre.

Una mañana, leyendo un diario, mis ojos tropezaron casualmente con la noticia: Enrique Saun había sido encontrado muerto en la cama.

A partir de aquel día leí con avidez cuanto se relacionó con este suceso.

Las circunstancias extrañas en que fué hallado el cuerpo de Enrique ya son conocidas: era imposible admitir la entrada de persona alguna en su dormitorio.

Mientras duró el proceso ni un solo detalle figuró en él de lo que el joven me había contado, ni tampoco el nombre de José Máximo.

El matador de Enrique Saun fué imposible encontrarlo, pues no hubo medio de comprobar su existencia.

Y el sumario tuvo que ser sobreseído.

Meditando sobre este asunto hube de reconocer que en todo él había mucha parte de misterio que estaba por encima del común de los hombres.

Releí la obra de Myers, *Fantasmas de vivos*, y volví a repasar detenidamente algunas descripciones en las que el sabio profesor de la Universidad de Cambridge relata otras tantas apariciones de personas a larga distancia de donde sus cuerpos se encuentran. Son narraciones realmente turbadoras, cuya autenticidad garantizan, además del ya citado profesor, E. Gurney y Frank Podmore, personas respetables en el mundo de las letras y de las ciencias. En una de estas apariciones, la que verifica el reverendo C. Godfrey ante una señora amiga suya, aquel señor se hace ver, sentir y oír en circunstancias semejantes.

En el caso de Enrique Saun no sólo había que admitir todos estos fenómenos sino aun más: el doble de José Máximo ocasionándole la muerte.

El estado actual de nuestra psicología no permite comprobar semejante hecho. Decimos que esto es un absurdo. Pero la ignorancia de las cosas, ¿da derecho a negarlas?

Nuestra inteligencia, nuestra razón, se niegan a admitir lo que no comprenden, y, sin embargo, en el suceso que describo, en el cual la justicia humana, falta de elementos de juicio, no ha podido dar un fallo, la única solución posible es la más absurda, la más inverosímil: la de creer que José Máximo, temeroso de que algunos de sus secretos llegaran a ser del dominio público, ha determinado, por medio de su voluntad, a larga distancia, la muerte de Enrique Saun.

Javier Núñez de Prado



Apellidos Argentinos

MENENDEZ

Que Menéndez viene de Menendo, patronímico muy usado en la Edad Media, resulta casi claro como el agua limpia. Pero ¿de dónde viene ese Menendo? Un vasconizante diría que de *mem*, mina, y de *andi*, grande. Siempre los partidarios del idioma eúscaro perseguirán su ideal filológico sin desmayar. Por mí, vuelvo a deciros, lectores, que simpatizo con esa escuela. En el fondo de la cuestión, hay verdades que irán saliendo a luz lentamente. Fijar las proporciones en que los diversos idiomas hablados en la madre patria influyeron en la forma del actual idioma español, resulta una tarea difícil, pero grata.

Oigamos ahora al tantas veces citado Godoy Alcántara, erudito que no siempre acierta, pero cuyos datos servirán a los aficionados para futuras investigaciones.

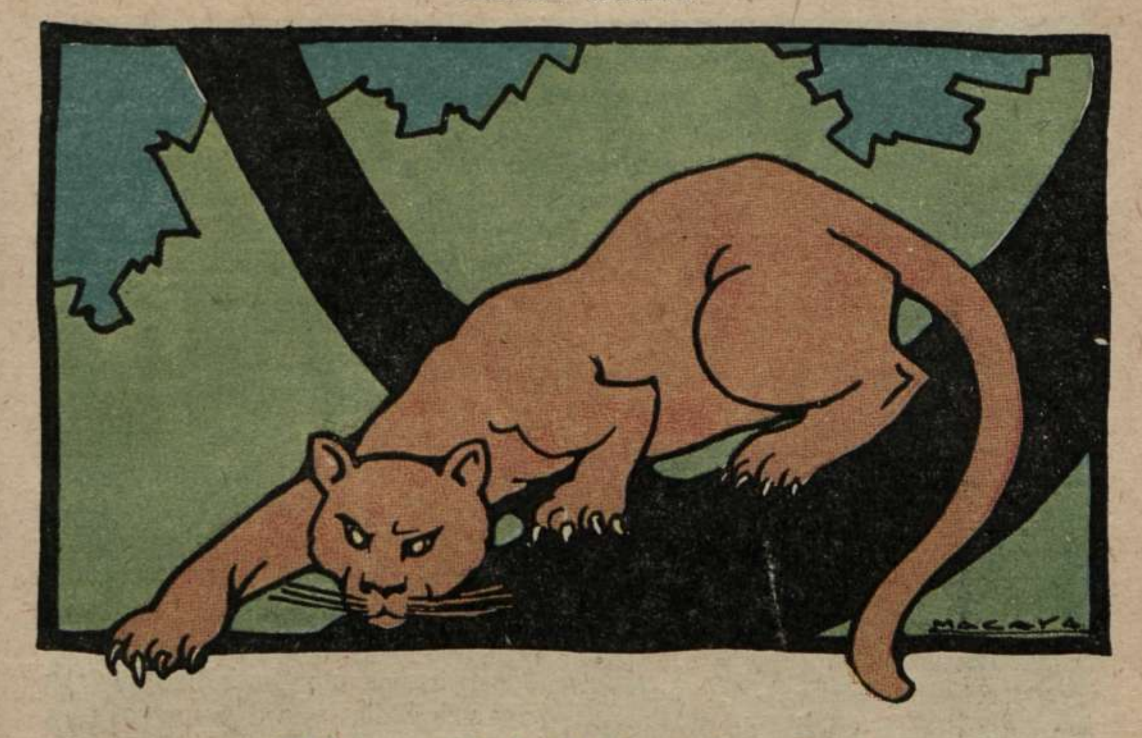
"Entre los visigodos, como en el imperio bizantino, los partidos políticos tomando el carácter de sectas religiosas, las oposiciones revestían las formas de divergencias dogmáticas. Hermenegildo, príncipe real, adoptando, a instigación de su esposa, la creencia del partido popular, vino a ser naturalmente su jefe. En la empresa de llevarle al triunfo fuéle contraria la fortuna, y como en las luchas civiles ser humano es hacerse sospechoso, y se interpreta traición la clemencia, Leovigildo tuvo que mostrarse jefe de partido antes que padre, y Hermenegildo perdió la vida. El pueblo hizo del que había aclamado Rey su ideal y mártir, y cuando triunfó su causa le proclamó santo, apoteosis del tiempo, y cada familia se apresuró a distinguir con su nombre a alguno de sus individuos; pero su divulgación por comarcas diversas en que el lenguaje se estaba transformando y en que la pronunciación variaba de inflexión y acento, lo convirtió en *Hermegildus, Ermigildus, Gildo, Hermegeldus, Ermezildus, Ermengillus, Hermegillus, Ermeildo, Ermildo, Ermillo, Armillo, Ermigius, Ermius, Hermenendus, Menendus, Menindus, Manendus, Meendus, Mendus, Melendus, Belendus, Melendro, Melend, Melen, Meen, Men, Mene, Menen, Menitius, Menentius, Menzius, Hermenegaudios, Ermengaus, Ermengau, Armengual, Amengual, Gual, Hermengotus, Ermengode, Armengod, Armengol, Armingol, Ermengol, Armigot, Ermegot, Ermego,* con sus femeninos *Ermendarga, Ermegudia, Ermesenda, Armesende, Ermessindis, Menenza, Menzia, Menza;* de donde se derivan los patronímicos: *Hermenegildez, Gildez, Gilez, Ermeguildez, Hermildiz, Hermildez, Armildez, Ermeildez, Ermeilidez, Ermillez, Armillez, Almindez, Ermendez, Ermigiz, Ermiz, Menindiz, Menendez, Medendiz, Mendiz, Mendez, Melendez, Belendez, Menez, Menezo,* confirmante de escritura del 921 en el libro gótico de Cardeña, *Meneses, Menendieziz.* Bajo el pastoril pellico redújose este nombre a *Gil* y *Gila.* Ya notó Mariana la popularidad que circundó la memoria del príncipe mártir: "La devoción que con él an-" tiguamente se tuvo, dice, fué muy grande, como " se entiende así por lo dicho, como de que mu-" chos, así varones como hembras, se llamaron " de su nombre Hermenegildos, Hermesindas, " Hermenesindas, y aun los sobrenombres de Ar-" mengol y Hermengaudo, de que usaron los " españoles, entienden algunos se tomaron del " nombre de este santo. Lo mismo se dice de " Hermegildez y Helmildez, que tienen termina-" cion áun más bárbara."

Francamente; esta serie de transformaciones sólo me convencen en parte. Hay mucha violencia y gran disparidad, sobre todo en los apellidos que tienen las radicales *mend* y *menen.*

La cuestión, pues, no está dilucidada ni lleva camino de estarlo mientras no se apele a otros recursos filológicos y se olviden prejuicios antiquísimos.

Volviendo al nombre Hermenegildo anotemos las dos etimologías que se han dado. *Hermes,* Mercurio, palabra griega, y la gótica *hild* (gild), escudo, esto es *escudo de Mercurio,* es una. Barcia opina que *erman* y *gild* dos vocablos góticos que significan *el que distribuye a los soldados,* constituyen la otra. Respecto al nombre Gil, Calandrelli lo trae del griego *agis, aigidos,* coraza, égida, voz que da el nombre Egidio, convertido después por los españoles en Gil.

A R G A N T O N I O



EL PUMA

Cuando en Misiones un tigre ha pasado su temporada haciendo sistemático estrago en el ganado de la sierra, y cesa de pronto de hacer oír en la madrugada su estertor de caza, las gentes lanzan un suspiro, pues ello indica que el puma ha hecho irrupción en el terreno, ahuyentando a su rival.

No se explica suficientemente esta creencia nativa. Nada la afirma, ni las respectivas fuerzas y valentía de ambas fieras, ni las observaciones sobre ellas cuando se las ha puesto en contacto en domesticidad. Antes bien, cuánto posee el tigre de capacidad acumulativa en violencia cuando se lo va acorralando en tierra, falta del todo al gran gato amarillo de mirada tranquila e inextinguible sed de sangre, que es el puma.

La característica física de este ser, es su agilidad extraordinaria para trepar. No hay guayabo o cerezo de corteza dura, estucada y luciente, como bruñida a la goma laca, donde las garras del puma no hagan presa, en una ascensión perpendicular, y a escape. Como el gato, cuando se lo corre de cerca, su mirada cárdena busca y cae infaliblemente sobre el tronco más derecho y alto, y en un instante está allá arriba, escondido tras una horqueta, si la halla, o abrazado al árbol con sus cuatro garras, y la ansiosa cabeza volteada sobre los perros.

No se conoce en Misiones caso concreto de un puma que haya avanzado tres metros contra el hombre. Su falta de ánimo para la lucha llega, según parece, hasta huír de su guarida ante el latido de los perros, abandonando a sus tiernos cachorros, cuando el que estas líneas escribe estuvo a punto de perder los ojos ante la heroica furia de un picaflor, cuyos pichones deseaba observar de cerca.

Un conocido nuestro, cazador de tan grande aliento que su estertor de fatiga resonaba horas enteras en el bosque, al correr tras una bestia, al punto de hacer exclamar desde lejos:

"Allá va Juan cazando",—este cazador arrancó un día a latigazos la piel de la cabeza de un puma, de cuya cola se había apoderado, ciñéndola contra un árbol.

La sed de sangre de este animal es tan violenta que le hace olvidar de su propia vida. Aplica la boca al cuello abierto de su víctima, y parecería entonces totalmente inmóvil, a no ser por sus distanciadas y hondas degluciones. Vaciada ya su presa, pasa a otra; y luego a otra, y otra más. Llega un instante en que la sed del puma está colmada; no admitiría una gota más de sangre. Se echa entonces, con los miembros de plomo y la mirada velada de saciedad. Invádele poco a poco irresistible sueño, y se duerme por fin a digerir en el aniquilamiento sus sangrientas pesadillas,—de las que no siempre vuelve con vida.

En cierta ocasión, en el Chaco, como hubiera faltado un mes de casa, hallé al volver que casi todas nuestras gallinas habían desaparecido. Desde dos noches atrás — me dijeron los peones — un ser nos visitaba, dejando diseminadas alrededor del gallinero quince o veinte cabezas arrancadas. Los perros nada habían sentido.

Aunque dudando un poco del destino de mis gallinas, monté guardia con mis cuatro perros. Muy tarde ya, tal vez muy cerca del alba, algo gritó hacia el gallinero, a los que los cuatro foxterriers respondieron abalanzándose con un alarido.

Nuestro rancho quedaba en la orilla de una isla de monte, bastante virgen y sucia, por capricho nuestro. En un instante los perros hallaron el rastro, que se cortó en el centro mismo de la isla. Pasado un momento, los perros arañaban y mordían la corteza de un árbol, aullando desesperadamente hacia arriba.

Arriba, eran las tinieblas. Coloqué a mis espaldas a un peón con el farol de viento alzado hasta mi cabeza, y busqué con el winchester un vago punto de mira en la lóbrega altura. Lejano, como en el mundo de las estrellas, creí percibir algo luminoso que no era el reflejo de un borde de hoja, y disparé. Sobre el estampido, un animal se aplastó en tierra, y los perros estaban ya sobre él, destrozándolo. Triunfantes, bajamos el farol hacia la presa cogida. Era una gallina.

Tal cual. Pero una gallina no duerme aislada en el monte, a quince metros de altura, — ni para los perros, que desorientados habían abandonado su presa, en procura de otra. Un aullido transpasante nos indicó que acababan de hallarla, a diez metros escasos del lugar. Allí, en efecto, estaba arrinconado un joven puma teniendo a raya a los perros, uno de los cuales, con el vientre de fuera, batía desesperadamente la tierra con las patas delanteras.

Un puma con la espalda resguardada, no es presa amable para tres foxterriers. Volqué en consecuencia el winchester sobre sus mismos ojos, sin que el animal, forzado a fondo por los perros, se atreviera a apartar de un zarpazo el cañón del arma, aunque se daba cuenta de lo que le iba en ello, y disparé de nuevo.

El cachorro, allá en lo alto con la presa en su boca, había dejado caer la gallina al recibir el tiro, que lo había transpasado desde el cuello a los ijares, según después vimos. Habíase deslizado en seguida a lo largo del tronco, siendo sorprendido en su fuga por mi pobre foxterrier.

De todos modos, nunca hemos vuelto a hacer tiro tan dramático y providencial, para ver caer una gallina.

H. Q.

DIBUJO DE MACAYA

EN EL PARALELO 28 EL VIEJO CORAZON



TENÍA incrustaciones de nácar que le daban apariencia de fría suavidad. Bien brillantes los trastes, resaltaban en la obscura madera de su brazo estirado altivamente y su cuerpo, con la boca rayada por las cuerdas, parecía absorber voluptuosamente el sonido y repartirlo en su interior hasta llenarlo de armonías deliciosas. Cuando descansaba al lado de la cama de su dueño, parecía soñar con sus triunfos y acaso el aire movía un poco el encordado y un breve murmullo era su sonrisa de feliz recordación.

Cuando se le cortaba una cuerda enroscándose como torturada por el dolor, toda ella gemía en un sonido prolongado y sordo. Tenía alma esta guitarra. En los diez años que anduvo acompañando al viejo Corazón, sufrió y gozó junto con él. Su vida era la del viejo Corazón. Quizás el alma de éste se refundió en la guitarra. Quizás un día se coló por la boca y estaba allí, dentro de la caja, en un rincón, atenta siempre a los sonidos que llegaron de afuera.

II

EN diez años que el viejo Corazón tocaba en esta guitarra, habíale cobrado un cariño entrañable. Vibraba con sus cuerdas en las mutaciones dolorosas o alegres de los bailables que ejecutaba, y la acariciaba con furor salvaje con sus dedos huesudos y nudosos.

Cuando arrancaba de sus cuerdas

las notas hondas y a la vez tristes y picarescas de las canciones populares quichuas o correntinas, el viejo Corazón inclinaba su cabeza hasta apoyarla casi sobre el brazo altivo de su guitarra. Su alma, entonces, seguía emocionada los sonidos ora suaves, ora fuertes, pero siempre de una rara mezcla de alegría y tristeza, que es la vida misma.

Esto lo sentía el viejo Corazón. Esto lo decía en su guitarra con incrustaciones de nácar. Por eso se inclinaba dolorido sobre sus cuerdas; por eso era incansable y no cesaba de arrancar tristezas de ellas en los cantos ingenuos, melancólicos, hondos, nacidos del alma simple y primitiva de estas gentes.

III

Corazón era ciego. Desde niño se ganaba la vida tocando en los bailes o en los boliches de turcos del Chaco Santiagueño.

En la actualidad tenía una edad indefinida, pero su rostro cetrino, en el que las arrugas formaban una curiosa trabazón, decía la miserable vida que había fatigado. Su cara endurecida tenía un no sé qué de hostil, pero a poco se reflejaba en ella, en ondas cálidas e insinuantes, la resignación, la enorme resignación que insensiblemente había adquirido su alma.

Hablaba muy poco. Apenas si en sus labios gruesos — y el inferior caído — se desdibujaba de vez en cuando una sonrisa. El alcohol lo tornaba aún más silencioso y hosco, y entonces parecía refugiarse en su guitarra, a la que acariciaba con furor contenido; sus dedos recorrían nerviosos el encordado y la apretaba fuertemente contra su pecho.

Caminaba mucho. Prefería caminar a ir en los carros de los *fleteros*. Había recorrido con su fiel compañero *El Coya*, quien le servía de lazarillo y tocaba el mandolín, todos los campamentos de todos los obrajes del norte de Santiago.

El bosque y sus habitantes le eran familiares.

Paraba en los boliches de los turcos, donde lo venían a buscar de los campamentos para que tocara en los bailes que le dan a Santa Telesita. Por pocos pesos y mucho alcohol, tocaba toda la noche y en ocasiones el día y la noche siguientes.

Y esta miserable vida que arrastraba desde hacía quién sabe cuántos años, Corazón la iba consumiendo día a día, apurando, sin darse cuenta, con esa mansa resignación con que vivía sus tinieblas, cada vez nuevos dolores, cada vez más amarguras.

IV

El *Coya* era la antítesis viviente de Corazón. Alegre, dicharachero, siempre ebrio, no lograba arraigar en su alma la tristeza.

Bailarín infatigable, no había nadie que supiera más mudanzas que él en el *gato* o en la *chacarera*. Cuanto contendor le opusieran, bien pronto daba cuenta de él, con sus extrañas figuras en el zapateo elegante con que se amenizan estos bailes. En cualquier parte era codiciado como compañero; cualquier mujer se lucía si lograba seguirlo en sus difíciles evoluciones. Por eso tenía tanto prestigio entre el sexo débil, y fiesta a la que asistiera, fiesta en la que dejaba dos o tres corazones de chinitas soñando con un amor con el hábil bailarín y músico.

Corazón a veces le reprochaba que poco lo acompañara con su mandolín; pero cuando oía el ruido de los pies de su amigo sobre el piso de tierra y sentía el olor a polvo que levantaba, una sutil sonrisa apenas se esbozaba en sus labios. El conocía bien las andanzas de *El Coya*, sabía de su prestigio entre las mujeres y, sin darse cuenta, sentía un poquito de orgullo. Los triunfos de su lazarillo, casi los sentía en carne propia. El, que nunca había conocido el amor; él, que jamás había sentido la dulce presión de dos labios femeninos sobre los suyos, ahora resecos como charque, se envanecía un poco con las aventuras galantes de *El Coya*, que el mismo le contaba, o que oyera contar en sus andanzas por bailes y boliches.

Corazón, sin embargo, no lo envidiaba. Aprendió a suplir todo, hasta el amor, con el alcohol a noventa y cinco grados. Como afección, le sobraba con la que le tenía a su guitarra, y quizás también un poco a su fiel amigo. Por lo demás, Corazón no necesitaba ni pedía afectos a nadie. A veces, sólo a veces, sentía una necesidad vaga, lejana, de franquearse o, mejor, de conversar con *El Coya*, pero nunca pasaban de algunas palabras, porque cuando comenzaba a hacerlo con su voz tímida, saturada de humildad, *El Coya* lo ahogaba con sus dicharachos, con su verba rápida y mareante.

— Tará contenta la Telesita, ¿no? — decía el viejo Corazón a la salida de un baile.

— Pero no, che... Si la caña apena tuvo sirviendo pa mojar el garguero, po... Vusté tiene qui ver, che viejo, qui la Telesita no si ablanda con eso, po... — y ya en comentarios sobre el baile, se dejaba arrastrar por sus recuerdos, y continuaba charlando:

— Endenante, tuavía taba dando gusto. ¿Si acuerda, che, viejo, el bail'e la Rosalía?... ¡Linda la minorcita!, ¿no?

El viejo Corazón marchaba silencioso a su lado, con su guitarra bajo el brazo, apretándola más fuerte que nunca, quizás sintiéndose más solo, más dolorosamente solo.

Marchaban así por la picada de un monte. Los altos quebrachos blancos inclinaban su copa sobre el camino, que seguía con sus curvas acariciantes, dejando en cada árbol de la orilla una impresión de fugacidad.

Caminaban los dos una mañana por la picada. Los ojos de Corazón eran dos garrapatas pequeñas que se habían pendido en su cara cetrina, dos garrapatas inmóviles que vivían allí de la vida miserablemente sola del pobre Corazón.

La mañana nublada insinuaba la lluvia que pronto había de caer y dar vida a los árboles del monte, que estaban mustios, caídos, de un color borroso por la tierra.

Van silenciosos por la angosta picada del monte. Corazón, del brazo de su amigo, siente la presión de la atmósfera, y sale de su mutismo para preguntar:

— ¿Ta entoldao?

— Pero, parece... — *El Coya*, contra su costumbre, no continuó hablando. Aquel día, algo los hacía caminar, caminar ligero, sin conversar.

El viento parecía despertarse por momentos, sacudiendo los árboles, que se entrechocaban, poniendo en el aire un murmullo angustioso. Entonces Corazón y *El Coya* apretaban el paso, sin darse cuenta. Iban oprimidos. Era la primera vez que ambos eran agitados por sentimientos semejantes. Tenían una vaga conciencia de la soledad de sus vidas; de las miserias de esta vida que arrastraban: Corazón, por necesidad; *El Coya*, por gusto. Pero los dos divergían en la apreciación de esos sentimientos. Mientras *El Coya* veía an-



te su vida futura una perspectiva más clara, Corazón aceptaba la suya con esa mansa resignación que había adquirido sin querer, insensiblemente.

Y caminando por la picada del monte, el alma de Corazón se acercaba más a la de su amigo, mientras en la de *El Coya* iba anidándose una suerte de aversión por su compañero, en un naciente sentimiento de vivir otra vida más libre, sin sentir sobre su brazo el del viejo Corazón, que, en ese mismo momento, se apoyaba más fuertemente sobre él.

V

En un campamento del obraje *La Floresta,* sobre un catre de tientos, yace el viejo Corazón. La fiebre palúdica sacude su cuerpo en convulsiones terribles, que lo dejan agotado. Pálido el rostro enflaquecido, las arrugas le forman recios surcos.

A su lado, *El Coya* mira pensativo hacia el monte que se extiende a su alrededor, misterioso y hostil. Ya hace dos días que lo está cuidando, y está un poco cansado. Cansado del pobre viejo, que ahora duerme sus fatigas, con un respirar forzado. Ya ha pensado decididamente en dejarlo. Tiene ganas de irse a vivir *con la minorcita de las hijas'e la Rosalía,* que hace algún tiempo le concediera sus favores. Trabajará en los obrajes como peón, hará su campamento y llevará a su mujercita con él para que le haga la comida. Está decidido. En cuanto se mejore Corazón, lo llevará hasta donde él quiera, le buscará, si es preciso, un *chango* para que le acompañe en adelante, y se irá en seguida a buscar a la *minorcita.*

Siente, sin embargo, por momentos, una especie de remordimiento al ver al viejo tirado en el catre con la guitarra al lado de la cabecera, pero es un sentimiento tan vago, que no logra arraigar en él, ahogado por otro que se alza cada vez más fuerte desde la vez aquella en la picada del monte: aversión por el viejo.

Se había acostumbrado a la idea de que el pobre viejo le había robado los años de su juventud, y, con estos pensamientos, nada le costaba abandonarlo.

Por eso estaba pensativo *El Coya.* Estaba seguro que abandonaría a su compañero y que no se reprocharía nada por ello. Y, sin embargo...



Corazón, en cambio, ahora quería tanto a *El Coya* como a su guitarra. Tanteaba con su mano, buscándolo, y un sentimiento de ternura hacíalo parpadear constantemente y apretar con fuerza su brazo cuando caminaba a su lado. El notaba la preocupación de su compañero. *El Coya* no hablaba como antes; los dichos y los refranes no salían de sus labios con la misma facilidad que otrora. Una vez aventuró:

—¿Tas viniendo viejo, che Coya; ti han embrujao?

Pero ante el mutismo obstinado de éste, no se atrevió a insistir. Creyó que *El Coya* se hubiera enamorado, pero no pasó por su mente la idea que esto traería aparejada: que lo abandonara.

Y Corazón, ahora, se sentía menos solo Se acordaba menos de su guitarra, en cuyas cuerdas a veces dormían las tristes armonías de los *gatos* o las *chacareras* o el *carau* días enteros. Bas-

tábale saber que *El Coya* estaba siempre al lado suyo. Ahora era él quien hablaba. Ahora era él quien extraía de su memoria los recuerdos de los triunfos de *El Coya*, como bailarín, y aun de sus amoríos. Se los relataba al mismo *Coya*, con raro placer, con su sonrisa, que se había acentuado; y ponía tanto calor en su conversación, que las palabras parecían salir de sus labios resecos, lentas, acariciantes, dando la impresión clara de la sinceridad con que expresaba los elogios.

El Coya lo escuchaba, en esas ocasiones, silencioso y risueño. Recostado en algún árbol o sentado en un tronco, a veces le decía:

—¿Diande l'istá saliendo tanta conversación, che, viejo?

En los labios de Corazón se pronunciaba aún más la sonrisa, y no respondía nada.

VI

Cuando Corazón estuvo de nuevo en condiciones de seguir sus andanzas, se lo advirtió a *El Coya*.

Era una tarde desapacible, fría. Un viento molesto se colaba en el monte, azotaba los árboles y dejaba en el rostro y en las manos una helada caricia. La tristeza deambulaba por el bosque y parecía acechar detrás de cada árbol, en cada vuelta de la larga picada.

Corazón, sentado en un tronco de quebracho, con su guitarra entre las manos, arrancaba suaves acordes que el viento devoraba en su loca carrera.

El Coya, a la orilla del rancho formado por unos palos y un techo de paja y ramas, arrimaba leña al fuego que se consumía de inmediato atizado por el viento.

—¡Che, Coya! — llamó Corazón. — ¡Che, Coya! — repitió, al notar que no le contestaba.

El Coya acudió.

—¿Quí andás queriendo, che, viejo?

—Andá arrimándome al rancho... Este viento'e perra m'está jorobando.

Lo llevó *El Coya* hasta el rancho; le arrimó un tronco al lado del fuego y lo hizo sentar. Armó una chala, que ofreció al viejo, armóse otra para él y, luego de encenderla, se sentó; cruzó las piernas y ambos quedaron silenciosos. *El Coya*, con las manos en las rodillas, la chala entre los labios, perdida la mirada en el monte; Corazón, con su guitarra sobre las piernas, apoyados los codos en ella y los brazos cayéndole adelante, con sus dedos huesudos, tiesos, estirados.

En el fuego se asaba un *cuarto* de *guasuncho* que les dejara esa mañana el dueño del campamento. La noche iba cayendo sobre ellos, poniendo en todas las cosas paz de sombra y de recogimiento. Del bosque venían los ruidos misteriosos que lo pueblan. En la pequeña extensión de campo desmontada por un incendio, los troncos carbonizados tomaban, en la semipenumbra del anochecer, fantásticas formas.

Corazón y *El Coya* permanecían sentados inmóviles. Las sombras, poco a pocos, iban envolviéndolos sutilmente. La luz de la fogata iluminaba sus rostros morenos, prestándoles un fuerte color cobrizo.

El Coya pensaba y pensaba, y no encontraba la manera más fácil de decirle a su viejo amigo lo que ya tenía decidido.

Y así permanecieron mucho tiempo inmóviles. Parecían dos extrañas estatuas de bronce. Por fin, *El Coya* creyó llegado el momento. Había rumiado un pequeño discurso para preparar su partida. Se arrimó a Corazón, quitó con el pie un pequeño tronco que estaba cerca suyo, prendió la chala diez veces apagada entre sus labios, y comenzó:

—Mire, che, viejo...

Pero lo dijo en voz tan baja, que Corazón no pudo oirlo. En el mismo momento, el viejo levantaba la cabeza, como presintiendo a su amigo, y murmuró:

—¡Perra vida, che, Coya!... — y escupió por entre sus labios resecos como charque.

VII

Al día siguiente — sábado de noche — ya estaban en *Santa Rosa*, pomposo nombre del boliche del turco Antonio Jorge.

El *Jornet 95º*, había devuelto a *El Coya* su habitual personalidad. Cantaba, reía y tocaba el mandolín con febril entusiasmo.

Corazón permanecía hosco, huraño, inclinado sobre las cuerdas gimientes de su guitarra.

Hubo baile esa noche en el boliche. Danzaban las parejas al compás de *gatos* y *chacareras*. Las piezas del rancho estaban llenas de asfixiante humo, a través del cual se perfilaban borrosas las figuras. De vez en cuando, una carcajada de borracho rasgaba la neblina del humo y chocaba en los oídos con fuerza. El mate pasaba de boca en boca; mil dientes negros de tabaco mordían la chala humeante, y el zapateo ponía en el cuadro general un repiqueteo monótono de lluvia sobre cristal.

Bailó *El Coya*; bailó y dejó admirada y por un momento en silencio a la bulliciosa concurrencia. De la cara de Corazón manaba en efluvios cálidos la honda ternura que le subía insensiblemente al oír el ruido peculiarísimo de los pies de su compañero y las exclamaciones de aprobación de los presentes.

Corazón se olvidaba de su guitarra. Sus dedos recorrían las cuerdas mecánicamente. Todo él estaba suspenso, con el cuerpo inclinado hacia el sitio donde hacían rueda a los bailarines, como si lo viera a su amigo, adivinando sus elegantes figuras, gozando con sus habilidades y poniendo en sus labios una generosa sonrisa de felicidad, cada vez que gritaba:

—¡Primera!... ¡Segunda!...

Y esa noche, bien de madrugada, *El Coya* huyó con la *minorcita de las hijas'e la Rosalía*.

Corazón dormía su borrachera bajo el alero del rancho *Santa Rosa*. Sobre unos cojinillos, con las piernas encogidas, el sombrero tapándole los ojos y la guitarra a su lado, como un niño enfermo. Corazón dormía su soledad.

Todo ese día había esperado alguna noticia de su compañero. Presumía que no andaría lejos. No podía pensar que *El Coya* lo abandonara dejándolo solo en el boliche del turco Antonio Jorge. Sin embargo, a la tarde, un *contratista* díjole que a *El Coya* habíanlo visto con su compañera por la picada de Mayusca en dirección a Suri, jinetes en una mula gateada que les prestara quién sabe quién esa noche.

Y corazón, que esperara en vano todo el día, sentado en una silla con asiento de cuero de cabrito, con la guitarra muda cruzada entre las piernas, se había decidido al fin por el *Jornet 95º*,

quien lo tornó aún más hosco y huraño que nunca.

El turco Antonio Jorge en vano lo había instado, en su pintoresca jerga, para que tocara y alegrara de ese modo a sus parroquianos domingueros. Corazón permanecía sentado, sin prestar oído a las diversas proposiciones que le hacían de trasladarlo a tal punto o tal otro. Le era indiferente quedarse allí o en cualquiera otra parte, con tal de conseguir aguardiente. Pero éste costaba dinero; ningún turco lo daba gratis. Había, pues, que tocar; no había más remedio.

Y esa noche, después de recorrer toda la guitarra con sus dedos huesudos y nudosos, la colocó amorosamente al lado suyo y se tendió a dormir su soledad.

VIII

Desde entonces anduvo solo. No faltaba nunca quien lo acompañara a algún boliche u obraje, aunque no salía de los alrededores de *Santa Rosa*.

A veces alguien le preguntaba por *El Coya*. En esas ocasiones, Corazón inclinaba la cabeza, murmurando:

—Se jué a... — y arrancaba de las cuerdas de su guitarra unos acordes fuertes, sonoros, mientras daba vuelta las clavijas como para afinarla.

Todo su cariño lo volcó en la guitarra. Tenía manía por ella. Jamás la prestaba a nadie, ni siquiera un momento. Cuando alguien se la pedía, Corazón se excusaba con una sonrisa semiidiota, mientras la apretaba con todas sus fuerzas. Por las noches, al acostarse, tanteaba cuidadosamente el sitio donde podía dejarla con confianza.

Algunas noches, cuando quedaba solo, Corazón cogía la guitarra, recorría una por una las incrustaciones de nácar, las cuerdas, las clavijas; luego la templaba y se ponía a tocar. Ejecutaba, generalmente, un motivo de zamba que parecía insinuar la tristeza naciente de un amor no correspondido. Su melancolía se insinuaba áspera y penetraba lentamente en el alma, como esas garúas pertinaces y frías en la tierra ya empapada.

Este motivo, el mismo Corazón lo había compuesto. Un día, tocando unos acordes, poco a poco lo fué uniendo, y después hizo esa zamba que ejecutaba siempre cuando estaba solo. Entonces apoyaba la cabeza en el brazo de su guitarra e iba bebiendo, empapándose de este canto que era la canción de su soledad. La repetía una y mil veces, como el amante repite el estribillo de su amor, con una obsesión de loco, de enfermo. Y la canción, preñada de angustias, de miserias, de amarguras, se perdía en el bosque envuelto en las sombras misteriosas y hostiles de la noche.

IX

Quebrado y dolorido, el viejo Corazón reanudó su vagancia por los bosques, acompañado por un *chango* sinvergüenza, que le robaba la mitad de lo que recogían en los bailes.

Corazón lo notaba, pero no decía nada. De cualquier manera, ahora al menos podía caminar por las picadas mientras escuchaba la canción del monte.

Le gustaba, como antes, tropezar levemente en las raíces que levantan a veces el camino, o tantear, de vez en cuando, la corteza áspera del quebracho, o sentirse acariciado por las ramas hirsutas del *itin*, que se inclina sobre el camino como un interrogante.

Volvía a andar de nuevo. Volvía a oír el saludo cordial de algún fletero que pasaba junto a ellos, y el sonido chirriante de los pesados carros, o el más suave de los arreos de las mulas. Volvía a sentir bajo sus pies la arena calurosa y la impresión de frescura cuando las copas de los árboles se juntan en lo alto y no dejan penetrar los rayos del sol.

Pero, a pesar de todo, el viejo Corazón estaba quebrado y dolorido, y la soledad le pesaba como un fardo inútil en sus largas andanzas.

X

Una noche, en el rancho de un campamento, daban una fiesta a Santa Telesita. Ya cada concurrente había cumplido con su deber de dedicarle una *chacarera* y profusas libaciones a la santa de su devoción. Como en todas estas fiestas, los ánimos, excitados por el alcohol y la danza, estaban a propósito para promover desórdenes.

Corazón, borracho como de costumbre, estaba sentado en un rincón tocando, tocando siempre y sin descanso.

A su lado, un paisano, ebrio también, gritaba y pataleaba porque lo querían sacar a viva fuerza del rancho. Corazón, sordo a los gritos y a las exclamaciones, continuaba tocando.

De pronto, oyó un griterío ensordecedor. Las voces agudas de las mujeres se mezclaban a las graves y aguardentosas de los hombres. Corazón cesó de tocar, levantó la cabeza en un movimiento instintivo que tenía como si viera, y al mismo tiempo sintió que le arrebataban violentamente de sus manos la guitarra. Se levantó presuroso, quiso gritar que se la devolvieran en seguida, pero sólo decía, mientras caminaba a tientas, tropezando con sillas caídas, recibiendo empellones de los que corrían.

—¡Che!... ¡Che!... ¡Che!...

Todos habían huído. Los ayes de un herido sonaban en los oídos de Corazón mientras buscaba a tientas su guitarra. Sus dedos huesudos y nudosos se agitaban nerviosos en la búsqueda inútil. Tanteaba el viejo Corazón; tanteaba sillas, bancos, todo lo que encontraba. Arrodillado, proseguía buscando. Al fin, su cabeza tropezó con una mesa. Se metió bajo de ella y encontró su guitarra. Ya tiene la caja sonora entre sus manos nerviosas. Ya la saca, ya la va acariciando con dulzura, cuando nota que el brazo, otrora altivo, de su guitarra, pende de las cuerdas flojas, como rama quebrada por el viento.

Corazón la recorre toda con sus manos. Acomoda el brazo astillado como puede, quiere estirar las cuerdas sosteniéndolo en un esfuerzo inútil, y renuncia, por fin.

Entonces, sus ojos inmóviles como dos garrapatas que se hubieran prendido en su cara cetrina, adquieren mayor tamaño y van quedando brillantes, brillantes, como si el rocío de la noche estuviera cayendo sobre ellos.



DIBUJOS DE MACAYA.



C O L O Q U I O

Día de invierno, seco, helado
Blanco de nieve está el jardín.
Con una dama entrelazado
bailo la danza del patín.

Un dolor de selva noruega
doblega los árboles llenos
de escarcha. En el frío que ciega
pasa un trineo con dos renos.

— Señora — digo, — ¡qué placer!
¡Subid pronto, venid que os robo!
Quiero besar una mujer,
bordear un fiord, matar un lobo...

Pero estáis pálida, señora.
Vuestro cuerpo se torna leve...
¿Es el frío que os descolora?
¿Os vuelve de niebla la nieve?

— ¡No!... — me responde, con secreto
castañeteo de muecas:
Yo soy la señora Esqueleto
y éste es el lino de mis ruecas...

¿No veis? Diez grados bajo cero...
Pero, ¿por qué huís del jardín?
¡Sed más amable, caballero,
que se me ha soltado un patín!

E R N E S T O   M A R I O   B A R R E D A

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA.

CHILE



El presidente de la república, doctor Arturo Alessandri, acompañado por sus secretarios y edecanes, se dispone a pasar revista a la escuadra de mar después de los últimos ejercicios navales.



El primer magistrado presidiendo la Asamblea Nacional en su sesión inaugural, verificada en la sala magna de la Universidad de Santiago.



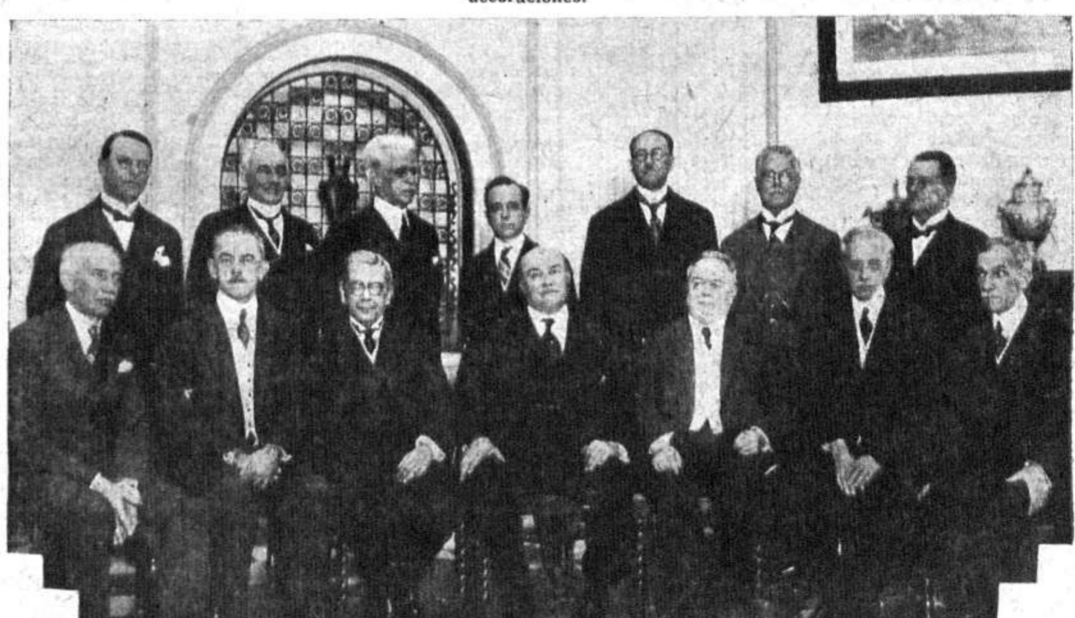
El cuerpo médico de Valparaíso ofreció un banquete al doctor Guillermo Munich con motivo de su próximo viaje a Alemania, acto en el que se puso de relieve la simpatía de que goza el agasajado entre sus numerosos colegas.



El médico radiólogo brasileño, doctor Alvaro Alvim, fué objeto de un significativo homenaje de parte de la sociedad de Río de Janeiro por la dedicación altruísta demostrada por el hombre de ciencia que perdió una mano en el ejercicio de su profesión.



Grupo de oficiales y jefes del arma de artillería que fueron premiados con medallas de oro por sus brillantes fojas de servicios, acompañados por distinguidas damas en el acto público en que les fueron entregadas las condecoraciones.



Presidido por el ministro señor F. Pacheco, le fué ofrecido al doctor Nabuco de Goveia un almuerzo de despedida, con motivo de su partida en misión oficial ante el gobierno uruguayo. A dicha demostración concurrió un núcleo de personalidades destacadas de los círculos gubernamentales.

Fotos de nuestro corresponsal

NOTAS SOCIALES

El recuerdo es un hijo silencioso
De las horas que pasan,
Es la armonía lúcida y serena
Que fué dolor y vuelve transformada...

El recuerdo es la cálida sonrisa,
Melancólica y dulce, de las almas,
Es un rayo de luz maravillosa
Que se irisa a través de nuestras lágrimas...

MARGARITA ABELLA CAPRILE.

Alguien ha dicho ya, repitiendo este nombre consagrado, pero dulcemente familiar para tantas de nosotras, lectoras amigas, que "en los seres exquisitamente sensitivos basta sólo el más leve rozamiento para despertar una vibración intima y dolorosa: la inspiración, la espontaneidad de la juventud triunfadora, modelan luego el misterioso proceso de su pensamiento... pensamiento que surge del espíritu a los labios y se hace verso, mientras se cierran los grandes ojos soñadores a la luz deslumbradora del mundo, y llenan las estrofas aladas el retiro silencioso..."

El recuerdo es la cálida sonrisa,
Melancólica y dulce, de las almas,
Es un rayo de luz maravillosa
Que se irisa a través de nuestras lágrimas...

Una vez más nos corresponde meditar con respetuoso recogimiento en el alto ejemplo que nos legan ciertas vidas femeninas, serenas y luminosas hasta el fin. Acaba de extinguirse una noble existencia de patricia, y la dolorosa nueva se expandía inmediatamente, sobre la gran ciudad, en ondas vibrantes, henchidas de emoción. A través de nuestras lágrimas ha de irisarse ese rayo de luz maravillosa, que —pasadas las horas de consternación inenarrable — se transforma en la cálida sonrisa de las almas: ese rayo de luz maravillosa nos hace evocar hoy las palabras que pronunciara don Eduardo Costa — hace cerca de cincuenta años — rindiendo su último homenaje a otra figura ilustre: la de doña Delfina Vedia de Mitre, madre de doña Josefina Mitre de Caprile, y aquellas palabras pudieran repetirse hoy, como la más completa de las ejecutorias, al contemplar la noble figura yacente: "Dotada de una inteligencia superior y, sobre todo, de un carácter entero y firme, ella contribuyó ciertamente con su consejo, en las horas de intimidad solitaria, a conservar al general Mitre en esa esfera de elevación moral, que es el rasgo distintivo de su carrera política." Tal como su ilustre madre, fué doña Josefina Mitre de Caprile núcleo luminoso de toda noble inspiración, pródiga en generosas iniciativas, firme para el bien, indulgente para los ajeños errores; jamás limitó las energías de aquel su espíritu de admirable temple, ni las aspiraciones de su gran corazón; dió lo mejor de si misma a los suyos, fué consecuente con sus amigos, fué caritativa y previsora, hasta con la palabra oportuna que sostiene, que redime...

Evoquemos, pues, su recuerdo repitiendo las estrofas de la joven y sentimental poetisa, heredera de esa tradición que significa un legado de nobleza, de talento y exquisita bondad:

El recuerdo es un hijo silencioso
De las horas que pasan,
Es la armonía lúcida y serena
Que fué dolor y vuelve transformada...





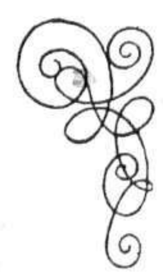
La distinguida matrona doña Josefina Mitre de Caprile, con cuya desaparición pierde nuestra sociedad una de sus más prestigiosas figuras.

Pero la juventud triunfadora va, vida adelante, llevando dentro del alma, el *ideal que canta su divina canción*... La frágil figurita, de grandes ojos luminosos, que lleva un dulce y breve nombre, que evoca las desventuras de la romántica heroína de Zorrilla, y un apellido de grandes prestigios, tanto en la provincia natal como dentro de la sociedad porteña, guarda, seguramente, dentro del alma las estrofas de la divina canción. Su decidida afición por los deportes no ha podido romper el sutil encanto de esa poesía, por más que la veamos, ágil y resuelta, envolverse en el grueso abrigo que cubre su malla de nadadora, guiando con firme manecita el auto que la lleva desde la pileta hasta la suntuosa residencia que se levanta en el *faubourg* aristocrático, camino de Belgrano. No hace muchos meses llegaba de Europa, para rendir examen, el apuesto candidato, que se asegura ha de conquistar definitivamente a la encantadora y juvenil figurita: muy inteligente, y extraordinariamente aventajado en sus estudios, se asegura que ha de mantener bien alto el prestigio del nombre que ha ilustrado el jefe de su hogar, destacándose como uno de los médicos más reputados de la Argentina, nombre compuesto, que evoca, al mismo tiempo, los prestigios de la vieja sociedad criolla, noble, integra, generosa: tal como el "médico maestro", firma el joven estudiante con el mismo nombre de un soberano que supo conquistar — durante la gran guerra — la admiración mundial, por su heroísmo, por su perseverancia en el sacrificio.

La dama duende.

Buenos Aires, Julio 22|925





LLEGARIA HASTA TU MESA DE TRABAJO
HECHA UN NIMBO DE LUZ, BLANCA, INCORPOREA.
TE ENVOLVERIA EN DESTELLOS,
Y MIS MANOS, CUAL ROSAS MORIBUNDAS,
LEVES Y LENTAS SE DESHOJARIAN
SOBRE TU FRENTE, Y LA ACARICIARIAN...

MI LUZ, PONDRIA EN LA GRUTA DE TU`ALMA,
UN CHORRO DE ALEGRIA.
TU CERRARIAS LOS OJOS
PARA IMPREGNARTE MAS DE ESA LUZ MIA,
Y YO TE BESARIA
EN LA FRENTE... EN LA BOCA Y EN LOS OJOS,
¡Y EN ESA CRUZ RADIANTE,
ESE SUBLIME INSTANTE
LO CRUCIFICARIA!



MONTEVIDEO
1925

RAQUEL SAENZ

DIBUJO DE
PARPAGNOLI

TEATROS y MUSICA

"Le coq d'or", de Rimski-Korsakoff



El primer gran estreno de la temporada lírica oficial ha sido el de "Le coq d'or", última ópera del gran compositor ruso Nicolás Andreievich Rimski-Korsakoff. Se cuenta que la censura no permitió que se representara la obra en vida del autor, y aun se dice que estas dificultades apresuraron su muerte; lo cierto es que cuando se dió por primera vez en San Petersburgo (la actual Leningrado), la crítica encontró que era demasiado ardua para los intérpretes, pues que exigía que los cantantes danzaran, o que los bailarines cantaran, y ambos medios de expresión artística debían ser excelentes para que la composición fuera bien comprendida por el público. Un gran coreógrafo y director escénico, Michel Fokine, ideó, con acertado ingenio, dividir el trabajo, haciendo que los cantantes permanecieran a los costados de la escena, colocados, como en los oratorios, en carácter de partes vocales de la orquesta, en tanto que los bailarines realizaban la obra con la mímica correspondiente. La familia del autor protestó contra la innovación, y sobre todo contra las reducciones importantes que se introdujeron en la partitura; pero la idea fué recibida favorablemente por el público y los entendidos, y bajo esta forma ha sido ofrecida en casi todos los grandes teatros de Europa y América.

Rimski-Korsakoff quiso escribir con "Le coq d'or" una pieza cómica, sobre el libreto preparado por Bielsky, extraído de un cuento de Pushkin, comedia que simboliza, en una fantasía de gusto exclusivamente ruso, las consecuencias fatales de las pasiones y debilidades humanas. Pero la realización musical, construída con la hábil técnica del autor de "Schéhérazade", da efectivamente la impresión de lo grotesco sin exageración, de lo burlesco sin extravagancia, un capricho artístico de agudeza espiritual, que requiere, por cierto, la escenografía análoga, un poco visionaria e imaginativa, un poco antojadiza e irreal, a fin de producir el efecto fantasmagórico que describe la partitura, de un colorido magnífico, entre oriental y extrahumano. La modificación hecha por Kokine ha obtenido, por de contado, el objeto que se proponía, y es necesario confesar que prestigia la obra, y no se puede sino aplaudir el buen tino de haberla adoptado, aprovechando la presencia de Adolfo Bolm, el notable coreógrafo y bailarín que preparó la representación, y de Ruth Page, admirable bailarina que interpretó el difícil papel de la reina de Shemakhan. Los cantantes, señoras Vallin, Adalgisa y Castagna, y señores Didur y Borromeo, bajo la batúta milagrosa del maestro Serafín, merecieron todos los aplausos con que los recibió el público.

La temporada lírica del Coliseo

La compañía lírica formada por el conocido empresario don Wálter Mocchi para actuar en los teatros del género en Rosario, Mendoza, Montevideo, San Pablo y Río de Janeiro, ha iniciado una breve temporada en el Coliseo de nuestra capital, y ha dado algunos espectáculos excelentes, entre los que se destacaron "Aída" y "Traviata", de Verdi; "Los Hugonotes", de Meyerbeer; "El barbero de Sevilla", de Rossini, y cuenta estrenar "La cena delle beffe", de Giordano.

Constituída por artistas bien apreciados del teatro italiano, la organización posee entre sus figuras principales a las señoras Dalla Rizza, Salvi, Scacciati, Hayes, Anitua, y señores Sulliván, Minghetti, Crabbé, Cirino, etc., que han sabido sobresalir en su actuación teatral por los méritos de sus cualidades.

"Barcos amarrados", de Blomberg y Suero

En el teatro Apolo se ha estrenado un pequeño drama, "Barcos amarrados", de los señores Blomberg y Suero, que señala una excepción honrosa en la masa de sainetes de mal gusto que nos inunda de cierto tiempo a esta parte. Pieza bien concebida, bien escrita y bien interpretada, el esbozo trágico es indudablemente una de las composiciones de colorido más intenso que ha subido a esas tablas en la actual temporada. Los barcos amarrados son los seres que la sociedad, el ambiente y los deberes no dejan emprender su marcha por las rutas del mar libre, y que, mantenidos sujetos a sus condiciones de vida, se enmohecen y destruyen sin haber cumplido su anhelo.

El cuadro ofrece una visión de la existencia miserable de los obreros del puerto, atados al trabajo pesado de los buques y a los vicios en las tabernas y tugurios de la ribera, bajo el dominio de los contratistas de hombres que emplean los medios más ruines para someterlos a su dependencia. Un cariño que nace en ese fango, provoca una intriga sangrienta, que termina con la venganza de un asesinato anterior, y permite que el final haga esperar un poco de felicidad para los protagonistas de la historia.

Hay entre sus numerosos personajes dos o tres tipos magníficamente caracterizados, y la compañía Corsini-Cicarelli realiza la representación con admirable fidelidad en la composición escénica y en la interpretación de las figuras del drama. Es necesario citar, en primer término, a la señora Puértolas, que hace del papel de doña Ana una verdadera creación, demostrando facultades dramáticas realmente superiores, que la señalan como una artista de gran expresión, y es preciso mencionar a los señores Cicarelli, Corsini, Bono, Medoya y Luisardo, que desempeñan sus partes con igual fuerza e inteligencia artística.

J O S E   O J E D A

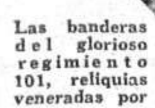
Los marinos argentinos del Rivadavia en Norte América



La alegre y entusiasta muchachada de nuestros acorazados, lee, en los ratos de ocio, con verdadera ansia, los diarios argentinos que le son enviados desde la patria.



Compañías pertenecientes a las tripulaciones del "Moreno" y "Rivadavia" desfilando el día del tercer centenario de *Quincy*.



Las banderas del glorioso regimiento 101, reliquias veneradas por el pueblo de Massachussets, que desfilaron el mismo día del Centenario.



Otra vista del desfile de nuestra marinería en las fiestas populares de Quincy. La gallardía de nuestros muchachos, su aire marcial y su excelente instrucción impresionaron grandemente al pueblo y autoridades de la ciudad.

Las serpientes pitón

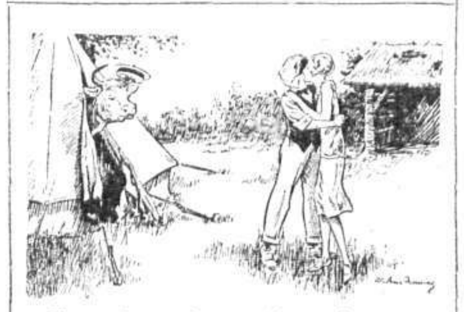
Las enormes serpientes pitón, denominadas "anacondas", que tanto abundan en el Amazonas, aunque animales terrestres por definición, se pasan las tres partes de su existencia en el agua, donde permanecen horas enteras con la cabeza fuera de la superficie, sin moverse, lo cual permite capturarlas con lazo. Esta caza no se halla exenta de peligro. Una "anaconda" puede medir a veces doce metros de longitud, y posee una fuerza extraordinaria.

Mr. Antonio Bergelt, encargado por Mr. Bruce Chapman, miembro de la Sociedad Zoológica de Londres, de cazar estos ejemplares para el jardín zoológico de Londres, ha conseguido apoderarse de dos magníficos pitones. Uno de ellos mide cinco metros, y se encuentra en la actualidad en el parque zoológico de aquella capital. Durante el trayecto del Amazonas, sus golpes hicieron naufragar la embarcación con todos los tripulantes, pero, por fortuna, otra cañonera que los acompañaba, pudo salvarlos y repescar la serpiente, que estaba sujeta por el cuello con una cuerda de nudo corredizo.

Luego, en el barco que la transportaba a Inglaterra, dió veinticuatro crías que no sobrevivieron.

La segunda "anaconda", cuya piel se conserva, fué cogida en tierra firme, en circunstancias verdaderamente dramáticas.

El conductor del correo, que servía dos poblaciones situadas a orillas del Amazonas, desapareció un día súbitamente en ocasión de llevar documentos importantes y valores considerables.



El marido. — Ay, querida: tendremos que dejarle la carpa e irnos a dormir al tambo...

En un principio se creyó que el funcionario había huído con los fondos confiados a su custodia. Pero al practicar un reconocimiento por la orilla del río, hallaron su caballo en una pradera. Más lejos, una "anaconda" enorme estaba tendida al sol.

Por efecto, sin duda, de una digestión excesivamente laboriosa, la serpiente apenas podía moverse, y fué muerta fácilmente.

Cuando le abrieron el canal, se descubrieron en su interior los restos horrorosamente mutilados del cartero. Del cuerpo no faltaban ni las ropas, ni las botas, ni la cartera en que llevaba la correspondencia.





¿Qué hay de verdad en la telepatía?

CREE usted en la transferencia del pensamiento por los medios así llamados telepáticos? ¿Cree usted que puede sentir lo que piensa un amigo suyo sin la intervención de los sentidos?

¡Ridiculeces!, dice la mayor parte que creen impostores a cuantos han sentado plaza de ser teléfonos psíquicos.

Hay en los Estados Unidos una sociedad que se llama Sociedad Americana de Investigaciones Psíquicas, la cual se ocupa de esta clase de estudios sobre una base eminentemente científica. Esta sociedad ha descubierto y delatado a una serie de impostores de toda clase que se presentan como mediums, quienes sólo contribuyen a arrojar sombras y dudas sobre un estudio que merece a lo menos la severa investigación de la ciencia.

El presidente de la Sociedad Americana de Investigaciones Psíquicas es el doctor Walter Franklin Prince, quien goza de la reputación de ser un hombre de ciencia que no se deja engañar por impostores de ninguna clase, que sólo acepta como verdadero lo que él puede comprobar con experimentos.

En una entrevista reciente el doctor Prince dice que la sociedad ha podido comprobar, fuera de toda duda, los siguientes principios:

1.—Pensamientos, imágenes, cuadros e ideas han sido comunicados por una persona a otra, un "espíritu" hablándole al otro directamente, sin recurrir a los canales de los sentidos. Al que envía los pensamientos lo llamamos "agente"; al que los recibe, "percipiente".

2.—Agentes — las personas que pueden enviar sus pensamientos — hay muchos; pero hay pocos percipientes.



ENTRE VAGABUNDOS

—Oye, ese Juan Pérez que cogieron preso ¿es pariente tuyo?

—Sí, pero lejano... Yo soy el primer hijo de mi padre y él es el duodécimo...

3.—Algunos agentes son mejores transmisores que otros.

4.—Cuanto más cerca está el agente del percipiente — en igualdad de circunstancias, — tanto mejores son los resultados que se logran. Pero se han logrado resultados cuando agente y percipiente están en diferentes piezas.

5.—Hay más probabilidades de éxito cuando hay contacto físico — las manos juntas — entre agente y percipiente.

6.—Aumentan las probabilidades de éxito si hay cierta simpatía o conexión emocional entre agente y percipiente, por ejemplo, si se trata de dos buenos amigos o parientes próximos. La creencia generalmente aceptada es que la mente del agente envía vibraciones que son recibidas por la mente del percipiente en forma análoga a la transmisión radiotelefónica. Esto no explica, sin embargo, cómo la mente del agente convierte sus pensamientos en vibraciones y cómo las vuelve a convertir en pensamientos la mente del percipiente.

"Los Gobelinos"
GRAN CASA IMPORTADORA DE ARTÍCULOS PARA TAPICERÍAS
125 FLORIDA 125

ENTERESE DEL CONTENIDO DE ESTE AVISO, LE INTERESA

Si desea usted participar de las ventajas de un REGALO, adquiriendo a la vez Artículos de Tapicería en las condiciones de precios más conveniente deseable aproveche la oportunidad que aquí le ofrecemos. Nunca otra se le presentará igual.

(LEA NUESTRO CUPON)

¡¡LO MEJOR QUE SE VENDE!!

CARPETAS DE FELPA

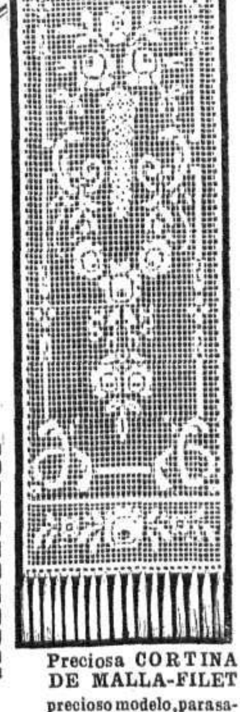
de lana "Angora" rizada, con guarda de seda, en colores azul, verde, granate y oro, medidas:

170 x 350 .... $ 77.—
170 x 300 .... $ 66.—
170 x 250 .... $ 62.50
170 x 200 .... $ 40.—
170 x 170 .... $ **34.-**

CUPON "REGALO" "Los Gobelinos"

Todo pedido de estos u otros artículos de Tapicería no menor de $ 5.—, hecho mediante este cupón tendrá opción a un Regalo consistente en UN GOBELINO TEJIDO de preciosas coloraciones, cuyo tamaño será en relación al importe de la compra.

CORTELO Y ENVIELO CON SU PEDIDO, TIENE VALOR



Espléndida Cortina **DE MALLA FILET** con magnífico motivo tejido en la misma malla, modelo muy indicado para sala, comedor, etc., terminado con un fleco "meche" tamaño 55 por 250 el par.......... $ **6.90**

Preciosa CORTINA **DE MALLA-FILET** precioso modelo, para sala, comedor y puerta cancel, artísticamente adornada con un lindo motivo tejido en la misma malla y fleco "meche" tamaño 55x250 el par $ **5.90**

COLCHAS de DAMASCO

en colores lisos y matizados de preciosos gustos, adornadas con galón y fleco para camas de madera.

CAMERAS.... $ 25.50

De una PLAZA $ **22.50**

COLCHAS de CRETONA

de muy moderno gusto y selectas estampaciones, con tres volados para cama metálica.

CAMERAS.... $ 9.50

De Una PLAZA $ **7.90**





LAS DESENCANTADAS

Llenas de mal humor y rezongonas,
hablan dos señoritas cuarentonas
de este modo:

—¿Te acuerdas de Modesto? Era indigesto.
—Sí; lo recuerdo bien. ¿Era un Modesto
metesillas?

—Panchito era buen mozo.
—El tal Panchito
en todo se metía. Era un mocito
cata salsas.

—¿Y Clemente?
—¡Qué tipo repelente!
Era, además de zonzo e insolente,
cuellicorto.

—Felipe era un muchacho muy sensible.
—A mí no me gustaba. Era un risible
zanquilargo.

—¿Y Gaspar?
— Era fatuo y orgulloso.
—Se casó el otro día.
— ¡Qué apestoso
petimetre!

—Roque no carecía de nobleza.
—Y se casó con Julia. ¡Qué cabeza
de chorlito!

—Luis me dijo una noche que me amaba
y...
—¡Calla, por favor! ¡Si siempre estaba
boquiabierto!

—Pascual era un perfecto diplomático.
—Pascual era realmente un antipático
pelirrojo.

—¿Y Domingo?
—¡No me hables de Domingo!
—Era muy estudioso.
—Era un tilingo
barbilucio.

—Lorenzo era muy fino y muy amable.
—Y también se casó. ¡Qué insoportable
zampatortas!

—¡Qué ilustrado era Lucas!
—¿Ilustrado?
¡Si no era nada más que un desgraciado
papanatas!

—Y Emilio, ¿no era un joven de talento?
—Era, estoy bien segura, un angurriento
panza al trote.

—¿Y Macario? No creas que le olvido.
—No sé qué ibas a hacer con un marido
patizambo.

—Nunca creí que Enrique me olvidara.
¡Ingrato!
—¿Era el Enrique de la cara
verdinegra?

—¿Y Javier?
—Era un pillo, un intrigante.
Nunca vuelvas a ver a ese pedante
picapleitos.

—¿Y Antonio, el de las frases retorcidas?
—Se ha casado también. ¡Perdonavidas!
¡Matasiete!

—¿Y Roberto?
—¡Valiente mamarracho!
¿Quién podía querer a ese muchacho
manirroto?

—¿Y Arturo?
—Igual que Blas.
—¡No los compares!
—No me quiero acordar de esos vulgares
chupatintas.

—¿Y tu ex novio Román?
—¡Un tontiloco!
—Pues, según cuentan, se casó hace poco.
—¡Caradura!

L U I S   G A R C I A

D I B U J O   D E   M A C A Y A

DISCOS DOBLES "NACIONAL"

Son la expresión más genuína del canto y la música criollos.

Gran premio en la Exposición de la Industria Argentina.

CAMPANA DE PLATA

TANGO POR IGNACIO CORSINI

DISCO Nº 18438



LOS ULTIMOS GRANDES EXITOS

Discos Dobles "Nacional" de 25 cms., $ 3.25

DUO GARDEL-RAZZANO

(4 guitarras RICARDO-BARBIERI)

18133 { **El Picaflor.** Tonada Dúo. A. Gobbi. / **Pasan las Horas.** Vals. Solo Gardel. A. Gobbi.

18134 { **Holaa... Señorita.** Shimmy. Solo Gardel. De Bassi-Doblas-Weisbach. / **Flor de Cardo.** Tango. Solo Gardel. Cárdenas-Correa.

Discos Dobles "Nacional" de 25 cms., $ 3.—

ROBERTO FIRPO. Orquesta Típica y Jazz-Band

6359 { **Mi Querido Agustín.** Fox Trot. Jazz Band. Bohr. / **Unica.** Tango. Típica. Bohr.

6361 { **Marinero.** Tango. Típica. A. Scatasso. / **Amor Mío.** Tango. Típica. A. Scatasso.

FRANCISCO CANARO. Orquesta Típica y Jazz-Band

4079 { **Hasta la Vuelta.** Tango. H. Canaro. / **Flor de España.** Pasodoble. L. Teisseire.

4083 { **La Porota.** Tango. B. Germino. / **Mi Pierrot.** Shimmy. B. Germino.

ELEUTERIO YRIBARREN. American Jazz-Band

8066 { **La Canción del Broadcaster.** Fox Trot. Tanturi-Sánchez. / **Vind in the Rose.** Vals. Hampton.

8068 { **Holaa... Señorita.** Shimmy. A. de Bassi. / **La Belote.** Nueva Java. M. Ivain.

MARIO A. PARDO. (Con guitarra)

6591 { **Virgencita.** Tango. Lozano-Moreno. / **Todo Florece.** Zamba. Bastardi-Maffia.

DUO RUIZ-ACUÑA (3 guitarras: I. Gómez)

10298 { **Las dos Mariposas.** Zamba. A. Pelaia. / **Luna Gaucha.** Tonada. Supparo-Olmos.

Discos Dobles "Nacional" de 25 cms., $ 3.25

IGNACIO CORSINI. (Con 3 guitarras)

18438 { **CAMPANA DE PLATA.** Tango. Linning-Flores. / **El Moño Colorado.** Estilo. Linning-Flores.

18436 { **Destellos.** Tango. Caruso-Canaro. / **Trago Amargo.** Tango. Navarrine-Iriarte.



Púa "CONDOR" (Marca Reg.) ES LA MEJOR Y LA MAS POPULAR $ 1

Exija la palabra "Cóndor" en cada púa. Caja de 200

MAX GLÜCKSMANN



BUENOS AIRES — CALLAO y B. MITRE — FLORIDA y LAVALLE

ROSARIO — CORDOBA 1048/52

MONTEVIDEO — 18 DE JULIO 966



Entierro de la esposa de La Madrid

ERA necesario oír de propios labios del poeta Guido Spano los sucesos del año 71, cuando la fiebre amarilla asoló a la ciudad de Buenos Aires, para tener una idea aproximada de lo que fueron aquellos luctuosos días.

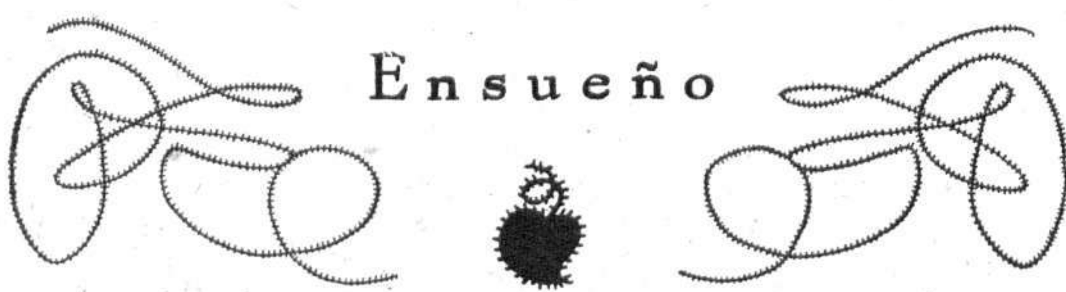
El poeta narraba los sucesos, callando discretamente su actuación, que fué destacadísima, y mereció los más elocuentes testimonios de agradecimiento: una cruz de hierro y una medalla de oro.

Cuando la fiebre amarilla comenzó a hacer estragos, a iniciativa de Héctor F. Varela se formó una Comisión Popular para ayudar a las autoridades. En esta comisión formó Guido Spano, señalándose desde el primer momento por una gran actividad, que, del palacio al conventillo, acudía llevando socorros y consuelos. Hubo día en que llegaron al cementerio de la Chacarita hasta setecientos muertos, y en esos momentos terribles, que el terror hacía presa en los más valientes, nuestro admirable poeta cruzaba llevando el socorro donde era necesario.

Las filas de la Comisión Popular comenzaron a ralear; sus miembros caían víctimas del deber, en el más obscuro y silencioso de los heroísmos. Mas todos los que habían podido conservarse serenos, luchaban tenazmente, y cuando se supo que pasaban de sesenta los sacerdotes caídos, que no quedaban casi médicos, que la gente moría como perros, los más fuertes, los más abnegados, sacaron fuerzas de flaqueza y redoblaron sus esfuerzos.

Nuestro poeta estaba en todas partes, socorriendo a los enfermos, alentando a los compañeros.

— ¡El Dante no pudo imaginar cuadros más terribles! — decía el poeta muchos años después, conmovido ante la evolución. — ¡Aquello era espantosa, brutal! Había casas en las que habían muerto todos, absolutamente todos. Otras, en las que era necesario sacar el cajón y clavarlo en la calle para que no lo oyera la madre, que estaba agonizando. Otro, que el pobre inocente quería mamar del pecho de la madre a quien había sorprendido la muerte... ¡Oh, cosas terribles, terribles!... — y guardaba silencio, abismándose en los recuerdos espantosos. — ¡Qué dolorosos recuerdos... — decía con acento triste. — Una noche, desempeñando mis funciones, recorría las casas donde habían ocurrido fallecimientos; en esto llegué a una donde la lista decía: Señora de La Madrid. El cuadro era tan terrible como todos, pero, era más triste; la muerta era doña Luisa Díaz Vélez de La Madrid, esposa del general La Madrid y hermana del general Díaz Vélez; distinguidísima dama. Puse en un cajón a la muerta, y la llevé al cementerio del Sud, donde llegué ya de noche; y allí, con aquel valiente y abnegado Carlos Munilla, que era el administrador, enterramos con nuestras propias manos a la ilustre muerta... ¡Qué melancólico es morir así... sin una mano amiga que cierre nuestros ojos!...



Ensueño



CRISTINA era feliz en su matrimonio. Natural de un pueblecillo de Salta e hija de comerciantes al menudeo, había conocido a Ricardo Zaldívar, su marido después, cuando éste era un humilde viajante de comercio. De esto ya hacía cinco años; ahora vivían en Buenos Aires. Ricardo Zaldívar, hombre laborioso y honrado, ocupaba uno de los puestos preeminentes de la casa. Su porvenir estaba asegurado, y Cristina veíase rodeada de comodidades que, para ella, muchacha de pueblo, eran lujos. Y amaba a su marido; lo amaba a la vez que admiraba en él su energía, su carácter emprendedor de hombre dispuesto a abrirse camino en la vida. Cristina, por el contrario, era una abúlica, más dada al ensueño que a la acción. Temperamento inerte y carácter tímido, más gozaba en quedarse las horas muertas, como en la contemplación de sus propias divagaciones, a modo de esos fumadores que echan volutas de humo azul y lo contemplan largamente. Feliz, era feliz en su matrimonio; su marido la amaba, y aunque faltábale el hijo anhelado, no podía quejarse; más: tenía miedo de quejarse, y, conforme con su destino plácido, dejábase amar y amaba a aquel hombre de maneras algo rudas, de voz sonora y del que sólo oía elogios a su actividad y su honradez. ¿Que su vida era monótona? Sí, no era muy variada, en verdad. Los días se sucedían casi idénticos y las noches se malgastaban en el cinematógrafo y, de vez en vez, en el teatro, en algún teatro de risa. A su marido poco le gustaban

los dramas; y las novelas que ella devoraba, debía hacerlo furtivamente, a fin de no provocar su burla desdeñosa:

—¿Novelitas? ¡Bah!...

—¡Si es de France! — argüía ella, intentando convencerlo de ese nombre ilustre.

Mas él lo desconocía en absoluto:

—¿France?... ¡Algún desocupado!

¡Y no le hablaran de versos! En su primera juventud, había conocido un poeta al que le prestara unos pesos y el que desapareciera con ellos. De ahí que los versos le trajesen el recuerdo de su defraudador, y no quisiera ni oír hablar de ellos.

En realidad, Cristina no comprendía mucho de arte tampoco. Era una lectora voraz, sin mayor discernimiento y a la que su poca cultura le impedía desdeñar lo malo: Si leía a France, lo dejaba para leer a Pérez Escrich, y de sus poetas, la enternecía Juan de Dios Peza y rechazaba a Rubén Darío. Sentimental y ensoñativa, aun guardaba para el viejo Dumas la devoción de una colegiala. ¡Y qué diferencia desde aquellos galanteos mosqueteros hasta su marido afectuoso, pero rudo, y al que un madrigal lo dejaba frío! Los cotejaba y... ¡Ah, pero poco duraba su desilusión, muy poco! Quizás había heredado de sus padres y abuelos, comerciantes al menudeo, un sentido práctico que la hacía buscar razones y encontrarlas:

—Son los tiempos, son los tiempos — decíase. — Ya no hay hombres así; ahora los hombres son distintos. Ya la galantería desapareció; era una moda, tal como la del bigote, por ejemplo, y allá quedó, con el bigote en estos tiempos de hombres afeitados.

Y su raciocinio, la hacía acoger afectuosa al hombre que regresaba de su labor a buscar en su cariño el bien ganado reposo.

Y sin embargo, llegó un día en que conoció a uno de "sus mosqueteros", a uno de esos que creyó desaparecidos para siempre.

Fué en un baile. Ellos nunca iban a bailes; pero se casaba la hija de uno de los socios de la casa, y el marido de Cristina se vió obligado a ir, y la llevó. Allí aparecíósele "su mosquetero", aquella edición rediviva de sus héroes de novela.

Era un hombre alto y flexible, de cabellera abundante y kaiserinos bigotes. Alguien la enteró que se trataba de un escritor célebre, y ella, aunque ni de nombre lo conocía, aceptó que debía ser un talento. Su simplicidad emotiva, deslumbrábase ante aquella apostura entre elegante y bohemia. Se turbó no poco al ser sorprendida por la mirada de él en un instante en que ella lo observaba; y más se turbó aún, cuando la dueña de la casa se lo presentó, porque, según dijo, él había mostrado deseos de danzar con esa "blonda de ojos de ensueño". La frase podía ser cursi; su marido, por ejemplo, se hubiese quebrado de risa ante ella; pero a Cristina le sonó a música remota, a música escuchada lejos, allá en uno de sus libros...

Bailaron, y como ebria de palabras, ella se encontró de nuevo en su silla.

¡Cómo hablaba aquel hombre! ¿Qué lenguaje era el suyo? ¿Eran palabras o una melodía lo que le escuchara?... Hasta un verso le había recitado, un verso de amor... Danzó muchas piezas con él; lo escuchó largamente y, ya de regreso a su casa, en el automóvil, junto a su marido, que refunfuñaba por haber perdido la noche, Cristina, como afiebrada, traíase la imagen y las palabras de aquel hombre de ensueño, exótico, arrancado de las páginas de sus libros y puesto de pronto allí, frente a ella, buena esposa, mujer feliz, ¿para qué?... Casi pensaba que él no existía... ¡Ah!, ¿pero cómo no creer en su realidad cuando, punzante como una obsesión, llevaba clavada su última frase?: "Mañana, a las cinco, en el te de la señora Vázquez"... Y ella había prometido ir. ¿Cómo había prometido tal cosa? ¿Por qué respondió sí, alocadamente y sin saber qué respondía? Tal vez el champán, la danza, el torbellino de frases del hombre aquel y que embriagaban como un licor espirituoso, tal vez... Súbitamente, alarmada, como si hiciera algo malo, como si temiese que él leyera sus tribulaciones, miró a su marido: dormitaba... Y tornó a cavilar.

Cuando despertó eran las cuatro. La doncella le dijo que el señor había almorzado y salido para el negocio. Hasta la noche no volvería ya. Y ella pensó en que dentro de una hora en el te de la señora Vázquez se hallaría el otro, el hombre de ensueño, aguardándola, y volvería a ver su figura donairosa, su porte romancesco. Escucharía sus frases de madrigal.

Tiró las sábanas y sentóse en el lecho, dispuesta a vestirse; mas de pronto, con las pupilas en un dibujo del papel, se quedó abstraída. Pensó unos segundos, unos minutos, y se acostó de nuevo, siempre con las pupilas en la flor del papel y pensando... ¡Lo imprevisto! Y si lo imprevisto atraía su imaginación de mujer ensoñativa, rechazaba su razón de mujer práctica. ¡Vaya una dualidad la suya! Lectora voraz e hija de comerciantes al menudeo, en su espíritu luchaban su fantasía y su razón, las lecturas contra las tradiciones.

Entró la doncella de nuevo a pedir órdenes. Cristina la hizo abrir los postigos de la ventana, y el sol, un sol cálido y reluciente la dió en la cara. Y el sol es símbolo de la realidad, es la vida cotidiana; es la vida honrada y laboriosa, hecha de deberes y de felicidades conquistadas pacientemente. Cristina pensó en su vida plácida, en su matrimonio feliz, junto a aquel marido laborioso, enérgico, rudo de maneras, pero afable y bueno. Ya no dudó.

— Cierre el postigo — ordenó a la doncella, — tengo sueño todavía.

Y se arrebujó bien entre las colchas otra vez, a dormir: El sueño, que es lo práctico, había vencido al ensueño, que es la quimera.

¡Que esperara allá el romancesco galán de lo imprevisto! De noche, en un baile, con la cabeza caliente de vinos, sus palabras podían tener elocuencia; pero de día, con ese sol fuerte y honrado como su marido... ¡No! Que ella prefería quedarse allí, en su lecho de todos los días, disfrutando de su felicidad cotidiana, gozando de su sueño... Y allá, que esperara en vano lo imprevisto con su promesa de ensueño, quizás visión, espejismo engañoso y fugaz... No pensó más Cristina. Y, cuando una hora después, los relojes daban las cinco, la "hora fatal", como llamaban sus libros a la hora de las citas para el amor furtivo, ella dormía, ¡y tan profundamente!

Ernesto Morales

DIBUJO DE BESARES

¿Qué mujer gustaría Vd. ser?

El "Piccolo Giornale d'Italia", tuvo una idea muy singular. Lanzó las bases de un concurso con un premio de 3.000 liras en un vestido; un segundo de 1.000 en una alhaja; un tercero de 500 para un sombrero de fantasía a toda elección, y así, varios más hasta diez, que se otorgarían a las que, a juicio de un jurado secreto compuesto de tres literatos periodistas, contestara de la mejor manera o más ingeniosa, la siguiente pregunta: "¿Cuál tipo de mujer de la leyenda, de la historia o del arte hubiera querido ser, y por qué?"

Debía contestarse en una tarjeta postal para limitar en lo posible el espacio, y lo hicieron 877, con su firma y domicilio. Fueron muchos los tipos escogidos de todos los tiempos, y la que obtuvo mayores votos fué Cornelia, la histórica madre de los Gracos, que alcanzó 80; después Eva, con 76 respuestas, todas ingeniosas, por lo menos las doce que fueron dignas de ser publicadas; Beatriz, tuvo 56, siguiendo después, Saffo, Circe, María Magdalena, Santa Teresa, Juana de Arco, etc.; es decir, que cada una buscó en sus recuerdos literarios, en la historia, el tipo que suscitó su íntima envidia, su admiración, la mujer que realizó sus ideales o sus esperanzas; y después de una minuciosa selección de los misteriosos señores, el primer premio ha sido concedido a la siguiente respuesta de la señora Teresa Capusi:

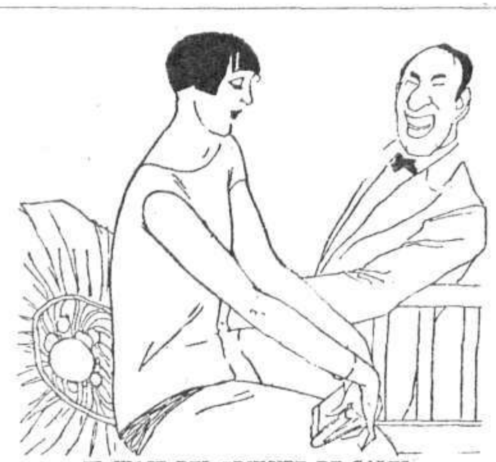
"Quisiera ser, para cualquier época... la que realmente soy: una modesta mujercita indiferente a toda fama.

Y vivir correspondida, en una serena ternura doméstica, y criar y educar un nido de niños en los deberes sociales, en el temor de Dios.

¿Por qué? Porque la misión de la mujer, a lo que yo siento, está en el recinto de la modesta casa; misión de amor, de consuelo, de obscuros deberes. El sentimiento femenino es sacrificio, lágrimas en secreto, alegrías íntimas.

Y las mujeres que pasan a la historia, hacen siempre traición a su propio sexo.

Pero esta respuesta no tendrá tal vez fortuna, no conteniendo las ampulosas resonancias de históricas evocaciones".



EL VIAJE DEL PRINCIPE DE GALES

—Ya he aprendido a decir «yes».
—No es mucho.
—Es lo único que debo responder a lo único interesante que puede preguntarme el Príncipe.

La fiebre aftosa

La fiebre aftosa ha sido en los últimos años objeto de trabajos importantes y de progresos reales, que acaba de coronar el reciente descubrimiento del germen de esta enfermedad por los doctores Frosch y Dahmen.

La fiebre aftosa, que tantos estragos produce en los bovinos, se caracteriza por una evolución muy rápida que no excede de ocho a diez días. Comienza por los síntomas generales, después se produce una erupción vesiculosa alrededor de la boca, sobre la lengua, sobre la piel que bordea las pezuñas y sobre las mamas. La producción de leche disminuye en un tercio o en la mitad. La mortalidad no es muy grande; en general, no pasa mucho de un 2 por 1000. Pero, en ciertas epidemias particularmente severas, llega a alcanzar hasta un 50 ó 60 por 100. La mortalidad no es, por otra parte, la sola consecuencia económicamente grave que puede reportar esta enfermedad. Provoca frecuentemente parálisis y cojeras definitivas. Respecto a la infección, se sabe que se produce por la leche, la saliva y la orina, no sólo por el contenido de las pústulas o aftas. Así, para evitar la propagación de un rebaño a otro, el medio seguro y único es el de encerrar a los animales en el establo, mientras dure la epidemia. La fiebre aftosa no debe ser confundida con la estomatitis aftosa del hombre. Esta pequeña erupción vesiculosa de la boca es, en efecto, especial del hombre. Sin embargo, en diversas ocasiones, se ha podido observar de manera muy clara, una verdadera fiebre aftosa en el hombre. El descubrimiento del germen de la enfermedad ha sido consecuencia de otro descubrimiento debido a un sabio francés: M. de Hérelles, en efecto, logró descubrir una substancia que se designa con el nombre de "bacteriófago" o de "lysine" y que posee la virtud de disolver los microbios. Partiendo de este descubrimiento, Frosch y Dahmen llegaron al del germen.



—Oye, Juanito; si quieres faltar unos días a la escuela, acércate para que se te pegue el sarampión.

Este descubrimiento del germen, ¿proporcionará algún nuevo procedimiento curativo de la enfermedad? No se sabe todavía. Hasta ahora todos los estudios y experimentos hechos en este sentido no han dado resultado. Se han ensayado inyecciones de sangre de animales convalecientes o de sueros antitóxicos. Estas son eficaces, pero imposibles de llevar a la práctica, porque la menor epidemia exigiría una cantidad considerable de sangre o de suero, es decir, un trabajo material enorme y muy delicado. Se han ensayado también sales solubles de bismuto en las cuales se fundan grandes esperanzas.

Una famosa actriz revela sus secretos

Por qué las actrices nunca envejecen.

DE todo lo concerniente a la profesión teatral, nada hay más enigmático para el público que la perfecta juventud de sus mujeres. Con cuánta frecuencia oímos decir: "¡Cómo, si la vi hace cuarenta años en el papel de Julieta, y no representa ahora un año más de edad!" Naturalmente, hay que tener en cuenta la manera de caracterizarse; pero cuando se nos ve de cerca, fuera del escenario, necesita la gente otra explicación. ¡Qué extraño es que la generalidad de las mujeres no hayan aprendido el secreto de conservar la cara joven! ¡Y qué sencillo es comprar cera pura mercolizada (pure mercolized wax) en la farmacia, aplicársela al cutis como cold cream, quitándola con agua caliente por la mañana! La cera absorbe la cutícula vieja en forma gradual e imperceptible, dejando el cutis nuevo y fresco, libre de fealdades. Esta es la razón por la cual las actrices no tienen la cara desfigurada con manchas, barrillos, etc. ¿Por qué nuestras hermanas del otro lado de las candilejas no aprenden y aprovechan esta lección?

Un secreto contra los barrillos.

LOS puntos negros, cutis grasientos y extensión de los poros del rostro, son molestias que, generalmente, nos asaltan juntas, pero podemos combatirlas al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua una tableta de stymol (de venta en las boticas), que produce vivamente una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha pasado se baña el rostro con el agua "estimolizada", y después se seca con una toalla. Los intrusos puntos negros salen espontáneamente y desaparecen en la toalla, y los grandes poros grasientos se contraen como por encanto y se borran de la cara. No se produce ninguna opresión, fuerza o acción violenta. El cutis no sufre daño alguno, y queda alisado, blando y fresco. Unos cuantos de estos tratamientos, con intervalos de tres o cuatro días, dan permanencia a esta belleza y se obtiene rápidamente la limpieza del rostro.

El hermoso sonrosado del cutis.

UN rostro marchito y amarillento añade años a nuestra persona. Las desventajas de pintarse la cara son tantas que no es necesario enumerarlas; baste sólo decir que el uso de carmín, rouge o cualquier otro colorete resulta sumamente perjudicial para la salud y para la verdadera estética. Para devolver a un rostro marchito el hermoso sonrosado colorido natural de la primera juventud basta aplicar, sencillamente, sobre las mejillas un poco de rubinol, que es una maravillosa substancia que tiene la virtud de no notarse y cuyos efectos son verdaderamente sorprendentes. Así lo afirman todas aquellas mujeres a quienes el rubinol ha permitido y permite hacer gala de colores hermosos, atractivos y avasalladores.

Para evitar el vello.

ES cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero evitar definitivamente esa innecesaria abundancia de pelo es ya otro problema diferente. No son muchas las damas que conocen los satisfactorios efectos que para ese resultado produce una substancia tan sencilla como el porlac pulverizado aplicado directamente al pelo. Este tratamiento se recomienda no sólo para hacer desaparecer al instante el vello o las superfluidades del cabello, sino para matar sus raíces por completo. Casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza de porlac, cantidad suficiente para el experimento.

Cabelleras onduladas

POCAS personas saben que el stallax puede ser usado como shampoo y que es mucho mejor para este propósito que cualquiera otra substancia. Tiene una natural afinidad con el cabello, dejándolo lustroso, aterciopelado y pronunciadamente ondulado. Una cucharadita de las de café llena de stallax granulado, disuelta en una taza de agua caliente, es más que suficiente para el objeto. El stallax legítimo se vende en las farmacias, sólo en envases sellados, conteniendo una cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoos. La brillantez que confiere al cabello es completamente inimitable e indescriptible.



JUNTO AL POZO

—La vide en el rancho de ña Sinforosa,
y dende esa noche, me parese, Rosa,
que vi'andar al trote, como parejero
variandomé solo, serca e su potrero;
qui ande usté se encuentre me verá mansito,
igual qui un cordero criao de guachito.

Hagasé de cuenta qui usté es la enramada,
y yo la calandria, que de madrugada
canta entre las flores de la enredadera,
con el calorsito de la primavera.

Qui usté es la laguna di agua linda, y clara,
hecha espresamente pa que la tomara
yo, qui estoy sediento de su amor, que quiero
por usté, mi prenda, no seguir matrero...
y entregarle, en cambio, tuita mi esistensia
pa no separarme más de la querensia...

—No negará naide qu'el moso es ladino
y que ya conose muy bien el camino,
porque asigún disen las entremetidas,
li han visto con otras hasiendo partidas...

—Son conversasiones — yo se lo asiguro —
de gentes chismosas — ¡malevas, dejuro!, —
qu'inventan calunias pa rairse un momento,
sin pensar que pueden herir con el cuento.

—¡Pero si yo mesma lo vide tabiando
con varias amigas; dispués pastoriando
a una forastera, que se jué encantada...
del pago... y los mosos... casi enamorada!...

—Vido mal... De lejos, la vista se engaña;
y di una lomita forma una montaña...
Yo l'único, Rosa, que sé es que la quiero
con tuita la juersa del amor primero;
qu'estoy padesiendo porque disconfía...
qui hay quien ve la noche, cuando alumbra el día...

—No atropelle tanto, tenga cuidao, moso,
piense en el peligro qui hay serca del poso...

—No hay mayor peligro qui usté pa mi suerte;
si me da su boca la vida o la muerte...

SANTIAGO MACIEL

DIBUJO DE BESARES

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

BUENOS AIRES:
Carlos Pellegrini, 78. — Corrientes, 838.
Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838.

SOLICITE CATALOGO N.° 21



MODELO Nº 420
En cabritilla negra, fondo de charol. En gamuza negra, fondo mate. En cabritilla marrón, fondo de charol. En cabritilla charolada, fondo de camello. Tacos de 3 ½ y 5 ½ ctms.

$ 14.90

MODELO Nº 402. — En cabritilla camello, pasa cinta dorado. En cabritilla marrón, pasa cinta dorado. En cabritilla negra, pasa cinta dorado. En Cabritilla charolada, pasa cinta dorado. Taco de 5 ½ ctms., únicamente.

$ 14.90





MODELO Nº 442
En cabritilla charolada, aplicaciones de gamuza negra. En cabritilla negra, aplicaciones becerro mate. Tacos 5 ½ ctms., únicamente.

$ 14.90

MODELO Nº 443
En cabritilla charolada, aplicaciones gamuza negra. En cabritilla negra. Tacos 5 ½ ctms., únicamente.

$ 14.90





MODELO Nº 304. — En gun metal negro. En gun metal de color. Liso o picado.............................. $ **14.90**



MODELO Nº 326. — En gun metal negro. En becerro negro. En gun metal de color. Liso o picado................ $ **14.90**



MODELO Nº 301
En oscaria marrón. En oscaria amarilla. En gun metal africano. En gun metal negro. Caña gabardina marrón, beige claro, beige oscuro. Liso o picado, con cordones o botones.

$ 14.90

MODELO Nº 493
En anca de potro color. En anca de potro negro. En gun metal de color. En gun metal negro. Caña de gabardina, colores beige claro, y beige obscuro, botones de nácar.

$ 14.90

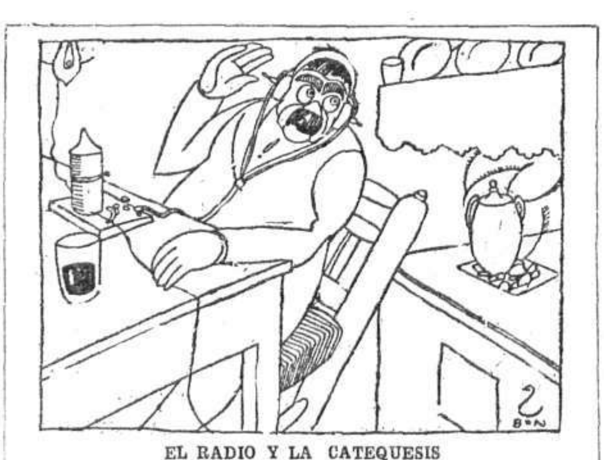
CASA EN ROSARIO: SAN MARTIN, 835.

LA MALDICION DE LA CALUMNIA

No ofrece duda que hay más tontos que listos; pero, asimismo, estoy persuadido que hay muchos más buenos que malos. De donde debiera seguirse que la mayor parte de los hombres se muestra mejor dispuesta a acoger las noticias y juicios que enaltecen a un semejante, que no aquellas insinuaciones y confidencias menospreciadoras del prójimo. Y, sin embargo, acaece al contrario. ¿Por tontería? Sí, y en parte, por cobardía.

La propensión a absorber y luego propagar murmuraciones maliciosas y calumniosas es mayor cuanto más baja, plebeya e inicua se halla la naturaleza del individuo. A medida que la naturaleza se eleva, educa y ennoblece, atenúase, hasta desaparecer, el hábito de murmurar sin fundamento en materias que tocan la honra ajena. Para un ánimo noble nada hay tan repugnante y doloroso como oír infamar hombres ausentes por manera liviana y jocosa, sin acompañar la acusación de prueba. Nada más vil que la calumnia. Y la vileza se agrava cuando la calumnia es solapada y clandestina. ¡Desgraciado el pueblo en donde la calumnia que a la ventura avienta el intrigante, prende en terreno fértil y a propósito.

R. Pérez de Ayala.



EL RADIO Y LA CATEQUESIS
—Sea usted librepensador y ácrata toda la vida; cante usted las excelencias del progreso y crea sólo en la ciencia, para que al final le larguen los sermones de los obispos por radiotelefonía.

LA POLITICA

Oh, política! Te odio porque eres grosera, injusta, escandalosa y charlatana; porque eres enemiga del arte y del trabajo; porque sirves de pasaporte a todas las nulidades, a todas las ambiciones, a todas las perezas; ciega y apasionada, separas corazones honrados hechos para vivir unidos; ligas, al contrario, seres enteramente distintos entre sí. Eres el gran disolvente de las conciencias, has adquirido el hábito de la mentira, del subterfugio, y debido a ti se ve a hombres probos convertirse en amigos de los bellacos con tal de que ellos sean del mismo partido. Te odio, sobre todo, ¡oh política!, porque has conseguido matar en nuestro corazón el sentimiento del arte y la noble idea de la patria.

Alfonso Daudet.

ESTOS SON LOS INSTRUMENTOS QUE A Vd. LE CONVIENEN

Sus marcas garantizan la fuente de origen y la superioridad artística.

COMPRANDOLOS AHORRARA MUCHO DINERO

Acordeones de la afamada marca

A PIANO PIEMONTE

Sonoridad, Armonía, Elegancia, Presentación Artística y Lujosa.

Cada Acordeón se entrega en sólido estuche con correa y método para aprender por cifra y música.

N.º 6035. — 36 bajos y 34 voces teclado a botones	$ 175.-
N.º 6036.—48 bajos y 34 voces, teclado a botones	$ 195.-
N.º 6037.—36 bajos y 34 voces a piano........	$ 190.-
N.º 6038.—48 bajos y 34 voces a piano..........	$ 210.-
N.º 6040.—60 bajos y 34 voces a piano........	$ 235.-
N.º 6039.—80 bajos y 34 voces a piano..........	$ 275.-
N.º 6041.—120 bajos y 34 voces a piano......	$ 330.-

Otros modelos de Acordeones y Bandoneones ofrecemos a precios de fábrica. Catálogo ilustrado remitimos gratis.

$ 39 — $ 49

N.º 3005.— **Guitarra Valenciana** en nogal de los Pirineos. Con método y embalaje gratis, a......... **$ 39.-**

N.º 3041. — Regia GUITARRA modelo **MADRILEÑO** en madera extrafina de nogal. Con método y embalaje gratis..... **$ 49.-**

Otros modelos de Guitarras, desde $ 13.90 hasta $ 1.000.—. Catálogo ilustrado gratis



N.º 4102 bis. — **VIOLIN** modelo de auténtico **STRADIVARIUS** muy buenas voces, barniz fino. Con elegante estuche, arco, pez y embalaje gratis, $ **45.50**

Otros modelos desde $ 25.— hasta $ 2.500.—

Catálogos ilustrados GRATIS

DIRIGIR CORRESPONDENCIA Y PEDIDOS AL GERENTE DE

CASA AMERICA
SOCIEDAD ANONIMA Lda.

AVENIDA DE MAYO 979
Buenos Aires

Enfermedad producida por las perlas

Los médicos de los hospitales de París han observado que las obreras perleras son frecuentemente atacadas de ictericia. Buscando las causas de esta enfermedad, han hallado serlo una intoxicación producida por el disolvente de que se sirven estas obreras, que no es otro que el tetracloretano. El experimento lo han hecho con ratones. Inyectaron a éstos cierta cantidad de este disolvente y el resultado fué que presentaron el mismo género de intoxicación.

El tetracloretano es un derivado clorado del etano, incoloro y de olor semejante al del cloroformo.

He aquí para qué se emplea el tetracloretano en la fabricación de perlas falsas:

Se sabe que éstas son pequeñas bolas de vidrio llenas, sobre las cuales se aplica un barniz destinado a darles el aspecto de las perlas verdaderas. Este barniz se compone de acetato de celulosa disuelto en el tetracloretano, al que se añade polvo de escamas de pescado. Este polvo es el que le da a la perla su oriente. La obrera baña las bolitas de vidrio en este barniz cuyas emanaciones tóxicas llegan fácilmente hasta las vías respiratorias. Además, estos vapores pueden acumularse en el taller, y como éste se tiene perfectamente cerrado casi siempre para evitar que el polvo invada las perlas, sucede que los obreros viven en una atmósfera verdaderamente venenosa.

Esta intoxicación lenta se manifiesta por medio de la ictericia, como arriba dijimos.

Apresurémonos a añadir que esta enfermedad debida a la acción tóxica sobre el hígado, desaparece rápidamente gracias a una higiene alimenticia apropiada y una vida a pleno aire.



—¿Diez kilos nada más?
—¿No te parece que está bien por diez centavos?

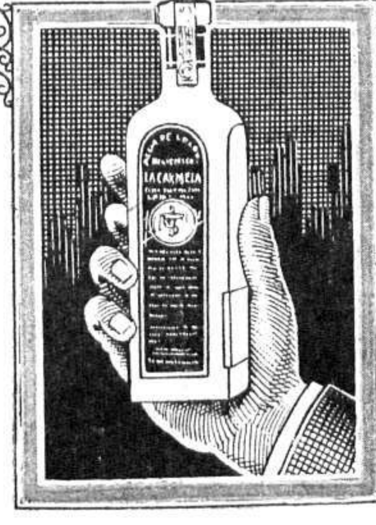
La esperanza es una cadena que ata todos nuestros placeres.

Montesquieu.

CANAS



Dé a sus cabellos canosos hermosas tonalidades naturales.





"LA CARMELA" no requiere molestos lavados de cabeza para su aplicación.

Sólo con unas fricciones de

AGUA DE COLONIA HIGIENICA

"La Carmela"

los cabellos canosos recobran su color original: rubio, castaño o moreno; exactamente.

Este producto, de fama mundial, es de uso muy agradable y ***absolutamente inofensivo,*** bajo nuestra garantía. Tiene la ventaja de que se aplica al peinarse, como una loción cualquiera, sin necesidad de lavados ni precauciones de ningún género. No mancha ni engrasa la piel ni la ropa. Extirpa la caspa más rebelde en cinco días. Pruebe con un frasco. Nos agradecerá el consejo

En venta en todas las tiendas, farmacias y perfumerías.
Precio del frasco: $ 8.- Interior: $ 8.50

Desconfíe de los frascos que le ofrezcan a menos de $ 8.—

J. L. CONDE & Cía.
Carlos Pellegrini 435 Buenos Aires

En venta en el Uruguay: Soriano, 780, MONTEVIDEO. — En el Paraguay: Gral Díaz, 402. ASUNCION. — En Bolivia: SUCRE.

REGALO DE PROPAGANDA

Válido solamente hasta el 20 de Agosto.

Con el fin de que no haya un solo hogar argentino donde falten las CARTERAS "MARTI".

OFRECEMOS por SOLO $ 2.- m/n

UNA CARTERA "MARTI" PARA ROPA EXTERIOR DE SEÑORAS, CONTENIENDO

140 FIGURINES lo más "chic" en vestidos, trajes de calle y soirée; blusas, abrigos y capas y sus **140 PATRONES** correspondientes, trazados a tamaño natural y graduados para todos los talles, desde el 42 hasta el 60.

IMPORTANTE. — Sólo atenderemos pedidos de una cartera por cada persona. Es indispensable enviarnos recortado este aviso al hacer el pedido.



J. L. CONDE & Cía. Carlos Pellegrini, 435 - Buenos Aires.
Y en la sedería Valdiviana, Bernardo de Irigoyen, 982. — Buenos Aires.

PIENSA Y

EL CALCULO MENTAL

(Continuación del número anterior)

También tenemos arcos o globos en manos de muñecos que, con el uso de bolsas o pelotas, permiten un juego adecuado a la edad y temperamen-



to de los pequeños y que da lugar al maestro a esas clases al aire libre, que tanto encantan a los escolares.

¿Qué niño no disputará el lugar del que debe tirar la bolsa (ejercitando su ojo) para lograr hacerla pasar por los círculos?

Verá el maestro levantarse tantas manos como niños tiene y agitarse entusiastas cuando pregunte:

—¿Quién pasa ahora?

Si se juega con bolsas hechas con los tres colores primarios, dará lugar a una aplicación mayor, pudiéndose asignar a cada color un valor diferente.

Las sumas y restas que sucesivamente deben realizarse, pueden hacerse a partir de un número que indique la maestra.

Así, si están en la tercera decena, los cálculos se harán a partir de veinte las sumas y de treinta las restas.

(Continúa en el próximo número)

Aprende a conocer lo que te rodea

LA OVEJA



¡*Cuántas ovejitas habrán visto ustedes!* Pero ¿las han observado atentamente?

Veamos:

¿Han pasado la mano sobre su cuerpo? ¿Qué impresión sintieron?

¿Es la lana igual al pelo del gato o caballo? Y al comer, ¿repararon acaso en lo que preferían? ¿Recuerdan cómo movían la boca?

¿Sorprendieron alguna enojada? ¿Cómo se defendía? Si nadie la molesta ¿la han visto atacar alguna vez?

¿*Reconoce* la oveja a su dueño? ¿Cómo lo demuestra?

¿Viven solas? ¿Cómo se agrupan? ¿Qué posición toman en los días de lluvia o fuerte viento? ¿Por qué será?

¿Los ojos de este animal, qué expresión tienen? Sus tiernos hijos eran inmolados antiguamente, presentándolos como una ofrenda a los dioses. Buscaban para ello ejemplares cuya blancura fuera inmaculada.

LOS ARBOLES

En algunos paseos y jardines de Portugal, hállanse junto a los árboles unas placas con la siguiente inscripción:

"Tú, que pasas y levantas contra mí tu brazo, antes de hacerme mal, mírame bien."

"Yo soy el calor de tu hogar en las noches frias del invierno."

"Yo soy la sombra amiga que te protege contra el sol estival."

"Mis frutos sacian tu hambre y calman tu sed."

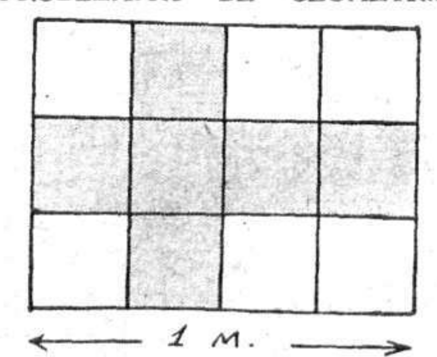
"Yo soy la viga que soporta el techo de tu casa, la tabla de tu mesa, la cama en que descansas."

"Soy el mango de tus herramientas, la puerta de tu casa."

"Cuando naces, tengo madera para tu cuna; cuando mueres, en forma de ataúd, aun te acompaño al seno de la tierra."

"Soy pan de bondad y flor de belleza." "Si me amas, como merezco, defiéndeme contra los insensatos."

PROBLEMITA DE GEOMETRIA



¿Podrías decir, mirando simplemente esta figura, qué diferencia hay entre el perímetro del rectángulo y el de la cruz sombreada?

Soluciones del número anterior

Charada

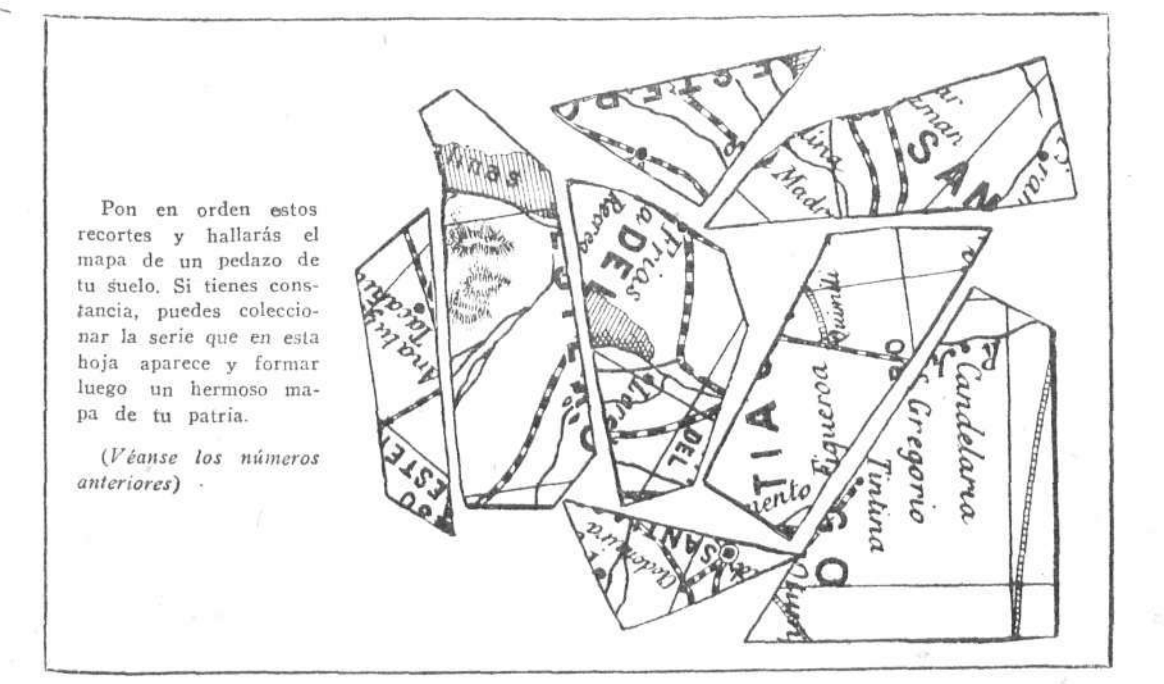
RAMIRO

ARCADIA DE

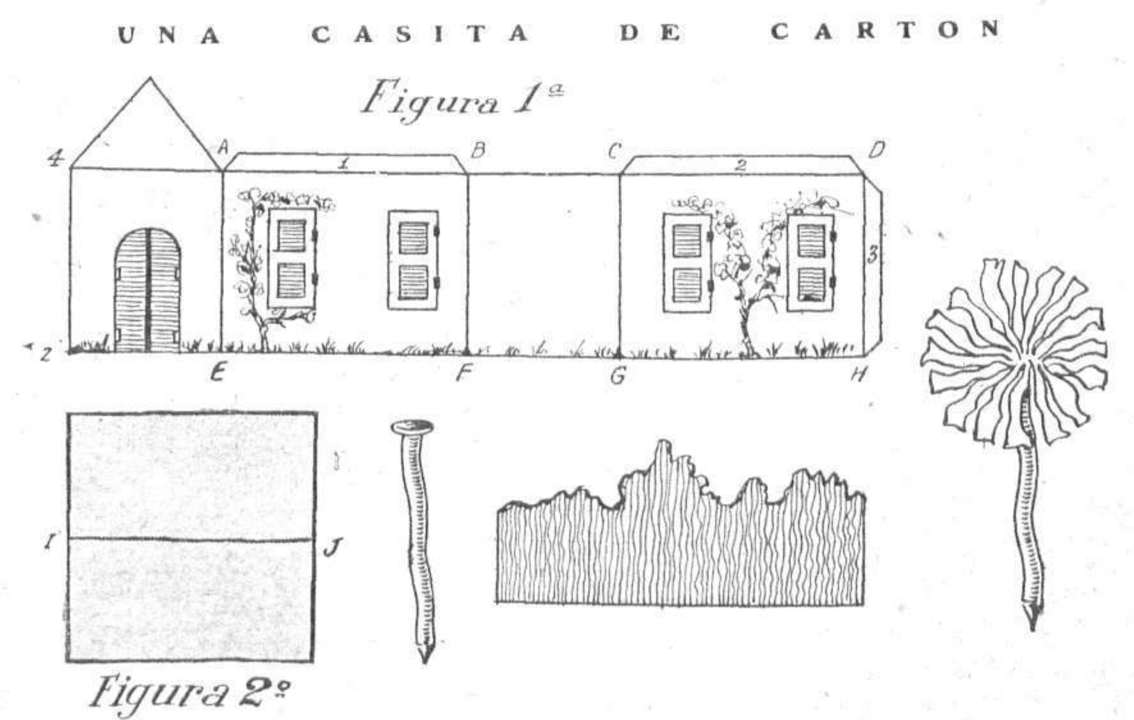
E J E C U T A

Pon en orden estos recortes y hallarás el mapa de un pedazo de tu suelo. Si tienes constancia, puedes coleccionar la serie que en esta hoja aparece y formar luego un hermoso mapa de tu patria.

(Véanse los números anteriores)



UNA CASITA DE CARTON



Dóblese prolijamente la figura, por los lados a e, b f, c g, d h, y figura 2. i j.

Engómense las aletas 1, 2 y 3.

La número 3 debe pegarse a la línea 4 z y la número 1 y 2 sujetan el techo, dejando un alero en todo el contorno.

Las ventanas se cortarán; van solamente unídas por un solo lado para poderlas abrir y cerrar. La puerta tiene dos hojas.

Si queremos colocar árboles para adornarla, nos basta disponer de unos clavos viejos, torcidos y de un pedazo de papel de seda verde. Tomando el papel en forma irregular, hacemos un fleco con la tijera, y arrollándolo luego a la cabeza del clavo, tendremos un arbolito que dará sombra a la casita de campo.

M U L B R O D H

El dios del comercio y de los ladrones

Mercurio es, entre sus camaradas del Olimpo, quien más cargos asume. Además de lo dicho, sirve a Júpiter de mensajero y de heraldo a los otros dioses, y tiene la azarosa y pía misión de acompañar a las almas que fenecen a la tenebrosa región de Ades. Es dios del comercio, sustenta las relaciones pacíficas entre los hombres, protege los viajes, vigila los caminos. No sabemos si en la actualidad se dedica, como antes, a la labor de invención, que ejercitó con gran fruto. El inventó las letras, el fuego, los números, la música, la geometría y los ejercicios corporales de la palestra, y no sabemos si otras cosas más.

La invención del fuego fué muy curiosa: se dice que, después de encerrar en el establo los bueyes de Apolo, reunió una poca leña y se dispuso a hacer fuego, para lo cual tomó una rama de laurel, un pedazo de madera, hizo a ésta un agujero, metió por él la rama y comenzó a darle vueltas, a guisa de carraca. Hecho el fuego, tomó dos becerras, las descuartizó, las asó y dividió en doce trozos, que ofreció galantemente a los doce grandes dioses de la Mitología.

De donde resulta también inventor de los sacrificios y del asado con cuero.


El padre. — ¡Al fin sirve para algo el instrumento!

Se nos olvidó decir que era también portero de las regiones celestes.

También olvidamos advertir que este dios es, con ligeras diferencias, el mismo Hermes de los griegos. Sus atributos son el caduceo, las sandalias de oro, que le permitían correr velozmente sobre la tierra y sobre el mar, así como por el aire, y su alado sombrerito en forma de hongo.

Algunos le representaron también con una bolsa en la mano, con alas en los pies y en las espaldas, joven e imberbe, y desnudo o con una ligera clámida.

También se le representa como un hombre de edad madura y de aspecto repulsivo, tocado con un sombrero de fieltro (pétaso) de anchas alas a guisa de viajero, la cabellera ceñida por una cinta y reunida en haz sobre la nuca, con dos bucles por ambos lados cayendo hasta los hombros.

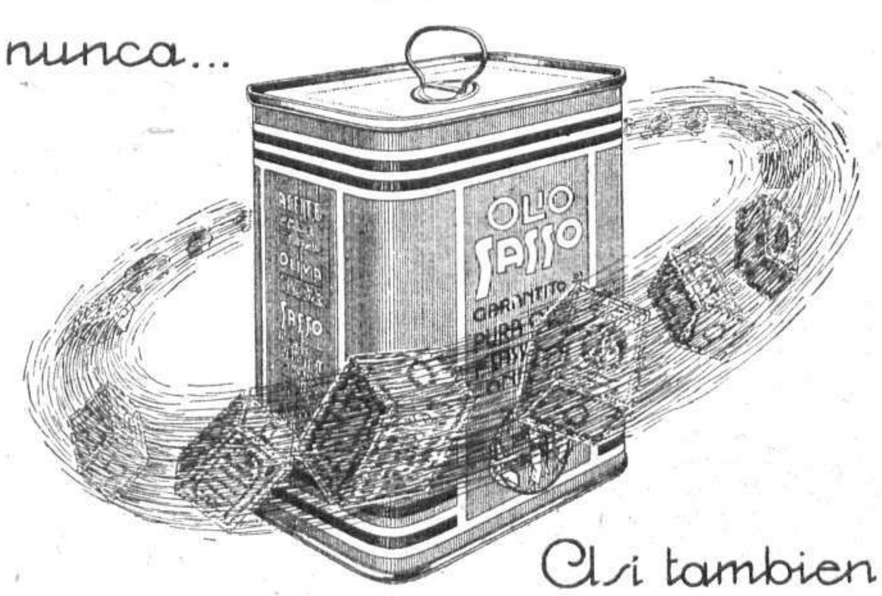
En cuanto al culto, se le rindió en Grecia y Roma, donde tuvo innumerables templos erigidos en su honor.

Algunos autores suponen que Mercurio tuvo también estatuas en pequeñas hornacinas situadas en las calles habitadas por mercaderes.

Esto es todo lo que sabemos del dios del comercio y de los ladrones.

Los satélites de Saturno

giran eternamente en
torno del planeta,
sin acercársele
nunca...



Asi tambien
los diferentes
aceites comestibles,
ruedan por el mundo sin
lograr aproximarse nunca al

Olio Sasso

EL ACEITE PREFERIDO EN TODO EL MUNDO

UNICO IMPORT. C. V. BERNARD BUENOS AIRES

Consejos para los padres de familia

1. — No enseñes a tu hijo a que llore por todo lo que ve, porque pronto sabrá apreciar el valor de las lágrimas.

2. — No descuides enseñarle desde temprano hábitos ordenados.

3. — No le consientas ninguna demostración de mal genio. No habrá necesidad de molestarle con gritos, puntapiés y golpes, si desde temprano se le corrige.

4. — No permitas "quejas" ni "necedades".

5. — No dejes de demostrar simpatía cuando el niño esté afligido. La simpatía imparte consuelo.

6. — No consientas chismes. Esto conduce al egoísmo.

7. — No critiques ni castigues primero para investigar después. La injusticia causa una herida profunda.

8. — No ofrezcas paga. Enseña la obediencia como principio.

9. — No alejes de ti los niños por miedo de que te ensucien un vestido bonito. Llegará el día en que suspirarás por sus caricias.

10. — No dejes de cumplir todas las promesas, esto infundirá confianza.

11. — No dejes de ser bondadoso y considerado. La bondad es una gran avasalladora.

12. — No descuides el cultivar la amistad de los compañeros de juegos de tus hijos.

13. — No procures hacer a tus hijos obedientes a fuerza de contarles cuentos de "aparecidos" o encerrándoles en lugares obscuros.

14. — No dejes de exigirles un buen comportamiento en la mesa; las costumbres adquiridas desde temprano son las que se practican siempre.

15. — No uses un lenguaje que te dé vergüenza que repitan tus hijos.



—¿Qué tal está tu esposa en el balneario?
—Hombre, creo que bien, puesto que no me ha escrito.

16. — No muestres parcialidad hacia ninguno de tus hijos. Ellos son muy observadores.

17. — No esperes que tus niños te respondan con cortesía si tú no la practicas. Son ellos excelentes imitadores.

18. — No des mal tratamiento a tus hijos y tus hijas, que se hagan confidentes de personas fuera de casa. Perdiendo su confianza, pierdes todo su gobierno sobre ellos.

19. — No pongas todas las cosas fuera del alcance de las manos del niño; enséñale a que ciertas cosas no debe tocar y se aleccionará en el gobierno de sí mismo.

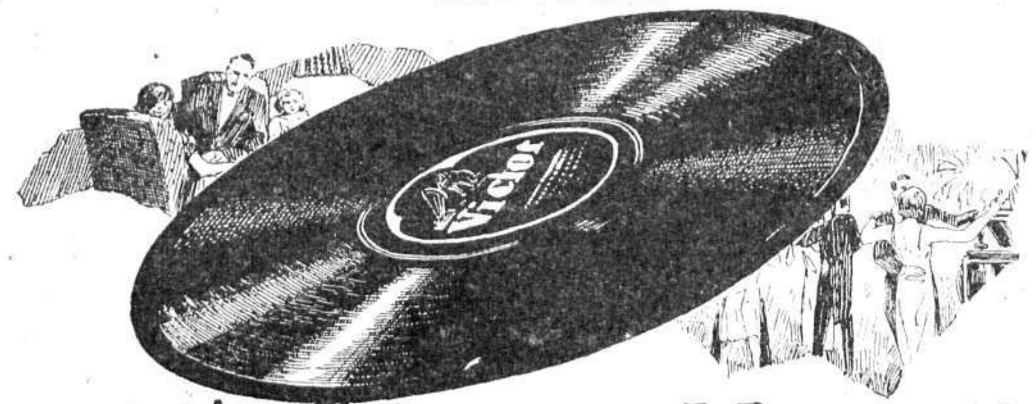
20. — No mandes a un niño que se retire dándole una respuesta evasiva cuando él desea información especial. El la conseguirá en otra parte.

21. — No te engañes esperando que tus hijos lleguen a ser caballeros y señores respetables, a menos que los trates como tales.

22. — No te muestres ceñudo ni regañes constantemente y luego esperes que ellos sean de un carácter dulce.

23. — No creas que te humillas demasiado cuando das a tu hijo una satisfacción si lo has ofendido.

24. — Y, sobre todo, cuida mucho de no mentirle y no consientas que mienta. La verdad es el fundamento de todo el edificio moral, social y material.



EL CENTRO MUSICAL DE Bs. AIRES

Pratt & Cia.

efectúan actualmente una

VENTA EXTRAORDINARIA de más de

60.000 DISCOS Y APARATOS "VICTOR" a precios rebajados la mayoría de ellos hasta la tercera parte de su valor.

Aproveche estas ofertas verdaderamente extraordinarias

12.000 discos Victor, comprendiendo una variedad de más de 200 selecciones

A $ 1.— c/uno — Tres discos "VICTOR" por el precio de uno. Precio en vigor en cualquiera otra parte: $ 3.00 c/u.

15.000 discos — "VICTOR" comprendiendo una variedad de más de 250 selecciones.

A $ 1.50 c/uno — Dos discos "VICTOR" por el precio de uno. Precio en vigor en cualquiera otra parte: $ 3.00 c/u.

REGALAMOS

$ 34.50 por $ 10.00 A todo comprador de diez discos de $ 1.00 ó 1.50 c/u., un disco de CARUSO u otro artista "VICTOR", de sello rojo, seleccionado de nuestra lista especial de discos de $ 2.50 c/u.

Visítenos hoy mismo y seleccione los de su agrado. Hay listas completas en nuestros salones de ventas para facilitar su selección. Los pedidos del interior son despachados en el día, bien embalados y flete pago por nosotros siempre que llegue a un valor de $ 10.- Mándenos su pedido hoy mientras la existencia está completa.

Si Vd. desea adquirir un aparato "VICTOR-VICTROLA" solicite nuestra LISTA DE PRECIOS REBAJADOS. Tenemos todos los modelos de aparatos "VICTOR - VICTROLA" a precios mucho más bajos que en cualquier otra parte.

Pratt & Cia.

626 - SARMIENTO - 636

Anexo: Galería Güemes - Buenos Aires

Maipú y Córdoba
ROSARIO

San Martín N.º 89
CORDOBA



IN MEMORIAM

De doña Josefina Mitre de Caprile



Te voici endormie en la paix du Seigneur,
Noble Dame qui fus gloire aussi dans la gloire
Familiale, et sus prier, aimer et croire,
Comme encense l'autel le parfum d'une fleur.

De ton esprit charmant règne encor la splendeur
Et luira comme un cierge à ta douce mémoire.
Goutte à goutte, les pleurs au marbre de l'Histoire
Graveront ton surnom d'Ange de la Douleur.

Les Lettres et les Arts savaient exquis l'asile
Ou ta grâce egissait en abeille subtile
Et relevait les cœurs battus par l'ouragan.

Toi qui t'épanouis dans la Maison Sacrée,
Apporte notre hommage à Celui qui t'attend,
Sainte qui fleuriras la Légende Dorée!...

Charles de SOUSSENS.

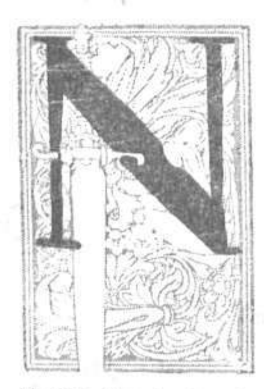
22 *Juillet.*

Desde el hospital, donde se asiste desde hace algún tiempo, el poeta don Carlos de Soussens, nos ha remitido los versos siguientes, dedicados a la memoria de la ilustre matrona cuyo fallecimiento fuera tan lamentado. Publicamos el original en francés para no alterar en nada su significación y valor.

EL "BUEN" JUEZ DE LAS TUNAS

(VIDA DE PROVINCIA)





No conocía, desde luego, nuestro juez, ni de oídas, las sabias "Sentencias del juez Magnaud", pero sí conocía mucho los endiablados vericuetos del alma aparentemente ingenua de cierta gente de las aldeas rurales. Clementino Taborda, el *pardo* Taborda, como le llamaban sus conciudadanos, desempeñaba desde hacía quince años el cargo de juez de paz de Las Tunas, una pequeña población situada al oeste de la ciudad de Santa Fe, y cuyos pobladores eran agricultores enriquecidos o tamberos en vías de serlo. La agricultura es allí tradicional, y a su sombra bienhechora se labraron muchas fortunas, siendo tan honda la predilección y el amor por las cosas de la tierra, que su corriente corre de generación en generación como el mejor timbre de orgullo para los pobladores.

Clementino Taborda se conocía la psicología, las mañas y la altura moral de cada uno de los habitantes. Pocas veces daba un fallo condenatorio, y llegaba siempre a una conciliación entre las partes. Se transaba amigablemente, se evitaban enemistades y las gentes salían contentas con las resoluciones adoptadas. Cuando se enfrentaba con algún *gringo taimado*, como él los llamaba, comenzaba a recordarle algunos antecedentes al postulante, vaquitas de no muy limpia procedencia o algún incendio de parvas del vecino, con lo que el rebelde suavizaba sus pretensiones y concluía por someterse a las decisiones, antes que oír la repetición de cosas no gratas del pasado.

Así fué cómo el *pardo* Taborda conquistó ascendiente y autoridad ante el vecindario. Conociendo las mañas y las vivezas de cada litigante, hacía las de la paciente araña: hilaba fino para atrapar las moscas y acomodarlas a su antojo, y para ello no consultaba en códigos ni leyes, ni reglamentos, porque le bastaba la agudeza natural de su espíritu y la penetración lenta en cada una de las conciencias elásticas, o acantiladas, o permeables de sus convecinos.

Hace poco tiempo me relataban algunos pronunciamientos del *buen* juez, que si bien serían revocados por un tribunal superior por "ser contrarios a todo derecho", en cambio, entre las gentes lugareñas de aquella comarca de la provincia de Santa Fe, han cobrado la característica de una verdadera jurisprudencia popular.

Hace de esto ya varios años. Un día le denunciaron que un criollito no respetaba la ley que prohibía los juegos de azar y se ganaba buenos pesos con riñas de gallos. Lo citó y le aconsejó que suspendiera las riñas, porque de lo contrario sería multado. El hombre no respetó la indicación, y continuó lucrando con las espuelas, hasta que fué vuelto a citar.

—Decime, tapecito, ¿no tenés algo decente pa trabajar? ¿No te amonesté ya varias veces por tu falta?

—¡Y qué quiere, mi juez: unos se ganan la vida con el aráu, otros vendiendo salchicha rancia y algunos pegando sopapos!

—¿Cómo pegando sopapos?

—¿Y qué no? ¿Y esos tipos en pelo, con guantes de cuero, que se arrinconan entre unas sogas, se golpian hasta ensangrentarse la geta y cair dessmayáus al suelo, acaso no se ganan a puñados los amarillos? Si la ley no prohibe que se deslomen los cristianos, ¿a qué tanta bambolla porque dos gallitos se espoleen? ¡Pucha con las cosas de aura!...

El juez quedó silencioso. Le habían hecho un argumento aplastador.

—Bueno, está bien; tenés razón, pero vos me traes ahora los gallos pa que yo les ponga el sello de "autorizado", y vuelves a llevártelos mañana.

—Muchas gracias, mi juez; ¡ya sabía yo que l'iba a salir gritando su sangre criolla!...

Pero sucedió que después del "autorizado" los gallos engordaron bárbaramente, se hicieron pesados y perdieron sus arrestos, con gran enojo de su dueño, que tuvo que marcharse del pueblo porque los volátiles se la pasaban echados cariñosamente uno al lado del otro.

—¿Y cómo ha sido eso, don Cleme — le preguntaron una noche en el *bar* del pueblo, — que usted consintió la riña y al poco tiempo los gallos quedaron pesados como bueyes viejos?

—Pos, amigo, por eso mismo, por lo de los bueyes. Le tuve que permitir no más al tape porque me discutió y me ganó el fallo, de arriba; pero yo me dije: "te la voy a hacer fallar de abajo". Vinieron los gallos, los cazó mamá Rosa, les levantó la cola y ¡zas!: listos como los bueyes y acabada la riña y el riñero.

Gastón H. Lestard

Consejos a una niña

No cierres nunca tu corazón a tu madre; déjala leer en él como en un libro abierto.

No des entrada al orgullo en tu alma, porque el orgullo pierde con más seguridad a la mujer que al hombre. Sé dócil a tus padres, en tal extremo, que ellos no tengan la pena de decirte con los labios lo que bastaría con los ojos.

Nunca tengas amigas íntimas.

Sé caritativa con todos los pobres, con todas las mujeres. Si llegas a ponerte un traje de seda, no olvides que la seda es tan pesada, que es menester poner un pan en el otro plato de la balanza para mantener el equilibrio.

No tengas nunca el pecho descubierto; ni la tisis ni la mirada de los hombres perdonan nunca a la que hace tales imprudencias.

Usa vestidos blancos para que armonicen con la alegría de tu edad y la pureza de tu corazón.

El linón es la tela que tiene menos valor porque no lo consumen sino las jóvenes discretas, y en el comercio han reparado que éstas son muy pocas.



—Vea, mozo, ¿quiere decir a la orquesta que toque "El Toreador"? ¡A mi perrito le encanta!...

Todo prendedor de piedras preciosas vale más que la mujer que lo lleva; pero toda mujer vale más que un lazo de cinta.

Si tienes la desgracia de ser bella, haz que la envidia no hable de tu belleza por consideración a tus virtudes.

En el mundo no hay mujeres feas; lo que hay son mujeres malas y sin educación.

Con la conciencia no puede haber transacciones; las que celebra de día las rompe de noche, y de las que se hacen en el mundo apela la sociedad.

No demuestres tu superioridad sino con la bondad de tu corazón.

Si tienes talento, escóndelo, y si no lo tienes, escóndete.

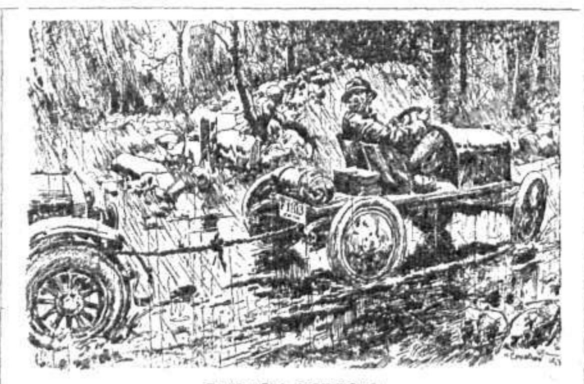
La mujer es bella a los quince; la inocencia es bella a los cuarenta.

Las criadas son las que expiden certificados sobre la virtud de sus señoras.

Los versos a las mujeres se hacen con mentiras y consonantes.

Sensacionales declaraciones de un explorador

El coronel James Churchward, de Nueva York, respondiendo a varias preguntas que se le hicieron sobre el descubrimiento de ciento veinticinco inscripciones en la India, traducidas por él con la ayuda de muy reputados intelectuales periodistas, hizo las siguientes manifestaciones:



TURISMO FORZOSO

Voz de atrás.— ¿Para qué diablos me lleva usted por aquí? El guía profesional, que ha prestado auxilio.— Porque creo que le interesará conocer esta parte del bosque.

"Las inscripciones aludidas fueron escritas hace veinte mil años, cuando la nación más *floreciente* del mundo y probablemente la cuna del género humano, estaba formada por un continente tropical más extenso que América. Este continente se llamó "Mu" y fué tragado por el mar, pereciendo ahogados sus sesenta y cuatro millones de habitantes blancos, hace trece mil años.

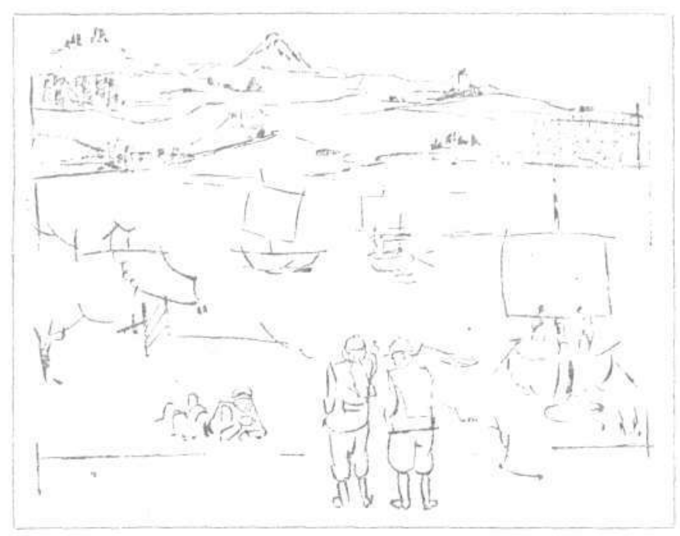
"El paraíso terrenal existió en ese continente hace cincuenta mil años y no en el Asia o en el Asia Menor, como vulgarmente se cree.

"Los últimos descubrimientos efectuados en la India producirán una verdadera revolución en el mundo científico. Me consta que los hombres de ciencia pondrán en duda muchas de las aseveraciones que hago: pero estoy dispuesto a demostrarlas. Las objeciones de carácter geológico y arqueológico no me arredran. En mis disertaciones con los incrédulos utilizaré datos y hechos contra simples teorías.

"Hace diez mil años que la humanidad estaba en posesión de secretos que en el curso de los siglos se perdieron para las generaciones sucesivas. Tengo datos para demostrar que los ejércitos de la India el año 10.000 antes de la Era cristiana tenían máquinas voladoras, las que podían transportar veintenas de soldados. Estos vehículos aéreos eran impulsados por motores de una sencillez increíble que utilizaban fuerzas que la ciencia actual trata de encontrar nuevamente.

"Estamos en posesión de datos para probar que el general indio Ramachader voló desde Céylán al norte de la India en uno de esos aparatos, los que también eran empleados en tiempo de guerra. Ya en ese tiempo eran conocidas la pólvora y las armas de fuego.

"*Toda esta civilización existía en el imperio hindú* del Sol, bajo la dinastía de Rama-naga. Los hombres de aquella época tenían un sistema filosófico completo y teorías definidas sobre el origen del ser humano."



MI GUÍA EXCLAMÓ, OBSERVANDO EL PAISAJE:
—¡QUÉ HERMOSURA!

El CHINO

Por N. MINSKY

TRADUCIDO DEL RUSO POR R. L. DORFMAN.

Mire, señor,—dijo el guía—es un legionario demente. Aquí está acostado en el suelo...

El aludido era soldado de una legión extranjera. Ostentaba un gorro blanco, y un uniforme, muy sucio, de color «kaki». Permanecía echado de bruces, pero no dormido; contemplaba con extremada atención la hierba que tenía ante su vista. No parecía estar ebrio, como lo atestiguaba también su mano, que, agitando en el aire una pajita, no temblaba.

Mi guía exclamó, observando el paisaje:

—¡Qué hermosura!

Nos encontrábamos a orillas del río Amarillo, y el panorama que se presentaba ante nuestra vista era, en verdad, maravilloso.

A lo largo del río se deslizaban los juncos chinos, pesados, bajos y anchos de bordas, que, con gran dificultad, subían la corriente. Algunos hombres corrían de la popa a la proa, manejando con gran destreza las velas de mimbre y los remos. Eran los chinos, infatigables y ágiles, cuya epidermis amarilla reflejaba matices negruzcos, bajo los penetrantes rayos del sol. Vistos de donde estábamos, parecían pigmeos, pues nos separaba de ellos una considerable distancia.

—Parecen hormigas—objetó el guía.

Al oir estas palabras, el hombre que yacía en el suelo, levantó la cabeza y sonrió. Tenía ojos grises y el cabello y la barba rubios; era un individuo del Norte, bien típico.

—Sí—dijo él—, las hormigas que llegan de allá, de los grandes hormigueros.

E indicó con un gesto la parte septentrional del horizonte, hacia el lugar donde debía hallarse China.

—Es un oficial de la marina rusa—díjome en voz baja mi guía—. Se dice que estuvo en Port-Arthur durante la guerra rusojaponesa. Luego desertó, se llegó hasta aquí y entró en la legión extranjera. ¿Por qué habrá hecho esto? Probablemente, sin razón alguna. De seguro que tiene gente en la azotea.

Me pareció que el legionario había oído las últimas palabras; sin embargo, volvió a sonreir y dijo:

—Observe las verdaderas hormigas; ¿no es cierto que son exactamente iguales a aquellas?

Recién entonces noté que estaba acostado al lado de un hormiguero, y que contemplaba con gran curiosidad las grandes hormigas, que iban y venían muy atareadas.

—Fíjese—prosiguió el legionario;—he aquí una hormiga que no lleva nada y que posiblemente llegó aquí por casualidad. La toco con la pajita. Mire cómo se asusta; ha perdido la cabeza y corre como una loca. Pero aquí tiene otra que transporta hasta el hormiguero un trocito de madera. Pues a ésta no la hará usted cambiar de rumbo. Le tiré con una piedra que casi la aplasta y, sin embargo, tras salir de este atentado con sólo tres patitas, el abdomen medio destrozado y una sola antena, no abandona su astilla. Y si tratase de quitársela, me picaría sin titubear, lucharía contra mí, que soy para ella un monstruo, cuyo tamaño enorme ni siquiera alcanzan a ver sus ojos. ¿Comprende usted lo que significa esto? Pues, sencillamente, que una hormiga entregada a su tarea, se convierte en un maniático. No ve nada más allá de su obligación; se despoja de la voluntad y hasta pierde el instinto de conservación. Así son también los chinos, los millones de seres amarillos. Todos se asemejan a las hormigas, son maniáticos de su deber. Es por eso por lo que me inspiran tanto horror.

En su semblante se reflejó un miedo atroz. Yo experimenté un vivo deseo de huir del lado de mi extraño interlocutor.

—He servido en el «Petropalosk»—prosiguió él.—En el acorazado que, bajo el mando del almirante Makarof, estuviera en Port-Arthur, y que luego fué torpedeado por los japoneses—me explicó mi guía en voz baja.

—¡Desdichado! Ahora me doy cuenta del porqué.

Se golpeó la frente con un dedo.

—¡Oh, qué horror!—murmuró el legionario.—No asegure con tanto misterio que tengo la cabeza trastornada, pues no es verdad. Estoy bien de la cabeza; sólo que tengo los nervios un poco débiles... A cualquier ruidito inesperado, me estremezco, y el ligero roce de una mano ajena me hace sobresaltar. Pero mi cerebro está sano y tengo buena memoria. Me acuerdo muy bien de todo y me asusta el porvenir de todas nuestras razas... ¿Comprende usted?

...El almirante no había querido aceptar la batalla y salió a alta mar para proporcionar descanso a la tripulación. De repente, el enemigo empezó a hacer fuego. A poca distancia de nosotros, se distinguía una especie de canal tranquilo hasta donde no llegaban los proyectiles. Era una trampa que nos habían preparado los japoneses; pero nadie se dió cuenta de ello, y nos dirigimos hacia allí. Mientras tanto, nuestro acorazado seguía sufriendo grandes bajas y destrozos a causa del fuego enemigo; las máquinas no obedecían, se apagó la luz eléctrica; nadie prestaba atención a la voz del almi-

rante. En aquel momento, desde la orilla, zarpó un botecito chino, guiado por dos hombres, en dirección a nosotros. El bote surcaba las aguas sobre las que reinaba la muerte; alrededor de él estallaban granadas... Y aquella ridícula embarcación se adelantaba despacio, movida por dos remos, que subían y bajaban rítmicamente. ¿Qué querían o qué necesitaban esos hombres? Sin duda, tenían que cumplir algún deber sagrado y urgente, por el que arriesgaban sus vidas...



—OBSERVE LAS VERDADERAS HORMIGAS.

tiles. Todos mirábamos al chino con ojos desmesuradamente abiertos, admirando su valor y su heroísmo inconscientes... No, todo esto no son más que palabras europeas que no expresan nada. Estábamos asombrados y humillados, porque él, sin vacilar, había cumplido con su deber.

El huracán de hierro y fuego rugía lejos de nosotros y, ebrios por el terror y por la emoción, nos decíamos mentalmente: «ya estamos salvados». Todos empezamos a mofarnos del chino, porque nos sentíamos algo avergonzados ante él, y, además, confiábamos en nuestra salvación.

Por fin, el bote se nos acercó, y uno de los hombres que lo tripulaban subió a la cubierta. Era un chino, portador de un gran canasto. Lo dejó en el suelo e hizo una profunda reverencia. En este momento estalló una bomba que mató a cuatro marineros. La cara del chino no expresó emoción alguna; volvió a saludarnos.

Un oficial corrió hacia él y le gritó, con voz entrecortada:

—¿De dónde vienes? ¿Qué noticias traes? ¡Habla!

El chino saludó por tercera vez y pronunció en ruso chapurreado:

—Señor comandante, mi traer ropa oficiales. Mucha prisa.

Abrió su canasto con tanta precaución como si allí se ocultaran alhajas valiosas, y ante nuestra vista aparecieron cuellos, «pyjamas», pantalones, blusas blancas y camisas, todo muy bien arreglado y en atados separados, uno para cada oficial.

Era un chino lavandero. Se le había dado la orden de traer la ropa a las diez de la mañana, pero cuando él llegó al puerto, el buque ya había zarpado. Entonces se embarcó con su hijo, ¿se da cuenta usted?, con su hijo, en el botecito, para entregarnos la ropa a la hora convenida.

—¿Quién contar ropa? —preguntó sencillamente. Acabábamos de penetrar en el canal tranquilo, del que le hablé antes, al cual no llegaban los proyec-

El volvió a preguntar cortésmente: —¿Qué oficial contar ropa? Y tomando un paquete, agregó: —Para el capitán Pedro Efimor.

—¿Quieres ver a Pedro Efimor? —preguntó alguien. —Ahí lo tienes, mira.

Le indicó el mástil al que estaba arrimado un cuerpo exánime, horriblemente mutilado.

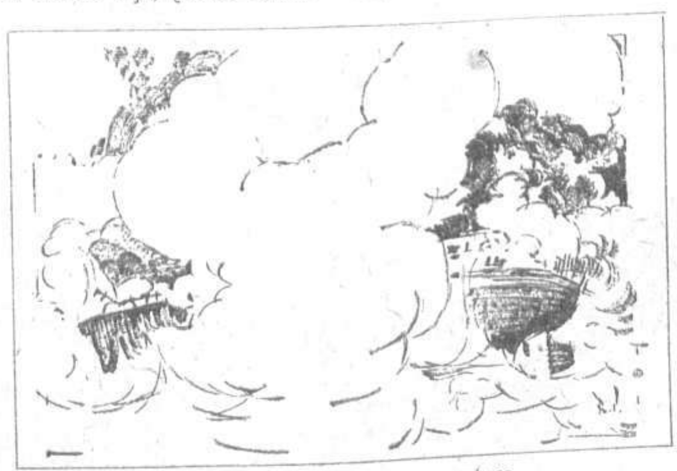
El chino levantó la cabeza y quiso decir algo. En aquel preciso momento llegamos a la trampa: dos torpedos submarinos estallaron de golpe... La tripulación no sufrió mucho tiempo. El buque fué partido en dos pedazos y se hundió inmediatamente... ¡Ahí tiene la vida de mil quinientos hombres! Poco se necesitó para que se convirtiera en nada... Yo he sido salvado por pura casualidad.

—¿Y el chino? —pregunté.

—¡Qué sé yo! —respondió el legionario, malhumorado. Quedan demasiados aún. Hay seiscientos millones en el hormiguero. Todos son unos maniáticos cuando cumplen con su deber. Todos son como las hormigas, ciegos, sordos, sin nervios ni sentimientos. Le repito: siempre habrá demasiada cantidad.

Y tratando de dar a sus ojos la expresión decisiva, agregó:

—Entré en la legión para acostumbrarme a la disciplina. ¡Es lo más importante de todo! ¿Qué haremos sin ella, los europeos?



EL BUQUE FUÉ PARTIDO EN DOS PEDAZOS.

DIBUJOS DE PARPAGNOLI.

El puesto de policía más cerca del Polo

El hombre es lo mismo en todas partes: se encuentran ladrones y asesinos tanto en las selvas tropicales como entre los hielos del círculo polar. Los crímenes en el norte del Canadá, son frecuentes, por abundar el oro y las ricas pieles. Muchos son los aventureros que persiguen la fortuna por medios lícitos, buscando los placeres entre los hielos o comprando a los indígenas pieles que luego venden con enormes ganancias; pero hay otros más impacientes y menos escrupulosos que emplean medios más radicales.

Por esto, el gobierno del Canadá se ha visto precisado a organizar una policía especial que opera en las vastas soledades heladas del Canadá septentrional, policía montada que lleva el nombre de Royal North West Mounted Policemen, o sea Real Cuerpo de Policía Montada del Noroeste.

Sus funciones no tienen nada de envidiable.

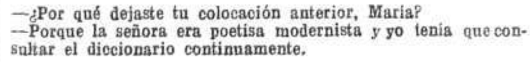
Para formar parte de esta tropa elegida, hay que ser fuerte, robusto, sufrido, buen jinete y dispuesto a afrontar grandes peligros: el hambre, el escorbuto y los horrores del frío polar.

Para apoderarse de un criminal estos policías montados se ven a veces obligados a recorrer miles de kilómetros por desiertos de hielo y para estas desagradables correrías emplean caballos, trineos, patines, skis, barajones, etc.

Se cita el caso de una patrulla que tuvo que recorrer en todas direcciones las selvas heladas y las llanuras de nieve de la provincia de Ungawa, persiguiendo a un esquimal asesino, persecución que duró todo un año. El criminal fué capturado al cabo de doce meses, conducido a Calgary, juzgado y ahorcado. Abundan en aquellas regiones los bandidos, salteadores de caminos, buscadores de oro desgraciados que escondídos aguardan a que pasen otros más afortunados que ellos para robarles los saquitos de oro en polvo que han reunido a fuerza de trabajos y penalidades.

Los Royal Mounted, en cuanto tienen noticias de un crimen, emprenden la persecución del criminal, y es muy raro que se les escape. Gracias a estos policías que se les conoce con el nombre de "red jackets", por el color rojo de la guerrera, hay una seguridad relativa en el norte del Canadá. El puesto de policía más al norte que se conoce, está situado en la islita de Herschel, en la embocadura del río Mackenzie, o sea a los 70° de latitud norte. En ella vive una patrulla de la policía especial que hemos citado.





—¿Por qué dejaste tu colocación anterior, María?
—Porque la señora era poetisa modernista y yo tenía que consultar el diccionario continuamente.



MOLOCH, EL DIOS INSACIABLE



ARTAGO, dominando desde el golfo de Túnez el antiguo Mediterráneo, fué el centro del comercio del mundo antiguo y capital del imperio fenicio que dominaba todo el entonces floreciente norte de Africa. Cartago, la capital, era un prodigio de magnificencia, lujo y poder, con todo el refinamiento de una civilización bárbara, amén de cruel. ¡Ciudad nefanda, de incomparable brillantez y horror!

En la actualidad, Cartago no es más que paradisiaca residencia de sabios y arqueólogos, interesadísimos en "lo que fué". Las excavaciones, durante los últimos meses, han sido muy afortunadas.

Pero lo más interesante de ellas, indudablemente, es el descubrimiento del templo de Tanit.

Y una de las peculiaridades más extrañas, la de concordar lo descubierto con la famosa pintura que de la vida de los últimos días de Cartago hiciera el célebre Gustavo Flaubert en su inmortal "Salambó". No solamente no exageró el insigne autor de "Madame Bovary" en su reconstrucción histórica y local, sino que, según ahora dice el conde Prorok, su narración es de una exactitud y precisión verdaderamente asombrosas.

He ahí cómo describe el inmortal novelista francés uno de aquellos sacrificios a Moloch, realizado en medio de todas las angustias y horrores del prolongado sitio:

Entre las piernas del dios ardía una gran hoguera de aloé, cedro y laurel. Sus largas alas ocultaban los extremos de las llamas, mientras los aromáticos ungüentos de que se hallaban aquéllas impregnadas chirriaban al calor, deslizándose como sudor, por las inmensas y ligadas piernas. Sobre la piedra circular en que éstas descansaban, los niños, envueltos en velos negros, se agrupaban inmóviles.



Los ricos, ancianos, la multitud entera, esperaba ansiosa tras los sacerdotes, apelotonándose hasta en las terrazas de las casas. Extinguíanse, uno a uno, los ruidos todos, y el pueblo de Cartago esperaba silencioso, absorto, el cumplimiento de su deseo.

Los esclavos abrían más tarde los siete compartimientos que contenía el busto de Baal. En el más alto o superior, introducíanse alimentos; en el segundo, dos palomas torcaces; un mono, en el tercero; en el cuarto, un morueco; un cordero, en el quinto; y en el sexto, destinado al buey, como ya no los hubiera, sustituíase éste con una piel curtida, procedente del templo. El departamento séptimo permanecía vacío.

Antes de ofrecerse víctima alguna humana, era costumbre probar el complicado mecanismo que ponía en movimiento el juego de brazos de Moloch, secreto sacerdotal, que tenían muy buen cuidado de no hacer público aquellos desventurados mantenedores de la pública credulidad. Permanecía silenciosa la multitud, y los sacerdotes paseábanse de un lado a otro, sobre la sagrada piedra circular inspeccionando la asistencia.

El primer sacrificio había de ser voluntario, determinando la orgía de muerte que le había de seguir. Como la multitud no se decidiera a emprender la ruta de ninguna de las siete avenidas que conducían a los pies del dios, los sacerdotes, desenvainando pequeños estiletes, herían en el rostro, con ellos, a la gente, para de esa manera excitarla.

Al mismo tiempo, los devotos que permanecían fuera del recinto del templo eran precipitados en su interior, cargándoseles de grillos al penetrar en el mismo. Cada uno escogía su propio suplicio. Torturábanse de mil modos diferentes, y, coronados de espinas, acababan por formar también otro círculo —con las manos entrelazadas — alrededor de los niños inmóviles, aguardando, todos, la hora del sacrificio. Sus gritos y danzas de muerte eran coreados salvajemente por la muchedumbre espectante.

Gradualmente, el populacho, excitado por tan atroz espectáculo, acababa por precipitarse en las avenidas litúrgicas, arrojando a las llamas sus tesoros.

Los ofrecimientos hacíanse, a cada momento, más ricos y frecuentes, no faltando quien, trémulo de terror, se adelantase y arrojara, por su propia mano, un niño. Distinguíase, entre las manos del dios, el frágil envoltorio negro, y bien pronto desaparecía tras la odiosa hendidura. Inclinábanse un instante sobre ella los sacerdotes, y la multitud estallaba en nuevos cantos, celebrando el renacimiento, más allá de la muerte.

A ratos, los niños envueltos en columnas de humo, semejaban desaparecer tras ellas. Ninguno se movía. Todos se hallaban atados de pies y manos, y sus sudarios negros impedíanles ver nada, y, al mismo tiempo, ser reconocidos. A un costado del coloso permanecía, inmóvil y augusto, el sumo sacerdote, inclinando de vez en cuando su cabeza cubierta con una monumental mitra asiria cuajada de piedras preciosas. Sobre su pecho brillaba la gran placa de oro cubierta de pedruscos proféticos sobre los que jugaba, en mil cambiantes multicolores, la roja y palpitante llama sacrificadora.

Cada vez que un niño era arrojado a la hoguera, los sacerdotes extendían sobre él sus manos para colgarle los pecados del pueblo, vociferando:

—¡No son hombres, sino bueyes!

—¡Bueyes, bueyes! — rugía el público.

Los fanáticos clamaban: — ¡Dios, come! — mientras que los sacerdotes de Proserpina adoraban pronunciando su fórmula eleusina. — ¡Haz que llueva, concibe...! — Cada nueva víctima colocada en la fatal hendidura desaparecía a manera de gota de agua evaporada por candente plancha. Una columnita de blanco humo sobre la escarlata llama: ¡eso era todo!

El dios era insaciable. A fin de calmar su apetito, agrupábanse en sus brazos los niños, a puñados. Trataban los devotos de averiguar si su número correspondía a los días del año solar, pero ahora eran tantos, que renunciando al vano intento, se contentaban con presenciar impasibles el terrible sacrificio.

Escapábase del interior de la sombría hendidura un resplandor fatídico, y, por primera vez durante el sacrificio, hacíase visible la "carne ardiente". Algunos hasta pretendían reconocer a las víctimas.

Caía la noche. La pira apagada, ahora, formaba una pirámide de calcinados huesos que llegaban a las rodillas del dios, que, semejante a un gigante cubierto de sangre, con la cabeza inclinada hacia atrás, parecía sentirse abrumado por su monstruosa borrachera.

Como epílogo, los esclavos del templo dispersaban a los cuatro vientos, en grandes recipientes de bronce, las cenizas de las víctimas con objeto de que el sacrificio se hiciese extensivo a toda la ciudad.

F. DE C. A.

Crucifixión de un loco

Mario León, de veintiún años de edad, originario de La Piedad (Estado de Michoacan, Méjico), parece que hace días se sugestionó de tal grado durante la Semana Mayor, que se creyó un nuevo Mesías que había venido al mundo para salvar al pueblo.

Con estas ideas León se dirigió al cercano pueblo de indígenas de Numaran, y cuando todos los indios se encontraban en la iglesia rezando, se presentó y les dijo que era la última encarnación de Cristo; que había venido al mundo para lavar a la humanidad de sus pecados, y que el Padre Eterno le había fijado para el diez la fecha de su muerte.

Añadió que, a falta de judíos que lo crucificaran, debían clavarlo en la cruz los que creyeran en él; que lejos de cometer un pecado les perdonaría Dios sus faltas, ya que no irían a cometer crimen alguno, sino únicamente a cumplir una orden del Dios verdadero.

Después de que él muriera en la cruz, aseguró León a los fieles, resucitaría al tercer día.

Los indígenas creyeron todo lo que León les decía, y conforme a sus deseos, consiguieron grandes clavos y escaleras, para crucificarlo en una cruz del mismo templo.

Una vez que fué crucificado y cuando estaba agonizando, le pedían los indios que rogara a Dios por la salvación de sus almas, y León, soportando los dolores de la crucifixión, no se quejaba, sino decía que todo lo sufría por la salvación de las almas. Por fin murió, quedando al pie de la cruz una guardia de indios, mientras que otros fieles hacían los preparativos para dar sepultura al cuerpo, en espera de la resurrección.

Los familiares de León notaron su desaparición, y como ya sabían que tenía locura de creerse un nuevo Cristo, presumieron que se encontraría en algún lugar haciendo penitencia. En sus investigaciones, supieron que León se había ido a pie al pueblecito de Numaran, a donde fueron en su busca. Se dirigieron al templo, en donde lo encontraron bien muerto, clavado en la cruz y lleno de sangre.

El cadáver de León fué llevado a su pueblo, para velarlo y darle sepultura.

Los familiares de León se quejaron a las autoridades, acusando a aquellos indígenas del delito de homicidio.

Las autoridades de ese lugar telegrafiaron al gobernador Enrique Ramírez, dándole cuenta detallada del caso, y el gobernador a su vez telegrafió a la secretaría de Gobernación, consultándole lo que debía hacer.

La secretaría contestó que procediera al castigo de los fanáticos que crucificaron a León; pero esto va a ser difícil, y más cuando que los citados indígenas obraron bajo la influencia del mismo crucificado y en la creencia de que no cometían delito alguno.



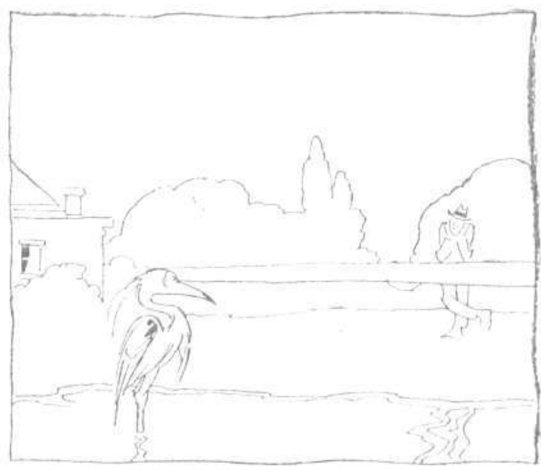
— Mamita, debe ser doloroso ser negro.
— ¿Por qué, nene?
—Porque me he dado un golpe en la rodilla y me duele mucho.

A PUNTA DE

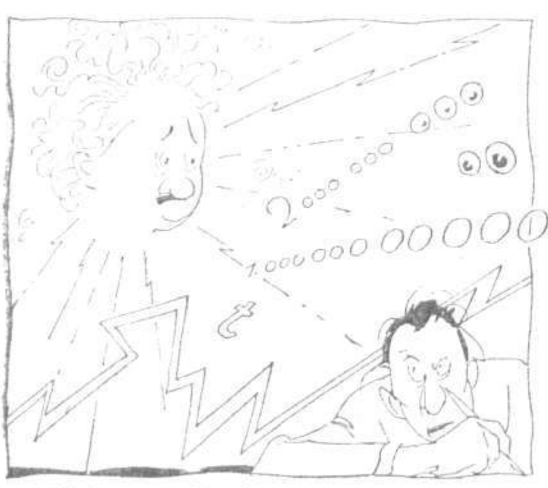
ALUMNO LIBRE



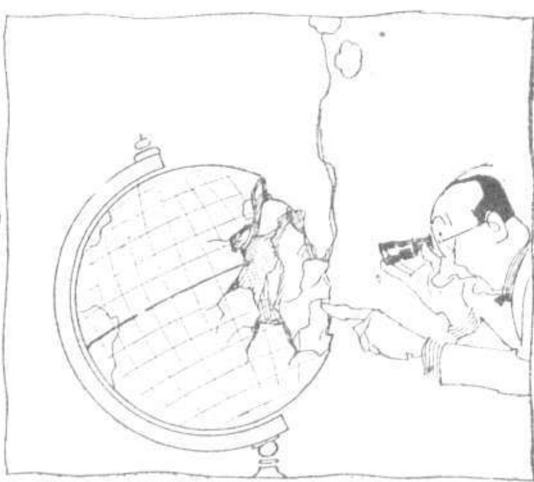
—¿Qué tal andas de caligrafía?
—No me interesa la caligrafía. Si escribo algo, lo hago copiar a máquina.



—La zoología no me preocupa. Se aprende más yendo al Jardín Zoológico.



—¿Y las matemáticas?
—Después de Einstein nadie sabe lo que son matemáticas. ¿Para qué estudiar esa materia?

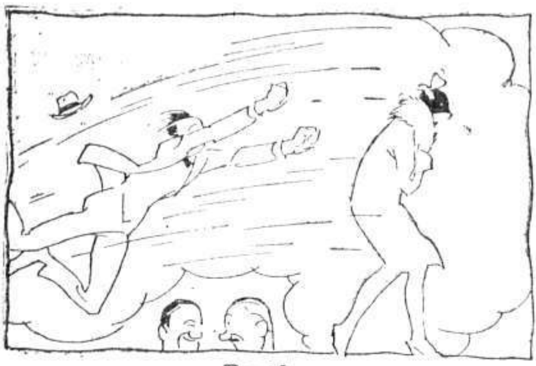


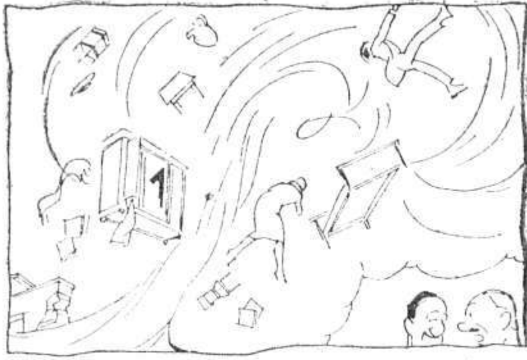
—No me hables de geografía política. Terminada la guerra, no hay una sola persona que conozca las nuevas naciones europeas. Es inútil estudiar geografía.



—¿Te dedicas a los idiomas?
—¿Para qué? De todos modos no he de hablar con el Príncipe de Gales.

—Lo único que me atrae es la historia de Francia.
—¡Menos mal! ¿Qué texto has elegido?
—Los Tres Mosqueteros.





Rapidez

—Todo lo hace al galope. Vió a Emilia en la calle, averiguó su domicilio, se hizo presentar y, a los dos días, pidió su mano.

—Ese hombre es un huracán.

—Alquiló un departamento, compró muebles, lo preparó todo y, a los ocho días, se peleó con la madre de la novia, con el padre de la novia y con la novia. Y se deshizo el casamiento.

—Ese hombre es una tromba.



El vendedor de lotería

—Ahí tiene a mis hijas, la grande y la chica.

—¿Y aquella otra muchacha?

—Es una prima; es la aproximación.

Buen modelo

Gallo. — Según los últimos telegramas, Hindenburg asiste a todas las fiestas sociales.

Alvear.—Es un motivo de satisfacción para mí. En Europa se empiezan a imponer nuestras costumbres.



Un hogar tranquilo

Ella. — Siempre te estás cortando. ¡Qué manía de afeitarte solo! ¿Cuántos tajos te has hecho hoy?

El. — No los he contado.

Ella. — ¡Qué vergüenza! ¿Y para eso eres contador públic ?



Siguen las palabras cruzadas

Un empleado. — ¿Sobrenada? No. ¿Encantada? No. A ver, una cosa que termine en *nada*.

Cantilo, saliendo de su despacho. — Intervención.



Mientras Vd. se deleita saboreando un

XEREZ-QUINA RUIZ

recuerde que en las familias es el aperitivo consagrado por excelencia, en virtud de ser fácilmente asimilado por las señoras y los niños.

Ordene, pues, que remitan a su casa una botella y cuide que nunca falte en su hogar este admirable tonificante.

AÑO XXVIII BUENOS AIRES, 1.° DE AGOSTO DE 1925 N.° 1400

CARAS Y CARETAS

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



FIGURAS DE ACTUALIDAD

Contraalmirante E. L. S. King

COMANDANTE DEL ACORAZADO "REPULSE"

POR EDUARDO ALVAREZ

Marino de larga y brillante foja de servicios en la marina de su patria, comanda el acorazado en el que viaja el Príncipe de Gales. Por sus condiciones de caballerosidad y experiencia es uno de los marinos que representan dignamente a la gloriosa armada de la vieja Albión.



Carola Aguirre Ugarte

Fotografía de
Frans Van Riel

VARIACIONES DEL AMOR



EL AMOR EN LA PRIMERA JUVENTUD:

DIÁLOGO EN PUERTA.

EL FAMOSO DRAGONEO MONTEVIDEANO

Para cualquier porteño que conozca Montevideo, éste ha de aparecer como un pueblo esencialmente enamoradizo y romántico. En efecto, por todas partes no se ven sino parejas de enamorados. A la mujer uruguaya, cuyas innegables seducciones hemos glosado ya en estas páginas, le agrada el piropo, de la misma manera que esa pleitesía gentil suele agradarle a la española. No hay cuidado de que se queje a un agente policial, por más subida de color que resulte la lisonja. A lo sumo se limitará a disimular la impresión que la frase masculina le causa. Naturalmente, a veces, quien cree deslizar un piropo, suelta una grosería. Pero la aludida, con discreción que no será nunca suficientemente elogiada, se limita a simular que nada oyó. Otras veces el requiebro es tan gracioso que, contra todo cálculo, la risa suelta su alegre y sonoro cascabel:

— Hay cosas que marean más que las carreras — oímos que decía un hombrón que, apostado en la puerta de un «sport», esperaba el resultado de «un clásico» de Maroñas.

El galanteador montevideano suele ser ocurrente. Pero no falta el espíritu simple, con pretensiones de tenorio, que se limita a poner los ojos en blanco, en tanto desliza un tonto y elemental:

— ¡Adiós, morocha!

Hay el que complica el piropo de esta manera:

— Viéndole a esta rubia la figura, se comprende que es hija de un escultor.

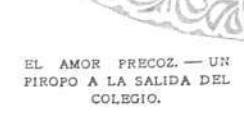
Montevideo es la ciudad de los piropos... y de los novios. En muchas partes habrá tantos o más jóvenes. En ninguna ciudad americana, y en muy pocos del «otro mundo», habrá mayor número de «dragones». Dragón es en Montevideo lo que «afilador» en Buenos Aires.

El «dragoneo» montevideano es famoso y se asemeja grandemente al «pelar la pava» de

EL AMOR EN LA KERMESSE. — UNA MUÑECA ASÍ ME HA RECOMENDADO EL MÉDICO.



EL AMOR IMPACIENTE. — LA DECLARACIÓN LEÍDA EN LA CALLE.



EL AMOR PRECOZ. — UN PIROPO A LA SALIDA DEL COLEGIO.

los andaluces. Hay una parte de Montevideo, la parte vieja, que se asemeja bastante a las ciudades marítimas de Andalucía. Falta la reja historiada y florida. Pero el balcón bajo hace sus veces. Al pie de éste, el novio estira el cuello, en la contemplación arrobada de «la

EL AMOR A DISTANCIA. — UNA POSICIÓN QUE IRRITA EL CUELLO.



EL AMOR EN LA NECRÓPOLIS. — «YA NI EN LA PAZ DE LOS SEPULCROS CREO».

chiquilina», llueva, sople el viento, o soporte la ciudad una temperatura polar.

Nuestras fotografías son más elocuentes de lo que aspiran a resultar las palabras. Ellas demuestran que Montevideo es ese pueblo enamoradizo y romántico, de que hablan los porteños que han ido por allí, donde una mujer linda y joven surge un día como poetisa verdaderamente genial, y otro día su marido la mata y se mata enloquecido por los celos.

La afirmación está ampliamente documentada con la serie de grabados que acompañan esta nerviosa nota.

VICENTE A. SALAVERRI.

EL AMOR EN EL SALÓN CHIC. — UN RINCÓN QUE SE PRESTA.

AMOR HUMILDE. — «EL DIARERO» QUE DRAGONEA A LA MUCAMA.

EL AMOR QUE DANZA. — ¡QUÉ LINDO ES QUERERSE... CON MÚSICA!



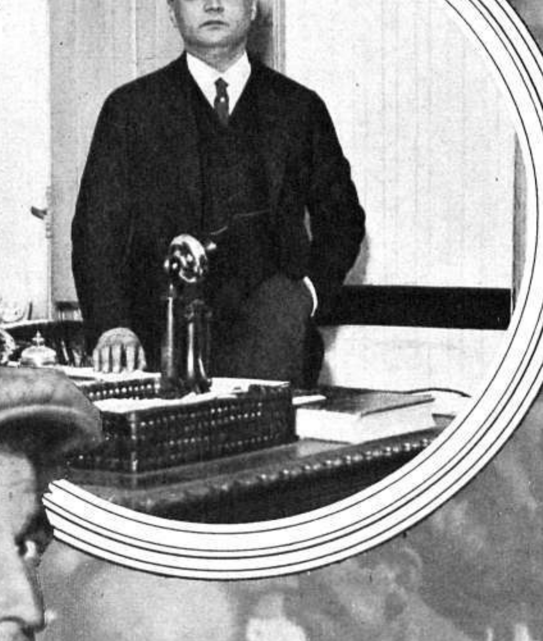
RAFAEL Y JORGE VALLS

MARÍA ESTHER RAGNO

HILDEGART M. E. SKRISCHALLY

IRMA CLARA RODRIGUEZ

Departamento Nacional de Trabajo



Dr. Luis C. García, presidente del Departamento Nacional de Trabajo.

MINISTERIO DEL INTERIOR

DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO

A la difundida e interesante Revista CARAS Y CARETAS:

Para el mejor perfeccionamiento de la legislación social y obrera es de indispensable necesidad que los encargados de proyectarlas se pongan en contacto directo con los representantes de los intereses patronales y obreros, a la vez que con los Departamentos técnicos que tienen a su alcance los elementos de estudio y de juicio que han de orientar siempre beneficiosamente para todos las complejas e intensas materias que comprende.

¡Y cómo se prestigiaría y se respetaría esta legislación, con la creación inmediata del Juzgado del Trabajo!

Luis C. García



Empleados de la presidencia en plena tarea de estadística.

40.000 expedientes en trámite sobre accidentes de trabajo!...

HAY algunas horas del día en que nuestra inmensa metrópoli canta. Es una sorda canción, hecha de mil ruidos, gritos y sonidos que se funden en un vago murmullo insistente, penetrante. Es la canción del trabajo.

Y mientras hermanados por un mismo sueño de ambición, en la ruda lucha diaria, argentinos y extranjeros ofrendan su tributo al progreso universal, hay una mirada vigilante y nerviosa que, como el haz luminoso de un faro, escudriña los rincones donde palpita la vida de la gran urbe. Pasea incansable por la inmensa fábrica, el pequeño humildísimo taller, la colmena humana de los grandes bancos, trepa por los andamios de las modernas construcciones, curiosea entre las pequeñas obreritas del tabaco o del tejido, llega hasta la intimidad del trabajo doméstico o sigue la vertiginosa carrera de una locomotora que lleva a la cosecha un tributo de brazos inquietos y vigorosos.

El Departamento Nacional del Trabajo es una de las instituciones más nobles del país. Generalmente su obra se desenvuelve en la sombra, y es por eso que gran parte de sus actividades son ignoradas.

Desde 1922 preside el Departamento con inteligente y asidua dedicación el doctor Luis C. García, intachable caballero, mente vigorosa y dúctil que una larga práctica y un acendrado amor a las clases obreras, cuya dirección ha ocupado gran parte de su vida activa, han preparado para



Doctor Alejandro M. Unsain, vicepresidente del Departamento.

Dr. Arturo C. Fassio, jefe de la división de legislación.



Sr. P. A. de Zavalía, jefe de la división de inspección.



G. Mecchini, habilitado.



¡La suprema esperanza!...

la solución de los más difíciles problemas del trabajo. Autor de varios proyectos interesantísimos, entre los cuales el del Juzgado del Trabajo, a que se refiere en su autógrafo, el doctor García ha desarrollado continuamente una labor que ha merecido aprobación unánime a más de la plena confianza de los altos poderes que se la encomendaron.

El Presidente de la República habló a las Cámaras en su último mensaje, recordando las iniciativas, proyectos y soluciones de la importante institución y sus necesidades actuales.

Yo quisiera que los que pueden y deben hacer algo por el engrandecimiento del Departamento Nacional del Trabajo me hubieran acompañado en mi visita.

Se habrían admirado, como me admiré, al constatar que, en plena sombra, se desarrolla una tan noble, múltiple e intensa actividad.

Y se habrían conmovido, como yo me conmoví, ante un niño delgaducho de dulcísimos ojos celestes que levantando su pobre manecita mutilada hacia una triste mujer, preguntaba:

—¿Cuándo me la van a pagar, mamá?...

LUIS CESAR AMADORI



En la mesa de entradas se atiende dificultosamente al público.

Esperando los pasajes, para ir a la cosecha.

En la agencia del Departamento. Ante el pizarrón de los pedidos.

Uno de los procuradores atendiendo una querella.

En el patio: Esta familia tuvo un jefe. Lo sacrificó una máquina, en la fábrica.

El Departamento Nacional reclama enérgicamente por este obrero que perdió una mano en el trabajo.



El "payo" Roqué visitando nuestra revista el año 1903 después de su vuelta de Europa. Le acompañan José M.ª Cao, Manuel Mayol, Aurelio Giménez y Rodolfo Romero, que formaban parte de la redacción de "Caras y Caretas".



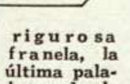
Un retrato de juventud. Como se ve, la gallardía de los bigotes aun se conserva...

Roqué en 1912 durante una visita que nos hiciera para relatarnos una de sus tantas anécdotas.

El "payo" a bordo en su viaje del año 1903, vestido de rigurosa franela, la última palabra de la moda...



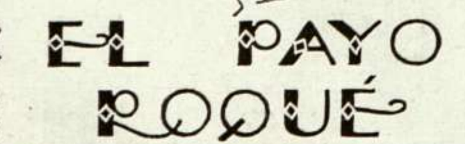
Con uniforme de militar, en los tiempos en que su figura hacía más roncha entre las mujeres...



Ultimo retrato que prueba que los sesenta años no se traslucen.



Una pose romántica del "payo", en la que puede apreciarse su elegante silueta.



EL PAYO ROQUÉ

EL "payo" se va. No ha mucho, su sesenta aniversario fué saludado con cariñosos comentarios por la prensa porteña. El Payo se va a visitar los lugares donde se hiciera famoso y donde su fama le hiciera convertirse en el cicerone obligado de todo argentino en París. Va para añorar los tiempos pasados. La nostalgia de su juventud puede más que el cariño a Buenos Aires... Pero volverá, cumplidas sus ansias, a regalar nuestros oídos con la riqueza de su charla impagable. Le esperaremos, pues, para oír su última hazaña...



Roqué dando los últimos toques a su indumentaria.



Don Benjamín en sus mejores tiempos.



Caras y Caretas

Nora Serrador

Album de artistas

Hija de artistas, nació en Caracas (Venezuela), en 1901. A los dos años fué traída a Buenos Aires, donde se educó, más tarde, en un colegio de monjas francesas. Pocos meses después de abandonarlo, contando sólo 15 años de edad, debutó en el teatro Nuevo, desempeñando un papel de dama joven en "El pan nuestro", de Herrera. Abandonó luego el país, siguiendo una larga jira. Nueve años de labor infatigable la llevaron, sin descanso ni tregua, a través de toda la América latina, mientras iba tomando forma su personalidad artística. En la Habana comenzó a interpretar roles de primera actriz siempre con éxito creciente. Los públicos de Chile y Uruguay la aplaudieron en los últimos años, mientras el de Buenos Aires, querido y temido a un tiempo, ejercía sobre ella la atracción de una consagración definitiva. Esta se produjo; en la reciente temporada del Cervantes, Nora Serrador ha demostrado ser una actriz llena de cualidades, a la que espera un brillante porvenir artístico. Siente mucho, expresa bien. Y es, sobre todo, exquisitamente femenina.

FOTO BIXIO Y CÍA.

UN NUMERO NOVEDOSO



Alvear. — ¿Y eso qué es?
Gallo. — Estoy ensayando un desfile de interventores para agasajar al Príncipe.
Alvear. — Me parece que el primero en

Dib. de Valdivia

ACTUALIDADES

La intervención a San Juan en el Senado



Aspecto que presentaba el recinto de la Cámara de Senadores durante la memorable sesión en que se trató el importante asunto de la intervención a la provincia de San Juan, y que despertó un intenso interés en todos los círculos políticos.

El senador don Epifanio Mora Olmedo que habló en nombre de la comisión aconsejando la intervención.

Doctor Aldo Cantoni, que impugnó el despacho, oponiéndose a la sanción del proyecto.

En primer término, el ministro del Interior, doctor Vicente C. Gallo, escuchando la palabra del Dr. Cantoni, a quien luego refutó en los cargos hechos por aquél, a su política ministerial.

Fotos de Bell.

Actualidades gráficas de Rosario



Bajo el patrocinio del cónsul uruguayo, señor Núñez Regueiro, se realizó en el Club Uruguayo una brillante recepción con motivo de la celebración de la fecha patria de la república hermana. Asistió al acto un grupo de caracterizadas personalidades de los círculos sociales de Rosario.



El ministro alemán, señor Carlos Gneist y su señora, a su llegada a Rosario fueron recibidos por el cónsul de Alemania y algunas autoridades de la ciudad.



El secretario del ministro de Relaciones Exteriores del Japón, señor Kinta Arai, acompañado por el rector de la F. de Medicina, Dr. Araya, y un grupo de profesores.



El profesor de la Facultad de Medicina de Madrid, doctor Ríos Ortega, en el laboratorio donde se halla realizando interesantísimos trabajos de histología.



Solemne ceremonia de la traslación de los restos del autor de la marcha "San Lorenzo", que se hallan en el panteón de la Caja de Socorros Mutuos de la Policía.



Los doctores Del Campo, Guindon, Navarro, Cáceres, Trillas y Martínez, nuevos magistrados, fotografiados con el presidente de la Cámara de Apelaciones, doctor Z. González, en el momento de tomar posesión de sus cargos.

Aspecto que presentaba la basílica del Santísimo Sacramento durante la solemne ceremonia de la misa de esponsales. En primer término, se hallan: de izquierda a derecha: el doctor Angel Gallardo, ministro de Relaciones Exteriores, padre de la novia; el novio, doctor Manuel Ordóñez; la novia, señorita Beatriz Gallardo; la madre del novio, señora Amalia Escudero de Ordóñez, y, entre otros concurrentes, el Presidente de la República, su esposa; el Gobernador de la Provincia y su esposa.

Enlace Aristocrático

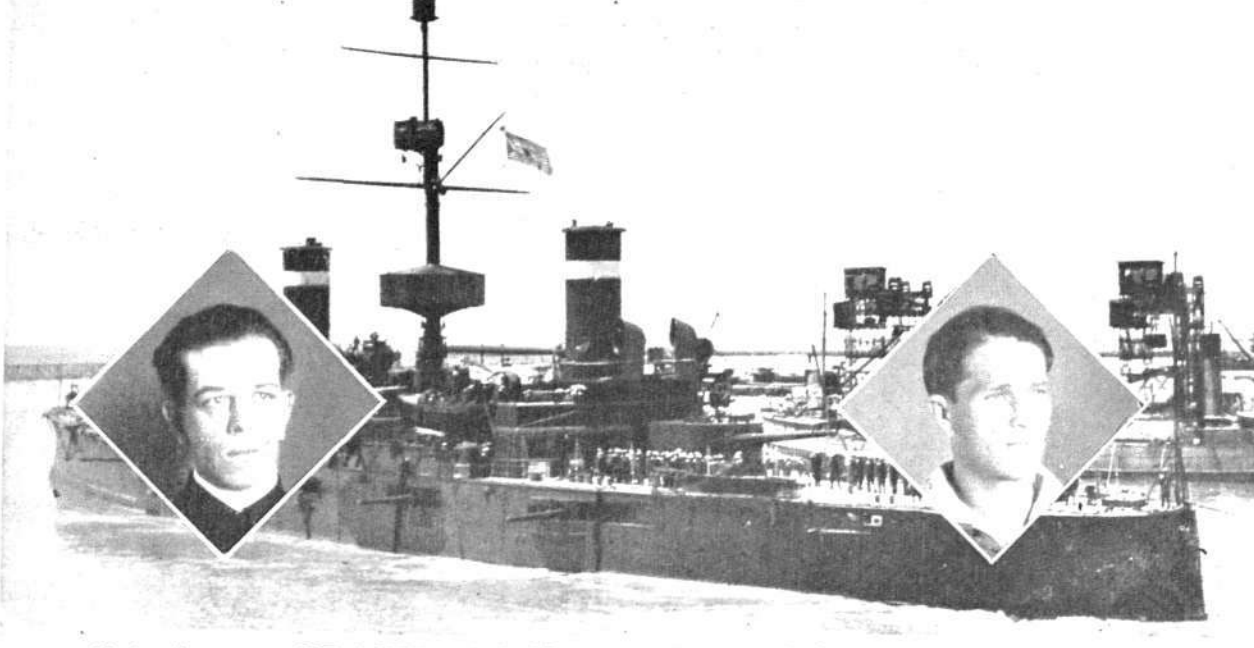
Ordóñez Gallardo



La gentilísima desposada y su esposo.

Foto de V. n. R.

El enlace de la señorita de Gallardo, con el doctor Ordóñez, constituyó el acontecimiento social más destacado de la semana. Las figuras más descollantes de nuestra alta sociedad se dieron cita en el acto de la ceremonia religiosa, para cumplimentar a los jóvenes desposados.



Marino Pagano, herido.

GRAVE ACCIDENTE A BORDO

Antonio Ibarra, herido.



Benjamín Cire, muerto.



Félix Gallardo, muerto.

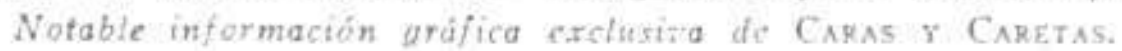


Julio H. Estrella, muerto.



Jacobo Gottau, muerto.

La explosión originada al fallar el cierre de un cañón del acorazado "San Martín", que se hallaba en maniobras, ocasionando numerosas víctimas, causó consternación, tanto en los círculos navales como entre el pueblo de la República. El presidente de la nación, doctor Alvear, haciéndose eco del pesar general, ordenó que en el hogar de cada una de las víctimas un oficial de la armada leyera un telegrama de condolencia firmado por él. Esta conmovedora medida fué comentada en todo el país en forma altamente halagadora para nuestro primer magistrado.



Notable información gráfica exclusiva de Caras y Caretas.



Lino González, herido.



Julio M. Almirón, herido.



Fernando Arce, herido.



Miguel A. Compagno, herido.



Juan B. Boggiatto, herido.



Luciano E. Vega, herido.



Pedro Buffinatti, herido.



Salvador Argento, herido.



Julio E. Miño, herido.



Juan V. Montarcé, herido.



Santiago D. Baittone, herido.

DEL ACORAZADO SAN MARTIN

Bruno I. Gondra, herido.



Juan Liceras, herido.



Bruno Gondra.

(Arriba, en el círculo) Alférez de navío, Alfredo Salvadores que, en medio de la confusión, conservó su sangre fría y ordenó que fueran inundados los depósitos de pólvora, sin cuya medida el barco hubiera volado. Por ello fué muy felicitado.



Miguel Compagno.



Ramón González, herido.







Salvador Argento, Juan Montarcé, Antonio Ibarra, Justo Miño. Lino González,
Heridos que se asisten en el Hospital de Puerto Militar.



Momento en que los féretros de los muertos en el accidente llegaban conducidos en camiones de la Armada al cementerio, donde fueron inhumados en presencia de la población que, silenciosa y recogida, acudió a rendir el último tributo a los infortunados marinos.

Banquete dado por el ministro de Obras Públicas del Uruguay



Miembros del Poder Ejecutivo y otros invitados que participaron en el almuerzo con que el ingeniero Juan A. Alvarez Cortés, retribuyó las atenciones recibidas.

Sr. José C. Serra



Conocido pintor que expone actualmente en un salón de la capital.

Despedida del ministro de Dinamarca



Señoritas y caballeros de la colectividad danesa que cumplimentaron a don Otto Wadsted, con motivo de su partida para Europa.

Demostración al Sr. Enrique Diosdado



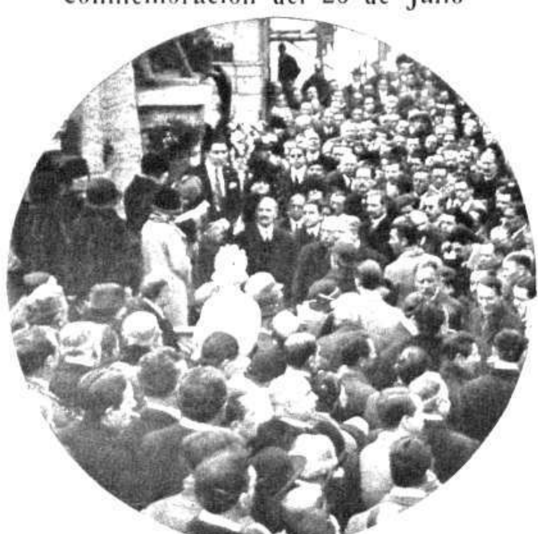
Grupo de caballeros amigos del secretario del directorio de nuestro colega "La Razón", que le obsequiaron con un banquete.

En el Club Siro - Libanés



El doctor Habib Estéfano, ex presidente de la academia árabe de Damasco, actualmente nuestro huésped, rodeado por un grupo de connacionales.

Conmemoración del 26 de Julio



Una de las damas del comité femenino radical, haciendo uso de la palabra al pie del monumento levantado a los muertos en la revolución del 90.

Recepción del nuevo ministro de Francia



M. Georges Picot, acompañado por el introductor de embajadores, después de haber sido recibido por el primer magistrado.

En obsequio del ex ministro de Francia



El doctor Carlos Ibarguren, presidente del Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires, ofreció una comida al señor J. Roger Clausse, antes de su partida para Francia; núcleo de los distinguidos comensales.

Visita del Intendente al barrio del Banco El Hogar Argentino



Nuestro lord mayor y autoridades de la institución bancaria recorriendo el nuevo barrio, para el que el doctor Noel tuvo palabras de elogio.

B. Gilli Roig



Artista vasco que en breve hará una muestra de sus obras.

Demostración al aviador Locatelli



El embajador de Italia y un grupo de personalidades de los círculos aeronáuticos rodeando al obsequiado en el Jockey Club.

Almuerzo al señor Manuel Otero



Núcleo de amistades del señor Otero, que concurrieron al almuerzo con que se le despidió con motivo de su viaje a Europa.

En la Sociedad Damas de Caridad



La presidenta de la sociedad, señora Carolina E. de Martínez, leyendo su discurso durante la distribución anual de los premios a la virtud.

La rehabilitación de Lombardo



El crack de 1924 regresando al pesaje entre el entusiasmo delirante de sus partidarios, después de haber triunfado de Serio en el clásico Pueyrredón.

El juicio al Juez Dr. José Antonio de Oro



Doctor Elpidio González, que presidió las sesiones del alto tribunal.



Diputado doctor Andréis, que acusó, en nombre de la Cámara de Diputados, al juez doctor Oro.



Senador doctor Pedro Llanos, que firmó el fallo del tribunal, destituyendo al acusado.



Senador doctor Juan B. Justo, que también firmó el fallo condenatorio.

Fotografía obtenida en la última sesión del alto tribunal, en la que se ve en el centro, al juez acusado, doctor Oro, y a sus abogados defensores doctores Cabal y Vega.



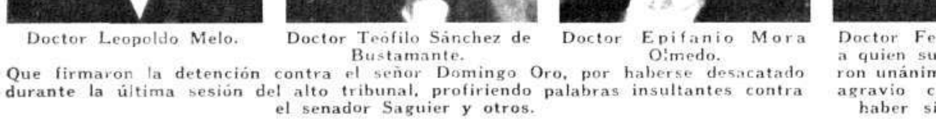
Doctor Leopoldo Melo.



Doctor Teófilo Sánchez de Bustamante.

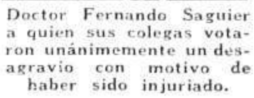


Doctor Epifanio Mora Olmedo.



Que firmaron la detención contra el señor Domingo Oro, por haberse desacatado durante la última sesión del alto tribunal, profiriendo palabras insultantes contra el senador Saguier y otros.

Doctor Fernando Saguier



a quien sus colegas votaron unánimemente un desagravio con motivo de haber sido injuriado.



LUTO ROJO

por

CESARINA LUPATI



El carnaval ambulaba, enloquecido, por las calles.

La condesa Laura, de pie junto a la estufa, en la cámara nupcial, vasta y obscura como un sepulcro, pensaba.

Su esposo no había regresado aquella noche tampoco. Ella había comido sola, melancólica y nerviosamente, conteniendo su propio enojo para no dar un espectáculo en presencia de la servidumbre.

Desde hacía algún tiempo no se atrevía a levantar la mirada hasta el rostro de los domésticos por no leer en las de ellos un sentimiento de compasión que la turbaba y que tal vez fuese más irrespetuoso que piadoso.

¡Pobre condesa Laura! ¡A dos años apenas de haberse casado, y ya abandonada por su esposo!

Guido estaba ausente días enteros y a veces noches enteras; y si ella se le aproximaba, daba muestras de resignación e intentaba reprocharle, así fuese con dulzura, se irritaba indignado:

—Porque un hombre se ha casado ¿ha dejado de ser dueño de sí mismo?

Ella callaba, avergonzada, sufriendo en silencio.

Ahora Guido, aduciendo fútiles pretextos, regresaba a su hogar con mucha frecuencia al romper el día: sin importársele de Laura, evitaba los coloquios, entregado a los encantos de otra vida, cuyo círculo le estaba vedado a ella.

Y para hacer más viva su tortura y morderle el alma con otras nuevas sospechas, habían llegado a sus oídos, precisamente aquel mismo día, algunas voces malignas referentes a su esposo: pocos minutos antes, al atravesar las habitaciones de él, había alcanzado a oír que el mucamo de Guido le hablaba a una de las mucamas de ella de un baile de máscaras en el teatro más famoso de la ciudad, donde el señor...

Sorprendido de las enfáticas confidencias, aquel hombre se había sonrojado de improviso al darse cuenta de la presencia de la señora, cortando el hilo de su conversación.

¿Por qué?

¿Había, pues, algún nexo entre aquella conversación y la ausencia de Guido?

Y doña Laura pensaba precisamente en eso, estrujando con la mano nerviosa los encajes de su traje de interior y estremeciéndose en la duda.

Su esposo había ido al baile de máscaras; pero ¿y con quién?

¿Y cómo saberlo?

La condesa Laura era muy joven; al pasar cándidamente del colegio al matrimonio y de las indolencias de la vida de provincia a la vida febril y compleja de una gran ciudad, su pequeño corazón de veinte años no conocía más que sueños e impulsos generosos, e ignoraba las experiencias mundanas.

Nadie le ofrecía una mano para guiarla por entre esa urdimbre de flores y espinas que es la vida en la sociedad distinguida. A nadie podía confiarse para solicitar consejos.

¿A sus padres? ¡Pobrecitos y queridos viejos que la creían feliz! ¿Cómo perturbar la paz en que vivían? ¿Cómo expresar en una carta, necesariamente larga y necesariamente interrumpida por reticencias, su angustia íntima?

Mejor dejar que estuviesen tranquilos, en la calma de la villa lejana, donde el viejo y tierno amor que le profesaban se calentaba al sol en los serenos días invernales.

Hermanos y hermanas, no tenía. ¿Amigas?

¡Ah, las novelas modernas previenen a las mujeres inexpertas contra la perfidia de las amigas, y ella — que carecía de experiencia propia — no tenía más remedio que atesorar el consejo de las novelas!

—Quizás — como, según las novelas, sucede casi siempre — Guido la traicionaba con una amiga suya, con su mejor amiga.

¿Y qué hacer, entonces? ¿Qué hacer, para no abandonarse pasivamente — a los veinte años y hermosa — juguete inerme del capricho de los demás? ¿Para no sen-

tirse víctima burlada y puesta en la picota.
Casi, como contestando a sus ideas, las carcajadas de las máscaras llegaban hasta ella desde la calle y cada grito inverecundó producía en su ser un sobresalto espasmódico, como si afuera, en la calle, alguien se riese de ella; como si toda la gente de la calle, de la ciudad, del mundo, se riese de ella, en aquella noche de carnaval.

Se retorcía las manos convulsivamente; y si echaba una mirada en torno suyo, como para reconocer las cosas circunstantes, intentando distraerse, se estremecía al verse sola en aquella habitación demasiado vasta, donde los muebles producían pesadas sombras y el lecho nupcial, grave e intacto, parecía una tumba: la tumba de su amor.

—¡No, sola no!

Se movió, para substaerse a su pesadilla y resuelta a despedazar la angustia que la oprimía: ¡saber, saber la verdad! Mejor conocer la verdad, cualquiera que ella fuese, que torturarse en la incertidumbre.

— Ya sé lo que tengo que hacer... ¡ya sé! — dijo hablando en alta voz, casi como dirigiéndose a la sombra llena de asechanzas o como contestando a las risotadas de la muchedumbre ebria.

Echó hacia atrás los cabellos que le cubrían la frente descompuestos, buscó el interruptor de la luz y quiso que los fantasmas de la sombra se hundiesen como en un abismo.

Abrió el gran ropero de madera fina, y de entre los ricos trajes pendientes de las perchas eligió uno de crespón escarlata que la sastra le había preparado hacía algunas semanas, para una fiesta de vigilia de primero de año, en casa de amigos; el traje excéntrico habría debido constituír una sorpresa para todo el mundo y también para su esposo; en cambio, había tenido que recogerse ligeramente afiebrada a consecuencia de un tormentoso coloquio con Guido y, por supuesto, no pudo asistir a la fiesta. La vigilia de primero de año había sido para ella una vigilia de lágrimas.

En su magnífico traje, Guido no la reconocería. ¡Oh, él estaba bien lejos de pensar en ella, esa noche! Y doña Laura se vistió con impaciencia febril, sin solicitar la ayuda de su mucama.

El encarnado traje, mórbido y leve, resbalaba por sobre su hermosa persona con un fru fru discreto y la envolvía como en un resplandor de llama viva.

Sus piececillos calzados en mórbidos zapatos de seda roja no eran más que dos sutiles lenguas de fuego encendidas en la sombra llena de misterio.

Doña Laura recogió su negra cabellera en un nudo violento hecho sobre la nuca y colocó sobre él una alta peineta española. Se miró al espejo, se vió pálida — en medio de aquella llamarada purpúrea — como un espectro surgido de los fabulosos reinos infernales, y casi tuvo miedo; volvió las espaldas al espejo, se echó sobre los hombros un manto de pieles obscuras, calzó hasta el codo sus guantes de piel negra perfumados de violeta y salió apresuradamente, colocándose en el rostro un antifaz de raso negro.

En el gran reloj del corredor sonaba la una de la mañana. Ella sintió un estremecimiento y apuró el paso como si se la estuviese esperando en una cita trágica de amor y de muerte.

Atravesó las salas en puntillas, en medio de un silencio profundo, enfiló las escaleras cauta como una fugitiva, abrió la puerta de calle y salió.

—

La casa estaba ubicada en una avenida, llena de gente y llena de luz hasta esa misma hora; y ella tuvo un repentino terror de esa gente y de esa luz, un terror mayor que el de la sombra y del silencio.

Detuvo con un gesto el primer carruaje libre que acertó a pasar; un mísero carruaje de alquiler que tal vez volvía de conducir a una bacante ya ebria.

Se encerró en el pequeño recinto negro, envolviéndose en las pieles, casi como si hubiese querido escapar al contacto vulgar que la turbaba hasta lo más íntimo, con sabor de nuevo insulto, porque su pobre alma herida se dolía de cualquier imagen que la desflorase.

El caballo del carruaje, rendido por el excepcional trabajo de aquella noche de bacanal, trotaba fatigosamente, tropezando a menudo y provocando blasfemias del cochero soñoliento.

Doña Laura, hundida en la obscuridad, iba mirando a través de los cristales humedecidos por un humor que goteaba como el llanto de la noche sobre su mudo dolor y sobre las infinitas miserias del mundo.

¿A dónde iba? ¿Y era ella, en verdad, era ella, la pequeñita Laura, ingenua y apasionada, que había soñado un nido de amor para estarse en él encantada toda su vida y no salir jamás de él, nunca jamás?

¿A dónde estaba su sueño de prometida y de esposa? ¡Con qué fango quería el destino manchar su cándida fe!

Y sin embargo... ¿y si el suyo no hubiera sido nada más que un triste sueño?...

Ella exageraba, tal vez: temía el huracán; la mera aparición de una leve nube de estío daba cuerpo a las sombras; se abandonaba a dolorosas fantasías como una mujercita enferma de los nervios.

Era necesario reaccionar, en cambio; hacerse una razón: no era posible que su marido, su Guido, estuviese cansado de ella y abandonase el dulce nido por una vida disoluta y galante, carente de afectos. ¿Y por qué lo haría? ¿No lo había ella amado siempre?

Sí: alguna escapadita de hombre joven, rodeado de amigos alegres y ricos; comprender y compadecer...

Dicen que no hay hombre a quien no se le pueda reprochar algún pecadillo; y ella, como mujercita juiciosa, debía ser indulgente y no abandonarse a ridículos celos. Su Guido volvería a ella más enamorado que nunca.

—¿Y si le ordenase al cochero que volviese al palacio? — pensó, casi con un tumulto de alegría en el corazón enternecido.

Quizás a aquella misma hora estaría de regreso su esposo; sería necesario confesarle la propia debilidad... Después se reirían juntos a costa de ella.

Una luz más viva hiriendo los cristales y una animación insólita y un continuo detenerse de carruajes, le advirtieron que había llegado al teatro.

Le había dado esa

dirección al cochero; fuerza era que descendiese.

Llamada bruscamente a entrar en sí misma y a la angustia que la había arrastrado hasta allí, buscó instintivamente la manija de la puerta, esperando a que el cochero la abriese; pero el cochero, enteramente envuelto en su vieja casaca amplia, con el sombrero de encerado metido hasta los ojos, bostezaba, pasado de frío, soñando en cualquier otra cosa menos que en bajar.

Doña Laura bajó del estribo a la vereda y se encontró delante de un grupo de noctámbulos vestidos de negro que se abrieron en ala, y la miraron de soslayo, con intenciones galantes.

Un susurro:

—¿Sin caballero?

—Linda mujer...

—¿De encarnado? ¡Oh, de encarnado!...

En vano se envolvía entre sus pieles, ciñéndoselas y procurando esconder entre ellas el rostro, a medias cubierto por el antifaz, desalada de vergüenza; de ella se desprendía toda la seducción de la mujer joven, bella y elegantísima; la peineta española resplandecía en la luz viva; por debajo de las pieles se escapaba un trozo vaporoso del traje de llamas, y las lenguas encarnadas de los zapatos provocaban las miradas audaces y las proposiciones galantes.

Alguno, en aquellos breves instantes de extravío en que, no pudiendo ser tragada por la tierra, pareció querer volverse atrás, se paró delante de ella y le ofreció el brazo; pero otro desconocido lo echó hacia atrás para ocupar su lugar en actitud descomedida; pero doña Laura, en ese preciso instante, pasó por entre los dos, guareciéndose dentro del teatro.

Se detuvo, anhelante, a un lado del umbral, con el vértigo de aquel mundo de sones y de colores que a sus ojos resultaba un torbellino.

Primero, mientras no terminó la pieza que se estaba bailando, pudo permanecer allí casi inobservada, como que su traje escarlata se confundía con el carmesí de un cortinado; pero tan pronto como la música hubo cesado y las parejas se desbandaron, muchos se aproximaron y ella se vió rodeada por desconocidos que le dirigían cumplidos más o menos audaces y le hacían proposiciones más o menos libertinas.

Como no podía huir, doña Laura permanecía inmóvil como una cariátide, de pie en el umbral, mirando a todos y a nadie con ojos despavoridos, que tal vez les resultaban a los cortejadores — brillando por los agujeros del antifaz — mirándolos con mirada de desafío o de sapiente halago.

—¡Vente conmigo, hermosa incógnita — le dijo un "pierrot", arrastrándola con tal fuerza que venció toda resistencia de su parte.

Volvía a empezar el baile, en una atmósfera cálida y llena de una pulvíscula que la luz intensa doraba.

Mareada de improviso, doña Laura se encontró en el vértigo como una pobre hoja arremolinada por el turbión: no el turbión de la alegría a que todos se abandonaban, sino el turbión de la pasión que despedazaba su joven vida.

Ya ella no era ella, con su altanería y su orgullo: era otra, pasiva y perdida.

De repente la hirió una agitación que la sacudió como un rayo; la sangre le empurpuró las mejillas, el corazón le pulsó con violencia y desde lo más profundo de sus venas le brotó una súbita energía que le dió fuerzas para resistírsele a su caballero y librarse de él.

—¡Déjeme usted! — jadeó, rechazándolo y huyéndole.

El gesto fué tan rápido e inesperado, como un meteoro de fuego: alcanzó una pareja de bailarines desenmascarados y disfrazados con un elegantísimo dominó de raso violeta y los separó, colocándose entre ambos con tal ímpetu que poco faltó para que la mujer — muy rubia y muy procaz — cayese. Doña Laura no se ocupó para nada de ella. Detuvo al caballero, poniendo sus manos sobre los hombros de él, mirándolo fijamente: era él, por cierto; lo había reconocido desde la otra extremidad del salón. Era él, su marido, Guido.

Ya no le quedaban esperanzas de haber sospechado injustamente de él; ya no había posibilidades de ignorar o de tener indulgencia: aquella mujer rubia y hermosa, vestida como él, con la misma seda, del mismo modo, abrazada de él en la frenética danza, era una revelación clara, sencilla y cruel.

El hombre del dominó violeta no reconoció a la mujer del vestido de llamas; no tuvo tiempo para interrogarla ni de acercársele, cuando la pequeña mano enguantada, que se había separado de sobre su hombro, en un amplio gesto, ya había vuelto a caer sobre su rostro en una bofetada que le enrojeció la mejilla como una marca incandescente.

Algunas parejas se detuvieron, algunos rieron y acudieron para no perder nada de la escena y se produjo un poco de tumulto.

La dama del traje escarlata huyó.

—

El carruaje de plaza, que había estado esperándola a la puerta del teatro, corría hacia el palacio.

En la obscuridad, casi como hundida en la gelidez de una tumba, doña Laura, reconcentrada en sí misma, con el corazón despedazado, sólo se movió cuando el carruaje detúvose.

—Señora... señora... — tuvo que decirle el cochero, abriéndole la portezuela, después de haber hesitado un poco, al ver que ella no se decidía a bajar. — Señora, hemos llegado.

—Sí — murmuró ella, moviéndose dócil y humildemente.

Aceptó la mano que el hombre le ofrecía, descendió con un largo estremecimiento y entró en el palacio con el paso vacilante de una condenada.

En la vasta cámara nupcial desierta dejó caer sus pieles sobre la alfombra, arrojó los guantes y el antifaz y luego ella misma se deslizó hasta el pavimento como un despojo vacío.

¡Adiós para siempre, amor, fe y felicidad!

Ella no era ya más que una larva sin alma.

La edad de la juventud y del amor entraba en su ocaso para ella, mientras por los vidrios de la ventana entraba la luz del alba lívida de un nuevo día.

Aquella primera luz, que tenía algo de siniestro, la encontró allí, deslizada poco a poco hasta la alfombra, junto al lecho cándido e intacto, con la frente pálida y plegada, como la imagen viviente de la desolación.

Y nada era más triste que aquel espléndido traje escarlata puesto a aquella hora en aquella criatura: era un traje de luto: el luto del amor muerto.

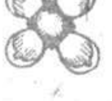
TRADUCCION DE ALFREDO J. TORCELLI

ALCOHOL

Alcohol;
insólitas ternuras,
odio al sol;
secretas desventuras
que nunca concretamos,
gesto desencajado,
crueldad con lo que amamos,
mirar torpe y vidriado.

Palabras temblorosas
y ficticia
elocuencia;
confidencias dolorosas
y llenas de estulticia
e inconsecuencia.

Soliloquios en lengua estropajosa
con los buzones
o con la Osa
Mayor o la Menor;
pueril capricho de contar constelaciones
o de ensayar

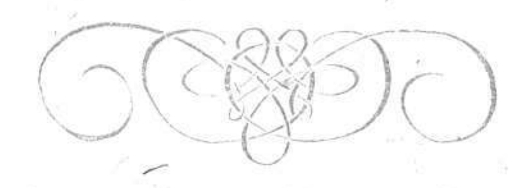


con voz de tenor
un cantar
ya olvidado y con fragancia
tierna de infancia.

Dislocadas maneras,
jactancias elegantes,
y por buscar quimeras
olvidarse los guantes.

PABLO SUERO

EL MISTERIO DE LA MESETA





NICOLÁS Stankevitch no había defraudado la esperanza de los empresarios; habían éstos encontrado en él al guardián ideal de sus obrajes. La obligación de no ausentarse ni de día ni de noche parecía encantar al contramaestre, y, de hecho, no dejó nunca, en adelante, la villa en ruinas, abrochada en la cresta de la roca. Desde las seis de la tarde quedaba como único ocupante de la meseta, una vez que los obreros partían para sus centros de Mausana o del Paradón, yendo algunos de ellos hasta Arlés, montados en sus velocípedos.

Lo que los hombres intentaban allí no era bagatela: tomar el agua en el hueco del valle y subirla al flanco de un monolito escarpado de más de trescientos metros. Pero ahí arriba la tierra era buena; no necesitaba sino un poco de humedad para producir la vida. Desde el primer chorro, la villa, abandonada desde siglos, volvería a ver familias levantando sus techumbres y abrigarse detrás de sus muros restaurados. Por el momento aquel nido de águilas ofrecía un albergue al misterioso Stankevitch.

Todo el día el celador se abandonaba al trabajo con frenesí, encarnizándose por vencer las dificultades súbitamente surgidas. Corría sin cesar de una a otra cuadrilla, veíasele abajo entre las maniobras de taladrar los pozos, donde se sumergían los tubos de aspiración en la fuente al fin descubierta; en la cuesta, dando órdenes a los hombres suspendidos sobre el vacío en los largos alambres de bronce y cuyos martillos sonaban en los tubos que una grúa bajaba hasta ellos; sobre le meseta, al lado de la motriz, ayudando a enrollar el material en las alzaprimas de la máquina antes de enviarlo al espacio. Y cada noche, gracias a su energía, la serpiente de acero mostraba un anillo más al flanco de la roca, de la que alcanzaba lentamente la cima.

Nicolás Stankevitch poníase de codos, entonces, en el belvedere que dominaba el valle provenzal; largos minutos miraba caminar a los trabajadores en el polvo de la gran ruta hacia los hogares lejanos, y los envidiaba por poder vivir en paz todavía una vez terminada la jornada. Después sus ojos erraban sobre la llanura, donde las bocas de las minas de basalto, sanguinolentas, se abrían entre la plata vieja de los campos de olivos. Algunas ciudades adivinábanse apenas a lo lejos: Arlés, Marimás, Martigues; una vasta extensión gris, el Crau, cortado por un hilo de plomo, el Ródano, y allá, en el fondo del horizonte, una cosa centelleante que era el mar.

El celador suspiraba. Todo eso le estaba vedado. Su reino, reino de buho, estaba a sus espaldas.

Lentamente arrancábase a su contemplación y se dedicaba a errar entre las ruinas.

PREFERÍA más aún aquel paseo solitario a un pronto regreso a su habitación, a ese hotel de Brau, convertido en una covacha, donde, con todo, había conseguido soterrarse. Fuera podía pensar en otra cosa que en sí mismo, y se iba a través de la ciudad desierta, en la antigua capital de los podestaes, como se llamaba a sus señores, y de los reyes de Arlés. Algunas casas mostraban todavía sus fachadas intactas so-

bre el vacío de su interior; otros palacios dejaban ver anchas puertas con avanzadas, ventanas con cruceros, frisos con divisas, frescos apagados de un salón abovedado. Aquí moraba el capitán Vignier; allá, debía celebrarse la Corte de Amor. Pero una sombra ahogaba lentamente todo aquel pasado.

La vista de todo eso ayudaba al aislado a esperar la hora terrible, la hora del reposo. ¡Ay, el reposo! Antes de sumergirse en el pesante sueño, había que doblar primero el cabo del insomnio; y las visiones, cada noche, volvían siempre iguales. Un recuerdo de su infancia lo conducía a una inmensa selva virgen, la Taiga siberiana. ¡Ah, qué buen tiempo; años dulces y salvajes en los cuales sólo las bestias le eran amigas o enemigas! ¿Por qué el pope le había enseñado a leer? De ahí venía toda la desgracia: la ambición había nacido de su primera lectura, una ambición que no debía limitarse a la conquista de la sotana y el bonete cuadrado. ¡Qué bien recordaba la emoción que lo había dominado en plena calle, en Moscú, y hacía crujir sus mandíbulas como las de un lobo!... ¿Y qué había visto? Equipajes espléndidos, tirados por caballos soberbios. ¿Era aquello sueños de pope?... Después, otras invocaciones de fortuna, de riqueza... ¡Y después, en fin, la época roja!

Nicolás daba vueltas, gimiendo, en su catre. Ahora estaba a la cabeza de los amotinados, desgarrando sus hábitos sacerdotales, blasfemando contra Dios y contra el zar. ¿El amor del pueblo lo transportaba, *acaso? No, sino su envidia*, sus deseos desmesurados por los goces del mundo. Entonces los hombres habíanle hecho probar la miel deliciosa de la popularidad. ¡Un día, tan sólo un día, pero que iluminaría toda su vida! Luego, revestido con la blusa común, rápidamente había resbalado de su pedestal a más humildes funciones, hasta llegar pronto a ser un lacayo de policía. Sin embargo, algo quedaba de su esplendor: permanecía siendo miembro del Gran Partido, la terrible potencia oculta. Y aun esto mismo no había sabido conservarlo: había traicionado a sus hermanos, traicionado por un puñado de oro, y, traición estrepitosa, había vendido a Jegor Mochkine, el emisario sutil, inalcanzable, que escapa a hasta entonces a todas las policías internacionales. ¡Si siquiera Mochkine estuviese muerto! Pero el diablo se zafó con el cuerpo acribillado de cuchilladas y el Consejo olfateaba al traidor. Su huída era una confesión; contra toda prudencia, prefería evadirse a correr el riesgo de verse un día en presencia de su víctima. Desde entonces, sintiendo sobre su pista una jauría encarnizada, vivía como un animal acorralado, huyendo de ciudad en ciudad, de país en país. Había venido al fin a abatirse, sin alientos, sin dinero, sin nada, en esta región luminosa, asoleada. Cierto tiempo desempeñó toda clase de oficios: obrero en las canteras, zanjeador en los campos, hasta el día en que le había caído esta suerte: una guarida donde esconderse.

Pero, verdaderamente, no podía más. Las semanas habían corrido, y un loco deseo lo dominaba: el de ir a respirar en lugares nuevos. La vasta planicie resplandeciente al sol provenzal, zumbante toda de los chirridos de las cigarras quemadas, atraíalo invenciblemente. Y, sobre todo, ¡oh! sobre todo la visión, chispeante ahí, sobre el horizonte, de las olas del *mar*, del océano, *más allá del cual* encontraría los vastos espacios vírgenes del Nuevo Mundo: países tan grandes, tan grandes, que *su* venganza se perdería en ellos y ya no podría alcanzarlo jamás.

Aquella noche abismóse en la contemplación de esa cosa lejana y danzante; desde hacía rato la noche había caído, pero su mirada, fija, veía siempre su sueño: *el mar, y, más lejos, la libertad sin límites*. Hoy, por otra parte, no sería sino cuestión de pocos días. Los trabajos avanzaban a maravilla, y, lastrado con su sueldo, Stankevich no daría más que un salto hasta Marsella, en el vapor de los emigrantes.

Un poco de alegría temblaba en el fondo de esa alma sombría; el recuerdo de sus crímenes se borraba al mismo tiempo que la intensidad de su temor nocturno. Poco faltó para que cantara, no en voz muy alta, ciertamente, mientras se dirigía al hotel de Brau: tan seguro estaba de encontrar en seguida un apacible sueño. Y las viejas casonas desplomadas parecíanle buenos amigos; tanta complacencia habían puesto en acogerlo, en esconderlo.

....

La llama corta del fósforo erró un segundo buscando, sobre la mesa, la bujía. La luz, un instante, vaciló, balanceando la sombra en las paredes pedregosas de la pequeña sala; luego la claridad se extendió, se fijó, y Nicolás *lo* vió. Entonces todo su cuerpo se convulsionó por un miedo terrible, pues supo que era el Enemigo.

El hombre estaba tranquilamente sentado sobre el catre, el cual, con la mesa, la silla y una piel de perro, componía todo el mobiliario de la pieza. Los pelos de una barba roja y abundante invadían su rostro hasta no dejar lugar más que a la herida sangrienta de su boca y a las dos cavidades profundas donde los ojos brillaban con una mirada fría. Aquella mirada sintióla Stankevitch penetrar en él como un puñal; la mesa lo separaba del desconocido. Precipitóse hacia la puerta. ¡Estaba custodiada! Una especie de bruto gigante, de frente estrecha bajo cabellos aplastados, esperaba, con un largo cuchillo en el puño. Entonces el renegado comprendió que aquello era el fin, que no tenía probabilidad alguna de escapar al castigo, y sus piernas, flojas, vacilaron bajo su peso... Se derrumbó.

Volvió en sí bajo el golpe del dolor físico: unas cosas cortábanle las carnes echando en su cuerpo millares de agujas punzantes. Quiso darse vuelta. ¡Imposible! Se decidió, y abrió los ojos. Los dos hombres, sentados en el borde de la mesa, esperaban pacientemente que Stankevitch, atado, recuperara sus sentidos. El miserable lanzó un gemido, trató de volverse contra la pared; el desconocido *no* le dejó tiempo. Apoderóse de la silla y fué a instalarse cerca de la cama. Su voz resonó fustigante, burlona:

—¡Este buen Antonio Markovei!... ¿Cómo vamos, querido amigo? Las costillas un poco doloridas, ¿eh? ¿Los puños un poco apretados? Excuse a Kuchla. Permítame usted ahora que me presente: ¡Mochkine... Jegor Mochkine! ¿No se siente feliz por este en-

cuentro? En cuanto a mí, es usted el hombre a quien deseaba yo encontrar sobre todos los demás, mi querido Markovei-Stankevitch. Lo sabía a usted en Francia: un personaje tal cual usted, no podía pasar inadvertido en ninguna parte. He podido, pues, no obstante su modestia, alcanzarlo aquí. El Consejo me ha facilitado el placer de buscarlo, encargándome de una misión en Francia, precisamente. ¿No es esto una dicha? Le hablaré de esa misión, pero tal vez no le interese ya todo eso. ¡Dejó usted a Moscú tan rápidamente!

«¡Si supiera cuánto se le extraña allá! Yo mismo no lo he conocido sino a mi regreso, cuando ya había usted partido; si bien convaleciente todavía, el deseo de conocerlo mejor se apoderó de mí. Le confieso, entre nosotros, que me ha desilusionado. Vamos, cae usted desfallecido como una mujer porque dos amigos penetran en su habitación inopinadamente. ¡Ah, eso es muy *feo*! ¡No basta dar de golpes, Stankevitch! Hay que saber recibirlos. Evidentemente, no apuñalea usted mismo, pues el asesino, también él, necesita coraje; con todo, no quiero privarle de un placer. Mire...»

Con un gesto vivaz Mochkine apartó la tela grosera de su camisa; sobre el pecho desnudo, entre el vellón leonado, delgadas líneas blancas estriaban la piel; dos cicatrices extendíanse en anchas ramas por sobre las costillas y en el nacimiento del cuello, y aparecía como una mancha roja en el sitio donde el acero había mordido.

— Ahí tiene usted — dijo nuevamente el martirizado; — todo se paga, compañero; la sangre como lo demás. Cuestión de manera; es ésa la diferencia. A un hombre, un hombre como yo, le habría dicho: la sangre paga la sangre, y le ofrecería el azar de un combate. Pero tú... No, no ensuciaré mi cuchillo... ¡Kuchla!...

El gigante saltó sobre sus pies.

— ¡Cárgalo!

Nicolás sintióse levantado en los brazos del coloso, echado sobre sus hombros; sus ojos tuvieron por última vez la visión de ese albergue donde tanto esperara que no vendrían jamás hasta allí a atraparlo... Luego fué la calle; la calle implacablemente desierta de la ciudad de las ruinas.

¿Qué iban a hacer de él aquellos verdugos? Arrojarlo al fondo de uno de esos calabozos subterráneos del viejo castillo, donde agonizaría de hambre durante días y días... ¡Ah! ¡Si fuese él quien los tuviera en su poder, cómo hubiera sabido encontrar el suplicio terrible de una muerte lenta! Sobre su frente lívida las estrellas lanzaban su luz apacible.

8

El cortejo subía lentamente hacia la plataforma de los obrajes. Kuchla, a veces, resbalaba sobre las rocas y golpeaba su fardo quejumbroso contra los viejos muros de las casas. Detrás de ellos, Mochkine seguía, con las manos en los bolsillos, silbando un aire del bajo Volga, y sus palabras imponíanse al espíritu enloquecido del prisionero.

¡Morir! Iba a morir...

Pronto se detuvieron; el gigante depositó al condenado en el suelo cerca de un montón de tubos enormes. Desde allí no podía ver ya a los emisarios del Gran Partido, en tanto que el paisaje familiar llenaba sus ojos, bañado de claridad lunar. Muy próxima, arriba de él, estaba la morada de los podestaes, indómita, terrible, y anheló ver derrumbarse de golpe aquella masa que lo aplastaría todo, atormentadores y víctima. Pero las rocas guardaban su inmovilidad secular; la mirada dirigióse a la villa desierta, esa villa que había tentado resucitar pidiéndole un asilo *momentáneo*; villa engañadora, mentirosa, villa extranjera, indiferente. Y, abajo, el valle, el hechizo, ese océano que lo había llamado, seducido, que había arrojado la esperanza en su corazón para que su pena de morir fuese más grande.

De pronto se hizo, detrás de él, un ruido familiar a sus oídos: la marcha de la grúa. La carne del miserable se erizó. ¿Para qué tocaban la grúa? ¿Cuál suplicio habían inventado? Su sangre precipitóse en las arterias en largas llamas calientes que lo enloquecían. Quiso gritar... Pobres sonidos roncos, sin eco, murieron en sus labios. Entonces esperó...

Y el gran brazo de acero, lentamente, salió de la sombra, planeó sobre su cabeza, se inmovilizó. Después, la barra, de gancho poderoso, bajó hacia él, hasta tocarlo. El miserable, atontado de terror, esperaba, sin comprender.

Pero Mochkine apareció con la cara animada por un odio implacable. Un minuto, de brazos cruzados, contempló al que había querido matarlo, a él, por un puñado de oro... Tal vez esperara un sobresalto de coraje, una injuria que sacudiera al fin la cobardía de aquel hombre; mas no eran sino sollozos y gemidos.

Su mano atrapó con destreza, entonces, el pesado gancho de la grúa. Fijó en él y en el cuello del paciente un fino cordel de metal; después, echándose hacia atrás, gritó:

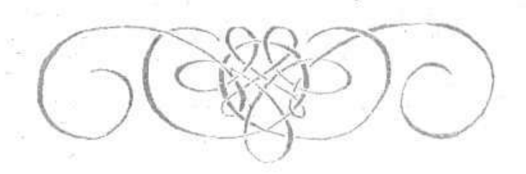
— ¡Anda, Kuchla!

Hubo detrás de los tubos fundidos un jadeo convulsivo de máquina; en seguida la grúa se enderezó, giró, arrastrando en los aires el delgado hilo de metal del cual pendía una cosa inerte. Llegó al borde del belvedere, después sobre el vacío, y se inmovilizó.

Fué así como los obreros encontraron al celador Stankevitch, cuando regresaron al día siguiente.

Veíasele desde muy lejos, y la grúa parecía, más abajo que el castillo, una horca gigantesca en la cual, una vez más todavía, habíase ejercido el derecho señorial de alta y baja justicia.

EMILIO PAGÉS





Para la sierra, Jean Patón creó estos modelos. En uno se combinan el blanco, azul y morado; en el otro, paño y piel.



Moda

Traje de baile, de muselina de seda color rosa, con fino bordado de plata y acero. Sin rival para una silueta fina.

Apareció un hombre tocado con un gorro puntiagudo...

MATEO FALCONE



L salir de Porto-Vecchio, con la dirección noroeste, hacia el interior de la isla, se ve rápidamente elevarse el terreno, y después de tres horas de marcha por tortuosas sendas, obstruídas por grandes trozos de rocas, y cortadas, a veces, por barrancos, uno se encuentra al borde de un *malezal* muy extenso. El malezal es el refugio de los pastores corsos y de cuantos tienen algo que ver con la justicia.

Es preciso que se sepa que el labrador corso, para ahorrarse el trabajo de abonar su campo, incendia una cierta extensión del bosque, y tanto peor si el fuego se extiende más allá de lo que es necesario; ocurra lo que ocurra, se puede estar seguro de recoger una buena cosecha, sembrando en la tierra fertilizada por las cenizas de los árboles. Cortadas las espigas, los tallos se dejan para evitarse el trabajo de recogerlos; las raíces sobrantes, si no se han agostado, arrojan, a la siguiente primavera, espesísimos retoños, que, en pocos años, alcanzan una altura de siete u ocho pies. A esta especie de montuoso soto se le llama malezal. Lo componen variadas clases de árboles y arbustos, mezclados y confundidos a la buena de Dios. Sólo con una hacha en la mano acertaría el hombre a abrirse paso por allí; y hay malezal tan espeso y tupido, que ni aun a los mismos carneros montaraces les sería dado penetrar en su interior. Si usted ha matado a alguien, váyase al malezal de Porto-Vecchio, y allí vivirá seguro con pólvora, balas y un buen fusil; no se olvide de una manta obscura, con su capucha (1) correspondiente, que sirve de tapa y de colchón. Los pastores le proporcionan leche, queso y castañas, y nada tendrá que temer de la justicia ni de los parientes del muerto, sino cuando le sea preciso ir al pueblo para renovar las municiones.

Mateo Falcone, cuando yo estaba en Córcega en 18..., tenía su casa a media legua de ese malezal. Era un hombre lo bastante rico para el país; vivía dignamente, esto es, sin hacer nada, del producto de sus rebaños, que algunos pastores, especie de nómadas, llevaban a pacer, de acá para allá, por los montes. Cuando le vi, dos años antes del acontecimiento que motiva este relato, me pareció, sobre poco más o menos, de unos cincuenta años de edad. Figúrate, lector, un hombre pequeño, pero robusto, de encrespados cabellos, negros como el azabache, nariz aquilina, labios delgados, ojos grandes y vivos, y una tez color de cuero. Pasaba, aun en su misma comarca, en la que tan buenos tiradores había, por ser un tirador extraordinario. Mateo, por ejemplo, no disparaba nunca a un carnero montaraz, con postas; pero lo derribaba, en cambio, a 120 pasos de un balazo en la cabeza o en la espalda, según su gusto. De noche se servía de sus armas tan fácilmente como de día, y de él se me ha referido el siguiente rasgo de destreza, que acaso parecerá increíble al que no haya viajado por Córcega. Se ponía, a ochenta pasos, una vela encendida, detrás de un papel transparente del tamaño de un plato. Mateo apuntaba, se apagaba la luz después, y, al cabo de un minuto, en la obscuridad más completa, disparaba y atravesaba el transparente, tres de cada cuatro veces.

Con mérito de tal trascendencia, Mateo Falcone gozaba de una gran reputación. Se le tenía por tan buen amigo como enemigo peligroso; por lo demás,

(1) *Pilone.*

era servicial y caritativo, y vivía en paz con todo el mundo en el distrito de Porto-Vecchio. Se contaba de él que en Corte, en donde se había casado, desembarazóse muy expeditivamente de un rival, al que se tenía por tan temible en los lances guerreros como en lides amorosas; al menos se atribuía a Mateo un cierto escopetazo que sorprendió a su rival en el instante de afeitarse, frente a un espejo que pendía de su ventana. Se le echó tierra al asunto y Mateo se casó. Su mujer, Giuseppa, le hizo padre, primeramente de tres hijas — lo que le hacía rabiar, — y, por último, de un hijo llamado Fortunato: era la esperanza de la familia y el heredero del nombre. Las hijas habían casado bien: en caso preciso, su padre podría disponer de los puñales y las escopetas de los respectivos maridos. Diez años tan sólo tenía el chico pero anunciaba ya felices disposiciones.

Un cierto día de otoño, muy de mañana, salió Mateo con su mujer para visitar uno de sus rebaños en un claro del malezal. Fortunato quiso acompañarles; pero el claro aquel estaba muy lejos, y, además, era preciso que alguien se quedara guardando la casa; por lo tanto, el padre se opuso. Ya se verá si tuvo por qué arrepentirse de ello.

Algunas horas después, Fortunato, tranquilamente tendido al sol, contemplaba las montañas azules, y pensaba en su visita al pueblo, el próximo domingo, para comer en casa de su tío el *caporal* (1), cuando fué interrumpido de pronto en sus meditaciones por el disparo de una arma de fuego. Se puso de pie y miró a la parte de la llanura de donde venía aquel ruido. Otros disparos se oyeron con intervalos diferentes, y cada vez más próximos; a poco, en la senda que conducía desde la llanura a la casa de Mateo, apareció un hombre, tocado con un gorro puntiagudo, como el que usan los montañeses, barbudo, harapiento y arrastrándose trabajosamente apoyado en su escopeta. Acababa de recibir un balazo en el muslo.

Aquel hombre era un *bandido (2)* que había salido de noche para comprar pólvora en la ciudad, cayendo, a su vuelta, en la emboscada que le prepararon los tiradores corsos *(3)*. Después de una vigorosa defensa, vióse obligado a buscar la retirada, tiroteado de roca en roca y perseguido de cerca; pero los soldados le iban al alcance, y su herida le imposibilitaba de llegar al malezal antes de ser atrapado.

Acercóse a Fortunato y le dijo:

— ¿Eres el hijo de Mateo Falcone?

— Sí.

— Pues bien: yo soy Gianetto Sampiero y me persiguen los cuellos amarillos (4). Escóndeme, pues ya no puedo andar más.

— ¿Y qué dirá mi padre si te escondo sin su permiso?

— Dirá que has hecho bien.

— ¡Quién sabe!

— Escóndeme pronto, que se acercan.

— Espera a que regrese mi padre.

— ¿Qué espere? ¡Maldición! Dentro de cinco minutos estarán aquí. ¡Vamos, escóndeme o te mato!

Fortunato repuso con la mayor sangre fría:

— Tu escopeta está descargada y ya no te quedan cartuchos en tu canana (5).

— Pero tengo mi puñal.

— Mas ¿correrás tanto como yo?

Y de un salto se puso fuera de su alcance.

— ¿Tú no eres el hijo de Mateo Falcone? ¿Dejarás que me prendan delante de tu casa?

El muchacho pareció conmoverse.

— ¿Qué me darás si te escondo? — le dijo, aproximándose.

El bandido buscó en un bolsillo de cuero que pendía de su cintura, y sacó de él una moneda de cinco francos, acaso reservada para comprar pólvora.

Al ver la moneda de plata, Fortunato sonrió, y, apoderándose de ella, dijo a Gianetto:

— No temas nada.

En seguida abrió un gran boquete en un montón de heno colocado cerca de la casa. Agazapóse en él Gianett , y el muchacho lo cubrió de modo que pudiera respirar sin que motivara la sospecha, no obstante, de que aquel heno ocultaba a un hombre. Ocurriósele, además, una astucia bastante ingeniosa y propia de salvaje. Cogió una gata con sus hijuelos y los puso encima del montón de heno, para hacer creer que no se había removido poco antes. Y como observara que en las cercanías de la casa había rastros de sangre, se apresuró a cubrirlos con arena muy cuidadosamente, y, hecho esto, se tumbó otra vez al sol con la mayor tranquilidad.

E indicó con el pulgar, por encima de su hombro...

Algunos minutos después seis hombres con uniforme obscuro y cuello amarillo, mandados por un sargento, se detenían ante la puerta de Mateo. El sargento era pariente lejano de Falcone. (Sabido es que en Córcega los grados de parentesco se extienden mucho más que en otros sitios.) Se llamaba Tiodoro Gamba y era un hombre activo a quien temían mucho los bandidos porque les perseguía sin descanso.

— Buenos días, primito — dijo, acercándose a Fortunato — ¡qué alto estás! ¿Has visto pasar por aquí a un hombre, hace poco?

— ¡Oh, aun no soy tan alto como usted, primo! — respondió el muchacho haciéndose el tonto.

— Ya lo serás. Pero dime, ¿no has visto pasar a un hombre?

---

(1) Los caporales fueron, otras veces, los jefes de los consejos corsos cuando se insurreccionaron contra los señores feudales. Aun hoy se llama así, algunas veces, a todo el que por sus propiedades, familia o clientela, ejerce influencia o una especie de magistratura electiva en una *pieve* (parroquia) o cantón. Los corsos se dividen según vieja costumbre en cinco castas: los *hidalgos* que se subdividen en *magníficos* y en *signori*, los *caporali*, los *ciudadanos* los *plebeyos* y los *extranjeros*.

(2) Esta palabra se emplea aquí como sinónima de proscrito.

(3) Era éste un cuerpo creado, hacía pocos años, por el Gobierno para prestar, con los gendarmes, servicios de policía.

(4) El uniforme de los tiradores era entonces una guerrera obscura con cuello amarillo.

(5) Cinturón de cuero que sirve de cartuchera y cartera.

— ¿Que si he visto pasar a un hombre?

— Sí, un hombre con un gorro puntiagudo de terciopelo negro y una chaqueta adornada de rojo y amarillo.

— ¿Un hombre con un gorro puntiagudo y una chaqueta adornada de rojo y amarillo?

— Sí, responde pronto y no repitas mis preguntas.

— Esta mañana cruzó por nuestra puerta, montado en su caballo *Piero*, el señor cura, y me preguntó cómo le iba a papá, y yo le respodí...

— ¡Ah granujilla, eres un pillastrón! Dime pronto por dónde ha tirado Gianetto, que es a quien buscamos; estoy seguro que ha cruzado por este camino.

— ¿Quién sabe?

— ¿Quién sabe? Yo sé que tú lo has visto.

— ¿Se ve, acaso, a los que pasan, cuando se duerme?

— No dormías, tunantuelo; los disparos te han despertado.

— ¿Cree usted, primo, que sus fusiles hagan tanto ruido? Mucho más hace la escopeta de mi padre.

— ¡Que el diablo te lleve, maldito bribón! Estoy segurísimo de que has visto a Gianetto y hasta es posible que lo tengas escondido. Vamos, camaradas, entren en esta casa y vean si nuestro hombre anda por ahí. Sólo disponía de una pierna, y el pilastre tiene demasiado buen sentido para dirigirse, cojeando, al malezal. Además, los rastros de sangre se detienen aquí.

— ¿Y qué dirá papá? — preguntó Fortunato, con una risita burlona. — ¿Qué dirá cuando se entere que han entrado en su casa durante su ausencia?



Mateo Falcone y su mujer aparecieron súbitamente

— ¡Bribón! — dijo el ayudante, cogiéndole por una oreja; — ¿sabes que me siento tentado de hacerte hablar por otros medios? Es posible que con una veintena de sablazos de plano, hablarás al fin.

Y Fortunato seguía riendo con su risita burlona.

— ¡Mi padre es Mateo Falcone! — dijo con énfasis.

— Bien sabes, granujilla, que te puedo conducir a la Corte o la Bastilla, y hacerte encerrar en un calabozo, para que duermas en la paja, con grillos en los pies, y guillotinarte si no dices en dónde está Gianetto Sampiero.

Ante tan ridícula amenaza, el muchacho lanzó una carcajada y repitió:

— Mi padre es Mateo Falcone.

— Sargento — dijo con voz baja uno de los tiradores, — no nos indispongamos con Mateo.

Gamba parecía evidentemente turbado. Con voz queda, hablaba con sus compañeros, que habían hecho ya en la casa un cuidadoso registro. La operación fué breve, pues la cabaña de un corso no consiste más que en una pieza cuadrada. El ajuar se reduce a una mesa, algunos bancos, cofres y utensilios de caza y domésticos. Mientras, Fortunato acariciaba a la gata y parecía divertirse con la función de los tiradores y de su primo. Un soldado se aproximó al montón de heno. Vió la gata, y dió, con negligencia, un bayonetazo en el heno, encogiéndose de hombros, como si comprendiera que la precaución era ridícula. Nada se movió; el rostro del muchacho permaneció impasible.

El sargento y sus gentes se daban al diablo; contemplaban la llanura como dispuestos a volver por donde habían venido, cuando el jefe, convencido de que las amenazas no hacían efecto alguno en el hijo de Falcone, quiso hacer un último esfuerzo y probar el poder de las caricias y de los obsequios.

— Primito — dijo, — me pareces un muchacho muy despierto. Tú harás carrera. Pero conmigo te portas muy mal. Si no temiera darle un disgusto a mi primo Mateo te llevaba conmigo.

— ¡Bah!

— Pero cuando mi primo vuelva le contaré lo que ha pasado y te zurrará de lo lindo por haber mentido de ese modo.

— ¿De veras?

— Ya lo verás... En fin, sé buen muchacho y te daré cualquier cosa.

— Y yo, primo, le daré un consejo, y es que, si tarda mucho en marcharse, Gianetto llegará al malezal, y entonces será preciso más de un hurón como usted para buscarlo por allí.

El ayudante sacó de su bolsillo un reloj de plata que podría valer unos diez escudos, y como observara que se iban tras él los ojos de Fortunato, le dijo, suspendiendo el reloj de su cadena de acero:

—¡Picaronazo! ¿Tú quisieras tener un reloj como éste colgado del cuello para pasearte por las calles de Porto-Vecchio, orgulloso como un pavo real, y que las gentes te preguntaran: «¿Qué hora es?», y tú les dijeras: «Míralo en mi reloj»?

— Cuando sea más hombre, mi tío el caporal me dará uno.

— Sí; pero el hijo de tu tío ya lo tiene... no tan bonito como éste, a la verdad... No obstante, él es más joven que tú.

El muchacho suspiró.

— Bueno, primo, ¿quieres este reloj?

Fortunato, mirando el reloj con el rabillo del ojo, parecía un gato al que se le ofrece un pollo entero. Como comprende que se están burlando de él, no se atreve a echarle mano, y de tiempo en tiempo aparta los ojos para no sucumbir a la tentación; pero a cada paso se relame los hocicos y parece como si le dijera a su dueño: «¡Qué cruel es la bromita que das!»

Sin embargo, el sargento Gamba parecía ofrecerle el reloj de buena fe. Fortunato no alargó la mano, pero dijo con amarga sonrisa:

— ¿Por qué se burla de mí?

— ¡Vive Dios, que no me burlo! Dime únicamente en donde está Gianetto, y el reloj es tuyo.

Fortunato dejó escapar una incrédula sonrisa, y, fijando sus ojos negros en los del ayudante, trató

de descubrir lo que de verdad hubiera en sus palabras.

—Que pierda mis charreteras —dijo Gamba, —si no te entrego el reloj con esa condición. Mis compañeros son testigos: no puedo arrepentirme.

Mientras hablaba así, seguía aproximando el reloj tanto, que casi tocaba ya la pálida mejilla del niño, que mostraba claramente la lucha que en su interior sostenían la codicia y el respeto debido a la hospitalidad. Su desnudo pecho se elevaba con fuerza y parecía próximo a estallar. El reloj, en tanto, oscilaba y giraba, rozándole a veces la punta de la nariz. Por último, poco a poco, alzó su mano derecha hasta el reloj; lo tocó con la punta de los dedos; lo sintió en su mano, mas sin que el sargento soltara la cadena... La esfera era azulada... recién bruñida la tapa...; a la luz del sol, parecía de fuego... La tentación era demasiado fuerte.

Fortunato levantó su mano izquierda también e indicó con el pulgar, por encima de su hombro, el montón de heno junto al que estaba. Gamba lo comprendió en seguida y abandonó el extremo de la cadena. Fortunato se vió único propietario del reloj, se levantó con la agilidad de un gamo y se alejó diez pasos del montón de heno, que los tiradores comenzaron a revolver en seguida.

A poco el heno se agitaba y un hombre ensangrentado, con un puñal en la mano, surgía de él; pero, como tratara de levantarse, su herida, enfriada, no le permitió tenerse en pie, y cayó al suelo. El ayudante, abalanzándose sobre él, le arrebató el puñal. En seguida, y a pesar de su resistencia, le ataron fuertemente.

Gianetto, derribado en tierra, ya atado como un haz de leña, volvió la cabeza hacia Fortunato, que se había aproximado.

—¡Hijo de...! —le dijo con más desprecio que cólera.

El niño le arrojó la moneda de plata que había recibido de aquél, como comprendiendo que ya no era merecedor de ella; pero el proscripto ni siquiera aparentó fijarse en aquel movimiento. Con mucha sangre fría le dijo al sargento:

—Mi querido Gamba, no puedo andar; no tendrá más remedio que transportarme al pueblo.

—Hace poco corrías con más ligereza que un corzo —repuso cruelmente el vencedor; —mas tranquilízate; estoy tan contento de haberte cogido, que te llevaría una legua a cuestas sin fatigarme. Además, camarada, vamos a hacerte unas angarillas con ramas y tu capote; en la granja de Créspoli encontraremos caballos.

—Perfectamente —dijo el prisionero; —pongan también un poco de paja en las angarillas para que vaya con más comodidad.

Mientras los tiradores se ocupaban, unos, en hacer una especie de parihuelas con ramas de castaños, y otros, en curar la herida de Gianetto, Mateo Falcone y su mujer aparecieron súbitamente en un recodo de la senda que conducía al malezal. Avanzaba la mujer penosamente, encorvada bajo el peso de un enorme saco de castañas, en tanto que su marido se pavoneaba con un fusil en la mano y otro en bandolera, pues es indigno de un hombre conducir una carga que no sea la de las armas.

Al ver a los soldados, lo primero que se le ocurrió a Mateo fué que vendrían a prenderle. Pero ¿por qué tal idea? ¿Acaso Mateo tenía cuentas pendientes con la justicia? No. Gozaba de una buena reputación. Era, como se dice vulgarmente, *un particular de buena fama*; pero era corso y montañés, y hay pocos corsos montañeses que, registrando en su memoria, no encuentren en ella algún pecadillo, tal como un disparo, una puñalada o cualquier otra bagatela por el estilo. Mateo, más que otro, tenía la conciencia tranquila, pues hacía más de diez años que no apuntaba a nadie con su fusil; no obstante, como era prudente, se puso en guisa de hacer una buena defensa, si ello era necesario.

—Mujer —dijo a Giuseppa, —descárgate el saco y está pronta a ayudarme.



—¿Qué has hecho? —exclamó.
—Justicia.

Ella obedeció al punto; le dió el fusil que llevaba terciado, y que hubiera podido molestarle; cargó el que llevaba en la mano y adelantó lentamente hacia su casa, pegado a los árboles que bordeaban el camino y dispuesto, a la menor demostración hostil, a ocultarse en el más grueso tronco, desde donde podría hacer fuego impunemente. Pisándole los talones iba su mujer con el otro fusil y la cartuchera. La ocupación de una buena mujer de su casa, en caso de lucha, es cargar las armas del marido.

El ayudante, por su parte, se alarmó mucho al ver a Mateo avanzar de tan sigilosa manera, con la escopeta en alto y el dedo en el gatillo.

—¡Si por casualidad —pensó— Mateo fuera pariente de Gianetto, o amigo, y se le antojara defenderlo, los tacos de sus dos fusiles llegarían a dos de nosotros tan seguro como las cartas al correo, y si me encañonase, a pesar del parentesco!...

En tal perplejidad, tomó el valeroso partido de dirigirse solo hacia Mateo para contarle el asunto, abordándole como un antiguo conocido; pero el corto espacio que le separaba de Mateo le pareció terriblemente largo.

—¡Hola, antiguo compañero! —gritó. —¿Cómo te va? Soy yo, Gamba, tu primo.

Mateo, sin responder una palabra, se había detenido, y, a medida que el otro hablaba, iba poco a poco levantando el cañón de su escopeta, de suerte que se dirigía al cielo cuando el ayudante se le acercó.

—Buenos días, hermano (1) —dijo Gamba, tendiéndole la mano; —hace mucho tiempo que no te veo.

—Buenos días, hermano.

—Había venido para saludarte, al pasar como asimismo a mi prima Pepa. Hoy hemos andado mucho. Pero no hay que com-

(1) *Buon giorno, fratello*, saludo corriente entre los corsos.

padecer nuestra fatiga, porque hemos hecho una captura importante: acabamos de coger a Gianetto Sampiero.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Giuseppa.— La semana pasada nos robó una cabra.

Estas palabras regocijaron a Gamba.

—¡Pobre diablo! —dijo Mateo— tendría hambre.

—El granuja —prosiguió Gamba un poco mortificado— se ha defendido como un león; me ha matado uno de lo míos, y, no contento aun con esto, le ha roto un brazo al cabo Chardón; pero esto no tiene importancia: se trata de un francés... Luego se ocultó tan diestramente, que ni el demonio hubiera dado con él. Sin la ayuda de Fortunato es seguro que no lo encuentro.

—¡Fortunato! —exclamó Mateo.

—¡Fortunato! —repitió Giuseppa.

—Sí; Gianetto estaba escondido bajo aquel montón de heno; pero el primito me descubrió el escondite. También se lo diré a su tío caporal para que le envíe un buen regalito por su ayuda. Su nombre y el tuyo figurarán en el parte que envíe al juez.

—¡Maldición! —murmuró Mateo.

Se reunieron con el destacamento. Gianetto estaba tendido en la parihuela y dispuesto para partir. Cuando vió a Mateo acompañado de Gamba, sonrió de un modo extraño; después, volviendo el rostro hacia la puerta de la casa, escupió en el umbral y dijo:

—¡Es la casa de un traidor!

Sólo un hombre dispuesto a morir se hubiera atrevido a pronunciar la palabra traidor, dirigiéndose a Falcone: una certera puñalada, que no necesitaría ser secundada, pagaría inmediatamente el insulto. Sin embargo, Mateo limitóse a llevar su mano a la frente, como un hombre abrumado.

Fortunato había entrado en la casa al ver llegar a su padre. A poco reapareció con un jarro de leche, que ofreció, con los ojos bajos, a Gianetto.

—¡No te acerques a mí! —gritó el proscripto con voz terrible.

Después, volviéndose a uno de los tiradores, le dijo:

—Camarada, dame de beber.

El soldado le puso entre sus manos su cantimplora, y el bandido bebió el agua que le daba un hombre con el que acababa de tirotearse. A continuación pidió que le atasen las manos sobre el pecho, y no a la espalda, como las llevaba.

—Me agrada —decía— ir tendido a gusto.

Se procuró complacerle; después el ayudante dió la orden de la partida; saludó a Mateo, que no le respondió, y encaminóse aceleradamente hacia el llano.

Cerca de diez minutos transcurrieron sin que Mateo abriese la boca. El niño miraba con inquietud, ya a su madre, ya a su padre, que, apoyado en el fusil, le contemplaba con contenida cólera.

—¡Comienzas bien! —dijo Mateo con voz tranquila, pero espantosa para el que le conociera.

—¡Padre mío! —exclamó el muchacho, dirigiéndose a él, con las lágrimas en los ojos y como para arrojarse a sus plantas.

Pero Mateo le gritó:

—¡No te acerques a mí!

El niño permaneció, inmóvil y sollozando, a pocos pasos de su padre.

Aproximóse Giuseppa. Acababa de percibir, asomando por entre la camisa de su hijo, un extremo de la cadena del reloj. Entonces, con severidad, le preguntó:

—¿Quién te ha dado ese reloj?

—Mi primo el sargento.

Apoderóse del reloj Falcone, y arrojándolo contra un piedra, lo hizo mil pedazos.

—Mujer —dijo,— ¿este niño es mío?

Las morenas mejillas de Giuseppa enrojecieron con un rojo de ladrillo.

—¿Qué dices, Mateo? ¿Sabes a quién hablas?

—Sin embargo, es el primero de los míos que ha cometido una traición.

Redoblaron los sollozos y gimoteos de Fortunato, del que ni por un momento apartaba Falcone sus ojos de lince. Por último, golpeó el suelo con la culata de su escopeta, se la echó al hombro después y dirigióse al malezal, gritándole a Fortunato que le siguiera.

El niño obedeció.

Giuseppa corrió tras de Mateo y lo cogió por el brazo..

—¡Es tu hijo! —dijo con trémula voz, clavando sus negros ojos en los de su marido como si quisiera leer en su alma.

—Déjame —repuso Mateo; —soy su padre.

Giuseppa abrazo a su hijo y se entró a su casa llorando. Se arrodilló ante una imagen de la Virgen y oró fervorosamente. Mientras tanto, Falcone anduvo como unos doscientos pasos por el camino, deteniéndose ante un pequeño barranco, en el que descendió. Con la culata de su fusil removió la tierra, encontrándola suelta y fácil de cavar. El sitio le pareció bien para sus propósitos.

—Fortunato, colócate junto a esta peña.

El niño hizo lo que se le pedía, arrodillándose después.

—Di tus oraciones.

—¡Padre mío, padre mío, no me mates!

—¡Di tus oraciones! —repitió Mateo con voz terrible.

El niño, entre balbuceos y sollozos, recitó el Padrenuestro y el Credo. Al final de cada oración, el padre, con voz fuerte, decía: *Amén.*

—¿Son ésas todas las oraciones que sabes?

—Padre, también sé el Avemaría y la letanía que mi tía me ha enseñado.

—Es muy larga; mas no importa.

El niño terminó la letanía con voz apagada.

—¿Has concluido?

—¡Oh, padre mío, perdón! ¡Perdón! ¡No lo haré más! ¡Tanto le rogaré a mi tío el caporal, que indultarán a Gianetto!

Siguió hablando; Mateo, tras de cargar la escopeta y echársela a la cara, dijo:

—¡Que Dios te perdone!

El niño hizo un esfuerzo desesperado para levantarse y abrazar las rodillas de su padre: no tuvo tiempo. Mateo disparó, y Fortunato rodó muerto.

Sin dirigir una mirada al cadáver, tomó de nuevo el camino de su casa, en busca de un azadón para enterrar a su hijo. Apenas había dado unos pasos, cuando encontró a Giuseppa, que acudía alarmada por el disparo.

—¿Qué has hecho? —exclamó.

—Justicia.

—¿En dónde está?

—En el barranco. Voy a enterrarle. Ha muerto cristianamente. Se le dirá una misa. Que le avisen a mi yerno, Tiodoro Bianchi, para que venga a vivir con nosotros.

PRÓSPERO MERIMÉE

TRADUCCIÓN DE PEDRO VANCES

DIBUJOS DE PARPAGNOLI



MOTIVO DEL AMOR

Se ha venido el amor con su cortejo,
Sonando un cascabel de plata fina,
Como un titiritero
Que en sus juegos de locas fantasías
Trae un festín locuaz de cascabeles
Y del brazo colgada a la alegría.

Se ha venido el amor; y en el camino
Le ha clavado un puñal a la enfermiza
Tristeza que rondaba nuestro patio;
Y ha puesto de vigía,
Para guardar su paso, a la esperanza
De los siete colores revestida.

Con un rayo de luz entre los dedos
Viene a hilvanar los sueños que propicia

Se ha venido el amor: tendrán los oj[illegible]
Una fiesta de luz en las pupilas;
Una lista de fuego habrá en los labio[illegible]
Y dos hi[illegible]s de miel en las encías;
Cimbrará, la inquietud, cada palabra
Con una vibra[illegible]ón de melodía.

Cada cosa tendrá un nuevo sentido
Y un sentido esencial tendrá la vida

HECTOR M. IRUSTA

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA

ANECDOTARIO DEPORTIVO

El box modernista establece una línea de conducta que, en general, siguen todos los actuales campeones. La línea única consiste en el cabello, que cada cual busca de cortarse lo más posible, y aun los más reacios a la regla, adoptan corte de cabello especial durante el entrenamiento y las peleas. Tenemos mil ejemplos, y, lógicamente, contamos también con las debidas excepciones. Carpentier, por ejemplo, no cortaría su *Mascagni* por todo el oro del mundo, y para salvar los inconvenientes molestos del pelo largo, adoptó el sistema *gomina*, que tiene también sus partidarios...

El prólogo de estas consideraciones es para llevar al lector hasta el año 1795, época en la cual se cambió de repente la moda que en aquel entonces existía. Los boxeadores del pasado — porque el box es, sin duda, uno de los deportes más ancianos —, hasta 1795, llevaban cabello largo del tipo melena.

Los *gladiadores* de aquella época tenían la costumbre de entrenarse seis meses antes de enfrentar a su adversario, y durante todo el tiempo de la preparación no se cortaban ni pelo ni barba. Cuando subían al *ring* parecían *Cristos*, y se dejaban meter en cruz, luchando hasta la última gota de sangre. Fué recién en el siglo XVIII que algo de modernismo entró en el box de aquellos tiempos, y, precisamente, en ocasión del *match* Jackson y Mendoza, dos campeones famosos de Irlanda y América.

La pelea había llamado la curiosidad de unos cuantos entusiastas, que se habían reunido al borde de un lago, en una quinta, donde se disputaría el *match*. El público no era admitido aún, y la caballerosidad de los organizadores de los encuentros era bastante garantía para decir, después de la pelea, que el triunfo había correspondido a este o a aquel boxeador.

Parece, según la historia, que al vigésimosexto *rounds*, Jackson, que se veía casi perdido, sangrando de la nariz y de los ojos, pudo agarrar la melena de Mendoza y de esta manera aplicarle en la cara dos *houts* tremendos que enviaron al reinado de los cielos a su contrincante.

El juez, un hombre sabio y práctico en estas cosas, no sabiendo cómo dar su juicio, anunció que el ganador era Jackson, pero que, desde el día de la fecha, impondría a todos los boxeadores que lo eligiesen como juez, la condición de cortarse el cabello.

Y, efectivamente, desde 1795 la mayoría de los boxeadores se cortaron el cabello.

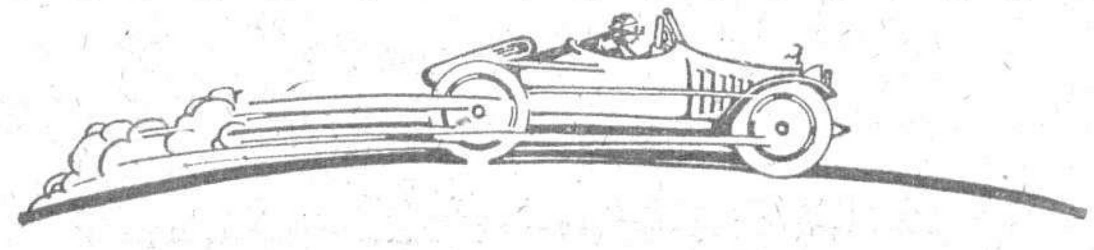
En Francia hay tres campeones ciclistas, que en sus tiempos arrastraron las muchedumbres a los más delirantes entusiasmos, que se dedicaron con éxito al arte lírico y son, hoy día, tres excelentes artistas. Bourillón es el primero que actuó como tal. En 1895 era, con Morín, el mejor *sprinter* del momento, y sus triunfos sobre los extranjeros no fueron discutidos nunca. Linda silueta, hombre fuerte y sano, Bourillón era el tipo alegre, y después de terminar una carrera, solía retirarse a su cabina y cantar algo... Un día, que acababa de ganar la primera serie del Gran Premio París, batiendo a su terrible rival Morín, se retiró de la pista cantando *La Favorita*, y su voz cristalina entusiasmó tanto como su triunfo. El público lo llevó en andas, las carreras se suspendieron y Bourillón tuvo que dar un concierto, sin ser artista.

Después se convirtió, y actuó en las grandes compañías de ópera de París, viajando por todo el mundo.

Luego tocó a todo un campeón de Francia ser artista. Estábamos en la época de oro de Friol y Dupré. Los dos *ases* no pensaban en otro rival temible, y llegaron a las series del campeonato de velocidad con una preparación poco común. Apareció un ciclista de Burdeos, un tal Perchicot, quien poseía buenas cualidades para un *embalage* largo. Y, después de haber ganado su serie, Perchicot se enfrentó a Dupré y a Friol, que también entraban a disputar el final. La lucha fué violenta, y Friol fué el último en los pocos centímetros que Perchicot se había asegurado para ser campeón de Francia. La carrera *sportiva* del nuevo campeón no fué muy larga. Corrió en todas las pistas del mundo, pero su predilección era el arte, y, como no había estudiado canto, se dedicó al *varieté*, llegando, poco a poco, a ser popular. Corría el domingo en pista, y a la noche cantaba en el Casino de París. El mismo público lo aplaudía como corredor y como cómico. Claro que Perchicot debía llegar pronto a tener fama, y abandonó el ciclismo para organizar, con otros artistas, una *tournée* a través del Africa del Norte.

El tercero es Latriche, un joven *sprinter* que, en su categoría, ganó un gran número de carreras. Hábil en pista y cómico en todo lo que suele hacer, aún en los momentos más serios de su vida, Latriche debía resultar un artista excelente para el *varieté*. Y así fué. Sólo que su gloria y su carrera de artista quedó en casa de los *sportivos*, pues Latriche cantó en el Velódromo de Invierno durante el desarrollo de la carrera de los Seis Días, canta en las fiestas deportivas, presta, en fin, su obra donde hay algo que se relacione con el deporte.

PEDRO DE VAGLERIANO



De Avellaneda



Concurrentes al banquete ofrecido a los jugadores del primer "team" del Club Argentinos del Sud, en aplauso a su brillante actuación deportiva.

LOS INVENTORES DEL JABÓN

Las primeras formas del jabón fueron usadas por los antiguos habitantes de Alemania. Frabricábanlo con sebo de cabra y cenizas de haya. Créese que su empleo casi exclusivo era para enrojecer los cabellos. Esto, al menos, nos dice Plinio, el mayor.

Los galos fueron quienes propagaron el producto por otros países. Actualmente, la producción jabonera en los Estados Unidos se eleva a 2.500.000.000 de libras anuales.

El jabón no fué usado como un producto para limpiar hasta el siglo II de nuestra Era. Una antigua fábrica de jabón, descubierta en las ruinas de Pompeya, contiene aún cantidades de aquel producto, en buen estado de sonservación.

En la actualidad, los centros de mayor producción jabonera son Marsella y el Norte de España.

Las noticias que se tienen acerca del uso del jabón en los primitivos pueblos asiáticos, deben referirse a productos que en manera alguna servían para limpieza.



NOTA COMICA DEL **GLAUDA** VERMOUTH ARGENTINO

—Aquí le traigo a Vd. estas etiquetas para que las ponga en las botellas que va a llenar con el vino de la damajuana. Así los que vengan al baile de esta noche se creerán que el vino es de marca.

—Le advierto a Vd., Pepito, que, siendo el baile muy modesto, es ridículo que se venga Vd. con etiquetas.

De Villa Dominico

Público que concurrió al gran festival artístico organizado por el Cuadro Filodramático "El Porvenir", a beneficio del Club "Independiente de los Hornos".





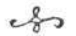
Sombrero de satin negro con plumas blancas y negras.

LA MODA AL DIA

UNA ENTREVISTA TRAGICA

Por

LUZ Y SOMBRA





Sombrero de crepe marrocáin negro bordado, y echarpe igual.



Con motivo del cambio de estación presenté mi tarjeta, el otro dia, a la puerta de una importante casa de confecciones de Italia. Candeleros antiguos y grandes gobelinos a lo largo de la soberbia escalera de mármol. Salones de ensueño, con muebles de estilo María Antonieta, y los óleos, reproduciendo creaciones modernisimas, firmados por un pintor de renombre.

—Quisiera conocer su opinión sobre la moda actual, y, particularmente, sobre el esfuerzo de nuestros modistos para el triunfo de la moda italiana...

—¿Conque usted también? ¿La moda italiana? ¡No hay tal, señor mío; ni hay moda francesa, ni norteamericana; son los que no entienden nada que le dan una patria a la moda!

—Sin embargo, si usted observa un figurín norteamericano, lo encuentra muy distinto al de los franceses; otros gustos, otros cortes, otros adornos... También entre el vestido italiano y el francés hay alguna diferencia, y por eso me permití hablar de moda italiana, como hablaron en los meses pasados los mismos modistos de Italia.

—En los meses pasados sí, y ahora se comprendió que eso fué una necedad, y no hay que decirlo más, ¿entiende? ¡No hay moda italiana, ni francesa, ni otras; no las hay; la moda es una solamente, y cada modisto la interpreta a su gusto. *¡Voilá!*

Había ido por una entrevista, y me vine con un café, tristemente, preguntándome dónde estaría esa moda "única" que todos los modistos traducen a su antojo, y me fuí a casa de mi novia Luz, para contarle lo sucedido, con la esperanza que ella también — como Sonia, en la leyenda rusa — tuviese una naranja encantada que rodando me enseñara el camino. Luz rió de mi perplejidad, y me dijo: "No busques. La moda es una mujer a la que le falta la envoltura mortal. Por lo tanto, la moda es capricho, instinto, fantasía y sentimiento. La mujer la crea, los modistos la desarrollan, y por la mujer triunfa o muere. Porque es obra de mujer, no tiene alas de águila, sino de mariposa. ¿Ves, por ejemplo, los sombreros? A fines de estación todos anunciaron a gritos la muerte de la forma *cloche*, como una verdadera revolución. La expectativa, la curiosidad eran enormes. Salieron las novedades: unos fieltros lilas, verdes, violetas, colorados, fieltros hechos de copa solamente, con un coqueto nudito adelante, fieltros suples y pícaros, que un pintor modernista definió de "sombreros hechos con un puñetazo en una substancia blanda." No te hablo de esas copas puntiagudas, en cuya cumbre dábanse cita ramos de flores, moños, plumitas, hilos de oro en forma de puntos interrogantes, y otras cosas, y que tuvieron el nombre de "Pan de Azúcar", dando motivo a muchas elegantes de aumentar sus escasas nociones geográficas de la América del Sur. Ahora vemos en la "Galleria" desfilar cascos de guerra hechos con paja, fieltro, paño y otras substancias antibélicas. Pero eso también va cayendo en lo vulgar. Además, viene la estación del sombrero de paja, de la playa, de las canículas..., y los señores modistos nos presentan sus novedades, las mismas de los años que han pasado. *Cloches* pequeñas, y sombreros de ala ancha. Pajas de Manila y de Bángkok, trenzas de paja gruesa, finísima crin. Los sombreros angostos tienen el ala levantada de atrás, y cubierta de flores hasta el centro de la calota; hay formas *directoire*, sombreros de dos y de tres picos, turbantes, alas levantadas de un lado o adelante o a todo alrededor; todas las fantasías son intentadas como en los años pasados, y como en los que vendrán, y lo antiguo es nuevo. Si quieres entrevistar a una modista de sombreros, te dirá que con el vestido "de más vestir", se usa el sombrero obscuro (¡ya lo creo!), y que las *crosses* negras con punta blanca son muy elegantes sobre un sombrero de satín negro. También habrás visto, en las vidrieras del centro, unas gorritas de falla en colores bonitos, o negras bordadas en oro y colorado; gorritas que caben en el bolsillo, hechas para las melenitas que poco necesitan del sombrero. Y hay *cloches*, las habrá en este verano, como en el año pasado, porque el fieltro sin ala no sienta a todos los perfiles, porque el cabello lacio está mejor sujetado, porque un poco de sombra en los ojos aumenta el encanto..., y, en fin, porque la moda es una alma de mujer inconstante, que hoy añora lo que ayer despreció, y mañana volverá a olvidarlo para correr tras la quimera que pasa..."



Sombrerito de paño beige incrustado de terciopelo marrón

De Villa Dominico

El gobernador, doctor Cantilo, autoridades nacionales y provinciales, inspeccionando las obras de canalización y rectificación de los arroyos Sarandí, Santo Domingo y Brown. — Debajo: El ministro de Obras Públicas, doctor Rodríguez Jáuregui, pronunciando el discurso inaugural.



Dos maneras de lavar la ropa

El sistema antiguo de lavar la ropa es pesado, engorroso, fatigoso y largo, hace doler los riñones y además acarrea el reumatismo.

En cambio el sistema moderno es descansado, cómodo, rápido y constituye un agradable pasatiempo cuando se utiliza el aparato denominado

Lavandero PRACTICO

El LAVANDERO PRACTICO lava la ropa de una manera nueva y original, pues utiliza el vacío y limpia por succión del agua, extrayendo toda la suciedad sin restregar las ropas.

Su funcionamiento no requiere esfuerzos de ninguna clase, se maneja a mano tan fácilmente que hasta un niño puede hacer el lavado.

Como está construído con material fuerte y resistente dura muchos años sin necesidad de composturas.

Con el LAVANDERO PRACTICO no es necesario mojarse las manos para lavar, evitándose así reumas, sabañones y otras enfermedades que ocasiona el contacto permanente del agua.

Es sumamente económico, pues apenas consume jabón y excluye por completo el uso de ingredientes perjudiciales para las ropas.

Este aparato lava la ropa mejor que a mano, y como la succión del agua se efectúa con regularidad por todas partes, el lavado resulta perfecto.

Corte, llene y remita este cupón

Precio completo

$ 17 m/n

Señores M. G. de la TORRE y Cía., Salta, 1081, Bs. Aires.
Sírvase mandarme GRATIS el libreto ilustrado «LAVANDERO PRACTICO».

Nombre...

Calle...

Localidad.................................. F. C.........

Escríbase muy claro.

De Carlos Casares

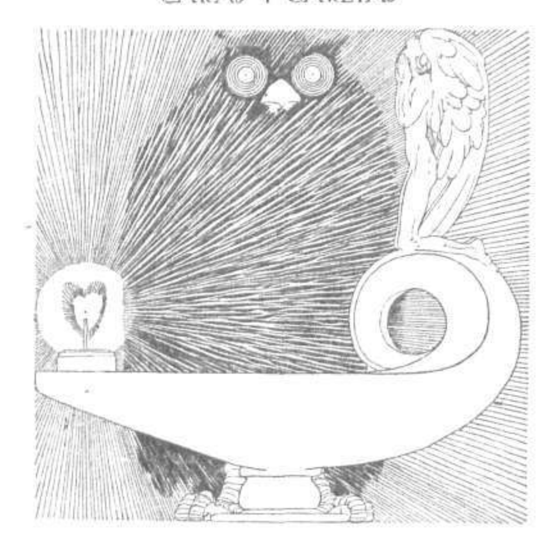


El intendente municipal, señor Graciano Ordoqui, autoridades locales y representantes de las colectividades extranjeras, presidiendo la hermosa fiesta patria realizada el 9 de Julio.

LA VERGÜENZA ES UNA SABIDURÍA

La vergüenza es un patrimonio, la vergüenza es el talento del corazón, la vergüenza es un gran bien, es un don precioso, don de pudicia, don de honradez, don de verdad, don de dignidad; y una de las relaciones que nos ligan a los ángeles es la vergüenza. ¿No se figuran ustedes que el rubor, el encarnado ligero, sube al rostro de una bienaventurada criatura cuando conviene que se muestre más hermosa y angélica? La vergüenza se opone a las maldades y a los vicios; es éste el rubor celestial de que hablo: bien sé que las criaturas divinas, por su naturaleza misma, están exentas del mal; pero si fueran capaces del pecado, por vergüenza no lo cometerían. La vergüenza es la sangre de la virtud; la que sube a las mejillas de la casta virgen, del honesto y puro adolescente nacido en el bien, es la virtud: ¡dichoso aquel cuyas mejillas se tiñen de encarnado! Una cara ruborizada, algo tiene de la pureza de la aurora. Desgraciado del rostro pálido, cuyas arterias obstruídas no dan paso a la sangre, cuya sangre tira, como una venda de nubes matutinas impregnadas de la luz del sol que aun no aparece. Si un hombre es capaz de vergüenza, dale la mano sin recelo; si la ha perdido, huye de él como del vicio.

JUAN MONTALVO.



El HOMBRE *de los* VELORIOS

Mendieta era el hijo predilecto del parque de los Patricios. Antítesis del guapo o compadre orillero que dibuja barbijos y busca pendencia, desechó el recurso efectista del cuchillo para destacar su personalidad, conquistando, con sus característicos rasgos de ingenio, la simpatía de la gente del barrio.

En otro medio social hubiera logrado encumbrarse, pero la falta absoluta de acometividad y su predisposición a la vida doméstica lo retuvieron, obligándolo a permanecer fiel al parque de los Patricios. Por otra parte, el parque de los Patricios lo necesitaba tanto como el pueblo de provincia al tonto y al socialista que agregan una nota de color a la regularidad monótona del ambiente. De ahí que Mendieta, repartiendo sus cincuenta años en bodegones y velorios, contemplando los sucesos que se desarrollaban a su alrededor desde el punto de vista de un sujeto regocijado para quien la vida es asunto jocoso y no trágico, adquiriera condición de imprescindibilidad.

Usaba invariablemente galera. Una resignada galera de auriga ladeada sobre la oreja.

El tiempo había espolvoreado de verdín su saco negro de corte cruzado, y los bancos del «Non plus ultra» — famoso recreo malevo — abrillantaron su pantalón enfermo de anemia y con tumores en las rodillas.

Su rostro, castigado de arrugas, lucía un bigote cano que Mendieta utilizaba para acentuar sus ironías acariciándolo, sonriendo, luego de eyacular una de sus célebres frases. En la comisura de los labios llevaba prendido un dejo burlesco, remarcado por el cigarrillo a medio fumar que se eternizaba en su boca.

La nariz roja con ligeras vetas azuladas constituía la única prueba de que se valían los vecinos para motejarlo de borracho, siendo lo cierto que Mendieta bebía por no despreciar la invitación del amigo, así como aceptaba jugar a los naipes cuando faltaba un compañero para integrar un «truco de cuatro».

No se le conocía oficio ni ocupación productiva, lo cual no era, en verdad, un desmérito, ya que el ingenio le vindicaba el derecho a la pereza. Siendo una enciclopedia de artimañas, procuraba brujulearse la existencia sin mayores fatigas.

Alternaba con hombres de avería por impulsión de sociabilidad, sin haber intervenido jamás en aventura delictuosa, y aún cuando el bandidaje no le confiaba secretos profesionales, no ignoraba en qué calle mal alumbrada se hallaban apostados «Juancho» y «El Avestruz» para llevar a cabo su acostumbrado «golpe de furca». Dilapidaba su talento en burlas oportunas, enjundiosas sentencias y pareceres o barajando vocablos desconocidos que infundían el respeto de las cosas incomprensibles.

La lectura continuada de los grandes títulos que encabezaban las páginas de los diarios durante la guerra, enriqueció su léxico con palabras de escaso uso en el parque de los Patricios, verbigracia: «evacuar», «ultimátum» y «conflagración». Evitaba emplear el caló, cuyo tecnicismo conocía perfectamente, y aludiendo a la detención de un malandrín, decía:

«El Sapo» dormita en el «ergástulo», en lugar de «El Sapo» está en «gayola» o en «cana»; palabras que en la jerga equivalen a prisión.

A los sujetos que se iniciaban en la mala vida les espetaba acertados y estrambóticos apodos, que, desde ese instante, usurpaban los nombres de pila transformándose en el obligado «alias» del prontuario policial.

En los velorios — su diversión favorita — hablaba del amor con cierto escepticismo adquirido por veinte centavos en una edición popular de «El amor, las mujeres y la muerte» que interpretaba de manera tan original como disparatada. Renegaba del matrimonio por efecto de otra lectura, y con el fin de reforzar sus argumentos adjudicaba sus ideas a escritores ilustres, cuyos nombres pronunciaba arbitrariamente:

«Como dijo... Voltaire, o Baudelaire, o Mirbeau...» Jactábase de no haber cometido la tontería de enamorarse. Sin embargo, «El Picaflor», antología de chismes que aparecía en distintos barrios de la ciudad, más de una vez dió cuenta de los líos amorosos de Mendieta. La religión la juzgó siempre una cuestión de hombría. Era ateo porque entendía que sólo las mujeres creen en Dios.

Desde pequeño sintió gran afición por los velorios, a los que concurría, no con el deliberado propósito de permutar su galera, sino con la íntima convicción de que al cumplir con el difunto, saldaba una cuenta de amistad.

Sus largos años de velorio lo acreditaban como persona insubstituíble para esas indispensables reuniones fúnebres alrededor de la imperturbabilidad del muerto. Puede asegurarse que de Mendieta dependía el éxito de los velorios. El difunto era un pretexto para escuchar su verba pintoresca en la habitación contigua a la cámara mortuoria. Pero un día Mendieta agotó su repertorio de cuentos con sabor a tortas fritas. Había extraviado su buen humor y

sentía el cansancio de un obrero sexagenario. Cuando la muerte entornó la puerta de la casa del inspector de tranvías, Mendieta tuvo la intuición de que su vida pública tocaba a su fin.



Como otras veces, esa noche fué el primero en hacer acto de presencia, ofreciéndose para dar cuenta de la trágica nueva a los deudos y amigos del finado. Era éste un hombre corpulento y serio, que llevaba su uniforme con la tiesura de un general de división. La muerte lo sorprendió en una congestión de tráfico, diciendo amablemente:

—¿Me permite su boleto, señor?

Fueron sus últimas palabras.

Un suceso tan vulgar, descalabró a Mendieta. Tanto, que rehusó vestir al muerto, limitándose a recibir las coronas de flores, que colocaba en la capilla ardiente.

En la cocina, pequeña y llena de humo, varios guardas y motoristas que fueron subordinados del extinto, en la seguridad de no ser oídos por éste, discutían a gritos problemas trascendentales de los que se desprendía la necesidad inmediata de dar al traste con el actual régimen social.

Improvisadas mujeres llorosas, con modestos ramitos de flores se acercaban a los deudos y ensayando un tono de circunstancia, murmuraban con voz condolida:

«Lo acompaño en el sentimiento»...

Algunas creíanse obligadas a agregar frases confortativas a propósito de lo efímero de la vida y lo fatal de la muerte, adjudicándole gratuitamente al ex inspector virtudes e incomprensiones de que careció en vida, ya que su única preocupación consistió en velar por el cumplimiento de las disposiciones establecidas por la empresa, y su mayor alegría, comprobar el extravío de un boleto. Eso sí, era un hombre correcto, pulcro, educado, que se dirigía a los pasajeros amablemente: ¿Me permite su boleto, señor?...

La capilla ardiente levantada en una habitación estrecha y húmeda no podía ser más humilde. El ex inspector de tranvías se hallaba tendido en el ataúd con las manos cruzadas sobre el pecho, custodiado por seis candelabros. Consciente del papel protagónico que desempeñaba, mantenía estereotipada en su rostro lívido la seriedad que lo caracterizó en vida. Dormía vestido de uniforme. Marchábase con la representación de su jerarquía por si le exigían boleto de entrada en el paraíso o con el fin de revalidar su nombramiento de inspector en el otro mundo.

Mendieta, en completa decadencia, ante un reducido grupo de oyentes, no creaba, historiaba, reviviendo los velorios más famosos del parque de los Patricios.

El de la vieja Tránsito, zurcidora de voluntades y terror de tiendas, y el del pardo Bedoya que murió prendido a una botella de caña y cuyo ataúd, en el trayecto a la última morada, tuvo intenciones de escurrirse al enfrentar el bodegón.

El Mendieta de la segunda época era un Mendieta anecdótico.

Las mujeres que en otro tiempo se desvivían por escucharlo, ya no le otorgaban importancia y agrupadas en un ángulo de la pieza, despellejaban voluptuosamente a las amigas ausentes. Cuando los visitantes se retiraron algo mareados por el exceso de anís y de licor familiar y los deudos, soñolientos, se recostaron en el desorden del dormitorio, Mendieta penetró en la capilla ardiente dispuesto a concederle unas horas de compañía al muerto cuya palidez acentuaba la luz amarillenta de los cirios.

En el primer capítulo del sueño despertó sobresaltado.

El cuarto se hallaba a obscuras y en la obscuridad le pareció ver al ex inspector de tranvías incoporarse en su lecho de pino y extender el brazo hacia él, mientras le solicitaba amablemente:

—¿Me permite su boleto, señor?

Restregóse los ojos y como persistiera la visión, adquiriendo contornos de realidad, trató de huír despavorido tropezando con un candelabro cuya caída provocó descomunal ruido. A poco se acercaron apresuradamente los miembros de la familia. Una vieja beata, iluminando la capilla con una lámpara a kerosene, murmuró:

—¡Dios mío! ¡Haya luz por el descanso de su alma!

Encendieron velas. La vieja beata se acercó, contempló el rostro del muerto, santiguóse religiosamente y se puso de rodillas rezando en voz baja:

«Y perdona nuestras deudas»...



DESDE esa noche, en Mendieta se operó una rara transformación. Ya no bromeaba ni emitía singulares paradojas. Su cuerpo y su ingenio enfermaron de asma. De nada le valió la solución de cloruro de adrenalina que le recetaron en el hospital San Roque.

La idea de la muerte comenzó a torturar su imaginación impidiéndole dormir. Cuando estaba por conciliar el sueño se le aparecía la figura severa del inspector de tranvías y oía indistintamente el timbre amable de su voz:

—¿Me permite su boleto, señor?

Sentíase viejo, solo, achacoso. La Muerte, como problema metafísico, no le interesaba. El motivo de sus cavilaciones era otro, superficial casi: el velorio.

Valoraba en muy poco el aprecio de los amigos, convencido de que cuando dejara de existir lo abandonarían a la indiferencia del conductor del carrito municipal, encargado de trasladar sus despojos a la casa de los muertos. El presentimiento de que lo inhumarían sin antes cumplir con el rito del velorio le taladraba el cerebro.

Consumido por esta idea, Mendieta dejó de frecuentar el bodegón, ausentándose durante el día, del parque de los Patricios.

Por primera vez en su vida, trabajó, y al cabo de algunos meses le fué posible disponer de una pequeña cantidad de dinero. Entonces adquirió un surtido de licores, contrató el servicio de pompas fúnebres, arregló su cuchitril para exponerse con la seriedad de un dueño de casa, y cuando estaba todo preparado para el velorio de sus restos, se murió.



ENRIQUE GONZÁLEZ TUÑÓN



Jóvenes aficionados que prestaron su concurso en la función artística organizada por el Centro Recreativo e Instructivo "Orillas del Plata".

LOS PRIMEROS CARRILES

Los primeros que se sirvieron de carriles en los caminos fueron los griegos, que construyeron unos 600 años antes de nuestra Era.

La vía estaba trazada a través de la montaña, en el sendero que conducía al templo de Delfos, y en ella iban encajonadas las ruedas de los carros que llevaban vasos sagrados u objetos destinados al sacrificio. Los rieles eran de madera. Tenían en su centro una hendidura de unos ocho centímetros de profundidad y formaban dos líneas paralelas, separadas entre sí por una distancia de un metro cuarenta centímetros.



Si desea ganar sueldo elevado, le conviene estudiar una profesión.

Mande su dirección y recibirá gratis un manual para aprender a escribir a máquina y folletos explicativos de las profesiones que enseñamos por correo.

Usted estudia en su casa con los libros que le entregaremos y envía los ejercicios por correo para que nuestros profesores se los corrijan.

"ESCUELAS SUDAMERICANAS"
De enseñanza por correo.
1059, Lavalle, 1059 - Buenos Aires
Las escuelas más grandes del mundo.

Nombre ....

Dirección ....

Localidad .... C.C.

TENEDOR DE LIBROS
TAQUIGRAFIA
ORTOGRAFIA
ARITMETICA
DIBUJANTE
CONSTRUCTOR
CONDUCTOR de motores agrícolas
CONTADOR MERCANTIL
CORRESPONDENCIA
CALIGRAFIA
MECANICO
CHAUFFEUR
MAQUINISTA
ELECTRICISTA
OPERADOR CINEMATOGRAFICO

REGALAMOS a los alumnos: papeles, sobres, libros de estudio, diploma al terminar, etc.

GARANTIA: Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio. A esta garantía, que cumplimos fielmente, debemos la gran prosperidad alcanzada por esta institución.

Enlaces




Blanco - Curraj. — C. Dorrego.




Etcheverry - De Caso. — Lobería.




Dadó - Parera. — C. Casares.




Aguirre - Elduayen. — Ayacucho.



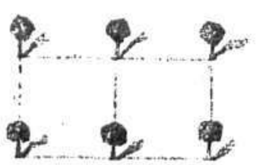

Francessi - Pisciulli. — Ayacucho.



EL ARBOL DE MODA

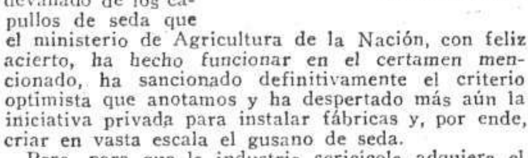
Ahora que la industria sericícola está tomando un gran impulso en el país, se puede decir que la morera es el árbol de moda, es el árbol del día.

La exposición industrial últimamente realizada en esta capital, en la que la fabricación de tejidos tuvo una importante y especial representación, ha evidenciado en forma elocuente los progresos realizados por el país en esta materia; el porvenir halagüeño que pueden tener las manufacturas de textiles, y ha comprobado especialmente que la producción de la seda y su elaboración es, no solamente posible entre nosotros, sino ya iniciada y de fácil y próspero desenvolvimiento y la instalación del devanado de los capullos de seda que

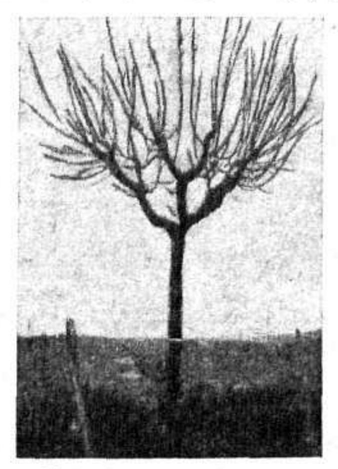


Plantación en cuadrado y en tresbolillo.

el ministerio de Agricultura de la Nación, con feliz acierto, ha hecho funcionar en el certamen mencionado, ha sancionado definitivamente el criterio optimista que anotamos y ha despertado más aún la iniciativa privada para instalar fábricas y, por ende, criar en vasta escala el gusano de seda.



Pero, para que la industria sericícola adquiera el desarrollo necesario y las proporciones que las necesidades del país exigen, es indispensable, como cosa previa, el cultivo en gran escala de la morera, cuya hoja constituye el alimento único del precioso insecto. El cultivo de esta planta no es nuevo en el país; hay moreras en muchas partes, desparramadas, puede decirse, en todo el territorio; pero no hay una difusión suficiente, ni adecuada para satisfacer las necesidades de una industria en forma. Con algunos pocos ejemplares esparcidos aquí o acullá, cuando más, se podrán multiplicar los ensayos de la cría del gusano de seda, en pequeña escala y en forma aislada y saltuaria.



Morera joven y bien formada.

Para responder a la ejecución de un plan de fomento y difusión industrial en todas las zonas aptas del país, es necesario plantar muchas moreras en todas partes donde venga bien— y son muchas— y hacer plantaciones en forma adecuada al fin industrial a que están destinadas. Queremos decir que no basta tener algunas moreras sueltas para poder criar gusanos de seda, sino que hay que tener la suficiente cantidad de plantas para alimentar la cantidad de gusanos de seda que en cada caso se propone uno criar o explotar, a fin de que, durante todo el período de cría y en los sucesivos, si es que se hace más de una cría en el año, se pueda disponer de la hoja necesaria para la alimentación de los gusanos provenientes de una onza de semilla, que es lo que, normalmente y sin mayores molestias, puede criar una familia de agricultores que disponga de una pieza para alojarlos durante un mes y medio, más o menos.

No teniendo en cuenta esta circunstancia puede darse el caso, que hemos presenciado algunas veces, de que el criador, por ignorancia o descuido, se vea en apuros desesperados por no tener hojas suficientes para alimentar los gusanos ya grandes y próximos al enrame, viéndose obligado a dejar perecer una parte de ellos por no poder alimentarlos a todos.

Una planta de morera adulta puede dar gran cantidad le hojas, pero, en término medio, puede calcularse 30 a 40 kilogramos, y siendo necesarios mil kilos de hoja para alimentar los gusanos de una onza de semilla, resulta que con 25 ó 30 plantas hay suficientes hojas para la cría mencionada. Esta es, pues, la base a tenerse en cuenta en las plantaciones que débese multiplicar por 2, por 3 ó más cuando se quiera efectuar 2, 3 ó más crías sucesivas de gusano de seda en el mismo año.

Pero la morera blanca, que es la variedad indicada para el fin de que hablamos, es además un árbol de adorno, que alcanza a 10 y 15 metros de altura. Es buena para sombra y para leña; es de fácil y rápido crecimiento, y se adapta bien a las tierras sueltas y profundas, como son las de la mayor parte del territorio argentino, en Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos y también en las andinas y del norte.

Su propagación es fácil; se obtiene por semilla y también, y es lo más rápido, por estaca, que se cría en vivero, y se transplanta después en su lugar definitivo, a distancia de 5 a 6 metros entre una y otra, en cuadrado o en quincunce; y para ganar tiempo y evitar trastornos, lo más cómodo es plantar árboles criados y formados ya, adquiriéndolos en los establecimientos de arboricultura.

Este mes y el próximo son los más adecuados para la plantación de moreras, de estos árboles domésticos y utilísimos que quisiéramos ver adornando los alrededores de la casa del agricultor formando monte de sombra y abrigo, o bien perfilado el perímetro de su chacra, como lo hace el paraíso en las viejas colonias santafesinas y entrerrianas. Más: pensamos que en la próxima "Fiesta del árbol" la morera debería ser la planta preferida, con lo que niños y maestros cooperarían a su difusión en todo el territorio argentino e indirectamente al desarrollo de la naciente industria sericícola nacional.

HUGO MIATELLO

INGENIERO AGRÓNOMO

Modelo JULIA

Señora:

La CASA IZQUIERDO

490-CARLOS PELLEGRINI-490

especialista en **CORSES y FAJAS** de alta calidad, le ofrece hoy un bello conjunto de interesantes modelos de su exclusiva fabricación.



Modelo CARMEN

Modelo VICTORIA



MODELO AURELIA



Modelo MARCELA



Modelo AURORA

Todos estos Modelos son confeccionados en rico tricot inglés mercerizado y los vendemos por esta semana a **$ 25.-** en 35 cm. de alto y **$ 30.-** en 40 cm. de alto.

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

490, CARLOS PELLEGRINI, 490

BUENOS AIRES

Unión Tele.: Mayo, 0313



Modelo MERCEDES

De Suipacha



Empleados ferrocarrileros que festejaron con un almuerzo campestre el aniversario del triunfo de la Unión Ferroviaria.

¿CUMPLEN LOS ANIMALES LOS DIEZ MANDAMIENTOS?

Si hemos de creer al naturalista americano Ernest Thompson Seton, los animales, sino cumplen, al menos tienden a obedecer los Diez Mandamientos.

Muchos años de observación le han convencido de que los lobos, los ciervos, las ardillas, algunas aves y otros animales instintivamente reconocen los principios morales que Moisés expresó en los Diez Mandamientos.

Mister Thompson acaba de publicar un libro en que resume el resultado de sus observaciones, presentando ejemplos palpables de que los animales ajustan sus actos a los siete grandes "No harás" y a los tres sublimes "Harás'.

EL REUMATISMO AMENAZABA TULLIRLO

UNA VIDA MISERABLE

Realmente no hay tal enfermedad: el Reumatismo. La palabra significa solamente los síntomas que indican la presencia de un exceso de ácido úrico en el cuerpo, y casi siempre en cada caso, esa condición es debida al mal funcionamiento de los Riñones. Yo expliqué esto a un pobre enfermo, quien estaba tan mal que temía perder el uso de las piernas. Padecía de dolores terribles y había sufrido tanto tiempo, que la vida llegó a ser para él nada más que una carga y una miseria, pero me prometió probar el remedio que yo le había recomendado. Compró una caja de Píldoras De Witt en la Farmacia y las tomó según las instrucciones, y en pocos días tuve el placer de verlo completamente sano. Los lectores que sufren de esta manera, se contentarán al saber que pueden obtener las Píldoras De Witt en cualquier Farmacia a un precio moderado. Limpian y purifican las vías urinarias de una manera notablemente eficaz; restablecen la fuerza de los Riñones y eliminan el dañino ácido úrico del sistema, quitando así la causa de los dolores reumáticos.

W. J. S.





El problema de Rusia, según León Trotzky

En los días que precedieron al movimiento revolucionario y aun durante los pimeros días del gobierno, fué necesario recurrir a la política y a la propaganda del mismo carácter. La política constituía entonces un medio para alcanzar un fin. La literatura partidarista y la propaganda partidarista eran desarrolladas las dos por medio de la política, porque ésta dominaba todo.

Esta crisis de la revolución intensificó los intereses políticos y los problemáticos. Tuvimos que "conquistarnos" a los elementos más políticos de la clase trabajadora en los días que precedieron a la revolución, y después de ella, y nadie puede negar que yo mismo había sido un ardiente partidario de la política partidarista.

Habíamos logrado convencer a las clases trabajadoras de Rusia así como a los campesinos, que sus intereses sólo podrían ser salvaguardados mediante el sistema soviético.

En multitud de ocasiones estos dos poderosos elementos habían aprobado la revolución. Por lo tanto ya era hora de cambiar nuestra táctica y pensar en la cultura.

Yo sostenía que en su realización práctica la revolución había amontonado toda clase de problemas.

Había el problema de las finanzas; el problema de la reparación de puentes; el problema de enseñar al pueblo *la manera de leer y escribir*; el de abaratar el costo del calzado en las fábricas soviéticas; el de luchar contra la inmundicia; el de atrapar a los ladrones; el de instalar fuerza eléctrica en los distritos rurales; el de enseñar a coser los botones sovietistas, y el de instruir al pueblo en la necesidad de bañarse semanalmente.

En otras palabras, proponía que habláramos menos y trabajáramos más, porque ya que la revolución era una realidad, su seguridad estribaba en el *duro trabajo* y en la adquisición de cultura.

Yo sostuve, todavía sostengo y lucharé en lo futuro por la realización de esta mira, según la cual el problema de Rusia estriba en la falta de espíritu constructivo de la clase trabajadora.

¿Llegarán esos elementos a trabajar y a crear, y llegarán a verse sacudidos por el tesón y la cultura?

Todos nuestros problemas independientes y formidables — incluyendo el comercio soviético al detalle — forman parte del plan general que permitirá a la clase trabajadora dominante vencer su debilidad económica y la falta de cultura.

Al abordar los vastos problemas que surgen todos los días, nuestra clase trabajadora sin experiencia económica, tendrá que afianzar un punto de vista plástico, sosteniéndose aquí en los principios del socialismo, manteniendo allí sus combates, replegándose de cuando en cuando con el objeto de reorganizarse, en ciertas ocasiones llegando hasta ceder temporalmente sobre uno o dos puntos; siempre teniendo presente que la meta definitiva sólo puede alcanzarse mediante una serie de marchas avanzadas estando preparadas para replegarse por razones de estrategia.

Esta es la significación de la ya famosa política económica nueva implantada por Lenín en las postrimerías de su administración.

Entre todas las altas y bajas, en medio de todos los errores y retiradas, en medio de todo el carácter intrincado de la nueva política económica, la república soviética desarrollará su plan educando a la joven generación de Rusia con el espíritu de ella misma enseñando a todo el mundo a coordinar sus miras privadas con el único problema de todos, que quizá algún día les exija enfrentarse impávidamente con la muerte bajo la bandera del comunismo.

Distribución de PREMIOS

De acuerdo a las bases de nuestras **CRUZADAS "TRAPICHE"**, a las 50 primeras soluciones exactas recibidas, enviaremos en oportunidad los premios estipulados.



Solución del problema aparecido en "CARAS Y CARETAS" el día 16 de Julio de 1925.

BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.
Soc. Anón. Industrial y Comercial
744 - FLORIDA - 744
Buenos Aires

Trapiche
RESERVA
BENEGAS H

TRAPICHE
EL MEJOR VINO DE MESA

De Ramos Mejía



El doctor Valle, director de la Casa de Auxilios, presidiendo el banquete con que fuera obsequiado, en aplauso por su brillante actuación al frente de esa entidad.

PENSAMIENTOS

—Yerran aquellos que creen que la fortuna da algo bueno o malo: da la materia para lo bueno o malo, y nosotros hacemos lo uno o lo otro. El alma es más poderosa que la fortuna, guía las empresas como le place, y se traza el camino dichoso o desgraciado.

—El que es malo todo lo convierte en mal, hasta las cosas que aparentemente eran buenas; el justo e íntegro corrige la adversidad de la fortuna, dulcifica con la paciencia los acontecimientos desgraciados y recibe con modestia y agrado los favorables.

—Los que creen que el dinero lo hace todo suelen estar sujetos a hacer cualquier cosa por dinero.





LA VISITA

Hacía veintidós años ella lo esperaba en vano, desde una noche en que no regresó. Luisa contrajo, pues, la costumbre de escuchar los ruidos de las escaleras con una atención siempre inquieta.

Hay la hora de las gentes que salen golpeando las puertas y corriendo para no llegar tarde al taller o a la oficina. Hay la hora de los que vuelven a casa. Un olor de pescado frito o de «fife» asado sale de las puertas de las viviendas de los que regresan con el estómago vacío. Hay también la hora de los niños que retornan de la escuela: las cuatro y cuarto. Las madres están en las ventanas y amenazan con el dedo a los retardados. Luego van a la escalera a esperar la ascensión, pronunciando palabras dulces y alentadoras...

Luisa sabe todo eso de memoria; y actualmente, cualquiera que sea el humor en que se encuentre, le gusta la cosa, esto es, la vida de los demás, sencillamente porque a ella ya no le parece vivir. Desde hace veintidós años dormita sobre un dulce recuerdo de amor.

Algunas veces se sobresalta como si fuera a despertarse por completo. Un paso de hombre, firme, apurado, pasa del cuarto piso... Y en el quinto habitan, de un lado, un viejo jubilado, que no recibe nunca visitas, y del otro, Luisa. De modo que... ¿entonces?

Entonces, ¡Santo Dios!, es alguien que se equivoca y que vuelve a bajar después de haber leído el número del quinto piso, que se ofrece a la vista en grandes letras negras sobre el muro gris.

¡Pero eso no importa! Luisa continúa atenta a los ruidos de la escalera, sintiendo con íntima delicia los latidos dolorosos de su corazón, cuando un distraído sube hasta el quinto. Ella saborea la súbita ilusión y el desencanto inmediato, como si apurara un vino generoso que la embriagara un poco.

Una noche, después de que el gas de la escalera fué apagado, la vieja señorita oyó un ligero roce sobre su puerta. Aguzó la oreja, lista el alma al milagro. No sentía miedo alguno. Las alas de su amor cubrían en ella todas las sombras hasta la del miedo.

«¿El miedo?» ¡Pasatiempo de familia! — decíase Luisa. — «Sé muy bien que nadie forzará mi puerta». Y su único temor consistía en que el ruido fuese a cesar.

Luisa avanzaba con la lamparita en la mano, prudente como una madre que temiera despertar a un niño... Porque su ensueño era eso: un niño, un infante delicado y enfermizo.

Ella torció suavemente la cerradura, abrió la puerta y no vió a nadie.

¿Pero ustedes creen que Luisa se ha desilusionado? ¡Nada de eso! Han golpeado. ¿No era nadie? Entonces es un alma que pasa... El alma del infiel quizás... ¿Habrá partido, pues, hacia los limbos glaucos de la muerte? Confusamente recordará... ¡Un alma acaba de pasar!

Mas he aquí que un sensible frote hace fruncir a Luisa. Por la primera vez tiene miedo. Y es que acaba de perderse en el reino de los espíritus, ya que no es decente atribuir a las almas — aunque sean en pena — una cabeza horripilante con ojos de fuego verde.

¡Un gato! No era sino un gato perdido...

— Ahorita no más — gruñó la solterona, que cree detestar los animales tanto como a los hombres, — ¡ahorita no más te voy a recibir! ¡La vida es ya bastante cara!

Luisa cerró su puerta y se durmió bajo la impresión de esa amargura. A la primera luz del día los ruidos de la calle donde tiene su casa la disputan al sueño lleno de visiones extrañas, pero que, no obstante, la obseden.

Entonces Luisa se levanta y hace su limpieza. En su subconsciencia, un deseo toma cuerpo: abrir la puerta y ver si el gato se ha ido... Pero Luisa es demasiado ingenua para analizar. Solamente una idea le viene: sacudir el felpudo de su puerta, que olvida tan a menudo. No hay razón, ¿verdad?, de abandonar un felpudo empolvado, porque nadie va a verla.

Un deber inmediato se impone a la buena mujer. Abre la puerta, y se da cuenta de que el gato ha desaparecido. Mas la emoción que experimenta le prueba que el felpudo no era sino un

pretexto. Da una mirada a la escalera, y advierte que el gato está durmiendo, hecho una humilde chipa, en un escalón. Se despierta y su mirada es la de un pobre felino melancólico que maúlla imperceptiblemente.

— ¿Estás enfermo o tienes hambre? — gruñe la vejeta, mientras limpia el cobre de su puerta. Luego entra, y, bruscamente, vuelve a salir. — ¡Bueno: vamos! ¡Vamos! ¡Ven! — murmura Luisa al gato. — Tienes el aire tan desgraciado como yo.

Así, en ese momento, acababa de nacer un gran amor en el corazón de la señorita Luisa... Duró cerca de ocho días, y duraría aún si el destino no se hubiera metido cruelmente. A decir verdad, la vieja señorita había pensado que el gato podía pertenecer a otro inquilino. Y para tener su conciencia al abrigo, sin muchos riesgos, ella reveló su encuentro al jubilado de enfrente, que no sabía nada de la vecindad.

Deseosa de restituir el gato, Luisa hubiera hablado a la portera. Pero nada la obligaba, en síntesis, y ella temía a aquella mujer brusca y fría, altanera y locuaz.

Púsose a mimar al gris morronguito de los ojos de oro verde que dormía tan bien sobre sus rodillas durante largas horas nocturnas, y que, de mañanita, iba a meterse en su cama tibia, muy cerca de ella. La vieja solterona tenía, pues, una criatura a quien querer. Luisa se privaba por el gato, y encontraba en sus privaciones una tierna y nueva delicia. Nadie sospechaba la presencia del gato.

Pero, una mañana, habiendo llamado la portera, no para entregar una carta, sino la hoja de impuestos, el animal ofrecióse a su vista, y la mujer dijo:

— ¡Ay! ¡Es el gato del segundo piso! ¡Ah! ¡Qué contentos se van a poner sus dueños! Los chicos lo han llorado como muerto. Pero, de todos modos — agregó, maliciosa, — ¡usted hubiera podido decir que estaba aquí!...

No. Ella no hubiera podido decirlo, porque carecía del valor de rehacer en su torno la soledad absoluta.

— ¡Voy a contarles a los del segundo! — gruñó la portera.

— No vale la pena — adujo Luisa, que sentía un hondo deseo de llorar. — Lléveselo inmediatamente usted. ¡Bastante me ha molestado este animal!...

Luisa empujó el gato hacia fuera y cerró su puerta fuertemente. Pero, esa misma mañana, la pobre soñadora hizo muy mal su limpieza, porque a cada momento las lágrimas le anegaban la vista, y en la puerta parecíale escuchar un pequeño ruido seco de uñas...



TRADUCCIÓN DE E. E.

DIBUJO DE PALACIO.

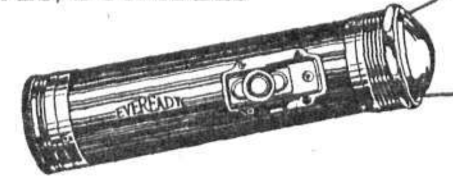

Cuatro gotas de
Inhalante Fucus
colocadas en su pañuelo le servirá de preventivo y tratamiento para cualquier infección de las vías respiratorias.
El INHALANTE FUCUS
es un obsequio que acompaña al ya conocido
PECTORAL FUCUS
el producto que quita la
Tos y el Resfrío
Un frasco de Pectoral Fucus en una casa, es un seguro para los bronquios y pulmones.
$ 3 el frasco.
En las farmacias.

De Merlo

Niñas y jóvenes de esta localidad que, bajo la dirección del popular cantor nacional señor Juan Mas, tomaron parte en la velada artística organizada a beneficio de los niños pobres.

Cada motorista necesita una lámpara de bolsillo EVEREADY

SEGURAS, EFICIENTES, DURABLES

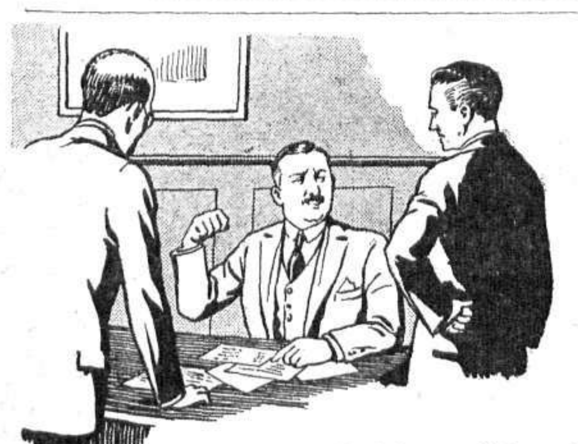




Toda clase de lámpara de bolsillo mejora si se usan en ella las baterías Eveready

PARA guiarse cuando retrocede, para evitar zanjas, en terraplenes oscuros, para localizar daños en el motor, para cambiar llantas, buscar herramientas, leer direcciones, etc., nada tan conveniente como una lámpara de bolsillo Eveready.

148 **VILA MARZONI & Cía.** - Rivadavia, 1447 - Bs. As.



Hombres que triunfan

La vida activa del hombre de negocios ocasiona frecuentemente un desgaste de energías físicas y mentales que malogran el éxito de toda empresa al no primar las dos condiciones esenciales que lo determinan: actividad e inteligencia.

Si su actividad le abandona, recurra al hierro. El hierro enriquece la sangre, aumenta la resistencia física y mantiene latente la actividad.

Si sus decisiones son tardías e inciertas y su clarovidencia y energías apocadas, vigorice su cerebro debilitado con fósforo, el elemento que lo mantiene potente y lúcido.

Estos dos valiosos e incomparables elementos: hierro y fósforo, constituyen la **FERRO-FITINA**, el gran reconstituyente que reintegra las energías físicas y mentales. Los resultados que con esta especialidad se obtienen, son notables. No cabe otra expresión. Pida opinión a su médico, si duda.

La FERRO-FITINA es granulada y disuelta en el te, café o leche, forma una bebida deliciosa. — En las Buenas Farmacias.

FERRO-FITINA

FUENTE DE NUEVA VIDA

FABRICANTES:

SOCIEDAD PARA LA INDUSTRIA QUIMICA EN BASILEA (Suiza)

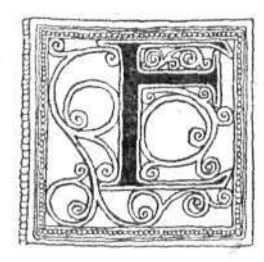
De Quilmes



Caracterizados miembros del Club Argentino de Pelota, que fueron objeto de una demostración de aprecio, durante su visita a la entidad similar de esta localidad.

ANTE EL PROFESOR ESTABA UN CORPULENTO NEGRO, IRREPROCHABLEMENTE VESTIDO.

El IDOLO *de* IYAAKA



L timbre de la puerta volvió a sonar.

El profesor James Morrison, eminente hombre de ciencia, biólogo y antropólogo, se levantó del sillón que ocupaba en su estudio y exclamó, impaciente:

— ¿Pero, quién llamará con tanta insistencia?

Era, en efecto, la tercera vez que el timbre de la puerta sonaba durante un largo rato.

— ¿Por qué no irán a abrir?

Cuando salió al hall y encendió la luz, recordó que ninguno de los dos sirvientes estaba en la casa. Pensando en quien pudiera ser el visitante que llegaba a tales horas — las 23 — se acercó a la puerta de entrada.

Su asombro fué grande cuando se encontró ante un negro alto, e irreprochablemente vestido, cuyos dientes parecían una línea blanca que cruzaba de un lado a otro su cara.

— Deseo ver al profesor Morrison — exclamó el hombre de color.

El profesor experimentó una sacudida, y luego, dominándose algo, respondió:

— Yo soy el profesor Morrison. ¿Qué desea?

El extraño visitante se apresuró a sacarse el sombrero, con un gesto no exento de elegancia, y avanzó un paso.

— Le ruego me disculpe, señor. Pero no lo conocía. ¿Puedo solicitar de usted el privilegio de una corta entrevista? Sir George Heathmill, de cuyo domicilio vengo, me indicó que viniese aquí en seguida.

Los ojos del profesor Morrison se contrajeron un poco cuando su negro visitante pronunció aquel nombre. Luego, abandonando toda precaución, abrió de par en par la puerta dejando libre el paso.

Precedió al negro hasta su estudio y tomó asiento ante su escritorio, pero sin ofrecer una silla a su visitante ni tomarle su sombrero y abrigo.

— ¿Qué puedo hacer por usted? — preguntó mirando al negro.

El visitante paseó lentamente la vista por toda la habitación y luego, volviéndose hacia el hombre de ciencia, exclamó:

— He venido a Inglaterra a recuperar el «dios elefante» robado por usted y su amigo Heathmill, hace treinta años.

El semblante del profesor palideció. Luego, con reposada entonación, respondió:

— Lamento ignorar por completo eso de que me está usted hablando. ¿Por qué lo ha enviado aquí sir George Heathmill?

Su visitante lanzó una carcajada gutural, una carcajada que sonó extrañamente en el bien amueblado estudio. Era una de esas carcajadas que denotan el más elevado grado de salvajismo. Era escasamente la risa de un hombre, pues tenía mucho del rugido de una fiera, y el profesor, a despecho de su cultura, notó que, por causas que no se explicaba del todo, su frente se cubría de un frío sudor y el miedo invadía su corazón.

— Eso — respondió el negro — ha sido únicamente una excusa para que usted me admitiese en su domicilio. Por más que su negativa no hubiese servido de nada... Durante treinta años los sacerdotes del templo sagrado han estado buscando el rastro de dos hombres blancos que robaron su ídolo y asesinaron a uno de ellos. Es inútil que pretenda usted hacerme creer ahora que no es uno de esos dos hombres. Tengo pruebas indiscutibles.

— Y suponiendo que yo me niegue, ¿qué ocurriría? — exclamó el profesor. — ¿Qué es lo que se propone usted hacer?

— Esto — respondió el visitante sacando con un rápido movimiento un largo cuchillo que llevaba oculto en el bolsillo del pecho, dando un salto hacia el hombre blanco, con la agilidad de un gato.

Durante un momento el profesor quedó paralizado por lo inesperado del ataque, y apenas si trató de defenderse cuando sintió que los dedos del negro le atenaceaban la garganta. Después, ya fué tarde, porque la punta del cuchillo iba a penetrar en su cuerpo sobre el corazón.

— ¡Deténgase! — murmuró mientras la hoja de acero descendía.

La presión de la garganta continuó, pero el cuchillo se detuvo.

El rostro del atacante tenía una horrible expresión de ferocidad y sus ojos dejaban adivinar su odio.

— ¡El «dios elefante» o su sangre! — rugió levantando el cuchillo en un gesto de amenaza.

Medio asfixiado por la terrible presión que ejercían en su garganta los dedos del negro, el profesor no estaba en disposición de hablar y se limitó a hacer un movimiento.

Inmediatamente, el negro lo soltó, y el profesor fué a caer sobre un sillón que había al lado de la chimenea. Después de un par de minutos, durante los cuales se repuso algo, se sentó y miró a su asaltante, quien permanecía de pie, contemplándolo, con una expresión de triunfo en su rostro.

— ¡Oígame, bruto! — dijo. — Si yo fuese un hombre joven, posiblemente no me hubiese tratado de esta manera. ¿Por qué me maltrata así?

El semblante del negro adquirió una expresión sombría.

— El sacerdote a quien usted asesinó hace treinta años, era un hombre anciano y había tenido una tan larga como honorable existencia. Usted no se preocupó de sus cabellos grises... ¿por qué he de preocuparme yo de los de usted? Respecto a lo que tiene usted que hacer, es muy sencillo. Devuélvame el «dios elefante» exactamente en el mismo estado en que se hallaba cuando lo robaron.

El profesor Morrison sacudió la cabeza.

— Yo no lo tengo en mi poder — dijo.

El negro dió un paso hacia adelante, pero el blanco lo detuvo con un gesto y continuó:

— Puedo indicarle dónde está; pero ha de arreglárselas usted para conseguirlo...

— ¡Como no lo logre — interrumpió el negro — su muerte es segura!

El profesor Morrison volvió a palidecer y permaneció callado durante algunos minutos. Luego dijo:

— Si quiere usted seguir mis instrucciones, le será fácil recuperar el ídolo.

— ¿De qué manera? — ladró casi el visitante. — ¿En poder de quién está el elefante?

— En el del hombre cuyo nombre utilizó usted para penetrar en mi casa — respondió el profesor.

— ¿En el de sir George Heathmill?

El profesor asintió con un movimiento de cabeza.

— Ahora me lo explico. El es el otro hombre blanco. ¿Cuál de los dos fué el que dió muerte al sacerdote?

— El — murmuró el hombre de ciencia.

— Me he de beber su sangre — rugió el negro.

— ¿Qué intenta hacer? — preguntó horrorizado el profesor.

— Ya lo verá usted. Ahora óigame bien. Uno de ustedes debe morir para apagar las iras del «dios elefante» y expiar así la profanación de su templo con la sangre del sacerdote, su siervo, a quien ustedes dieron muerte... Pero yo perdonaré su vida con una condición.

El profesor Morrison lo miró atemorizado

— ¿Qué condición es ésa? — dijo tembloroso.

— Que me dé usted una carta de presentación para él como si fuese yo un amigo suyo que se interesa por la antropología. He sabido que está preparando una monografía sobre la religión de mi pueblo. Poseo informaciones que él no puede ni soñar y yo puedo ofrecérselas a cambio del ídolo.

El profesor Morrison sacudió la cabeza.

— El no quiere compartir con nadie esos trabajos que le han dado fama y fortuna.

Los ojos del negro relampaguearon.

— Lo mataré entonces — rugió.

Luego se quedó mirando sorprendido al profesor, quien se había levantado y murmuraba algunas frases entre las que oyó claramente: — ¡Sí, debo hacerlo!

Después el profesor marchó apresuradamente hasta la mesa escritorio que se hallaba junto a la ventana y, tomando un manuscrito, volvió al lado de la chimenea.

— ¡Mire! — dijo con voz de singular entonación. — ¿Quiere usted ponerse a mis órdenes? Yo le prometo que conseguirá usted lo que desea.

El negro lo miró con desconfianza, dudando de la nueva y original proposición.

— Ya le he dicho cuáles son mis condiciones. En caso contrario morirá usted — dijo el negro sacando otra vez el cuchillo y blandiéndolo ante los ojos del profesor.

Pero en esta ocasión, con no poca sorpresa suya, el sabio pareció no comprender la amenaza y por el contrario exclamó.

— ¡No sea loco! Guárdese ese cuchillo en el bolsillo. Usted no tiene probabilidad alguna de llegar hasta sir George Heathmill, a menos que siga mis instrucciones. Yo he estado trabajando desde hace muchos años en un descubrimiento que, al fin, he realizado.

Es nada menos que un descubrimiento por el cual puedo hacer que sean iguales su piel y la mía. En otras palabras: he descubierto el modo de convertir la piel negra en blanca y la blanca en negra. Su pigmentación negra es debida a... pero no es el momento oportuno para una explicación científica. Mire este manuscrito — agregó señalando los papeles que tenía en la mano.

El negro tomó el manuscrito y lo leyó en silencio durante algunos minutos, en los puntos indicados por el profesor. Luego lo miró con extrañeza.

— Comprendo. Usted quiere volver blanca mi piel negra para introducirme más fácilmente así en casa de Sir George Heathmill. Es un buen plan. Pero yo no quiero convertirme en un hombre blanco.

El hombre de ciencia sacudió la cabeza.

— Eso no supone nada — dijo. — Por mi procedimiento usted puede volverse blanco, por un mes, un año, una semana, un día... o toda la vida. Todo depende de la cantidad y fuerza del contrapigmento que se utilice.

El negro volvió a mirarlo con desconfianza y el profesor Morrison, viendo que sus argumentos no convencían a su visitante, fué hasta un armario y tomó de él un recipiente de cristal que estaba medio lleno de un líquido que parecía leche. Lo colocó sobre la mesa. Después tomó una jeringuilla hipodérmica y se volvió hacia el negro que lo miraba sorprendido e intranquilo.

El profesor sonreía sarcásticamente.

— No tiene por qué asustarse, amigo mío. Si no confía en mí yo puedo hacer personalmente el experimento.

Y marchando hacia el armario de donde había sacado el primer recipiente de cristal, extrajo otro similar, pero que contenía un líquido color café. De este líquido llenó la jeringa hipodérmica. Luego inyectó la mitad del líquido en el dedo pulgar de su mano izquierda.

FREDA SE HALLABA EN EL SUELO, DESMAYADA O MUERTA.

Y el negro, que observaba fascinado la maniobra, vió una cosa asombrosa. El dedo blanco se fué volviendo gradualmente negro, y en pocos minutos parecía de ébano, y esa coloración se iba extendiendo por toda la mano. Diez minutos más tarde la mano del profesor y de su visitante eran iguales en color.

Entonces Morrison vació la jeringuilla del líquido café que contenía y la llenó en el líquido blanco y, como antes, inyectó una parte en el dedo pulgar. A los pocos minutos el color negro fué palideciendo, se tornó pardo, amarillo, rosa fuerte y a los diez minutos la mano había recobrado su color natural.

El hombre negro hizo un gesto de admiración.

— ¡Es sorprendente! — dijo mirando casi con envidia al profesor.

Morrison se sonrió.

— No es cuestión de magia, sino de ciencia, mi negro amigo. Este descubrimiento va a revolucionar el mundo. ¿Me permite que empiece ahora con usted?

El negro hizo un gesto de asentimiento.

— Estoy dispuesto. ¿Cuándo va a realizar el cambio?

— Ahora mismo, si quiere.

— De acuerdo.

— Entonces vamos a mi laboratorio — agregó el profesor Morrison iniciando la marcha para salir de aquella habitación.

II

Después de una hora de trabajo el profesor Morrison, se quitó los lentes, los limpió nerviosamente con la punta del pañuelo y exclamó.

— ¡Ya está! Parece usted un hombre blanco.

Luego tomó de una caja una peluca de cabellos color castaño obscuro, y la ajustó cuidadosamente a la cabeza del negro, que se había sentado frente a él.

— ¡Excelente! — dijo. — No podía estar mejor.

Esto completa el disfraz. ¡Mírese! — Y señaló un espejo que estaba a poca distancia de ellos. Su visitante se levantó y fué a contemplarse.

Luego lanzó su carcajada brutal.

El profesor hizo un gesto de irritación.

— Es necesario que evite esa manera de reír. El que le oiga le considerará inmediatamente negro aun cuando tenga la piel blanca.

— No tema nada. Me corregiré. — La entonación con que fueron pronunciadas estas palabras era reposada y tenía hasta un dejo musical. — ¿Cuánto durará esta coloración?

Durante un momento el hombre de ciencia permaneció pensativo, luego exclamó:

— No puedo decirlo en forma exacta. Es usted el primer negro a quien he aplicado mi tratamiento. De todos modos es conveniente que realice su obra lo más pronto que pueda, en una semana todo lo más. La coloración negra puede volver de un momento a otro, y si eso ocurre en casa de Heathmill el juego quedaría descubierto.

El negro hizo un gesto de conformidad, y el profesor continuó:

— Ya he escrito una carta para Sir George Heathmill, presentándole a usted como un misionero amigo mío procedente de Africa, y muy versado en lo referente a las religiones de los nativos, asunto que le interesa bastante. Le indico que puede ser usted un auxilio de suma eficacia para su monografía.

»Está realmente necesitado de ayuda, pues un joven del Museo Británico, que lo secundaba en sus tareas, ha caído enfermo.

»Cuando lea la carta supondrá que usted es, en efecto, un misionero. No lo decepcione. Una vez que logre usted instalarse en su casa está en libertad de poner en práctica su proyecto.»

El negro hizo una reverencia, después lanzó una última mirada al espejo, se colocó el sombrero y, con algunas palabras de despedida, se marchó.



Cuando la puerta de la calle se hubo cerrado tras el negro visitante, el profesor Morrison regresó a su estudio, donde se sirvió un buen vaso de «brandy» con soda.

— ¡Diablo! — murmuró, instalándose en un sillón. — No he escapado de mala. Además, creo que de este modo he saldado mis cuentas con Heathmill, el que fué mi amigo en otra época... Es extraño de qué modo odio a ese hombre. No puedo olvidar jamás que obtuvo el cariño de la única mujer a quien de veras he amado en el mundo... Ella no existe ya. Pero le odio y en vano han pasado tantos años. El se apoderó también del elefante, de ese ídolo que afirman proporciona fortuna y éxitos al que lo posee... Fortuna, fama y amor, parecen ser esclavos suyos... El amor, como el odio, jamás muere. Heathmill piensa, sin duda, que la memoria de los hombres negros es débil. Voy a darle una muestra de lo contrario; y nadie puede sospechar que yo he tenido participación en el asunto... Iyaaka realizará sus terribles propósitos, no tengo la menor duda...

Cerró los ojos y se echó hacia atrás en el sillón.

Lentamente fueron desfilando los recuerdos del pasado y se vió él y su compañero Heathmill, jóvenes irresponsables, entusiastas, indiscretos, en u loca aventura, cruzando a través de la jungla africana, para llegar a la aldea nativa entre las sombras de la noche.

De nuevo oyó el ahogado grito del sacerdote, cuando hundió su cuchillo en su pecho. Otra vez escuchó la imprecación y las manifestaciones de cólera de Heathmill cuando se enteró de lo que Morrison había hecho... Heathmill, recordaba, no había tenido, sin embargo, escrúpulos para robar el ídolo del templo.

Percibió de nuevo el penetrante olor de los bosques llenos de miasmas, cuando regresaban de la aldea; experimentó otra vez la sensación del temor, y la agonía de la sed, hasta que, al fin, hambriento y extenuado, pero triunfante llegó con su camarada al campamento.

Jamás dijeron a nadie lo que habían hecho, y ellos, ¡locos!, llegaron a pensar que con el tiempo olvidarían los nativos.

Mas ahora, pasados treinta años, él o Heathmill tenían que expiar con su sangre la injusticia, el crimen que habían cometido.

Bien. Según estaban las cosas, él seguiría viviendo y Heathmill pagaría solo la pena.

III

Sir George Heathmill levantó la vista del diario que leía, cuando se le acercó un sirviente y le presentó una tarjeta en una bandeja.

— Este caballero espera, sir — exclamó.

— ¡Ah! Es la persona a quien yo estaba esperando. Dígale que estoy allí dentro de un minuto.

Cuando penetró en la salita, un hombre corpulento y vestido con traje que parecía de clérigo, se puso en pie y saludó con una reverencia.

— ¡Buenos días, señor Vogel! Tengo mucho que agradecer a mi amigo Morrison por enviarle a usted.

Y los dos hombres se estrecharon la mano.

Sir George Heathmill no veía mucho, pero sí notó que su visitante era un hombre corpulento y cuando el otro respondió tuvo la sensación de que aquella voz le recordaba algo del pasado.

— Me dice el profesor que lo conoce a usted desde hace algunos años — prosiguió después que él y su visitante se instalaron en sendos sillones. — El, por supuesto, ya le habrá indicado a usted la naturaleza de la obra en que estoy empeñado.

El señor Vogel, asintió.

— Bien — agregó sir George. — Yo le estoy muy agradecido a usted por su ofrecimiento de ayuda. Tengo que realizar algunas investigaciones más, antes de dar por terminada mi monografía, y es indispensable que vuelva al África para completarlas. Mi amigo Morrison me dice que usted ha permanecido en la Costa de Oro durante muchos años y que conoce mucho las costumbres y religiones de los nativos.

Su visitante asintió.

— Bien. Me regocija mucho eso, y mi satisfacción será aun mayor si usted no tiene inconveniente en pasar algunos días a mi lado... ¿Le parece a usted bien?

— Ciertamente — respondió el señor Vogel. — El profesor me indicó que usted acaso me pidiese que permaneciera aquí durante algunos días... No tengo inconveniente en quedarme en su casa... Pero acaso hubiera por estos alrededores un hotel.

— De ninguna manera, mi querido señor — interrumpió sir George. — No es una incomodidad para mí. Al contrario. Aquí en este edificio hay gran cantidad de habitaciones que no se usan. En la actualidad no tengo otro huésped que el prometido de mi hija — y, riendo, agregó: — Ese puede ser considerado ya como de la familia... ¿Quiere tomar alguna cosa?...

El visitante declinó el ofrecimiento y manifestó que no le sería posible regresar hasta el día siguiente a la misma hora.

Sir George lo acompañó hasta la puerta y le estrechó la mano.

Durante el almuerzo mencionó lo ocurrido, y su hija Freda hizo a su prometido, que se hallaba sentado frente a ella, un gesto que pasó inadvertido para sir George.

Freda Heathmill era huérfana de madre, y constituía el encanto del notable etnólogo y antropólogo, autor de sus días. Estaba comprometida en matrimonio con Richard Merrilees Caxton, mayor de la caballería india.

La boda iba a realizarse en el otoño, y Caxton pasaba una temporada de licencia al lado de su futura esposa.

Los trabajos y las conferencias de sir George aburrían ya a Caxton, quien se alegró de saber que iba a llegar una persona que le evitaría tener que permanecer horas enteras al lado del etnólogo; horas que entonces dedicaría con más placer a su novia.

Durante los primeros días, aparte de las naturales muestras de cortesía, la joven pareja no prestó mayor atención al visitante.

El señor Vogel no jugaba al «tennis», pero, en cambio, era un admirable billarista, y con frecuencia hacía que el joven mayor se fuese a dormir mucho más tarde que de costumbre. Algunas veces se quedaba Freda, pero jamás aceptó jugar una sola partida con el huésped.

Los conocimientos del reverendo acerca de los usos y costumbres de los nativos eran muy extensos, y sir George confesaba que todo lo que él conocía no era nada en comparación de lo que sabía el señor Vogel.

Al mismo tiempo, su satisfacción era enorme, pues se daba cuenta de que, a no ser por aquella valiosa ayuda, la monografía hubiese resultado incompleta..

Sir George encontró al misionero muy interesado en su colección de curiosidades africanas. Muchos de los objetos que le mostró eran contemplados y manejados por el señor Vogel con las mayores muestras de admiración y con un respeto tal, que extrañaban en un ministro de una religión occidental.

En un momento de confianza, un día en que el etnólogo se encontraba satisfecho por los adelantos realizados, dijo al señor Vogel.

— Voy a enseñarle un valioso juguete. Lo conseguí en una aldea del interior cuando yo era un muchacho. Lamento no poder decirle en qué forma llegó a mi poder... Locuras de muchachos, y yo debía ser muy alocado, pues por aquella época estuve a punto de perder la vida, igual que mi amigo Morrison... Pero, ahora, todo ha pasado y nadie lo recuerda...

Los ojos de su interlocutor relampaguearon.

Dirigiéndose a una caja de hierro que estaba en un ángulo de la biblioteca, sir George la abrió y tomó una caja de marfil, como de diez pulgadas de largo por ocho de ancho. Los años la habían puesto amarilla. La trajo a la mesa y la abrió.

— ¡Mire! — exclamó volviéndose hacia su compañero, y quedando sorprendido al verlo.

En efecto, Vogel miraba la caja de marfil como fascinado. Recobró su dominio con un esfuerzo, al notar que su huésped lo miraba, y exclamó:

— Le ruego me perdone, sir George; pero mi sorpresa ha sido enorme. Yo creo que sé lo qué es eso.

Aunque intrigado por la conducta del misionero, sir George sonrió, satisfecho por la impresión que había causado; tomó la caja y la abrió

— Sí. Este es el famoso juguete que trataba de describir en mi libro, al mismo tiempo que relatase sus propiedades mágicas; pero, por ciertas razones, he desistido de ello.

Vogel asintió.

— Sí. Es... es el «dios elefante» — murmuró casi. — ¿Pero dónde están los ojos? — y al decir esto señalaba los dos huecos ennegrecidos que se notaban a los lados de la cabeza del ídolo.

— ¡Oh! — contestó sir George. — ¿Usted se refiere a las perlas negras? Mi hija Freda estaba enamorada de ellas, y yo se las regalé para su collar. Puedo traerlas si tiene interés en contemplarlas de cerca. Creo que las tiene en su joyero, que está en su saloncito particular.

— No, no — protestó Vogel. — No es necesario... No quiero molestarlo...

Sir George rió, insistiendo en que no era molestia ninguna, pero como su huésped no manifestó mayor interés en ver las perlas, volvió a colocar el ídolo en su caja de marfil.

— Yo no soy supersticioso — agregó. — Y por cierto que mi hija tampoco. De lo contrario no hubiera tomado las perlas para su collar. La superstición, en lo que se refiere a este bello juguete, consiste en que pierde su poder mágico si se le quitan los ojos, o perlas... Pero, sin duda, usted ha oído ya hablar de esto...

— Sí — asintió Vogel, cuyo rostro adquirió una momentánea expresión de crueldad, que pasó inadvertida para el hombre de ciencia. — Puede guardarlo ya — exclamó Vogel, indicando la caja de hierro.

Durante el almuerzo y la comida de aquel día, la señorita Heathmill se sintió molesta por las insistentes miradas que la dirigía el huésped de su padre.

Notaba en aquellos ojos una expresión repelente.

Cuando Caxton se hallaba aquella noche jugando al billar con Freda, notó la presencia de una tercera persona en el momento en que la joven se disponía a hacer una carambola difícil en el centro de la mesa, y su postura un poco violenta ponía de manifiesto las hermosas líneas de su cuerpo.

El militar volvió la cabeza. De pie en la puerta estaba el reverendo Vogel, y Caxton sorprendió en sus ojos una mirada que le hizo cerrar con furia los puños y rechinar los dientes. Instantáneamente el intruso cambió de expresión y avanzó hacia él sonriendo amablemente.

— Lamento interrumpirlos.... Pero pasaba por aquí, oí el ruido de las bolas y pensé encontrar al mayor pronto para darme el desquite del partido de anoche. Ustedes estaban tan interesados en el juego que no me oyeron llegar.

Freda sonrió; la disgustaba enormemente la presencia de aquel hombre, pero su educación la impedía ponerlo de manifiesto.

—Iba a retirarme —dijo, dirigiéndose a su prometido.—Usted puede quedarse si quiere y hacer una partida con el señor. Buenas noches, Dick.

Tendió la mano al militar y, después de hacer un leve saludo al recién llegado, salió de la habitación.

Caxton estaba contrariado. Aquella era la tercera vez que aquel hombre le impedía pasar la velada al lado de Freda. Llegó a pensar que lo hacía intencionalmente. Pero, dominándose, exclamó:

—Cien carambolas nada más, pues tengo que escribir algunas cartas antes de acostarme.

Cuando regresaba a su habitación estaba resuelto a que no ocurriese lo mismo otra noche más y maldecía salvajemente a Vogel.

Estaba desvelado y, volviendo a encender la luz que se hallaba a la cabecera de su lecho, tomó un libro.

Transcurrió cerca de una hora y ya se disponía a tratar de dormir, cuando oyó un ruido como de pisadas a lo largo del corredor en que se hallaban los dormitorios.

Prestó atención.

—¡Es muy extraño!—murmuró.—Debe ser Jamieson—el jefe de la servidumbre,—que hace su ronda.

Pero sus nervios estaban alterados y saltó de la cama; abrió la puerta de su habitación, salió al corredor y encendió la luz. No vió nada anormal.

Había casi olvidado el incidente cuando, por la mañana, se encontró con Freda en el jardín, después del desayuno.

—¿Jugaron anoche hasta muy tarde, Dick?—le preguntó.

—No. Yo estaba contrariado.

—Pero yo no podía suponer que nos encontraría en el billar...—Y luego de una pausa, agregó de pronto:—Dick, no me gusta ese hombre. Me da miedo.

—A mí tampoco me gusta... No me explico cómo su padre...

—El no nota nada, pues está medio ciego... Pero yo creí que anoche se había acostado usted tarde, pues tengo la seguridad de haber oído que alguien se detenía en el corredor... Era cerca de la una de la madrugada...

Caxton movió pensativo la cabeza.

—Yo también noté algo extraño, pero cuando salí al corredor no vi nada que me llamase la atención, y me acosté de nuevo.

Durante el día no ocurrió ningún hecho fuera de lo acostumbrado, y cuando llegó la noche, después de un rato de conversación, todos se separaron para ir a sus respectivas habitaciones.

Caxton se durmió y, como a media noche, despertó sobresaltado al oír un penetrante grito. Se sentó en la cama y exclamó:

—¿Qué ocurre?

Como el grito volviera a oírse de nuevo y reconociese la voz de su prometida, saltó de la cama y salió al corredor gritando.

—¡Freda! ¿Qué ocurre?

Había dado algunos pasos por el corredor, cuando oyó el ruido de un cristal al romperse.

Al llegar ante la puerta del dormitorio de la joven, la encontró cerrada, pero tomando impulso la abrió de un golpe de hombro.

La escena que presenció lo llenó de horror. En el suelo, junto a su cama, estaba Freda, desmayada o muerta. La habitación denotaba que había habido lucha, pues una mesita y dos sillas estaban caídas. Caxton tomó a Freda en sus brazos y la colocó sobre un sofá, donde se apresuró a prestarle sus cuidados, pues sólo se hallaba desmayada.

Entretanto, habían llegado a la habitación todos los sirvientes y, tras ellos, sir George, quien llevaba un revólver en la mano.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Richard?... ¡Cielos! ¿Qué tiene Freda en el cuello?

La joven tenía a cada lado del cuello una mancha morada.

Minutos después estaba en condiciones de hablar.

—¿Qué ocurrió, hija mía? ¿Estás herida? Habla...

Ella sacudió la cabeza, con desesperación.

—¡Oh! ¡Padre mío!... ¡Dick!... ¡Ese horrible hombre!...

—¿Qué hombre?... Habla, querida. Ahora estamos aquí para socorrerte.

—Yo me encontraba disponiéndome a meterme en el lecho, cuando oí un ruido del lado de mi gabinete. Encendí la luz del dormitorio, pues sólo estaba encendida la de la cabecera de la cama. Entonces alcancé a ver a un hombre negro que registraba mi joyero. Luego se inclinó hacia el suelo y rezó o cantó algo en un idioma extraño. Yo grité. El corrió hacia mí y me tomó por la garganta hasta asfixiarme casi...Era el reverendo Vogel... Pero su piel estaba negra... Yo grité hasta que pude y, luego, me desmayé.

Dick suspiró. A excepción de las señales que Freda tenía en la garganta, no había sufrido herida alguna. Sir George, que había quedado perplejo al oír la singular historia, corrió hacia la habitación inmediata.

Los vidrios de la ventana estaban rotos y el joyero donde su hija guardaba las alhajas, abierto. Despidió a todos los sirvientes y luego se volvió hacia Freda.

—Querida, ¿dónde tenías guardadas las perlas negras?

—En una cajita en el joyero. Las puse allí hace unos días, papá.

Buscó detenidamente entre todas las joyas. Todas estaban, pero las dos perlas negras habían desaparecido.

Entonces, sin decir una palabra, corrió hasta la biblioteca y abrió la caja de hierro. La caja de marfil, con el elefante, tampoco estaba. En seguida corrió a la habitación que ocupaba el reverendo Vogel... Pero éste no se encontraba allí...



El siguiente día, el profesor Morrison, el eminente hombre de ciencia, fué encontrado por su ayuda de cámara, en el suelo de su dormitorio, muerto. Había sido degollado.

Jamás volvió a saberse nada del reverendo Vogel, ni del elefante de marfil. Pero el propósito del vengador estaba cumplido.

Traill Stevenson

¿Puede el hombre volar sin motor?

Uno de los sueños que más han fascinado a los inventores de todos los tiempos es el del vuelo del hombre sin necesidad de aparatos de motor. Batiendo sus alas, ¿no escapó Dédalo de la isla de Creta, y no pereció su hijo Icaro al acercarse demasiado al sol con el mismo material deleznable adherido a las espaldas?

Recientemente, Paulain, el famoso aviador francés, ha ganado un premio de 10.000 francos, por haber conseguido con su aparato "Aviette" — una especie de bicicleta con alas — dar un salto de veinte pies. Fred Gerhardt, en el Parque Experimental, de Dayton, logró algo más que Paulain. Construyó su "cicloplano", con un gran número de estrechas alas y un propulsor de aeroplano movido por pedales y una cadena de engranaje. Fred Gerhardt voló y no saltó como Paulain. Claro que su vuelo fué rapidísimo.

¿Es posible perfeccionar estos aparatos y construir una máquina voladora no movida por otra fuerza que la de los músculos del hombre? La respuesta es definitiva: no es posible con aparatos más pesados que el aire; con aparatos menos pesados que el aire, sí es posible.

Mathew B. Sellers dice, en un artículo publicado en la revista "Aviation", de Nueva York, que un hombre de un peso de 150 libras necesita una máquina voladora que pese, por lo menos, 250. La draga de un plano es dependiente de su forma aerodinámica, y con un buen trazado puede caer tan bajo como media parte de su peso. Un hombre tendría que ejercer un impulso de veinte libras aproximadamente. Como quiera que la fuerza es el impulso multiplicado por la velocidad, se volaría tan despacio como fuera posible. Volar muy despacio significa una gran área de ala. Mr. Sellers estima que un hombre podría, con esfuerzo violento y corto, ejercer la fuerza de un caballo, y podría sobrepasar el ánteriormente mencionado impulso a unas catorce millas por hora, pero su nave necesitaría la relativamente enorme área de ala de 417 pies.

Un aparato de cien libras tiene que ser, necesariamente, frágil e inmanejable. En un aparato más pesado que el aire, el vuelo debe de ser continuo, de modo que nuestra máquina humana debe de poseer una resistencia extraordinaria para mantener el vuelo por más tiempo de unos segundos.

Con unos globos llenos de gas para facilitar la ascensión, el porvenir es mucho más halagüeño. Humberto Nobile, director del Cuerpo de construcción de aparatos más ligeros que el aire, es el eminente campeón que defiende la idea de que es perfectamente practicable un aparato de éstos movido por la fuerza humana de tres o cuatro hombres.

De aquí, según los cálculos del ingeniero italiano, se desprende que tres hombres vigorosos pueden impulsar un pequeño dirigible de unos 17.500 pies cúbicos de capacidad de gas, a una velocidad de 10 millas por hora, con sólo un gasto de esfuerzo de un quinto de caballo, cada uno, por hora.

De Tigre



Dos interesantes momentos del partido jugado por el Club Canottieri Italiani en el torneo interno de basketball que se celebra en la espléndida cancha que el club posee en su local.

LOS MICROBIOS NO GUSTAN DE PERFUMARSE

Se han hecho numerosas experiencias para estudiar la acción que puedan ejercer sobre los microbios las diferentes esencias de limón, espliego, bergamota, clavo, ginebra, tomillo, romero, eucalipto, anís estrellado. Los microbios sometidos a experimentación han sido el de la meningitis, el de la fiebre tifoidea, el de la difteria, el del carbunclo y el del estafiloma.

Entre estos microbios, los hay muy resistentes, pero, a pesar de su resistencia, se ha demostrado que estas esencias ejercen una influencia nociva sobre ellos. El más sensible de los microbios a los efectos de las esencias parece ser el de la meningitis.

Las de limón, tomillo, naranja y eucalipto son muy afectivas. Hay que concluir que si ciertas regiones son favorables a la recuperación de la salud, así como si en algunas de ellas no se conocen apenas las enfermedades endémicas, se debe a las esencias de que su atmósfera se halla cargada. Este es el caso de las regiones donde se halla en gran cantidad el eucalipto, el tomillo, el naranjo, etc.

Por otra parte, los aficionados a los perfumes encontraron en esta razón un nuevo motivo para seguir usándolos.

La mujer y la casa

LA MODA EN LA IGLESIA

Se cuenta de cierto guasón, de los que circulan por la ciudad, que al ver tropezar a una dama, le decía, arguyendo a la delgadez de sus piernas (que aquélla se empeñaba en descubrir, o mejor dicho, en no tapar bien lo corto de su traje: "Cuidado, señora, que sus piernas son tan delicadas como los brillantes, pues, como aquéllos, usted está montada al aire". — Se cuenta de cierta dama que decía: "Voy a desnudarme para salir", y como aquella dama hay muchas.

Es muy justo, simpáticas lectoras, que la parte más bella de la humanidad se ponga ya seriamente a pensar en los estragos de esta reina loca, la moda. Y que no se le conceda tantas oportunidades a esta loca para quebrantar los preceptos más serios de la moralidad. Justo, muy justo es que nos vistamos y nos adornemos de acuerdo con nuestros medios, empero debemos tener siempre en cuenta que nuestros mejores adornos serán las virtudes y la defensa que hagamos de la moralidad de nuestro pueblo y de nuestro hogar.

Las mujeres cristianas deben tener en cuenta que, si consideran la iglesia como la casa de Dios — y lo es, en realidad, — deben aparecer en ella con la modestia que el Señor manda, pues si dice el apóstol San Pablo que la mujer al entrar al templo cubra su cabeza por reverencia a Dios y a los ángeles, es seguro que emplearía toda su elocuencia y energías para reprochar a las mujeres de la alta y media sociedad que profanan con sus modas el sagrado recinto. Y de seguro que si San Pablo viniese entre nosotros, emplearía todas las energías y valor cristiano en observar a las que tienen el valor de presentarse en el templo para recibir la comunión en una forma impropia de esa modestia que tanto predicaba Cristo. ¡Y cuidado que esta cruzada contra las desnudeces de la mujer cristiana ya va siendo vieja; pues este mal que no mejora no es de ahora! Los telegramas nos han trasmitido, hace algún tiempo, que el arzobispo de Milán se situó en persona en la puerta de su catedral para ofrecer velos a las damas que tenían el valor de presentarse con trajes más propios de baile que de la santidad de aquel lugar.

Aunque entre nosotras se ha reaccionado un poco en ese sentido, y la moda de invierno no da lugar a esas exhibiciones, hay que señalar, sin embargo, lo inconveniente que resulta ver a una señora o niña arrodillada, con las polleras cortas que ordena llevar la moda. El borde de dichas faldas llega, en esa actitud, apenas hasta las rodillas. Se quebranta con ello preceptos de estética y de moral.

EL MARIDO IDEAL

"Yo lo quisiera valiente y esforzado como un héroe, a la vez que tierno y sensible como una mujer; de los que se saben estoicos en las luchas de la vida y, al mismo tiempo, no se avergüenzan de derramar una lágrima en presencia del dolor. Naturalmente, cristiano, práctico y sincero, pero a falta de esto, desgraciadamente tan raro, que no fuera ateo, que respetara mis creencias y me dejara la dulce esperanza de convertirlo a ellas con mi ejemplo, paciencia y abnegación. Amante del trabajo, aunque poseyera fortuna; detesto a los ociosos, porque nada es más cierto de que la holganza sólo engendra vicios. Generoso para los demás... y para mí. Un marido tacaño sería mortificante para una mujercita como yo, naturalmente, sobria y económica, pero... que tiene "gusto", y, sobre todo, piensa que el dinero no tiene más valor que la alegría que pueda proporcionarnos, aliviando la miseria del prójimo o brindándonos la realización de un honesto placer. Ni exageradamente celoso; pero tampoco tan confiado que me hiciera creer en su indiferencia y fatuidad. Los celos, cuando no son ridículos, suelen condimentar el cariño...

"Estas son, a grandes rasgos, las principales cualidades que desearía en el elegido, amén de otras accesorias que sería prolijo enumerar" — declara una interesante y graciosa señorita. — "No vayáis a suponer por esto — agrega, — que sueño con un personaje de novela ni con un superhombre. La perfección no es de este mundo, y yo sabría tolerar sus pequeños defectos, recordando esta sentencia que Bazán pone en boca de uno de sus personajes: "Barro es el hombre y pecadores somos. Y es de recelar que, quien no peca como hombre, peca como diablo..."



LOS RINCONEROS

Están ahora muy en boga los rinconeros para guardar y exhibir la loza y el cristal, especialmente en los pequeños comedores. Se pueden hacer construir aprovechando los rincones, con lo que no sólo se da buen empleo al sitio de suyo reducido en el comedor de la casa económica, sino que se embellece el aspecto de la habitación.

Naturalmente, sería preferible emplearlos por pares y en las esquinas y ángulos opuestos a una o más ventanas.

Claro está que estos rinconeros pueden construirse con preferencia en las casas propias; de lo contrario se hacen movibles para hacer fácil su transporte.

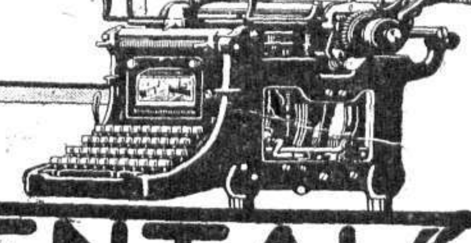
El aparador, para ese fin, que publicamos hoy, es de 2' 6" de ancho y 6' 8 1|2" de alto, medidos dentro.

La anchura puede variarse según se desee, pero la altura deberá ser siempre igual a la de las puertas interiores de la casa. La cubierta de la cómoda inferior se eleva a 3' del suelo.

Cualquier estilo que se siga en la disposición general, deberá ser el mismo por todos lados.

IVONNE

Los
principales Establecimientos
Bancarios,
Dependencias del Estado
y
el Alto Comercio



todos
usan máquinas de escribir

"CONTINENTAL"

Es una máquina para toda la vida.

UNICOS IMPORTADORES

CURT BERGER y Cia.

ROSARIO CORDOBA 1184 — B.s AIRES: ESMERALDA 116 — MONTEVIDEO CERRITO 677

Cepillo Pro-phy-lac-tic

Llega a todas las partes de cada diente

LAS partículas de alimentos que se quedan en las hendiduras de los dientes se fermentan y corroen el esmalte. Para evitar esto, use el Pro-phy-lac-tic que es el cepillo que asea esos intersticios.

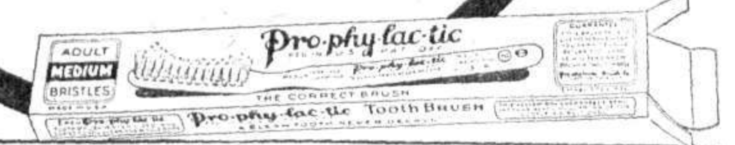
Las superficies curvas del cepillo Pro-phy-lac-tic se amoldan a la boca. El corte de sierra cónica de sus cerdas penetra dentro de los intersticios de la dentadura, La parte larga de las cerdas facilita el aseo de las muelas y del lado posterior de los dientes.

Fabricado en tres tamaños: Adultos, jóvenes y criaturas. Con cerda dura, mediana y blanda. Siempre se vende en su cajita amarilla. Fíjese que la palabra Prophylactic (separada por guiones) aparezca en la caja y en el cepillo.

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS CASAS DEL RAMO

Unicos Representantes: WM. E. PECK & Co. of B. A., Inc.
Calle Belgrano 440-450 — Buenos Aires

"Un diente limpio nunca se enferma"



De Trenque Lauquen



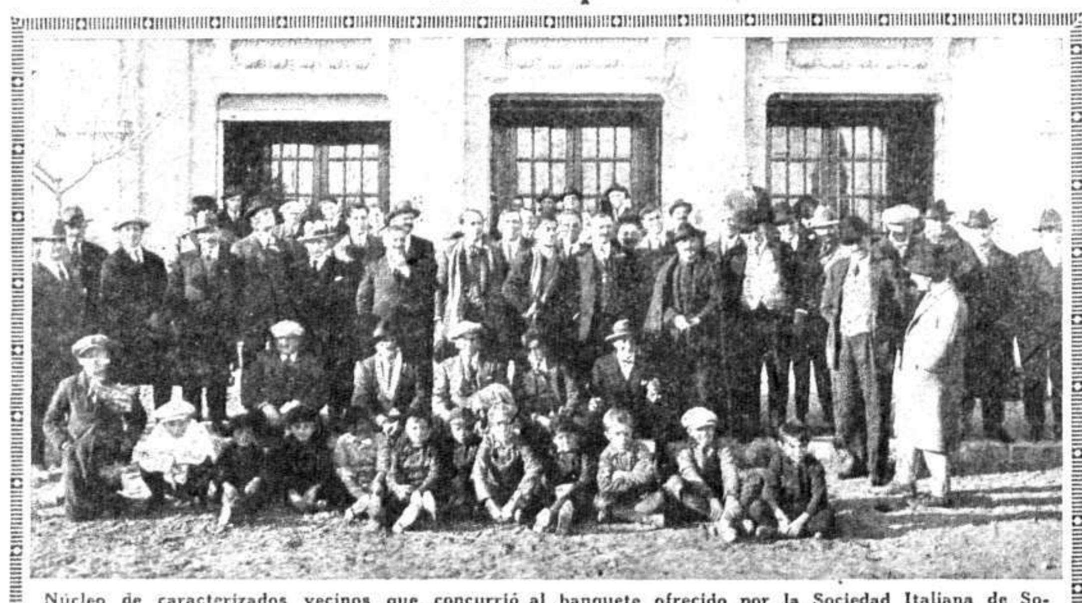
Grupo de médicos provinciales que se reunieron con el propósito de sentar las bases de una sociedad que ayude a las viudas de sus asociados.



Grupo de damas que tiene a su cargo la tarea de recolectar fondos para el Asilo de Ancianos.

—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

De Salliqueló



Núcleo de caracterizados vecinos que concurrió al banquete ofrecido por la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos, en honor del Rey de Italia.

LA INVENCIÓN DEL TELESCOPIO

Se dice que el telescopio fué presentado al mundo científico por un fabricante de anteojos dinamarqués. Sus hijos, jugando un día con unos lentes, pusieron casualmente un vidrio cóncavo y uno converso en tal posición, que mirando por ellos hacia el gallo del campanario de la iglesia, lo veían más grande y más cercano que de costumbre.

Comunicaron la novedad a su padre, y éste fué el origen del importante y útil descubrimiento.

EL TEATRO PRIMITIVO *en los* APENINOS





ONTEFIORINO es un pueblito encaramado sobre una cumbre, casi en los límites de las provincias de Módena y Garfagnana.

En los años de mis mocedades era una pobre aldea, cuyos recursos se limitaban a la cría de cerdos y ovejas, una reducida cosecha de castañas, uvas y trigo, lo indispensable para las necesidades locales.

Pero, desde hace unos años, se va transformando gracias a las ráfagas modernistas que llegan hasta allá e intentan convertirlo en un centro veraniego.

Las familias de la ciudad, que a todo trance, para no sufrir el consiguiente descrédito, se ven en el deber social de trasladarse al campo durante la estación veraniega, son las que descubren estos rincones olvidados. Lo que comprueba una vez más, que no hay mal que por bien no venga.

Estas familias son como los inmigrantes para las tierras vírgenes. Van, y al poco tiempo, no más, valorizan una playa ignorada y sin precio.

Alquilan una o dos piezas en casas de gente necesitada, que da gracias a Dios por la inesperada lotería. Los forasteros traen platos, cacerolas, cubiertos, copas, sábanas, colchones, casi la mitad de los utensilios domésticos ciudadanos y... veranean.

A veces contratan pieza y pensión en una fonda de malamuerte, donde el aire y el cansancio favorecen la digestión y el sueño, que de otra manera serían imposibles.

La cosa es poder participar a las relaciones que se vive en el campo y enviar comprobantes: tarjetas, fotografías, etc.

La aldea ve complacida un notable aumento en la circulación del dinero, adquiere vicios que antes ni soñaba, y se pregunta si vale la pena trabajar la tierra, cuando basta esperar la vuelta de las... obscuras golondrinas, para tener con qué vivir todo el resto del año.

Sin embargo, las cosas no marchan tan a prisa que todavía no sea dable admirar escenas de un sabor característico, casi diría de una adorable ingenuidad.

Hay que presenciar lo que aquí se llama los "maggi", los mayos. La versión literal viene al caso, porque efectivamente se trata de algo que se relaciona con el mes de mayo. Son funciones dramáticas que empiezan con la primavera y siguen hasta la vendimia.

Desde chico conocía estos curiosos dramas, pues en Montefiorino vivían unos parientes, que acostumbraba a visitar en el período de las vacaciones. Este año quise volver a esos pagos, en que hice mis primeras armas de galán joven. Muchas cosas han cambiado radicalmente; muchas de las chicas de otrora llevan hoy cabellera cándida y... nada tupida, pero los mayos no han cambiado.

En una plaza, que más bien se podría llamar un campo, situado a la entrada del pueblo se forma con postes y sogas una especie de vasto "ring". Es el escenario.

Alrededor del escenario, servicio de "buffet" y bebidas, bajo carpas y ramadas. Los clientes tienen a su disposición unos bancos de madera que por lo general llevan trazas inequívocas de lo que han consumido otros concurrentes. Tajadas de salame abandonadas después de uno o dos mordiscones, pedacitos de queso, cajas de sardinas volteadas con su respectivo aceite y muchas migas de pan.

El servicio de limpieza resulta difícil debido a la continua afluencia de clientes que no se fijan en detalles. ¡Mancha más, mancha menos!... El vino que se consume presenta un colorcillo rubí, que encanta y a más tiene algo de picante, gaseoso, liviano... Muy liviano... Un vinito que se deja tomar como agua: suelta la lengua, excita, sin por eso inspirar ideas belicosas... Lo llaman vino "tosco", por decir toscano... Una especie de champagne barato pero traidor como él solo, pues os deja clavados en el asiento. Imposible dar un paso. La cabeza está perfectamente despejada, la palabra sale fácil, pero las rodillas no obedecen. No queda más que tomar las cosas con filosofía. La acción del "tosco" es transitoria, pasa pronto.

Un cartel que cuelga de un poste anuncia el espectáculo: "Hoy a las cuatro de la tarde tendrá lugar el canto del mayo titulado la Jerusalén Libertada — Personajes cristianos: Pedro el Ermitaño, Tancredi, Raimondo, Gofredo, etcétera. Personajes turcos: Aladino, Argante, etc." El ermitaño Pedro viste con pieles de cabra y lleva una gran cruz rústica hecha con una rama larga y una corta.

Un muchacho, que camina siempre gateando, debe representar una cabra auténtica, y desempeña su papel con *heroísmo*, pues hay que darse cuenta de lo que quiere decir permanecer a veces una media hora así, caminando a cuatro patas y, lo que es peor, abrigado, en verano, con pieles de cabra resecas.

Clorinda viste una pollerita corta, pero es un apuesto mancebo que no ha sacrificado sus negros y tupidos bigotes. Mas nadie hace caso de estos detalles; la fantasía del pueblo lo remedia todo.

Debería, por ejemplo, haber algo que diera la ilusión del palacio de Aladino, pero no hay nada, lo que no quita que todos se imaginen perfectamente la residencia del soberano turco. En un determinado momento, Herminia huye con la indumentaria de Clorinda y se interna en el monte, mas no hay tal monte ni pintado, pues el escenario permanece rigurosamente el mismo durante los cuatro actos de la *tragedia*: un *"ring"*.

Se puede llamar tragedia la obra, pues mueren unos cuantos personajes, pero como la conmoción del público *sería excesiva*, una *especie de Rigoletto* sigue, paso a paso a cada actor y comenta a su manera y cómicamente las frases altisonantes, los terribles propósitos de venganza y los dúos de *amor*.

Otra particularidad notable: el apuntador. El apuntador, armado de unos anteojos descomunales y ahumados, sin disimulo ninguno, empuñando un enorme manuscrito — el original de la obra, — habla al oído de los artistas y en cierto modo parece uno de ellos.

Una orquestita de dos o tres violines, cuyo sonido se exaspera por el de un violoncelo que hace de contrabajo, ejecuta unos compases, siempre los mismos, que sirven de comentario a la acción y se repiten de una manera desesperante.

Los que cambian son el tiempo y la intensidad del sonido, según que se trate de dúos *amorosos*, rencores, venganzas, batallas.

Los actores ni cantan, ni declaman; lo que hacen es *más bien un recitado, por el estilo de las óperas antiguas.*

Cuatro actos kilométricos, con intervalos bastante razonables, durante los cuales la orquestita toca unos bailecitos, impresionantes por lo ingenuos.

Son los bailes que encantaban a S. S. Pío X; sin malicia ninguna, parecidos a la zamba y el gato; pues las parejas no se abrazan, sino que dan vueltas y más vueltas, coqueteando, hasta que al final el hombre adopta una pose plástica de efecto, como sería, por ejemplo, arrodillarse y quedar con un brazo levantado agitando un pañuelo, mientras la mujer llega a una concesión, abrevia un poquitito el nivel de la pollera, pero no tanto que se vea lo que en el día de hoy cualquier señora decente de la ciudad exhibe sin economía.

Pues, a pesar del espectáculo, *indudablemente largo*, mucho más con la agravante de esa orquesta, me he divertido como pocas veces y he tenido sensaciones *sinceras* y *profundas*.

Los "maggi" me han despertado una serie de pensamientos que estaban muy lejos de una crítica vulgar y de comparaciones irónicas.

Estos "maggi" están escritos en verso, y el autor por lo general, es un hijo de la aldea, el mismo que hace de *apuntador*, un hombre sin estudios literarios. Ha nacido con tendencias congénitas a la versificación, y sigue cultivando el estro, dedica estrofas a las morochas del pueblo y suelta himnos al heroísmo, bajo cualquier forma que se manifieste.

Los actores, que despiertan en el público la mismísima admiración que podrían despertar los más grandes trágicos, son carpinteros, zapateros remendones, herreros, dependientes de tienda y a veces pastores o colonos de los alrededores.

El público está vibrando con su alma infantil: se indigna, llora al escuchar peripecias mil veces oídas, mil veces repetidas en las noches invernales.

¿Se habla de Jerusalén y sus fortalezas?... Pues bien: basta una mesita divisoria, para comprender que ahí debería levantarse un murallón y unas torres. Un viejo señor, que cuenta la belleza de ochenta y tres primaveras, que me vió niño y goza de un semblante fresquísimo como si apenas se encontrara en la flor de la edad, que fuma y toma "tosco" sin que sus rodillas tiemblen jamás, me decía que, especialmente por el lado de la Garfagnana, los "maggi" abarcaban los argumentos más variados.

La guerra de Africa, el XX de Septiembre, la muerte de Luis XVI, las aventuras de los más célebres malhechores, los hechos bíblicos forman tema de funciones por el estilo de la que he presenciado.

Me dicen que hasta se ha llegado a escribir dramas de carácter absolutamente democrático, en los que reyes y guerreros no aparecen ni en pinta, en los que figuran emigrados que han dejado la mujer en la aldea, para hacer fortuna en lejanos países y han tenido la desgracia que, aprovechando la ausencia, alguien traicionára sus deberes de amigo.

El argumento no pasa de un simple hecho de crónica policial, pero apasiona y sobre todo, demuestra el arraigo de esta clase de espectáculos, que podrán orientarse hacia tendencias modernas por lo que se relaciona al tema, pero que no pierden la forma original antiquísima.

Mi viejo amigo quiso hacerme conocer el autor del mayo que se cantaba esa tarde. El poeta, hombre entrado en años, me miró con simpatía y admiración cuando supo que mi madre pertenecía a una familia de la aldea y que yo venía de las lejanas Américas...

—¡Muy bien!... Si se quedase unos días, le preguntaría algo sobre unas cositas que me interesan, pues casualmente estoy escribiendo un "Cristóbal Colón", que pienso dar este año...

—¡Pues, amigo, lo que quiera!... Disponga.

—He de aprovechar. Por supuesto, que usted habrá visto el punto en donde desembarcó por primera vez el gran genovés...

—Este... Queda un poquito retirado de Buenos Aires.

—¡Ah, bueno!... ¿Y qué tal? ¿Le gusta la obra?

—Me encanta... ¡Qué facilidad para hacer versos!...

—Regular, regular. Usted no se va en seguida, ¿no?

—No, no... Me quedo hasta que termine el cuarto acto...

—Perfectamente. Entonces, con su permiso, un momentito...

El poeta se fué. Al rato se hicieron oír las notas de un clarín que anunciaba el principio de la última parte de la *tragedia*. *Mi sorpresa* fué *grande* cuando vi adelantar hacia el punto donde me encontraba sentado, el poeta y Clorinda, seguidos por el cortejo de turcos y cruzados.

Clorinda cantó con acompañamiento de orquesta:

> Caballero, que ha venido
> otra vez a sus montañas,
> ¿le han gustado de los turcos
> y cruzados, las hazañas?
>
> Pues, entonces esperamos,
> que ultimada la función,
> tendrá a bien de convidarnos
> a tomar un botellón.
>
> Que sea "tosco", griñolino,
> o sea Chianti Valle d'Or,
> no importa. Solamente,
> ¡si es posible, del mejor!...

Ese demonio de apuntador y poeta había dado rienda suelta al estro, versificando sobre tablas en el interés de la compañía, que, por otra parte, bien merecía la atención solicitada. No tuve más remedio que pedir el original de los versos y escribir de mi puño y letra a título de contestación: "¡Como se pide!"

Dr. Augusto Vaccari

Banquete



Miembros del Centro Vitivinícola Nacional que se reunieron en un banquete de camaradería festejando el 21.º aniversario de la fundación de dicha entidad.



INSINUACIONES PARA FOMENTAR LA INDUSTRIA LECHERA

El porvenir se presenta risueño a los tamberos previsores

El último artículo llamaba la atención sobre la necesidad de las buenas vacas lecheras, y aconsejaba a los tamberos argentinos no descuidar este punto de tan vital importancia, a fin de obtener abundante provisión de leche y una buena cantidad de rica crema, que les permita fabricar y exportar excelente manteca. En términos inequívocos se puso de relieve cuán esencial era ello para mantener el "standard" de calidad, obtener buenos precios y sostener el prestigio de la industria argentina.

Hoy hemos de consagrar algunos comentarios a una nota dirigida por el ministro de Agricultura al vicepresidente del Centro Nacional de la Industria Lechera, en la que acusa recibo de la comunicación que le enviara dicha asociación reconociendo las ventajas de los nuevos métodos de preparación de la manteca, difundidos por los técnicos del Ministerio.

Entre otras, el Ministerio expresa la opinión de que es necesario estudiar las condiciones de producción de la crema y esforzarse por mejorar la calidad de los envíos a las fábricas.

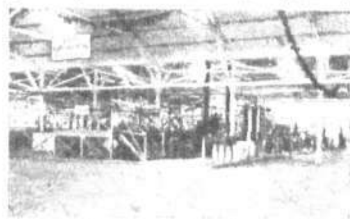
En tal sentido — dice el doctor Le Bretón, — el Ministerio ha desarrollado una campaña enérgica, distribuyendo instrucciones, que se hallan en una colección de impresos que acompaña la nota. También hace notar que en las principales exposiciones de vacunas lecheras, que se realizan anualmente en Palermo y en otros centros de la República, se ofrecen al estudio de los concurrentes modelos de tambos y aparatos modernos para el tratamiento de la leche. Los técnicos oficiales — añade el ministro de referencia — se han preocupado y siguen preocupándose de indicar las reformas necesarias y señalar las mejoras susceptibles de beneficiar a cuantos se interesan en la industria lechera.

Sería ocioso y hasta injusto negar que han prestado buenos servicios en tal sentido, pero nadie desconocerá que todavía resta mucho por hacer. Es preciso difundir más extensa y cuidadosamente folletos descriptivos, redactados por especialistas en la materia, en los que se destaque el valor de estas exposiciones y los beneficios que reporta una visita personal, ya que ésta entraña un estudio detenido de las distintas razas de vacas lecheras, del rendimiento de leche de cada una, así como las subsiguientes comparaciones barométricas, sin contar las oportunidades que brindan dichos certámenes de examinar los últimos modelos de maquinaria y aparatos para tamberos.

Conviene asimismo llamar la atención de los tamberos al hecho de que muchos establecimientos comerciales envían a la exposición técnicos competentes para demostrar y explicar al público el funcionamiento y ventajas de la maquinaria expuesta.

Así se contribuiría a aumentar la concurrencia. Una vez que se empiece a comprender que estos concursos no son para estancieros ricos, sino especialmente para los tamberos, se conquistará el interés de los pequeños terratenientes y de las personas que consagran su actividad a la industria lechera.

Gracias a los esfuerzos de la Sociedad Rural Argentina y de las instituciones congéneres de provincias, las administraciones de varios ferrocarriles ofrecen boletos de excursión a precios especiales, de manera que pueda asistir al certamen mayor número de personas; pero cabe hacer algo más para atraer al terrateniente. Por ejemplo, tratándose de la exposición de Palermo, podría nombrarse una comisión especial, ya sea por la Sociedad Rural o por el ministerio de Agricultura, a quien se encomendaría la tarea de convenir, con los dueños de hoteles y casas de pensión, tarifas reducidas para el alojamiento de los concurrentes al torneo y tomar las providencias del caso, a fin de que los visitantes sean recibidos cordialmente en el local de la exposición.



Una instalación oficial de maquinaria y aparatos modernos para el tratamiento de leche, hecha por la Sociedad Rural Argentina en una exposición lechera, en Palermo.

En más de una oportunidad, el que suscribe ha observado a un grupo de terratenientes examinando con interés el funcionamiento de la maquinaria y aparatos expuestos, pero demasiado tímidos para solicitar informes. Triste es confesar también que muchas veces, aquellos que se han aventurado a aproximarse un tanto a esa maquinaria para estudiarla mejor, se han visto obligados a retirarse por indicación de algún empleado de la Sociedad Rural.

Una comisión de individuos competentes y afables, ayudaría en gran manera a los visitantes a obtener los datos necesarios; y cuando el tambero se haya persuadido de que su progreso y bienestar merecen los solícitos cuidados de la comisión, estará dispuesto a escuchar sus insinuaciones y a reconocer la sinceridad de la "bienvenida" que le brinda la institución organizadora del certamen o el ministerio de Agricultura, según sea el caso.

Importa hacer saber al tambero y al chacarero que el acertado cuidado de las vacas y el cultivo intenso del suelo se traducen en mayores beneficios. Cuando se le haya inculcado estos hechos, el buen éxito de la industria estará descontado.

Volviendo a la nota del doctor Le Bretón, es evidente que el ministerio de Agricultura ofrece acertadas indicaciones. Después de referirse a las ventajas que reportaría al tambero el proyecto de colonización, manifiesta que "una obra de franca colaboración entre tamberos y fabricantes" prestará eficacia a la acción oficial. Pero es necesario, añade, que los beneficios que se obtengan con la elaboración de buena manteca se distribuyan equitativamente entre "el buen tambero y el buen fabricante". Nada más cierto.

Nadie negará "que el tambero, que trabaja cuidadosamente en una labor ruda en el campo debe lograr la razonable compensación de su esfuerzo, y si las fábricas gradúan a conciencia el pago de las cremas según calidades", se alcanzará más rápidamente la obra de perfección de la industria, merced "a las ventajas del prestigio que rodeará a nuestra producción en los grandes centros de consumo".

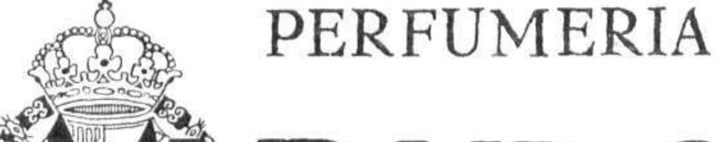
Y ahora, a guisa de conclusión, citemos algunas cifras y datos contenidos en un estudio del doctor C. N. Larson, jefe del departamento de lechería del ministerio de Agricultura de Estados Unidos. Este egregio especialista demuestra en su informe que, en 1924, en Estados Unidos se ordeñaron 533.000 vacas más que en 1923; que el valor de los productos de lechería representó un total de 2.568.000.000 de dólares; que se elaboraron 1.045.000.000 de libras de manteca y 312.000.000 de libras de queso; que las exportaciones de manteca acusan un aumento de 120 millones de libras. Por otra parte, hace resaltar que Gran Bretaña adquirió, en 1924, un total que representa 17.000.000 de libras de manteca más que el año anterior; mientras que Alemania compró, en el mismo año, 114.000.000 más de libras de manteca que en 1923. Señala, además, que es halagador el consumo de productos de lechería en todo el mundo, sobre todo en Inglaterra, pues en este último país duplicóse el consumo de helados de crema en 1924. Todo esto demuestra, concluye el doctor Larson, la importancia de aumentar la producción lechera por vaca, a la vez que descubre un hermoso porvenir para el productor que se esmere en la selección de su rebaño tambero.

Las observaciones del experto jefe del departamento de lechería del ministerio de Agricultura estadounidense, confirma los puntos de vista expuestos por el que suscribe en artículos anteriores, y encierran un estímulo para el tambero previsor.

GMO. ST. J. PETERS.

De Mar del Plata

Aspecto de la sala del teatro Odeón durante la conferencia del presidente de la Liga Argentina de Profilaxis Social, doctor Fernández Verano.



PERFUMERIA

MYRURGIA

España

PROVEEDOR DE LA REAL CASA



ORGIA

Encantador perfume de gran lujo que encierra los amables encantos de la flor seleccionada. Su aroma delicado atrae y subyuga.

LOCION

EXTRACTO

JABON

NUEVA CREACION

El grandioso éxito que ha conseguido el NUEVO MODELO REDONDO de las cajas de polvos de nuestras marcas

ORGIA y GOYESCA

es debido a su fácil adherencia y al delicado perfume que poseen.

Precio de venta al público $ 2.00 la caja.

AUTO - MOTO - AVIACION

Comentando la quincena

En su faz puramente deportiva pocas novedades nos ofrece el ambiente del automovilismo deportivo, digno de merecer este comentario quincenal. Es que las carreras han pasado a cosas un poco olvidadas después de los desgraciados percances de Córdoba y Coronel Suárez, sucediendo lo que ya preveíamos en nuestros anteriores artículos.

Pero esta situación no ha de durar por mucho tiempo. Ya se habla con insistencia sobre la necesidad de dar mayor impulso a la manifestación deportiva de nuestro automovilismo, uno de los medios más eficaces de mantener latente en el público, el interés por el moderno medio de transporte. Y es justamente el Automóvil Club Argentino, esa prestigiosa entidad que rige los destinos del automóvil en la Argentina, la primera en acudir a destruir este marasmo momentáneo.

El segundo circuito de otoño, para cuya disputa se elige un circuito especial, y en condiciones de ofrecer más amplias seguridades que el de Morón a los "tigres" que han de participar de esta ya clásica prueba del país. Y tras el circuito de otoño vendrá el cuarto circuito La Plata, que auspicia el Automóvil Club de aquella ciudad, para mediados de septiembre próximo.

—

En cuanto a la faz motociclista, deporte que abarca también esta página, debemos confesar que la "reina de la carretera" atraviesa en estos instantes por un momento de crisis semejante a aquellos años de la guerra. Y a no mediar una acción eficaz de las dos entidades que dirigen el deporte entre nosotros, el Moto Club Argentino y el Club Motociclista Nacional, corre el riesgo de caer en la indiferencia más absoluta. Lástima grande que las carreras en pequeñas bicicletas a motor, que tuvieron tan brillante iniciación en el parque 3 de Febrero, no se multipliquen como se esperaba.

—

En aviación tenemos la novedad de los "raids" de Buenos Aires a La Paz (Bolivia), que ha organizado el Aero Club Argentino, en ocasión del centenario de la nación amiga.

Después... el proyectado vuelo Buenos Aires-Nueva York o viceversa que se organiza silenciosa, pero eficazmente, a cargo de nuestro valiente piloto Guillermo Hillcoat, el "gaucho relámpago", que no hace mucho nos asombrara con su magnífico vuelo Buenos Aires-Lima. Hillcoat se propone hacer su vuelo en un avión Curtiss, de gran radio de acción que informes fidedignos nos permiten asegurar será puesto a su disposición por la casa Curtiss, de Nueva York, de acuerdo a conversaciones tenidas últimamente con uno de los dirigentes de aquella entidad que nos visitara en jira de estudio e inspección.

Consejos útiles

La unidad nacional que robustece la letra y el espíritu de las instituciones federales nunca puede ser tan íntima, coherente e indestructible, si faltan caminos que pongan en directo o indirecto contacto a todos los estados de una federación.

He aquí la razón por que nuestro sistema federal no ha alcanzado, como en Estados Unidos, el grado de perfección que concibieron y soñaron los que redactaron la constitución nacional.

—

Nunca se debe usar gasolina para limpiar la tapicería del coche. Para quitar la grasa úsese agua con *un poco de amoníaco; todo lo necesario para conservar la tapicería en perfecta condición consiste en sacudirla de vez en cuando.*

Ecos de un importante "raid" *automovilista*

Hace poco finalizaron en esta capital un interesante "raid" de observación y estudio, los señores coronel Moret y doctores Raúl L. y Enrique Moret, quienes saliendo de Buenos Aires pasaron por Mendoza, de allí a San Juan por caminos desconocidos de la cordillera andina, prosiguiendo luego hacia La Rioja, Catamarca, Córdoba y de vuelta a Buenos Aires pasando por Santa Fe.

Este viaje ha sido considerado como uno de los más importantes llevados a cabo en automóvil, no sólo por la distancia recorrida, sino también por los móviles que inspiraron dicho viaje.

Los mismos caballeros proyectan otra excursión de Buenos Aires a Montevideo, pasando por Paso de los Libres al Brasil y luego por Colonia a la capital uruguaya.

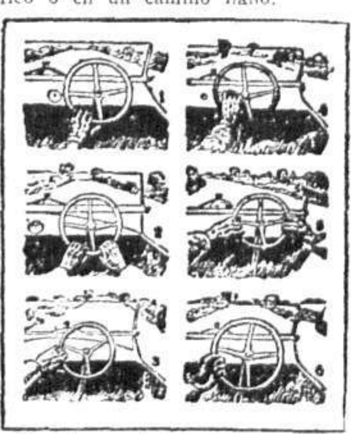


Un hermoso paisaje de La Rioja, en que puede apreciarse un trecho del camino de *Sierra de Velazco, que fué salvada por los entusiastas excursionistas.*

La forma de empuñar un volante

No es una novedad decir que hay maneras, más o menos correctas, de empuñar el volante de un automóvil.

Y esa forma depende de la clase de viaje que se haga, si se corre o no, si se viaja entre mucho tráfico o en un camino llano.



Una forma defectuosa es, a simple vista, la de la figura 5, que quita seguridad cuando se ha de distraer una mano en el cambio de velocidad o en el freno. Buenas formas son las de las figuras 1, 2 y 4, siendo, si no malas, regulares, las restantes.

Recalentamiento del motor

La vida de un motor depende de su buen funcionamiento, y éste, en gran parte, de la forma en que enfríe la máquina. He aquí siete causas de recalentamiento que pueden constituir una guía valiosa para el aficionado novicio.

1.ª — La correa del ventilador floja, reduce la velocidad del mismo y provoca un mal enfriamiento del agua.

2.ª — El carbón, en la superficie del cilindro, es contrario enfriamiento.

3.ª — El mal funcionamiento de las válvulas produce el recalentamiento de los cilindros.

4.ª — La mala mezcla y un embrague que resbala, produce también el recalentamiento.

5.ª — La chispa retardada es contraria a un buen funcionamiento.

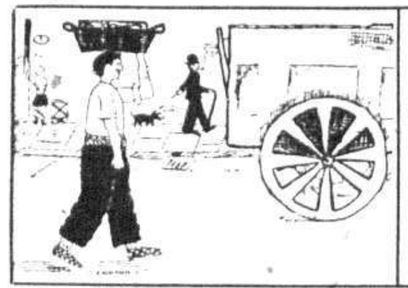
6.ª — El exceso de peso produce una deformación del chassis y causa el recalentamiento por una fricción defectuosa.

7.ª — La abundante circulación de agua y aceite es imprescindible para evitar el recalentamiento y todos sus perjuicios.




CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



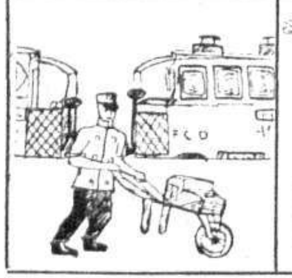
2040. — El que recoge la basura en mi cuadra. — *Edmundo F. Catalano.*



2041. — Ochoa hace un goal. — *Carlos Loperena Vernet.*



2042. — Mamá comprando CARAS Y CARETAS. — *Arminda Gálvez.*



2043. — El de la estación. — *Obdulio B. Giudici.*



2044. — Una visita tomando mate. — *Vicente Cervio.*



2045. — La chacra. — *Justina Launay.*

De los dibujos publicados durante el mes de Junio han sido premiados los siguientes números: 1994 - 1995 - 1996 - 1997 - 1998 - 1999 - 2000 - 2001 - 2002 - 2005 - 2006 - 2007 - 2008 - 2009 - 2010 - 2012 - 2013 - 2015 - 2016.

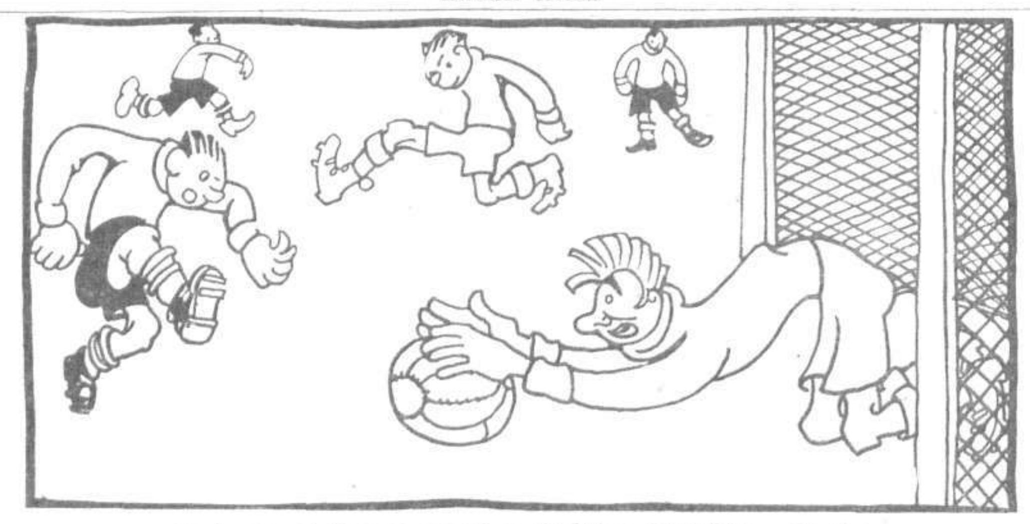

Desgano, dolores de cabeza continuados,
acompañados de un decaimiento general son síntomas precisos, conjuntamente con pequeñas erupciones en la piel, del extreñimiento, el mal que se cura con
LEVADURA DE FRUTAS
GIBSON
Un laxante de frutas frescas que siempre hace bien.
Pídanos folletos ilustrativos.
FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON
DEFENSA, 192 — BUENOS AIRES
Unica Sucursal: FLORIDA, 159, Pasaje Güemes

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 120

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo de Concurso N.° 119 han correspondido a los firmantes que a continuación se expresan:

Ariganello, Antonio.
Attademo, Alberto Jorge.
Arijon, Elisa.
Angelucci, Silvio.
Andino, Nélida R.
Arteaga, Beatriz.
Amaro, Eduardo.
Battistessa, Mari Horacio.
Brun, José.
Babino, Roberto Edgardo.
Benadeva, Luisa.
Borgonouvo, Alberto.
Blériot, Juliette.
Britos, Nelly D.
Ballester, Amelia.
Bricchetto, Raúl.
Baratti, Isabel F.
Benaglia, Enrique A.
Barraza, Panchito V.
Bajo, Catalina Rodríguez.
Bruno, Francisco.
Bavio, M. Felisa.
Carbone, Jorge A.
Carelli, Amelia.
Copitman, Saúl.
Carabelli, Tery.
Cortina, Dalmira Del Mar.
Candelero, Margarita.
Concado, Elisa Valentina.
Casanova, Roberto.
Caperelli, Blanca Iris E.
Canale, Carlos A.
Coletta, José Raúl.
Correa, María Julia.
Corino, José.
Catenaccio, Adela.
Cobo, María.
Cirigliano, Mare.
Cosentino, Alfredo.
Cabib, María Luisa.
Duarte, José.
Del Yerro, Manuel.
Durán, Luis.
Escobar, María A.
Fontana, Inés.
Ferrer, Conradito.
Giménez, Luisito F.
Gómez, Celmira.
Gondini, Zulema A.
Gamberale, Adrián.
González, Lolita.
Guisasola, Zunilda.
Galcerán, Eduardo Y.
Kay, Sara Inés.
Krause, Elisa.
Levin, Pablo.
Locastro, José.
Libardi, Atilio R.
Mar, Nicolás.
Manelli, Clotilde.
Manetti, Luis Alberto.
Méndez, Florial.
Montes, María.
Mondaini, Dora.
Molina, Rosita.
Martinoli, María Mercedes.
Mutis, Nélida.
Murúa, Miguel.
Morri, Horacio.
Moreno, René.
Ocampo, Enrique Frías.
Ortiz, Vicente.
Olivetto, Angelita.
Oyarzábal, Carlos.
Ortlieb, Evelyna.
Podestá, Carlos.
Piedeferri, Jorgelina M.
Perales, Cotita Raquel.
Palazzolo, Cayetano.
Pasteur, Lulú Maggio.
Pons, Oscar.
Quiroga, Elba.
Rocco, Dina E.
Ricaldone, Florinda.
Roig, Rosa J.
Romanello, Santos.
Rezzia, María E.
Saumench, Antonio.
Sansi, Francisco.
Sckell, Antonio.
Torrado, Carmen.
Testa, María Luisa.
Varela, Carlitos Alberto.
Valentino, María.
Villarreal, Alicia.
Vida, Luisa M.
Wherber, Violeta Isabel.
Wilkinson, Elenita.
Wheler, Violeta S.
Zuccolo, Mario.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 4 y 5 de agosto, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.

EN LA PATRIA DEL ENORME "EMBUVÚ"

(EL HIPOPOTAMO)



N río de aguas silenciosas y de bajas riberas. Algunos islotes donde crecen altos juncos y papiros. Más allá, la planicie encenagada que entrecortan algunos bosques espesos y que limitan las montañas alzadas en el horizonte.

Henos, pues, en la patria del bicho extraordinario y pintoresco que los naturales llaman *Embuvú* sin preocuparse nada si todos los sabios rechazan ese nombre para designarlo con el no menos majestático e importante de *Hipopótamus amphibius*.

Es un animal enorme, no tanto por su altura que no excede siquiera de un metro cuarenta centímetros, debido a la brevedad de sus piernas, sino por su longitud, que en algunos individuos llega a cinco metros, y por su formidable peso, que llega a ser mayor de cuatro toneladas.

Más tal vez que las otras bestias que se encuentran en el Africa central, el hipopótamo representa a nuestros ojos el tipo de esos monstruos antediluvianos retardados en nuestra época y que están condenados a desaparecer porque no están ya en armonía con el mundo actual.

Ese es su destino inminente. Bestia que vivía en Inglaterra y en Francia en las épocas terciaria y pleistócena, extendiéndose hasta la India y Java, hoy sólo le encuentran en Africa los viajeros curiosos y los cazadores temerarios. Mas en el Africa misma el dominio del hipopótamo se ha reducido bastante. En el siglo XVII se le encontraba en el Egipto y era común en el Cabo cuando los holandeses se instalaron allí. Pero hoy únicamente se le encuentra en el centro del misterioso continente negro.

El hipopótamo es, por tanto, un animal inofensivo y hasta útil, porque limpia los ríos de vegetaciones superfluas que los obstruyen. Pero se le ha dado caza tenaz y constante para despojarlo de su marfil, de su cuero, de su grasa. Por el mero placer de matarlo, también se le ha perseguido. Afortunadamente para el animal, su *habitación*, particularmente inaccesible, le protegerá un tiempo todavía.

Hay que advertir que desde que el Africa fué repartida entre naciones civilizadas, se han dictado leyes tendientes a evitar las matanzas inútiles, y gracias a esas leyes los ríos africanos no perderán pronto, según la palabra de un notable viajero, el señor Selous, "una de sus más grandes seducciones y su principal ornamento".

Ornamento, seducción. Los viajeros aprueban esos calificativos y comparten la opinión del expresado cazador. Desde luego, esos epítetos están empleados de una manera un poco hipotética... Porque el aspecto físico del hipopótamo está reñido con semejantes bellos adjetivos.

Ese aspecto es, en efecto, extraordinario y — confesémoslo con toda simpatía — francamente horrible.



Un cuerpo cilíndrico de color sucio y de piel viscosa, que presenta gruesos pliegues de carne desagradablemente sudorosa. Un vientre que toca, o casi, el suelo; una cola corta y aplastada terminada en pelos que semejan alambres; patas menos largas que las de un perro, pero anchas como troncos de árbol y terminadas en pies enormes de cuatro dedos iguales; una cintura de tres metros cincuenta, y para coronar todo eso, una cabezota pesada con ojos salidos como de sapo, faltos de toda expresión, una bocaza formidable, cuyo labio inferior es una monstruosidad pendiente y que se abre para poder dar cabida a una barrica de doscientos veinte litros. Los dientes llegan hasta una longitud de setenta y cinco centímetros, pesando cada uno tres kilogramos...

Tal es el personaje que apenas tiene una lejanísima semejanza con las "tímidas gacelas".

Durante el día ese monstruo vive en el agua que es su principal elemento y en la cual se mete con gran facilidad, todo lo contrario que para moverse en tierra, donde ello le cuesta gran trabajo. Siendo muy sociable, reúnese en manadas de diez ejemplares casi siempre. Actualmente es raro encontrarlo en grandes grupos, como fué dado verlo al príncipe sueco durante un viaje cinegético que realizara por el Africa.

Los hipopótamos viajan muy poco. Permanecen generalmente en los sitios hasta que hayan devorado todas las plantas que allí crezcan. ¡Después se van en busca de nueva fortuna!

Los alimentos de estos animales se componen de juncos, de nelumbos, de nenúfares. En una palabra: de cuantas plantas acuáticas encuentren. Huelga decir que consumen cantidades considerables.

Como acabamos de decirlo, el agua constituye el elemento favorito del hipopótamo. Nada muy bien, se consume, juguetea y hasta duerme. Gracias a las narices que se cierran herméticamente y a la capacidad de los pulmones, puede zambullirse durante varios minutos, al cabo de los cuales se le ve reaparecer a una gran distancia porque nada con la velocidad de un buen remero. Durante los reposos duerme no dejando emerger sino una parte de la testa, y manteniéndose ayudado por un movimiento ligero de las patas. Las hembras nadan llevando la cría sobre el espinzo y la alimentan sin salir del agua.

Puede decirse que no salen del agua hasta por la noche, yendo en busca de vegetación en las cercanías, en cuyo caso hacen a veces verdaderas hecatombes cuando se trata de plantaciones de los indígenas. A pesar de la masa enorme de nuestro animal, cuando se trata de buscar alimentos es capaz de subir las cuestas más escarpadas y los desfiladeros más lisos donde un hombre no podría circular sin apoyo.

Es fácil encontrar las pistas de los hipopótamos, pues los arbustos que destruyen y devoran van marcando el camino. Los rastros que dejan sus patas marcan también la senda por donde se les debe perseguir.

Problema de palabras cruzadas

Por LOPERENA VERNET (Ciudad)

Número 10

■	1	2	3	4	5	6		■
7	■	8					■	9
10	11	■	12			■	13	
14		15	■		■	16		
17				■	18			
19			■	20	■	21		
22		■	23		24	■	25	
	■	26				27	■	
■	28							■

Solución en el próximo número

HORIZONTALES

1. Magistrado romano.
8. Magistrado de la antigua Esparta.
10. Dativo de un pronombre personal.
12. Prefijo griego que significa sobre.
13. Nota.
14. Tiempo de verbo.
16. Preposición negativa.
17. Célebre general español (1814 a 1870).
18. Animal.
19. Preposición.
21. Hogar.
22. Diptongo.
23. Verbo.
25. Conjunción condicional.
26. Tiempo de verbo.
28. Cuidador.

VERTICALES

2. Diptongo.
3. Nombre de una letra.
4. Alimento diario.
5. Prefijo latino.
6. Vocales (iguales).
7. Figura de lenguaje.
9. Inferioridad en número.
11. Beodo.
13. De donde se extraen minerales.
15. Río de Francia.
16. Moneda del Perú.
20. En los panales.
23. Depravado.
24. Se utiliza para cazar.
26. Bebida.
27. Interjección.

EXPLICACION

Cada cifra indica el principio de una palabra, anotándose en las referencias si ésta debe leerse vertical u horizontalmente, correspondiendo una letra por cuadro. Las palabras terminan en el borde o en las casillas blancas inmediatas a las negras.

Si en una línea horizontal o vertical se hallan varias cifras, debe tomarse como punto de partida, en las horizontales la primera cifra de la izquierda *y en las verticales la primera de* arriba hacia abajo, sin tener en cuenta para nada las intermedias, que significan el punto de partida de otras tantas palabras en diferente dirección.

Solución del No. 9

A NUESTROS LECTORES

Insertaremos las "palabras cruzadas" que se nos remitan, previa revisación y correcciones necesarias, sin más derecho que a la publicación.

Es imprescindible que los colaboradores envíen la solución correspondiente, mencionando las referencias, a fin de facilitar el control.

En cuanto al tamaño y dificultad, siempre que sean correctas, se publicarán.

DESDE EL MIRADOR

¡BIEN POR BERLIN!

Nótase un desperezamiento de buen augurio en algunos sectores, diremos, del servicio consular de la República. A no dudarlo, era ya hora de que ello se produjera en un servicio nacional de semejante importancia.

La alta prensa argentina, organismo de capacidades cada día más poderosas, que se adelanta siempre marcando los mejores derroteros en la marcha progresiva de la Nación, habló muchas veces de la labor que deben desarrollar los cónsules. Pero, a despecho de la claridad, de la oportunidad y de la importancia del asunto, relegóse su consideración en los centros administrativos, y poco o nada mejoró el servicio consular.

Sin embargo, las ideas exteriorizadas por las grandes publicaciones periódicas no cayeron en surcos estériles, y hoy tenemos detalles que lo prueban.

Han llegado noticias de que nuestro cónsul establecido en la capital de la grande y laboriosa república germana ha ocupado una cátedra, desde la que explicará "Ejercicios económicos sobre la República Argentina".

La idea, como se ve, no puede ser mejor, sobre todo llevada a la práctica, según parece haberlo hecho nuestro representante consular en Berlín.

Ahora, cabe esperar con lógica que dicha práctica se extienda por el mundo civilizado, con el que la Argentina tiene cada vez más vínculos de todo linaje.

Sobrará decir que para que un funcionario consular, esto es, un representante oficial de las fuerzas económicas y productoras del país, pueda desempeñar eficazmente su cometido, deberá tener la capacidad necesaria, que no puede improvisarse, pues ella es fruto del estudio y de la preparación.

Al respecto, hay que formular votos a fin de que los proyectos de reforma y de organización consulares que se deberán al diputado Diego Luis Molinari, entren pronto en vigencia legal.

POCKER DE PRINCIPES...

Cada presidencia distínguese por rasgos, detalles o hechos significativos suscitados por la voluntad o la personalidad del mandatario. Hay en nuestra patria, esto es, en la historia de sus presidencias, figuras epónimas para quienes crece, día por día, la reverencia pública. Lo cual está muy en abono de nuestra conciencia cívica.

Cada superior magistrado deja, por tanto, algo característico y propio en la escena gubernamental y en los anales del país. Desde luego, el estudio y el examen de cada época o período no deben hacerse muy de cerca. Es preciso que el tiempo, depurador y fijador, realice su obra ecuánime, llevando al pensamiento colectivo su fallo inapelable.

Por eso no vamos a entrar en el análisis de los rasgos que han dado carácter a cada una de las presidencias recientes. Queremos sólo limitarnos a consignar ligero comentario sobre unos de los hechos que distinguirán la presidencia del doctor de Alvear: las visitas de los futuros soberanos de varias de las naciones más ilustres de la tierra. Ayer fué la del príncipe Humberto de Saboya; dentro de pocos días, la del Príncipe de Gales; después — según se barrunta — recibiremos al heredero de Bélgica y, acaso, al Príncipe de Asturias.

El doctor de Alvear no saldrá de la presidencia sin haber hecho un maravilloso "pocker" de príncipes.

DOS BIENVENIDOS MAS

Se intensifica la corriente de hombres de arte y de ciencia que vienen o piensan venir a Buenos Aires. Ello es la más palmaria demostración de que nuestra metrópoli dilata rápidamente sus prestigios de gran centro en todos los ámbitos de la cultura.

Nada nos sería más grato que las visitas de los pensadores por quienes el espíritu de nuestros conciudadanos tiene inteligente deferencia. Nuestra ciudad sabe acogerlos y darles la sensación de que los comprende.

Interpretando, pues, el sentimiento público y muy en particular el de nuestras clases estudiosas y dirigentes, saludamos a los profesores franceses Alejandro Moret y Nicolás Demogué, llegados recientemente. El derecho civil y el arte y la historia orientales tienen dos esclarecidos intérpretes en los señores Demogué y Moret, los nuevos bienvenidos.

LAS ACERAS CIEGAS

Este es un detalle sobre el que precisa insistir, pues las veredas condenadas, lejos de disminuir, aumentan de un modo extraordinario. ¿Por qué? Antes que todo, porque las ordenanzas respectivas no se cumplen, ni mucho menos. ¡Nadie se preocupa del Buenos Aires que camina en este imperio del tráfico rodado!...

LOS RASCACIELOS

Ha recrudecido, según muchos rumores y proyectos, la pasión nueva de construir rascacielos en esta gran capital — hermana legítima de París, la armónica, la arquitectónicamente genial y preciosa.

¡Nada! Los rascacielistas olvídanse de nuestro linaje y dispónense a imitar a ciudades que crecen para arriba, sencillamente por imposibilidad material de expandirse de otra manera.

Mas esperamos que nuestros cultos ediles no olviden la estética ni crean que estamos en *Manhattan Island*...

EDUARDO ENCINA

De General Alvear



Grupo de familias que concurrió al pic-nic realizado en honor del señor Pedro J. Vicondoa con motivo de su reciente designación de director de la escuela nacional número 161.



Sr. Pedro J. Vicondoa.

COMO EN EL CINE

Comunican de Nueva York:

"Después de haber bebido tres rondas de *whisky*, de contrabando, el maquinista José Anderson, al pasar cerca del puerto de Brooklyn, vió que una locomotora con presión se hallaba sin vigilancia y en una vía muerta; y pensando, sin duda, que entraba en el servicio, trepó sobre la máquina y abrió el regulador.

"Excusado es decir que se puso en marcha, tomó una línea principal y adquirió la velocidad consiguiente.

"Anderson avanzó entonces la palanca y saltó a tierra. Levantóse magullado y casi *limpio*, por efecto de la impresión, y apeló a la fuga; pero un guardia le fué a los alcances y no tardó en dar con él.

"Mientras tanto, otro policía apostóse con un automóvil cerca de la vía, y cuando pasó la locomotora a unos cuarenta kilómetros de velocidad, trató de saltar sobre el ténder. No pudo conseguirlo y cayó al suelo.

"La máquina continuó su loca carrera, hasta que un guardaagujas, prevenido por teléfono, la encaminó a otra vía muerta. Como marchaba ya a unos ochenta kilómetros, se estrelló cual un bólido sobre los topes de mampostería."

CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Direccion: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del corriente año	40 »	Número atrasado del corriente año	50 »		

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año .... $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR

De Moreno



Señoritas y jóvenes que asistieron al baile organizado con brillante éxito por el Club "Mariano Moreno".

UNA GRAN VERDAD

Se ha notado con frecuencia que los períodos de guerra y de revolución son seguidos de una recrudescencia de atentados, como si los trastornos públicos prolongasen su reacción en las sensibilidades privadas. Este fenómeno se explica muy sencillamente. La gente ha oído hablar con tanta frecuencia de episodios trágicos, de violencias, de desgracias, de muertes, que su imaginación se ha habituado a considerar, como naturales, hechos y gestos tan excepcionales en otras circunstancias que parecerían monstruosos. Aun las mujeres muy protegidas por su educación y su medio ambiente contra semejante contagio, no pueden substraerse a ello enteramente.

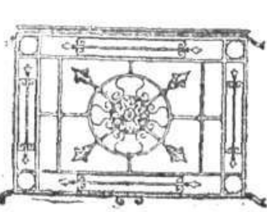
Paul Bourget.

GALPONES, TINGLADOS, CHALETS, CASILLAS, PUERTAS Y VENTANAS

Datos que entresacamos de nuestros catálogos.

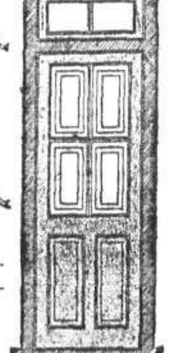


BONITO CHALET de dos habitaciones, y galería, desmontable, pesos.................... $ **1.250.-**
Esqueleto tea, bases de quebracho, pared y piso pino spruce.
Todo en tea.................... $ **1.700**



N.° 50

BALCON de 1.20×0.90 $ 40.—
El mismo, con escuadra, » 45.—

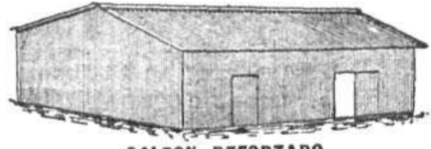


N.° 21 A

	Cedro	Ptea
2.60×75	$ 54.—	50.—
2.40×72	» 52.—	48.—

VENTANA N.° 17

	Cedro	P/tea
2×1	$ 60.—	54.—
1.80×1	» 58.—	50.—
1.50×75	» 40.—	35.—
1.20×75	» 36.—	32.—



GALPON REFORZADO

de	4×4×2.40	$	350
»	4×8×2.40	»	660
»	6×8×3.00	»	1.290
»	6×16×3.00	»	1.950
de	7×16×4.00	$	2.400
»	8×16×4.00	»	2.650
»	10×20×4.00	»	4.000

Esqueleto pino tea, bases de quebracho y chapa inglesa.

Pida catálogo. Visite nuestra exposición.

GOROSTEGUI Hnos.

BRASIL, 912. - U. T. 3079, Buen Orden.

El hermoso sonrosado de su rostro será un hecho si persiste constantemente en el uso del finísimo y ricamente perfumado

POLVO GRASOSO

Brissac

PERFUMERIA
Aubert

J. Newbery 3443 - 55 Bs. Aires

Poudre Grasse Brissac
POLVO GRASOSO BRISSAC
BRISSAC
PARFUMERIE

GARCIA

RADIOTELEFONÍA

LAS LÁMPARAS DE DOBLE REJA O TETRODOS

III. UN RECEPTOR FÁCILMENTE TRANSFORMABLE



Son aún muy contados los aficionados que experimenten con la válvula de doble reja. En parte, esto se debe a que la mayoría encuentra prácticas y económicas las lámparas le consumo reducido. Indudablemente el tetrodo no puede substituir las lámparas ya en uso, más aun si se considera que debe emplearse con circuitos y receptores construidos ex-profeso; pero abre un vasto campo al verdadero aficionado, al experimentador ansioso de novedades y mejoras. Además se presta admirablemente para armar receptores portátiles o en las estancias alejadas de los grandes centros donde difícilmente pueden conseguirse repuestos para las baterías de alta tensión.

En el artículo anterior hemos estudiado un circuito muy sencillo y de excelente rendimiento, comparable con el regenerativo directo; hoy veremos un circuito más perfecto, fácilmente transformable en receptor a cuadro o en superregenerativo y cuya reacción se controla mediante un condensador variable, en lugar del reostato empleado en el circuito anterior.

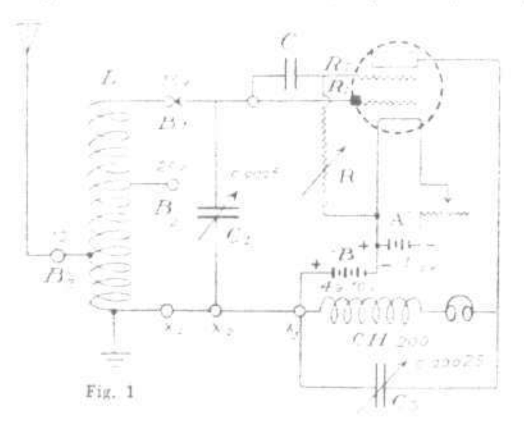


Fig. 1

El esquema de las conexiones es el de la figura 1; el bobinado L consiste en 35 espiras de alambre de cobre de 0.7 mm. de diámetro forrado con dos capas de algodón, sobre un tubo de 7 cm. de diámetro por 6 cm. de longitud.

Se harán dos derivaciones B3 a las 10 espiras y B2 a las 25; el final del bobinado va al borne B1.

El clock de alta frecuencia CH tendrá 200 vueltas de alambre de 0,3 mm. D. C. A. bobinado sobre un tubo de 4 cm. de diámetro por 7 a 8 cm. de longitud. Puede substituirse por un honey-comb de igual número de espiras.

Los valores de los condensadores son los siguientes: C1 será del tipo de pocas pérdidas, de 21 chapas, es decir, de 0,0005 MF.

En los ensayos se ha empleado un Cardwel con buenísimos resultados, pues el valor de su capacidad mínima permite obtener una gran variación de longitud de onda, sin reducir el valor del bobinado. C3 puede ser también de pocas pérdidas; su capacidad mínima es también muy importante; el tipo de 13 a 15 chapas, o sea, de 0,00025 MF, conviene especialmente. Este condensador permite variar la reacción; al encender la válvula conviene dejarlo al máximo de capacidad y llevar la corriente del filamento hasta el punto en que el circuito oscile bien para cualquier valor de C1. Al sintenizar bastará disminuir la capacidad de C3 para obtener el grado de reacción deseado. El condensador de reja C2 tendrá dieléctrico de mica y su capacidad será de 0.00025 M F.

La resistencia de reja (R) puede ser variable, entre 0,25 y 10 megohms, pero con una fija de 2 ½ se obtendrán buenos resultados. En caso de ser muy brusca la reacción, conviene disminuir el valor de la batería B o aumentar la corriente del filamento.

Con este circuito se puede reducir el valor de la batería "B" a 4 ½ volts y para la batería "A" del filamento, será suficiente un elemento de pila seca en serie con un reostato de 8 a 10 ohms, con o sin vernier. El consumo del filamento es de 0,15 amperes.

La reja R1 de las lámparas Philips B6 es la que corresponde al borne del culote; la reja R2, la placa y los enchufes del filamento tienen la misma disposición que los de las lámparas francesas.

Si se quiere emplear antena de cuadro, en lugar de la antena exterior, bastará conectarla en los bornes B1 y X1, eliminando por completo la bobina L. Con un cuadro de 80 cm. de lado, constituido por 6 espiras de alambre de cobre de 1 mm. espaciadas una de otra 2 cm. se pueden recibir transmisiones entre 150 y 450 metros de onda.

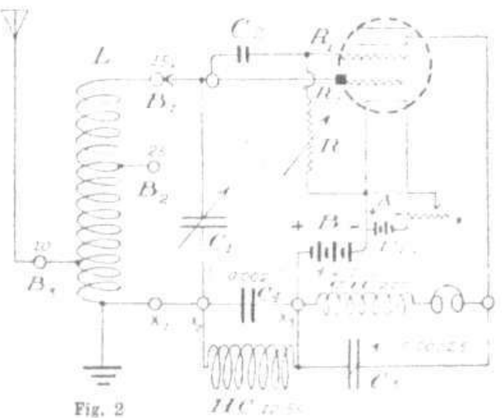


Fig. 2

Tanto el circuito para antena exterior como para antena de cuadro se pueden transformar rápidamente en superregenerativo; bastará intercalar entre los puntos X2 y X3 un condensador C4 (como muestra la figura número 2) de 0,002 MF., en paralelo con una bobina Honelcomb de 1.250 vueltas. El manejo del circuito no varía mayormente, pues las oscilaciones de frecuencia ultra-audibles, propias de la super-regeneración, se inician tan pronto el filamento llega a su régimen normal de funcionamiento.

Empleando este circuito con antena de cuadro se reciben las estaciones de Broadcasting tan fuerte como empleando antena detector y una etapa de audio frecuencia; para este súper (denominado también súper negadino") conviene emplear una resistencia de reja variable. Los valores del circuito son los indicados para el de la figura 1.

Jorge A. Duclout



N.º 1

Acertijo, por Victorio Volpi (ciudad)

Buscar tres calles en la ciudad de Buenos Aires, que contengan las cinco vocales, sin repetir ninguna.

N.º 2

Adivinanza, por Victorio Volpi (ciudad)

¿Cuándo es que 1.000 vale más de 1.000?

N.º 3

Intercalación, por Victorio Volpi (ciudad)

V TERMINO GEOGRAFICO E

N.º 4

Triángulo numérico, por Liliane Georgette Oitlieb (ciudad)

1 2 3 4 5	En él vivimos
1 2 4 5	Silencioso
4 2 5	Lo cantan dos
4 2	Nota musical
5	Vocal

N.º 5

Metátesis, por Liliane Georgette Oitlieb (ciudad)

1 2 3 4	Muchos ansian prolongarla
3 2 1 4	Lo fué la Patti

N.º 6

Comprimido, por Liliane Georgette Oitlieb (ciudad)


JO


N.º 7

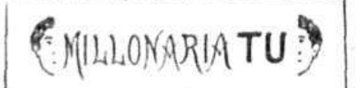
Tarjeta anagrama, por Liliane Georgette Oitlieb (ciudad)

NAO RUEDA JAC

Formar con las letras de esta tarjeta el nombre y apellido de una heroina famosa.

N.º 8

Intercalación comprimida, por «Maestrita» (Moreno, F. C. O.)



CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se *otorgarán cuatro* premios en la siguiente forma: dos a los lectores que *remitan mayor número* de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les *publique mayor número* de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.º En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.º Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.º Los juegos deben estar acompa*ñados de firma y domicilio aunque se* publiquen con seudónimo, como tam*bién de las soluciones correspondientes.*

4.º El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

A LOS SOLUCIONISTAS Y COLABORADORES

Toda serie de soluciones que se envíe debe acompañarse del cupón respectivo que se publica *al final de la sección.*

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es *sólo* para *los lectores de la capital*; pueden competir tambi n los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas. a quienes recomendamos para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos,

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», CARAS Y CARETAS, Chacabuco, N. 151.

Nota importante. — Los premios pueden retirarse cualquier día hábil en nuestra Administración, previa presentación de documentos que acrediten la identidad. Toda correspondencia que se relacione con la entrega de premios, debe dirigirse a nombre de la Administración y no al redactor de esta sección.

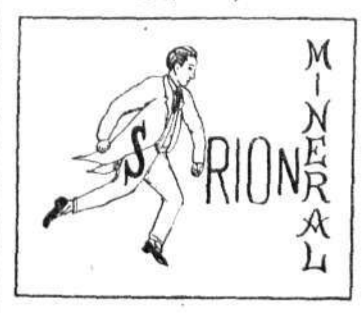
Concurso de julio. — Se reciben soluciones hasta el 14 de agosto, inclusive.

Concurso de agosto. — Se reciben soluciones hasta el 15 de septiembre, inclusive.

A los colaboradores. — Rogamos a los colaboradores tengan muy en cuenta las *condiciones* establecidas para participar en los concursos, pues nos llegan *colaboraciones* sin firma, que no pueden tomarse en consideración; re*cordamos también* la conveniencia que cada juego esté firmado al pie, hacién*dolo uno por uno* cuando se trate de una serie, dejando un pequeño espacio *entre aquél y la firma* y dirección.

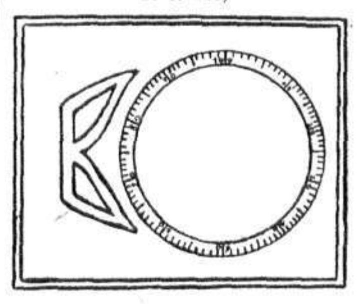
N.º 9

Comprimido, por «Maestrita» (Moreno, F. C. Oeste)



N.º 10

Comprimido, por Luis Centenari (La Plata, F. C. Sud)



N.º 11

Comprimido, por «Maestrita» (Moreno, F. C. Oeste)



N.º 12

Logogrifo-jeroglífico, por «Maestrita» (Moreno, F. C. O.)

PIEDRA

2 1 4 3

CONCURSO DE PASATIEMPOS
A OSTO DE 192_
CUPON

De Villa Urquiza




Con asistencia de numerosos fieles y dentro de solemnes contornos, realizóse la fista organizada en honor de la Virgen del Carmen, patrona de esta localidad.

EL OBRERO

Cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superioridades ficticias y caducas hayan volado en polvo vano, sólo quedará entre los hombres un título de superioridad o de igualdad aristocrática, y ese título será el del obrero.

Esta es una aristocracia imprescindible, porque el obrero, por definición, es el hombre que trabaja, es decir, la única especie de hombre que merece vivir.

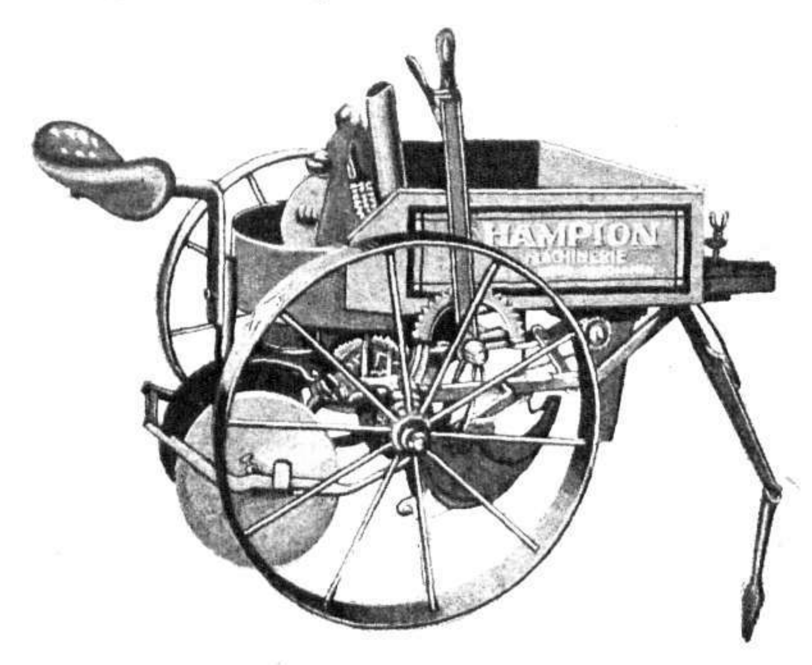
Quien de algún modo no es obrero, debe eliminarse de la masa del mundo, debe de dejar la luz del sol, y el alimento del aire y el jugo de la tierra para que gocen de ellos los que trabajan y producen; ya los que desenvuelven los dones del vellón, de la espiga o de la veta; ya los que cuecen con el fuego tenaz del pensamiento, el pan que nutre y fortifica el alma; todo gremio, toda colectividad profesional, tiene necesidad de asociarse, de unificarse, de adquirir personalidad cooperativa para pensar en el conjunto de los intereses sociales.

El trabajador aislado es el instrumento de fines ajenos, y el trabajador asociado es dueño y señor de su destino.

José Enrique Rodó.



La Sembradora de Papas
"O. K. CHAMPION"
constituye el orgullo de los cultivadores



Esta máquina abre el surco, planta las papas bien equidistantes, las cubre y marca la próxima hilera, con solo conducir regularmente los caballos y conservar siempre la tolva llena de papas.

Solamente los que la usan pueden apreciar la exactitud de su trabajo, que hace rendir al campo cosechas inesperadas.

La papa se reproduce en cantidad apreciable, debido a que la Sembradora de Papas "O. K. CHAMPION" la planta y cubre rápidamente con tierra húmeda, por medio de las tapadoras de discos.

Su construcción sencilla y sólida evita interrupciones en el trabajo.

Su precio es moderado en relación a los cuantiosos servicios que presta.

Le conviene a todo cultivador de papas conocer y adquirir una SEMBRADORA DE PAPAS MARCA "O. K. CHAMPION".

SOLICITEN CATALOGOS Y PRECIOS

HENRY W. PEABODY Y Cía.

AVENIDA DE MAYO, 1370 **BUENOS AIRES**

De Haedo



Componentes del cuadro filodramático que, bajo la dirección del joven aficionado señor Fastini, prestó su valioso concurso en el festival realizado a beneficio de la biblioteca social.

EL GESTO MÍO

Fulgura tal cantidad de estrellas esta noche, que me pregunto cómo puede haber en el cielo espacio para tanto lunar de oro. Tal vez por eso, a ratos, algunas se desprenden, quizás empujadas por las otras, que quieren sitio y cruzan la alta sombra como una larga dicha rubia. Yo no me canso de mirar el cielo esta noche. E inconsciente, cuando veo desprenderse una estrella, alargo la mano con la absurda pretensión de apresar a la vagabunda. ¡Ay! ¡Es un gesto muy mío este de tender siempre las manos hacia las cosas más imposibles!

JUANA DE IBARBOUROU.

De San Luis



El agrónomo regional señor Tomás Sisterna, explicando a los colonos la práctica de la selección mecánica de semillas, tarea que reporta palpables beneficios y en cuya divulgación la Dirección General de Enseñanza Agrícola realiza una intensa propaganda.

El PEOR ANIVERSARIO *de la* VIDA *de un* HOMBRE



ONVERSANDO un día con el coronel Róosevelt, hice mención de que se acercaba mi quincuagésimo aniversario.

—El peor de su vida—dijo.

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque no puede usted evitar el hecho de que cincuenta años hacen medio siglo, y porque no es probable que viva usted otro tanto de lo que ha vivido. En otros términos, tiene usted que darse cuenta de que ha transcurrido la mayor parte de su existencia.

—Pero ¿no teme usted el fin de la vida?

—No, por cierto—me contestó vivamente.—Ni pizca. He gozado mucho, aunque trabajando mucho. ¡El mundo es tan interesante!

Al cumplir los cincuenta años, encontré que era cierto lo que me había dicho el coronel Róosevelt. Sentí exactamente lo que él me pronosticara y lo que me imagino que siente todo el que llega a esta edad.

I

Es curioso observar al hombre cuando el calendario le advierte un día que la primera cifra de su edad ha cambiado de cuatro a cinco. Hay un algo psicológico que no le agrada en la enunciación del medio siglo. Sea ello el convencimiento de que la etapa recorrida es mayor que la que queda delante, como decía el coronel Róosevelt, o que la vanidad se siente herida por el hecho de no poder ya contarse entre el elemento joven, lo cierto es que el quincuagésimo aniversario es muy desagradable. Inevitablemente comienza uno a tomar inventario de sí mismo, y hasta donde se lo permite una vaga sensación de lumbago, un ligero murmullo del corazón y la necesidad de ensanchar el cinturón, trata de persuadirse de que se siente tan bien como cuando tenía treinta años. Y luego va y lo proclama así a todos sus amigos.

—¡De mejor salud que nunca! Duermo admirablemente. ¿Comer? Como más de lo que en mi vida he comido.

Y todas las acostumbradas proezas de que se hace alarde a los cincuenta.

Y el amigo que escucha estas ponderaciones se pregunta:

—¿De cuándo acá da Ned tanta importancia a estas cosas? Jamás se le ha ocurrido antes hacer una declaración de salud a todo el que encuentra.

Probablemente, el amigo empieza a sospechar que Ned ha llegado y aún pasado del quincuagésimo poste. Oye cortésmente sus protestas, pero se aleja sonriendo con socarronería.

Mientras tanto, Ned está preocupado con otros menudos problemas que se presentan en esta época. Ve que los jóvenes de treinta, con los que se compara, vienen detrás de él, y, peor que esto aún, los jóvenes de cuarenta casi le pisan los talones. No le gusta el paso que traen unos y otros. Particularmente los cuarentones le parece que le estorban no poco. Mira hacia adelante y contempla a los viejos de sesenta en el tranquilo goce de la sabiduría, y este cuadro tampoco le seduce. Se siente como aprisionado entre dos muros. Créese en posesión de toda la elasticidad y firmeza de su andar... ¡pero no está tan seguro de ello como lo desearía!

Debe hacer ejercicio, decide. Jugará al *golf*, y cuando el tiempo no se lo permita tomará las «doce lecciones diarias con música». Ha oído también que es muy conveniente, para prevenir el exceso de circunferencia, inclinarse hasta tocar con los dedos el extremo de los pies. Luego, debe prestar más atención a su indumentaria. Sus camisas quizás podrían ser de color y dibujo más alegre. Ha notado en las corbatas de última moda toques de un matiz rojo muy bonito. El corte de sus vestidos podrá ser de estilo más elegante. Por supuesto, hay que consultar al médico acerca de esas ligeras punzadas, la estúpida rigidez que a veces experimenta sin causa y cierta pequeña tendencia a encorvarse que no tiene razón de ser.. «Todo eso es nada entre dos platos, claro, se arguye a sí mismo; un hombre no puede mantenerse siempre en estado perfecto, pero veremos qué dice el médico». Se hará también examinar la dentadura, y, ahora que lo recuerda, hace tres o cuatro años que no ha hecho rectificar sus anteojos.

II

PARA sus adentros—y sólo para sus adentros,—el hombre de medio siglo, al leer lo que acabo de escribir, piensa: «Este camarada sabe lo que dice». Y lo sé, en efecto. He pasado por ello y, me permito añadir, conozco la tontería que implica todo ello.

Lo que se necesita al cumplir cincuenta años es alguna mayor dosis de sentido común, la aceptación del hecho y, sin buscar excusas vanas ni hacerse ilusiones, adaptarse juiciosamente al caso. ¿Por qué pretender las apariencias de un mozo de treinta años, si ya no se poseen las ventajas inherentes a esta edad? ¿Por qué inventar pretextos y crear coartadas, procurando alucinarse con interpretaciones falsas que en realidad no engañan a nadie, ni aun a nosotros mismos? ¿Por qué avergonzarse de contar cincuenta años? ¿Qué hay en esto de temible? La duración de la vida está alargándose más cada día, y en su mayor parte depende de nosotros y está en nuestras manos vivir o gozar de la vida más o menos tiempo. No conduce a nada proclamarnos ante nuestros amigos por lo que ya no somos. Nunca lo hicimos antes de los cincuenta. ¿A qué llamar la atención sobre el hecho asegurando que nos sentimos tan afilados como una navaja y tan brillantes como un centavo nuevo? Todos conocen un centavo de medio siglo, aunque sean bastante corteses para no decirlo. Lo más importante que debemos hacer es tener cuidado razonable de nuestra salud, confesándonos primero y convenciéndonos después de que ya no puede hacerse a los cincuenta lo que se hacía a los cuarenta, ni permitirse los mismos alimentos, ni en la misma cantidad.

«Mas ¿cómo es posible evitar las enfermedades prevalecientes?», se preguntará.

Eso es posible hasta cierto punto, pero la verdad principal que hemos de fijar en nuestra mente es que no son los males que cogemos de fuera los que dan con nosotros en tierra, sino los que nosotros mismos nos procuramos. Nadie puede coger una degeneración grasosa ni una lesión del corazón. No es culpa de nadie si el esfuerzo excesivo que imponemos a este órgano causa su dilatación. Las arterias no se endurecen por influencias ajenas; somos nosotros mismos los que llevamos a cabo el proceso. No viene por contagio la enfermedad de Bright, la diabetes o un ataque de postración nerviosa; los adquirimos como resultado de excesos propios, no del prójimo. Bastante malo es estar expuestos a enfermedades contagiosas por el descuido de otros, mas ¿por qué acrecentar los azares de la batalla, contribuyendo por nuestra parte a hacerla más peligrosa? Y si es verdad que un hombre puede ocasionarse desórdenes orgánicos que destruyen su naturaleza, ¿no es también evidente que puede evitarlos?

III

Aseveración muy satisfactoria para algunos es decir que un hombre puede jugar treinta y seis hoyos de *golf* al día a los cincuenta años y sentirse tan fresco como cuando lo hacía a los treinta. Pocos pueden realizarlo, y éstos forman la excepción de la regla. Y no es probable que uno tenga la suerte de ser excepcional. Además, el *golf* ha de determinarse no tanto por el número de hoyos cuanto por la manera de jugarlos. «Yo puedo caminar diez millas diarias sin sentirlo», se jacta un individuo con arrogancia. Pero, a menos de ser cartero rural, ¿a qué conduce caminar diez millas al día? No es necesario este exceso de ejercicio para conservar la salud. Dejémonos gobernar por el sentido común. Fácil es demostrar que a los cincuenta años es mucho mejor y a la vez más agradable y prudente, un ejercicio de dos millas diarias, y que diez y ocho hoyos de *golf* son tan saludables o más, que treinta y seis. Los extremos nunca son buenos y son innecesarios.

Es sorprendente también la docilidad con que un hombre se somete a esta edad a los consejos de los charlatanes y de los inventores de nuevos métodos, que tienen tantas recetas para conservar la juventud cuantos son los días del calendario. Principian generalmente por «sólo cinco minutos de este ejercicio al despertarse». Si alguien aconseja que tal gimnasia ha de hacerse en la cama, antes de levantarse, viene luego otro y prescribe «cinco minutos de ejercicio en el cuarto de baño». El tercero reconoce que, si bien estos ejercicios son buenos, no son suficientes, y aconseja una docena completa, unos con música y otros sin ella. Por supuesto que los ejercicios musicales dependen de que sea posible acomodar un aparato de fonógrafo en el cuarto de baño además de la bañera y otros accesorios. Si el cuarto o sus dimensiones no se prestan para ejecutar la serie de movimientos prescritos, el autor aconseja practicarlos en el dormitorio, lo cual sólo ofrece el inconveniente de que alguna otra persona desee dormir en el momento en que la música inspira dar puntapiés en todas direcciones o agitar violentamente el aire con los brazos.

Por cierto que los anuncios no toman en consideración los obstáculos que se presentan en la práctica, y quizá es ésta la causa de que muchos discos para «ejercicios con música» vayan a dar a los roperos ejercitando la paciencia de las amas de casa, que han de encontrar algún sitio donde ponerlos «cuando nadie los usa.».

Yo confieso que en un tiempo practicaba seis o siete de estas diversiones matinales, prescritas por médicos, dentistas, auristas y oculistas, empleando de una hora a hora y media en vestirme, pues cada ejercicio resultaba ser «más importante que ningún otro», según lo afirmaba su autor. Nunca ensayé las «doce lecciones diarias con música», porque, aunque parezca singular, yo prefiero mi música sin ejercicio. Ensayé, sí, incorporarme contrayendo sólo los músculos abdominales, tocarme los dedos de los pies sin doblar las piernas, ponerme de cabeza y balancear a compás los pies en el aire, ahuecar las manos sobre las orejas retirándolas instantáneamente veinte veces seguidas, tomar las veinticuatro largas aspiraciones delante de una ventana abierta y estirar treinta veces el abdomen. Aprendí, además, a tomar dos huevos crudos antes del desayuno, a beber ocho vasos de agua mientras me vestía y a pasar una hebra de seda suelta entre las junturas de mis dientes. El resultado de todas estas maniobras era que mi día de trabajo comenzaba a las once de la mañana cuando las hacía ligero, ¡y al principiar mis labores me sentía ya cansado!

IV

Sin embargo, el error más frecuente en que se incurre al cumplir el medio siglo es la grata convicción de que se puede comer todo lo que se engullía a los treinta años y digerirlo tan bien como entonces. «Yo puedo comer clavos», se dice, y se hace todo lo posible para probarlo. Las frases hechas y las verdades llamadas de Pero Grullo son quizá lo que más contribuye a extraviar nuestro criterio, porque las aceptamos sin detenernos a pensar que después de todo no son más que la opinión de alguno que pudo tener razón o estar equivocado al formularlas. Hay, no obstante, una de éstas que tiene una sólida base de verdad, y es la que dice que «cavamos nuestra sepultura con los dientes». A pesar de esto, son muy contados los que se someten de buena voluntad a regularizar su dieta. Particularmente se resiste a esta medida el que se ha acostumbrado a comer siempre cuanto era de su agrado. Esclavo de su paladar, sigue la senda que le atrae y que conduce a la acidez de estómago, flatulencia, mal aliento, palpitaciones y vértigos, y la sigue preguntándose con extrañeza qué es lo que le pasa al experimentar los síntomas delatores. Que todo proviene de su dieta es el último punto en que convendrá. Un médico, con cuarenta años de experiencia, me decía: «Hay dos cosas que ningún hombre gusta de que se le indiquen, y son que debe comer menos y fumar menos. En el momento en que doy estos dos consejos, por lo general, conozco que he perdido un paciente. Y sin embargo, agregó, eso es lo que debe aconsejarse a todo el que pasa de cincuenta». Otro especialista del estómago afirmaba: «Si cada individuo diera alimento

a su estómago con el cuidado que da gasolina a su automóvil, los especialistas en este ramo tendríamos que buscar otra profesión».

Todo hombre algo entrado en años parece incapaz de dar con el justo medio entre el comer mucho y lo que él llama «una dieta para morir de inanición». Si se le insinúa que suprima algo, al instante pone el grito en el cielo, diciendo, o bien «que esas son novelerías recién inventadas», que «el médico es un bruto», o que «su mujer lo quiere matar de hambre». No reconoce término medio. Asegura que él necesita todo lo que come, que no podría vivir con menos alimento. Un desayuno fuerte (¡de carne, generalmente!) para comenzar el día. Al almuerzo ha de tomar algo consistente, «después de una labor matinal abrumadora», y por la noche, naturalmente, «¡debe hacer una comida completa!» En seguida va a preparar el automóvil para el día siguiente o a arreglar el horno de la calefacción, inconsciente en absoluto de que si aquellos objetos inanimados hubieran sido alimentados todo el día en la medida que él, ni el horno repleto de carbón funcionaría, ni el automóvil podría correr. Si se le hace notar esta comparación, la echa a un lado con el argumento, para él incontrovertible, de que no puede asimilarse un automóvil o un horno a un ser humano. Pero si la comparación se hace en favor de sus ideas gastronómicas, al punto se adhiere a ella. «¡Seguro!, exclama; eso es lo que yo digo siempre. Un hombre necesita estar abastecido lo mismo que un horno: ¡lleno!» Y los gases que invaden sus habitaciones durante la noche, provenientes del horno sobrecargado de combustible, no le dicen nada de los gases que en el estómago le causan hipo, eructos, o le hacen sentir «como una puntada en el costado».

El hombre es glotón con pocas excepciones, y no gusta de restricciones en sus comidas. Se le puede argüir largo y tendido sobre la más rápida fermentación de los alimentos a los cincuenta años, la menos perfecta eliminación, el proceso digestivo que no se opera con la suave precisión que a los treinta, la menor necesidad en la cantidad de alimento. El escucha con paciencia o con enojo, según su naturaleza, y en seguida va y hace lo mismo que antes. Y si reforma un tanto sus hábitos, es sólo por poco tiempo. Luego, al sentir la saludable reacción de una dieta moderada, vuelve a caer en su antigua costumbre de comer con exceso. Si fuera verdad que el hombre es a los cincuenta años, orgánicamente, el mismo que a los treinta o cuarenta, todo iría bien. Pero los órganos no son ya los mismos ni funcionan como lo hacían al estímulo de la circulación de una sangre más fresca, joven y activa. Un especialista en alimentación dice que un hombre de cincuenta años debe tomar un treinta por ciento menos de alimento que a los cuarenta. Y, de allí en adelante, disminuir un diez por ciento cada cinco años, hasta llegar a reducir cincuenta o sesenta por ciento. Por supuesto, no hay proporción que sea aplicable a todos y a cada uno, pero los especialistas convienen en general en que esta moderación, lejos de ser radical, es muy conservadora. A continuación viene, naturalmente, el determinar la calidad de los alimentos, en lo cual debe considerarse la cuestión del equilibrio en las comidas.

El resumen de todo lo dicho, sin embargo, es el convencimiento de la necesidad imprescindible de reducir la alimentación al llegar al medio siglo. La importancia de la reducción habrá de fijarla cada individuo. Es conveniente para la salud, en esta edad, beber mayor cantidad de agua que anteriormente, pero es necesario disminuir la cantidad del alimento acostumbrado; verdad de que debemos penetrarnos cuanto más pronto mejor.

Es realmente asombroso descubrir, cuando se hace la experiencia, cuán poco alimento se necesita, no sólo para sentirse bien, sino para hacernos capaces de realizar un trabajo prodigioso. Yo he llegado, gradualmente, a comer tan poco, que en mi casa creen a veces que pertenezco a la familia de las orquídeas. No obstante, con tales reducciones, mi salud ha mejorado invariablemente, mi mentalidad se ha hecho más activa y en mi trabajo no se descubre desperfecto ni retraso alguno. «Comer lo que basta es tan bueno como el más regalado festín».

V

DICEN los fisiólogos que la vida de un ser humano está dividida en ciclos de siete años; que durante cada uno de éstos el organismo sufre cambios, y que el lapso comprendido entre el séptimo y el octavo ciclo, o sea entre los cuarenta y nueve y cincuenta y seis años, es un período al que debe prestarse atención particular. Lo cual es una manera de decir que el hombre en esta época de la vida deberá establecer una seria reducción en sus alimentos, ejercitar y emplear con moderación sus energías y ejercer sobre sí mismo una vigilancia general, si desea alcanzar su sexagésimo aniversario gozando de cierto grado de vitalidad y con la sangre circulando libremente en sus arterias.

El punto principal que necesita observar es su apetito, que en este ciclo desarrolla una avidez fuera de toda proporción con las necesidades del cuerpo. Y es entonces cuando un individuo, sea condescendiendo con tan desordenado apetito o dominándolo, determina su futura salud y longevidad. Si, en obsequio de su glotonería, lo satisface, su organismo todo se debilita bajo la presión y empieza el malestar. Si, por el contrario, lo domina y regula según lo requiere su naturaleza, un saludable vigor reemplaza al estado de embotamiento. Lo más prudente a esta sazón es comer sólo lo que puede digerirse con facilidad. Este axioma significa sencillamente que nuestros órganos digestivos no soportan la misma cantidad de alimento entre el séptimo y octavo ciclo que la que podían soportar en el período del sexto al séptimo. Que el paladar apetezca golosinas no quiere decir que el estómago esté en condiciones de digerirlas.

En compendio, son sólo tres los puntos principales a los que todo hombre debe prestar atención al llegar al medio siglo: comer menos y beber mucha más agua, hacer ejercicio razonablemente moderado y dormir ocho horas. Con esto, y un espíritu alegre que deseche cuidados, tiene grandes probabilidades de alcanzar una avanzada y dichosa ancianidad.

El sabio Marco Aurelio tenía razón al escribir: «Acuérdate de esto: que muy poco se necesita para ser feliz en la vida».

Edward W. Bok

SANTIAGO DEL ESTERO



LA BANDA — Personal docente de las escuelas provinciales "Amadeo Jacques" y "27 de Abril", durante el paseo de instrucción efectuado a las obras del puente carretero y ferroviario que se construye sobre el río Dulce.



Señoritas y jóvenes que tomaron parte en el torneo de tennis organizado por el "Park Lawn Tennis Club".



Grupo de niñas que tomó parte en el concurso deportivo realizado bajo los auspicios del "Club Atlético Central Argentino".



Escuela Centenario. — Alumnas de este establecimiento durante las clases prácticas de tejidos realizadas con materias primas cultivadas en esta provincia.



LA BANDA. — Teams de las ligas Tucumana y Bandeña, que jugaron un interesante partido de football, venciendo los primeros por 4 goals a 0.

SAN LUIS

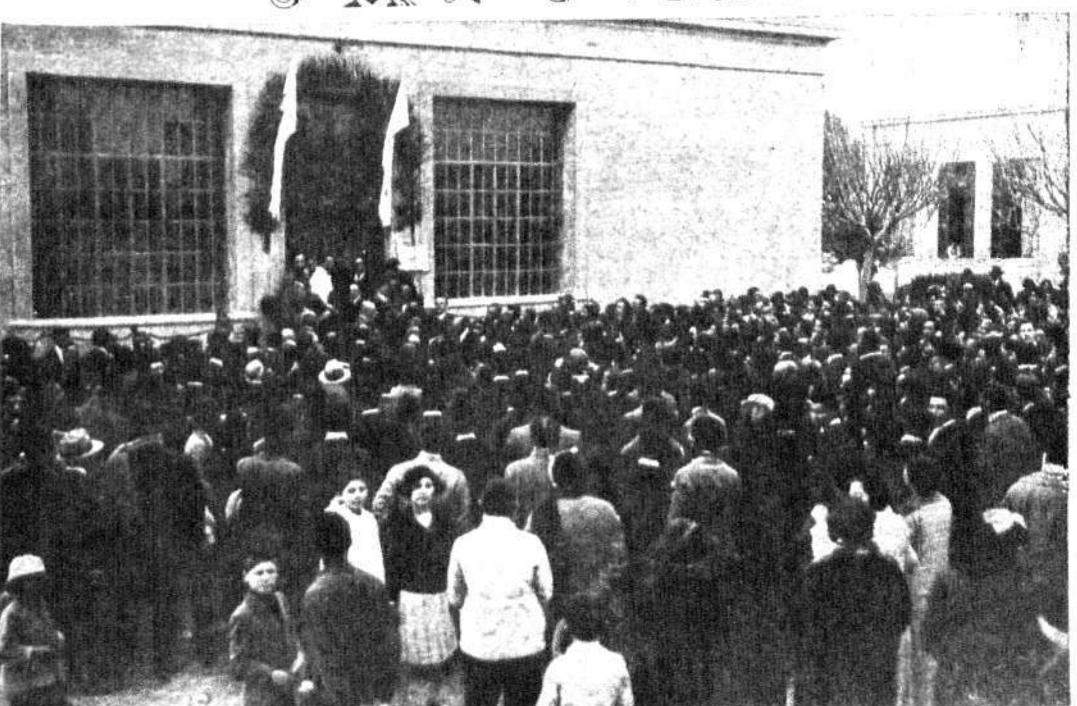

El Gobernador y comitiva oficial al retirarse del templo después del tedéum oficiado el 9 de Julio.


Grupo de señoritas que dió realce al baile realizado en la primera institución social de esta ciudad.


El Gobernador señor Guillet y demás autoridades que asistieron al acto inaugural de una sala para rayos X en el hospital local.


Cuadro local de Estudiantes que jugó un interesante partido de football con el team del C. Belgrano, venciendo por 3 goals a 0.




Público que concurrió a la fiesta realizada en el hospital Rawson con motivo de la inauguración de los nuevos pabellones destinados a pensionistas.

BUENOS AIRES



JUNIN. — Aspecto de la solemne procesión religiosa organizada en honor de la Virgen del Carmen.



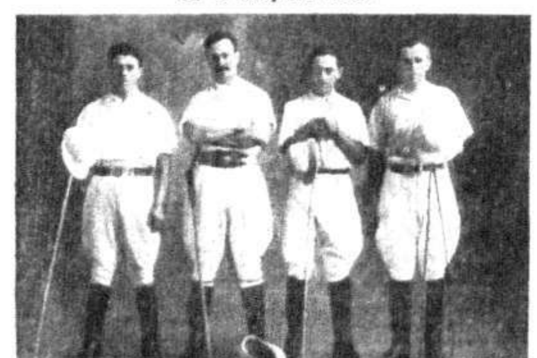
El intendente municipal y caracterizados miembros de las colectividades francesa e italiana, que tributaron un homenaje a la memoria del ex presidente de la Sociedad Francesa de Socorros Mutuos, señor Edmond Guenin.



SAN MARTIN. — Parte del numeroso público que asistió al acto de la inauguración de la sala de maternidad en el hospital local.



MERCEDES. — El vicecónsul italiano, doctor Guido Borra, presidiendo el banquete con que fuera obsequiado por los miembros de la colectividad italiana.



LINCOLN. — Team "Negros" del Lincoln Polo Club, ganador de la copa "Tres Bonetes", en el torneo realizado últimamente.



CARHUE. — Equipo del Foot Club "Puan" que venció por 1 goal a 0 al Atletic Club San Martín en el match de football jugado recientemente.



12 DE OCTUBRE. — Personal docente y alumnos de la Escuela N.° 22, que festejaron con una interesante fiesta escolar el 9.° aniversario de la fundación de dicho establecimiento.

RIOJA



CHILECITO. — El interventor nacional, doctor Mora y Araujo, rodeado por la comisión de vecinos que lo acompañó durante su visita a esta localidad.

TERRITORIOS



COLONIA "EL TRIGO", DE VILLA ALBA. — Señora Elvira A. de Mendive, directora de la escuela Nº 155, recientemente creada en esta localidad, rodeada por los primeros alumnos inscriptos.



VILLA ALBA. — El visitador de escuelas, señor Diógenes Quiroga, con el director de la escuela Nº 81, recientemente inaugurada.



SANTA ROSA. — Autoridades locales, damas y caballeros que constituyeron una sociedad cooperadora de educación.



CIPOLLETTI (RÍO NEGRO). — Fiesta religiosa celebrada en el establecimiento del señor Filipuzzi.



VIEDMA. — El señor José M. Lastra, rodeado por un núcleo de amigos que le ofreció una demostración de aprecio con motivo de un grato acontecimiento particular.



Comentarios.



—Son tres senadores. Uno muy calmoso,
otro muy discreto y otro muy sesudo.
Son tres senadores. Uno silencioso,
otro muy callado y otro siempre mudo.
Son tres senadores. Uno distinguido,
otro muy correcto y otro sin parada.
Son tres senadores que, como es sabido,
nunca dicen nada.

*

—Sólo con gente juiciosa
y con gente grave alterna.
—¡Qué gravedad sempiterna!
—¡Qué gravedad fastidiosa!
—Nunca se ríe.
—Es verdad;
no hay miedo de que se ría.
Estoy temiendo que un día
se enferme de gravedad.

*

—Ya no puede haber progreso,
porque todo está inventado.
¿No era chocolate espeso
lo que es hoy cemento armado?

*

Uno que estaba muy pobre pensaba con desconsuelo:
—Dicen que Dios da pañuelo al que no tiene narices.
Mas lo que yo he comprobado y otros muchos infelices,
es que Dios le da resfrío al que no tiene pañuelo.

*

Era Petra una joven muy sencilla
y de muy buen sentido...
Cierta vez dedicó una redondilla
a su pobre marido.
Y, desde aquel instante,
se convirtió en redicha y en pedante.
Son atroces las Petras
en cuanto se dedican a las letras.

Piensan que dicen axiomas
ciertas gentes ilustradas
que saben decir pavadas
en diferentes idiomas.

*

Por la filosofía
le daba a un marinero cierto día.
Y, agarrado a un obenque,
pensaba el mentecato:
—¿Se puede enamorar el ballenato
de la sardina arenque?
Cuando estoy en el mar, estas cuestiones
me sumen en un mar de confusiones.

*

—Me da miedo ese muchacho.
—¿Qué le pasa?
—¿No lo ve?
Se parece al presupuesto
de Molina.
—¿No está bien?
—Me da miedo, le repito,
cada vez que pienso en él,
porque crece, crece, crece
y no para de crecer.

*

La esposa de un valiente,
que inspiraría celos a Bayardo,
dice que el presidente
es mucho más gallardo que Gallardo.
A lo cual le contesta
otra señora en tono de protesta:
—Pero, en cambio, hay un solo
Angel del protocolo.
Y un ángel, como tal,
tiene una gallardía angelical.

NUESTRO NUMERO PROXIMO

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Portada Su Majestad, la reina María de Inglaterra, en colores. Siluetas aristocráticas: Agustina Rodríguez Larreta de Alzaga Unzué. Segunda carátula: Jorge V, rey de Inglaterra. Página infantil y álbum de artistas: Carmencita Lamas. Caricatura política, por **Valdivia**, en colores. El violín de More, por **Gregorio Guzmán Saavedra**. El error de Motoori, por **Ricardo Gutiérrez**. Conformidad, por **Luis Cané**. Atajando el pasmo, por **Cruz Orellana**. Pichín, por **Bartolomé Galíndez**. Amarrete en el "chalet" de Zugarrabeitia, por **Francisco Grandmontagne**. El diálogo de los títeres, por **José María Salaverría**. A la huella, huella, por **J. Luque Lobos**. Dos canciones de invierno, por **Roberto Lascano**. Eramos cuatro, por **Pedro Henríquez Ureña**. Rinconcitos de la historia, por **B. González Arrili**. Filosofía de feria, por **Félix Esteban Cichero**. A Paul Verlaine, por **Xavier Bóveda**. Las campanas del emperador Carlos V, por **M. Soto Hall**. El río, por **Félix B. Visillac**. Vanitas, por **Eugenio Julio Iglesias**. Tipo, por **Salvador Alfredo Gómez**. Silencio, por **Ben Zevi**. Un grito en la noche, por **Grazia Deledda**. Apellidos argentinos. Ultimas novedades de la moda, en colores. Crónicas de Italia, por el doctor **Vaccari**. Notas sociales, por **La Dama Duende**. Moda al día. Cuento infantil. La mujer y la casa. Radiotelefonía. Ganadería y Agricultura. Caricaturas y comentarios de actualidad. Versos de **Luis García**. Auto-Moto-Aviación. Pasatiempos, palabras cruzadas y ajedrez. Desde el mirador. Crítica de teatros y música. Anecdotario deportivo. Crítica de libros nacionales. Las más nutridas actualidades gráficas de la Capital Federal, de las provincias y del extranjero. Colaboración artística de. **Alvarez, Macaya, Valdivia, Kupfer, Parpagnoli, Requena Escalada y Besares**.